
3 1761 08831791 2





OBRAS COMPLETAS

DEL

P. LUIS COLOMA

I

OBRAS DE JUVENTUD

Obras Completas del P. Luis Coloma

Tomo I.—OBRAS DE JUVENTUD. (1868-1874).

Tomo II.—LECTURAS RECREATIVAS (1). CUADROS DE COSTUMBRES POPULARES.

Tomo III.—LECTURAS RECREATIVAS (2). HISTORIAS VARIAS.

Tomo IV.—LECTURAS RECREATIVAS (3). PINCELADAS DEL NATURAL.

Tomo V.—LECTURAS RECREATIVAS (4). NUEVAS PINCELADAS.

Tomo VI.—LECTURAS RECREATIVAS (5). CUENTOS PARA NIÑOS.

Tomo VII.—PEQUEÑECES (1).

Tomo VIII.—PEQUEÑECES (2).

Tomo IX.—RETRATOS DE ANTAÑO (1).

Tomo X.—RETRATOS DE ANTAÑO (2).

Tomo XI.—LA REINA MÁRTIR.

Tomo XII.—JEROMÍN (1).

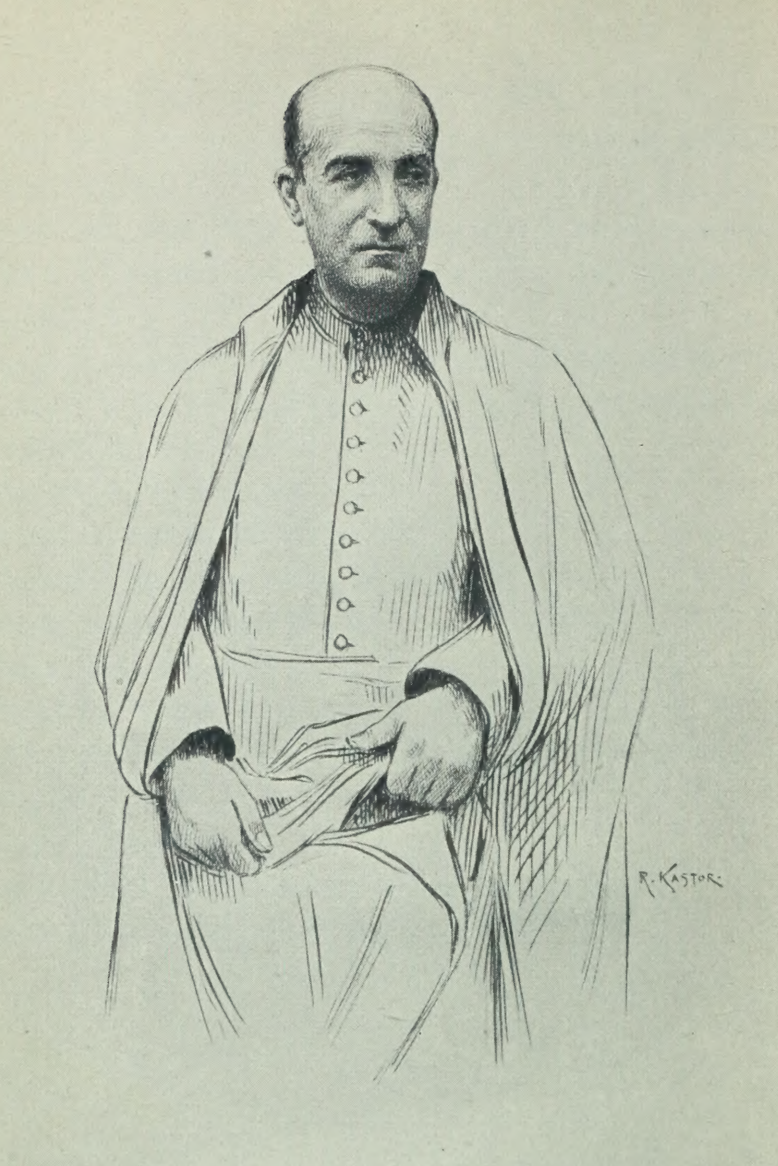
Tomo XIII.—JEROMÍN (2).

Tomo XIV.—EL MARQUÉS DE MORA.—EL AUTOR DE FRAY GERUNDIO.

Tomo XV.—BOY.

Tomo XVI.—RECUERDOS DE FERNÁN CABALLERO.

Tomo XVII.—FRAY FRANCISCO.



Luis Coloma S. J.

OBRAS COMPLETAS
DEL P. LUIS COLOMA, S. I.

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO I

OBRAS DE JUVENTUD

(1868-1874)

Madrid
Editorial "Razón y Fe"
Apartado 8001

Bilbao
El Mensajero del C. de Jesús
Apartado 73

Imp. ALDECOA-Burgos 10.378

Advertencias a este tomo primero de las obras completas

Te ofrecemos, lector, el primer volumen de las *Obras Completas* de Coloma. No hay que descubrirte como desconocido al autor, el cual por sí mismo se te ha manifestado sobradamente hace años, ya que te suponemos lector asiduo de este jesuíta privilegiado. Por un lado, *El Mensajero del Sagrado Corazón,* donde el P. Luis publicó la mayor parte de sus narraciones en la Compañía, y por otro lado *Razón y Fe,* donde también publicó algunas de su última época, te han ido ofreciendo, en sucesivas y hermosas ediciones, cada una de aquellas obras admirables. Las sigues leyendo seguramente, y brindando con su deleite a tus amigos; porque una de las dotes más eminentes de un gran ingenio es que nunca fatigue, por enfadosa, su lectura.

Pero, vamos a ver... ¿No te ha ocurrido mil veces, como a todos, que de buena gana tendrías a la mano, juntas y ordenadas en uniforme ringlera, sus obras todas, para escoger a tu gusto cuan-

do te acomete el ansia de entretenerte con su lectura? Y ¿no te ha pasado por las mientes que este varón esclarecido, que ya antes de ser jesuíta había ensayado con fortuna el cuento y la novela, se habría dejado tras de sí, traspapelado en el mundo, algún bello escrito que convendría resucitar?... ¿A que has pensado eso muchas veces, y te has relamido con tan halagadora suposición?...

Pues esas albricias te venimos a dar en esta colección, y, sobre todo, en este volumen.

Sepas, lector amable, que, en efecto, el gran escritor dejó publicados preciosos cuentos y novelitas, antes de su ingreso en nuestro Instituto. De algunas de ellas se acordó después, y en una u otra forma las aprovechó para nueva presentación. Pero, por apatía o por olvido, ello es que algunas otras se le quedaron trasconejadas entre papeles y revistas, y no son las que menos aroma de naturalidad y de juventud despiden de sus hojas.

Si has leído ¿cómo no? las *Lecturas Recreativas* que publicó *El Mensajero,* allí habrás saboreado, ya retocadas, piezas como *Juan Miseria* (que en la primera edición llevaba otro título), como *Caín, La Resignación perfecta, La batalla de los cueros,* etcétera. También aquí las verás reproducidas, y siempre conforme a la segunda redacción de su autor; porque, aunque esta edición completa no tiene pretensiones de crítica, en el sentido estricto de la palabra, todavía quiere ser

respetuosa con la presentación definitiva que adoptó el maestro, y hacer caso omiso del primer ensayo.

Pero también van aquí otras narraciones antiguas, dignas de su pluma, que no retocó el Padre Luis, y que tampoco incluyó en las posteriores. ¿Por qué éstas no han de hacer la misma vida de familia, muerto el padre común, que no consta en definitiva las desheredara? Son también primorosas. Acógelas con simpatía y goza de su amable conversación. Son dignas de su padre. El mismo las bautizó con distintos nombres, como aparece en *Solaces de un estudiante,* y en otras que verás, publicadas en *El Tiempo* de Madrid, entre los años de 1869 y 74. ¡Cómo se ve por ellas que la eterna belleza nunca envejece, y que el ingenio grande, aun siendo mozo, anuncia ya la talla de gigante!

Hay más. Muy guardados y a buen recaudo, he aquí que han aparecido (valga el secreto que ya no debe serlo) otros cuentecitos también inéditos, o que por lo menos no consta que lo sean, del mismo esclarecido ingenio. También queremos que hagan éstos (nunca es tarde) su feliz presentación en sociedad. No es aventurado el pensar que los tendría el Padre Luis destinados a la estampa. O que, agrandándolos, querría fuesen germen de más amplias narraciones anoveladas.

Pertenecen todas estas narraciones al primer período del novelista. Tú, lector que le has cono-

cido en plena madurez, haz buena boca, para volverle a leer seguido en esta edición, con estas encantadoras narraciones de juventud, unas aderezadas de segunda mano por el autor de sus días, y otras con toda la frescura deleitosa de los primeros días de su autor.

Tómalas en tus manos, repito, y disponte con tan sabroso aperitivo a los manjares nuevamente dispuestos y que irán apareciendo en tomos sucesivos, los cuales, bien leídos, siempre te tentarán con nuevas ansias golosas, pero nunca te hartarán con fatigoso hastío.

CONSTANCIO EGUÍA, S. I.

Conciencias elásticas

"Y dijo también esta parábola a unos que confiaban en sí mismos como si fueran justos y despreciaban a los otros: Dos hombres subieron al templo a orar: el uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, estando en pie, oraba en su interior de esta manera: Dios, gracias te doy porque no soy como los otros hombres, robadores, injustos, adúlteros, así como este publicano. Ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que poseo.

Mas el publicano, estando lejos, no osaba ni aun alzar los ojos al cielo, sino que hería su pecho, diciendo: Dios, muéstrate propicio a este pecador.

Os digo que éste y no aquél, descendió justificado a su casa; porque todo hombre que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado". (*Evangelio de S. Lucas*, 18, 9-15).

I

La marquesa viuda de Peñáguilas había invitado a sus numerosos amigos a una original y divertidísima fiesta. Se verificaba el herradero del ganado en su cortijo y había ideado reunir con este pretex-

to todo lo más escogido de la sociedad de X..., vistiendo las señoras trajes de vivos colores con bordados pañolones de espuma, y los caballeros la chupa de terciopelo, faja de seda, zahones y botines de cuero, finamente labrados, negro calañés y vistosa manta jerezana al hombro terciada.

Lujosos carruajes, con los caballos adornados de encarnados borlones y dorados cascabeles, conducían a los aristocráticos e improvisados *chulos* que, desparramándose por ventanas y balcones y por el extenso patio del cortijo, daban a éste el más pintoresco aspecto. Formaba dicho patio un gran cuadrilátero, dos de cuyos lados eran la casa y dependencias del cortijo y los otros dos largas tapias con grandes puertas, de las cuales, una daba acceso a un corral y la otra era la portada del caserío.

Tras un rato de expectativa, abrióse de repente esta última y entró por ella un gañán, con perneras de cuero y almidonada blusa, que, corriendo el cerrojo de la otra puerta, franqueó la entrada del corral. Un momento después entraba en el patio, en ordenado tropel, la hermosa y mansa baraja de cabestros conduciendo los becerros que iban a ser herrados. Llegaron corriendo hasta la puerta del corral, y entonces Pepe Peñáguilas, el hijo mayor de la marquesa, que delante de todos marchaba, como mayoral de guía, volvió rápidamente la hermosa jaca que montaba, y golpeando con el regatón de la garrocha al buey que al estribo derecho llevaba, hizo desaparecer la manada entera tras la doble hoja que cerraron con ímpetu dos hombres, en cuanto la última res hubo traspasado los umbrales. En el corral se oyeron durante unos momentos el confuso resonar de los broncos cencerros de la baraja, las carreras de los

becerros mal avenidos con tal encerrona y los gritos con que los gañanes los hacían retirar al fondo del corral: y en el patio, junto a la puerta que acababa de cerrarse, quedó Pepe un instante inmóvil y satisfecho sobre su jaca que con los cuatro remos abiertos temblaba sobre los corvejones con nerviosa inquietud, engallada la hermosa cabeza, esbelta, elegantísima con la ardorosa mirada fija en los tablones que ante ella se habían cruzado, muy abierta la ancha nariz, como si no encontrara, en todo el patio, aire bastante para nutrir el robusto pecho.

Pero a poco fueron saliendo los cabestros que desaparecían trotando por la puerta que daba al campo, y cuando sólo quedaron en el corral los becerros, invadieron el patio los hombres que habían de hacer el herradero, llevando unos las cuerdas de los lazos, apretando otros los hierros candentes con la marca de la casa.

Con ruidosa algazara era acogida la presencia en el patio de los becerros, que diestramente enlazados, eran derribados, aplicándoles en seguida el candente hierro. Aguijoneados por el dolor de la quemadura, daban algunas carreras por el patio medio huyendo, medio buscando algo en que vengar aquel atropello, hasta que, abierta la puerta y divisando el campo, se declaraban prontamente en vergonzosa huída y salían corriendo hacia fuera, no sin tirar de paso alguna cabezada a la manta de algún valiente que, contando con la querencia del animal, en su camino se presentaba.

Herrado el ganado se sirvió allí mismo un espléndido almuerzo, y la animación y la alegría reinaron entonces con sus más ruidosas manifestaciones. Las alegres carcajadas y el chocar de copas y botellas se

mezclaban en confusa algarabía con los rasgueos de las guitarras, el repiquetear de las castañuelas y el melancólico acento de las canciones andaluzas, mientras, allá lejos, los caballos de los carruajes hacían sonar sus collares de cascabeles y los becerros lanzaban bramidos de dolor por sus recientes quemaduras.

Era la última parte de la fiesta la lidia de un novillo, al que Pepe Peñáguilas se había comprometido a dar muerte.

Al son de la clásica marcha de Pepe-Hillo, verificó la improvisada cuadrilla el paseo de rúbrica, y en medio de la mayor animación se dió suelta a un bravo novillo de cerca de tres años, encerrado en las cuadras desde aquella mañana. Noble y franco, paseaba sus miradas por todos los rincones del patio, hasta que uno de los jóvenes toreros, azuzándolo con la voz, llegó corriendo y metió su capote debajo del hocico de la res que arrancó en rápida carrera, rastreando casi la cabeza por el suelo, mirando con furiosos ojos la roja tela, que ante él huía, y desfogando con fuertes resoplidos la impotente rabia cuando escapó de su alcance.

Crecía con esto la algazara entre los espectadores y resonaban estrepitosos aplausos, aumentando también con este estímulo el valor y el arrojo de los lidiadores. Quebrantado el becerro con algunos pares de banderillas, no todas puestas conforme a las reglas del arte, un clarín anunció la hora de la muerte. Salió entonces de un burladero un joven alto, moreno, de buen porte, que vestía airosamente vistosa chupa de terciopelo verde-oscuro, faja de seda de vivos colores y zahones y botines de cuero bordado, llevando en la mano el estoque y la muleta. Llegó delante del balcón donde, envuelta en rico pañolón de espuma

blanco con flores de colores y adornada la gentil cabeza con encarnados claveles, estaba Mimí Góngora, jovencita de diecisiete años, de ojos negros y mejillas sonrosadas, que, recién salida del colegio, por primera vez en sociedad se presentaba.

Quitóse Pepe su sombrero de anchas alas, e imitando con donaire el lenguaje del pueblo andaluz, le brindó el toro diciendo:

—Por esos ojos que paecen reondelas de terciopelo arrancaas del manto de la Virgen de la Soleá.

Y describiendo con el brazo derecho un rápido semicírculo, arrojó detrás de sí su sombrero, marchando después, con garbosa desenvoltura y gallardo contoneo, hacia el novillo que, parado en mitad del patio, movía sus ijares al compás de la agitada respiración, revolviendo inquieto de un lado a otro la cabeza como buscando adversarios con que luchar.

Llegó Pepe hasta él, tan cerca que casi le tocaba la cabeza, y cuando el animal, echando atrás las orejas, hizo el primer movimiento para embestir, desplegó la roja tela, y pasando el brazo izquierdo por delante del pecho e inclinando ligeramente el cuerpo, dejó pasar el becerro, cuyos pitones le rozaban la chaquetilla y que al momento se revolvió sobre las manos, dispuesto a nuevas acometidas.

Grande fué el entusiasmo mientras Pepe, con más arrojo que maestría, trasteaba al novillo; pero quedaron suspensos los ánimos al perfilarse el matador arrogante y confiado, arrojándose denodadamente entre las astas y dejando en la misma cruz del becerro una estocada hasta el puño, que le mojó los dedos en la sangre por la herida derramada. Acudieron los peones ligeros como pájaros, y arrojando sus capotes y llamando en todas direcciones al novillo, herido ya

de muerte, hiciéronle dar algunas vueltas en corto trecho, hasta que, mareado y falto de fuerzas, cayó al suelo.

Sonaron grandes aplausos y gritos de entusiasmo, y cuentan que hubo dama que arrojó su abanico a los pies del héroe en el triunfal paseo que dió por el patio hasta llegar frente a Mimí. Levantó entonces la muleta y el estoque, bajándolos en seguida al mismo tiempo que inclinaba la cabeza en ademán de respetuoso saludo. Vióse entonces caer a los pies de Pepe un hermoso clavel encarnado, que al momento recogió llevándolo con viveza a sus labios.

La fiesta había terminado y la aristocrática concurrencia se disponía a montar en sus carruajes, cuando varias parejas, acercándose a la marquesa, y llevando la palabra cierto estudiantillo de leyes con ribetes de poeta, en galanas frases y con profundos razonamientos le suplicó abriera sus salones aquella noche, para poner digno remate a aquel felicísimo día. Hízose de rogar la marquesa, alegando la premura del tiempo, pero tanto insistió el incipiente abogadillo, acompañado a coro por los demás de la comisión, que hubo de ceder al fin, escuchando en recompensa un entusiasta ¡viva! que, iniciado por el estudiante, repitió con transporte de alegría toda la juventud de uno y otro sexo.

II

Algunas horas después la marquesa y sus hijos recibían con amabilidad exquisita y elegante distinción a todos sus amigos que, trocando los pañolones de espuma por vaporosas gasas, y la chupa con alamares

por el severo frac, bullían alegres y gozosos por los magníficos salones.

No fué de las últimas en llegar Mimí con su madre; y Pepe que la aguardaba con impaciencia pidióle en seguida un rigodón. Accedió a ello la joven de buen grado, y poco después paseaba del brazo de Pepe, en cuya solapa se destacaba el clavel encarnado que como galardón Mimí había arrojado.

Mucho hablaron y con gran acaloramiento a veces; nadie se enteró, pero es lo cierto, que entre la turba femenina surgió cierto rumor con retintines de envidia y pocos días después se sabía de público que Mimí tenía relaciones con Pepe. Y el rumor se desencadenó entonces como furiosa tormenta y más de dos docenas de rosadas lengüitas dirigieron furiosos ataques contra la pobre Mimí por el solo delito de de haberle caído en gracia a Pepe Peñáguilas. Porque había que advertir que éste era un guapo muchacho, muy rico, muy simpático y que para colmo de venturas llevaba un título de marqués; y era inaudito, era irritante que ellas, jóvenes de tanto mérito, fueran despojadas de novio de tal valor, por una colegialita sin gracia, ni travesura, ni belleza, ni dinero, ni nada; porque no la concedían ni una buena cualidad. Si algo tenía en su abono era el ser virtuosa, casi beata, pero esto para los hombres, decían ellas, es perversa cualidad. Y estaban resueltas a impedir el noviazgo, no por otra cosa sino por interés hacia Pepe, que iba a ser muy desgraciado si seguía por tan mal camino. Y se pusieron en juego multitud de intrigas, de chismes y de enredos, urdidos en el secreto de los *boudoirs* y desarrollados sobre los divanes de los salones. Pero no obtuvieron resultado alguno y el tiempo iba pasando y ya se hablaba de casamiento.

III

La marquesa de Peñáguilas... ¡qué señora tan buena!... decía todo el mundo. Y en efecto, era buena, muy buena, sí, porque no había benéfica asociación que no contara con su apoyo, ni congregación piadosa en cuyas filas no militase: y mortificaba casi diariamente, durante tres cuartos de hora, por lo menos, a su confesor con monjiles escrúpulos y místicas impertinencias: y obligaba a sus criados y dependientes a llevar profusión de medallas y escapularios, aunque no se cuidaba poco ni mucho de su modo de vivir ni aun de que oyeran misa los domingos. Clamaba a voz en grito contra los espectáculos inmorales, y aunque siempre se abonaba al teatro, repasaba con minuciosa escrupulosidad los libretos de las obras que habían de representarse. Mas su criterio era tan amplio, o su entendimiento tan huero, que sus hijas y ella vieron desfilar ante sus ojos las más groseras y chabacanas creaciones del teatro moderno.. Pero en cambio, jamás consintió en oír la *Norma,* porque la conceptuaba el colmo de la inmoralidad, sintetizando su argumento en un convento de monjas cuya abadesa tenía dos hijos: ni la *Favorita,* porque al ver a Leonor en el último acto disfrazada de fraile, los cabellos se le ponían de punta, creyendo ver a Fernando, monje profeso, en amorosa plática con una esposa del Señor...

Y se dedicaba con piadoso celo y caridad ferviente a la conversión y arrepentimiento de pobres mujeres extraviadas, pero no impedía esto que diese fantásticas fiestas en el jardín de su casa, cuyas frondosidades caprichosas y débilmente alumbradas fueron teatro de curiosísimas y edificantes escenas.

Y era tal la mescolanza que hacía de lo religioso con lo profano, de Dios con el mundo, que un invierno, habiendo fijado para recibir los sábados, acabado el baile ya en la mañana del domingo, decíase una misa en el oratorio de la casa, a la que asistían las señoras cubiertas las cabezas con ligeras toquillas de encaje y desnudos los pechos y los brazos, ayudando el santo sacrificio dos jóvenes con el traje de etiqueta. El oratorio presentaba muy bonito golpe de vista, y se oía la misa con mucha devoción y recogimiento, y sobre todo se evitaba, según decía la marquesa, que muchos de aquellos pobrecitos muchachos dejasen de cumplir con el precepto de la misa...

Por todo lo cual era esta señora una de tantas que, encendiendo a ratos algunas velitas a San Miguel, hacen arder de continuo cirios muy rollizos ante aquel que el santo arcángel bajo sus pies avasalla.

No estaba ciertamente entre las buenas cualidades de la marquesa el desinterés; así es que no vió muy a gusto las relaciones de su hijo con Mimí que, aunque era una muchacha muy buena y muy mona, no tenía dinero, ni cosa que lo valiera. Por lo cual se opuso tenazmente a estas relaciones, obteniendo, como sucede siempre en casos análogos, un resultado contrario.

Doña Ignacia Artubiri, viuda de Góngora, que así se llamaba la madre de Mimí, era una señora vascongada, de mucho talento, de enérgico carácter y de recta e intransigente conciencia. Era su rasgo más sobresaliente un vivísimo sentimiento de lo bueno y de lo justo que hacía a su alma enérgica sublevarse ante lo más insignificante del inmenso cúmulo de farsa, de mentiras y de miserias que forman lo que se llama *buena sociedad*, que cubre las mayores ruindades y a veces hasta crímenes, con la máscara de exigencias e

inconveniencias sociales. Era un carácter verdaderamente vascongado, que, como el acero bien templado, despedía chispas al menor golpe, y como el cristal, hubiera saltado en mil pedazos antes que doblegarse. Obligada sin embargo por su escasez de recursos a sostener ciertas relaciones de amistad y animada también del deseo vehemente de alcanzar para su hija un lisonjero porvenir, afanábase por atraerse como la salamandra por el fuego, por aquella atmósfera, en que, si bien había muchos elementos buenos y puros, había no pocos de deletérea influencia.

Era, pues, doña Ignacia el polo opuesto a la marquesa y así se explica cómo no viera tampoco con satisfacción las relaciones de ambos jóvenes. Hacíase sin embargo la razonable reflexión que, si las relaciones se formalizaban, no era la marquesa con quien Mimí se había de casar, sino con su hijo, que, aunque educado en la escuela de su madre, bien sea porque en los jóvenes no son tan de notar los defectos de que ésta adolecía, o bien, como era probable, porque aún no se había presentado ocasión alguna en que de manifiesto ponerse pudieran, ello es que era un buen muchacho, que gozaba de fama intachable y de generales simpatías. Razón por la cual, si bien no aprobaba resueltamente el noviazgo, hacía la vista larga, como suele decirse, y dejaba que el tiempo viniera a dar luz sobre la resolución que había de adoptar.

Y fué el caso que pasó un año, y durante él, nada vió ni supo doña Ignacia que relajase en lo más mínimo el concepto que de él había formado; antes bien, tuvo ocasión de ver que, aunque algo débil de carácter, era sin embargo un excelente muchacho.

Mientras tanto, la marquesa habíase resignado a la fuerza con la voluntad de su hijo que, a pesar de su

debilidad de carácter, habíaselas sostenido bravamente con su madre, como sucede siempre a los débiles que se rebelan una vez contra el fuerte que los domina. Y fué su conformidad tan extrema, que se hablaba ya de pedir oficialmente a la novia y de fijar día para el casamiento.

Doña Ignacia estaba ya muy conforme. Habíanse disipado poco a poco los recelos que abrigaba y ya hasta le alegraba que su hija hiciera un casamiento tan brillante.

IV

Así las cosas, un día muy próximo al señalado para pedir la mano de Mimí recibió su madre una carta anónima concebida en estos términos:

"Estando para efectuarse el matrimonio de su hija de usted con el marqués de Peñáguilas, créome en el deber de referir a usted cierta historia de que seguramente no tiene noticia. Hará año y medio, poco más o menos, conoció el marqués a una joven de notable hermosura, llamada María González, que, habiendo estado en una holgada posición, se había visto precisada a trabajar como costurera para mantener a su madre, ciega y enferma. El marqués, valiéndose de engaños y vilezas de todo género, la sedujo, abandonándola poco después. La pobre madre murió de pesar de ver a su hija deshonrada y ésta arrastra una vida miserable para procurarse a sí misma el sustento y a un niño que nació hace ya cerca de un año.

"Excusado es ponderar a usted, persona de tan recta conciencia y sólida virtud, el obstáculo que este hecho es para el matrimonio de su hija.

"Puede usted cerciorarse de la verdad de lo que le he referido en la casa número 3 de la calle Z... donde vive la desgraciada María González".

Quedóse doña Ignacia asombrada de misiva tan extraña, y aunque desde luego atribuía su origen a alguna de las muchas envidiosas que el próximo enlace de su hija había despertado, preocupábale, no obstante, que pudiera ser cierto lo que el anónimo contenía. Leyó varias veces y resolvió al momento averiguar lo que hubiera de verdad en el caso.

No le pareció prudente hacer por sí misma las averiguaciones necesarias y confió esta delicada misión a una antiquísima sirviente de honradez acrisolada y que la profesaba verdadero y profundo cariño.

Muy pronto supo doña Ignacia que era cierto en todas sus partes lo que en el anónimo se refería, sabiendo además que María, la pobre abandonada, agobiada por el mucho trabajo, había enfermado, faltándole de día en día las fuerzas para criar a su hijo.

Grande fué el pesar de doña Ignacia al ver el terrible golpe que amagaba a su hija, precisamente cuando todo le sonreía. Pero ¿cómo casar a Mimí con un hombre que pertenecía en conciencia a otra mujer? ¿Cómo arrebatar a esta desgraciada y a su inocente hijo un nombre y la honra que de derecho les correspondían?

No vaciló un momento. Al día siguiente había anunciado la marquesa que iría a hacer la petición oficial y no había tiempo que perder.

Sentada doña Ignacia en una butaca y Mimí junto a ella en una silla baja, comenzó, no sin que el corazón se le oprimiera como si fuertemente se lo atenazaran, la cruel misión de arrancar de un golpe, y golpe

terrible, todas las ilusiones, todas las esperanzas de su hija.

—Mimí, ya sabes que mañana viene la marquesa a pedir tu mano, y antes quiero que me digas con toda verdad, sin que te quede nada por dentro, si tú cifras todas tus ilusiones en tu casamiento con Pepe.

—Sí, señora... yo quiero a Pepe mucho, mucho... él me quiere también..., y luego es muy bueno, ya sabe usted: me ha dicho que va a hacer los Siete Domingos de San José...

Doña Ignacia se sonrió con amargura.

—Bueno; que te guste y lo quieras, me parece natural; pero ¿y si por alguna circunstancia te vieras obligada a olvidarle, a renunciar para siempre a ser su mujer?

—¡Ay, madrecita! ¿por qué me pregunta usted eso...?

Y en sus rizadas pestañitas apareció una lágrima que balanceándose en ellas un momento resbaló corriendo por sus mejillas.

—¡Mira, Mimí, hija mía, si puede ser! Tú eres ya una mujercita, tienes talento y, sobre todo, eres muy buena y te debo hablar sin rodeos. Lee esta carta.

Tomóla Mimí temblando y las lágrimas se agolparon a sus ojos y mojaron el papel que tan despiadadamente trocaba en negra pesadilla sus ensueños color de rosa.

—¡Pero esto no será verdad!...—murmuró al fin con voz ahogada.

—Sí, Mimí, es verdad, es verdad.

Un inmenso sollozo salió entonces del pecho de Mimí, que ocultó en el regazo de su madre su rostro, que horrible dolor retrataba.

—¡Llora, hija mía, llora; tan joven, y ya con luchas y pesares tan grandes!...

Y Mimí lloraba, lloraba amargamente, al ver marchitas sus más venturosas ilusiones, al ver a su ídolo de oro convertido en ídolo de barro.

—Ya lo ves, Mimí, Pepe no puede ser tu marido; pertenece a otra mujer con quien tiene una deuda sagrada, una deuda de honra; y pertenece también a ese pobre niño, que está reclamando el nombre del que le dió el ser... Ahora, pues, dime: ¿qué contesto mañana a la marquesa?

Incorporóse Mimí con el rostro desencajado, cruzó las manos sobre las rodillas de su madre y en tono seco, decidido, enérgico, exclamó:

—Dígale usted que no... que no me caso...

Y su rostro descompuesto, apareció como rodeado de la aureola de los mártires; y parecía animada de una fuerza, de un espíritu sobrenatural.

Pero las lágrimas corrieron de nuevo y volvió a caer anonadada en el regazo de su madre. Esta, la mujer fuerte, de carácter enérgico y varonil valor, lloraba también y cubría de besos la hermosa cabeza de su hija.

—Bien, muy bien, Mimí—le decía—, ese es el proceder de la mujer cristiana.

Y madre e hija continuaron llorando abrazadas largo rato.

V

Al día siguiente fué la marquesa a pedir para su hijo la mano de Mimí. Cambiados los primeros saludos, expuso la marquesa el objeto de su visita. Removióse en su asiento doña Ignacia como aprestándose a

una empeñada lucha y respondió con alguna sequedad:

—Mimí agradece al marqués el honor que quiere dispensarle; pero sé que no está dispuesta a aceptarlo.

Quedóse atónita la marquesa ante tan inesperada respuesta, murmurando con algo de indignación y mucho de asombro:

—¿Es posible?... ¡Se necesita estar loca!...

—No, señora, no está loca, ni se necesita estarlo para rechazar a su hijo de usted. Es, sin embargo, natural que el cariño de madre se lo haga entender así.

—¿Pero me va usted a negar que Mimí está muy enamorada de Pepe?...

—No le niego a usted que le quiera; pero Mimí no puede en conciencia ser esposa de su hijo de usted.

—Pero ¿qué tiene que ver aquí la conciencia?

—¿Qué tiene que ver?... Lea usted esta carta y lo sabrá.

Leyóla con avidez la marquesa, y arrojándola con profundo desprecio, exclamó:

—¿Y usted da crédito a lo que un anónimo dice?

—No, marquesa, doy crédito a lo que yo misma he averiguado y visto con mis ojos.

—Y aunque así fuera, ¿cree usted que mi hijo, un marqués, está obligado en conciencia a casarse con una cualquiera... o, peor, una perdida?....

—¡Sí, señora! Precisamente por eso, porque está perdida por él, y sólo por él.

—Es original la doctrina ciertamente....

—No es original mía, es la doctrina del catecismo.

—¿Y en qué mandamiento se ordena semejante desatino?—repuso inmediatamente la marquesa.

—Es muy sencillo. Debe usted saber que no se perdona el pecado sin restituir lo quitado. Su hijo de usted ha quitado la honra de esa mujer, y está obligado, pero

rigurosamente obligado a restituírsela, y no hay otro medio que el matrimonio.

Levantóse furiosa la marquesa exclamando:

—Y en resumidas cuentas; ¿usted qué dice?

—Digo—contestó la viuda con fría calma—lo que antes, que Mimí agradece el honor sin aceptarlo.

Hizo la marquesa una inclinación de cabeza y salió de la casa llena de despecho y coraje.

Era inaudito, incomprensible que su hijo tan guapo, tan rico y con un título de marqués, se viera despreciado por una niña tonta y sin dinero y por una madre beata y fanática. ¿Qué diría la gente?... Por supuesto; todos los que se enterasen, todos darían la razón a ella, a la marquesa; pero, sin embargo, juzgó oportuno no dar cuenta a nadie de la verdad del caso. La indignaba y sacaba fuera de sí el haber recibido la negativa, cuando tan adelantadas estaban ya las relaciones, pues así el escándalo resultaba mucho mayor. Y todo ¡por ridículas intransigencias, rancias preocupaciones, monjiles escrúpulos!... Se necesitaba estar loca para creer que su hijo, un marqués de Peñáguila, tuviera que casarse con una... costurera.

Pepe no se indignó como su madre; pero realmente tuvo un disgusto grandísimo y no dejaba de conocer que doña Ignacia y Mimí tenían razón. Mas verdaderamente enamorado de la joven, se resistía fuertemente a olvidarla para siempre.

Con mucho trabajo y constancia obtuvo de la marquesa que pensara en algún medio de arreglo. Y la señora, después de mucho pensar y meditar y luchar, por una parte con su orgullo resentido por la negativa, y por otra, con algo que allá en el fondo de su conciencia le decía que Mimí tenía razón, decidió, por complacer a Pepe que encarecidamente se lo suplicaba, escri-

bir a doña Ignacia proponiéndole se efectuara el proyectado matrimonio, buscando antes a alguno, que, mediante un poco de dinero, se casara con María González; quedando ella, por este medio, amparada y con honra, y su hijo con un nombre que, como suyo, podría llevar. De este modo, añadía la marquesa, se zanjaba el caso de conciencia, se desvanecían los escrúpulos de Mimí, que hipócritamente encontraba ahora muy justificados, y al mismo tiempo se obtenía lo que tanto ella como doña Ignacia deseaban, la felicidad de sus hijos.

Esta carta, impregnada de lamiosa beatitud y llena de hipócritas aspavientos, produjo una verdadera indignación a la viuda de Góngora, que inmediatamente la contestó con estas solas palabras: "La honra de esa pobre mujer y la tranquilidad de nuestra conciencia no se compran con un puñado de dinero".

Recrudecióse la ira y el despecho de la marquesa ante esta nueva negativa, mortificándola sobre todo el que la aleccionasen en cuestiones de conciencia, materia en que tan experta se creía. Mortificábale también en extremo la resonancia y comentarios que tan brusco rompimiento había producido y la desairada situación en que ella y su hijo se encontraban. ¡Y pensar que todo lo habían ocasionado una beata fanática y una colegiala insulsa!... ¡Vamos, era cosa que no se podía llevar con paciencia!

VI

Pasados algunos meses, murió en Valencia un hermano de la marquesa sumamente rico que dejaba una hija de quince años. Recogió aquélla en su casa a la

huérfana, y al punto concibió la idea luminosísima de casarla con Pepe.

Algún trabajo costó a la buena señora vencer la obstinación de su hijo; pero tanto insistió, tantos resortes puso en juego, que al fin triunfó y, pasado el año de luto, se anunció con toda solemnidad el próximo casamiento.

El novio hizo magníficos regalos a su futura: entre ellos llamaba la atención una riquísima corona de marquesa, hecha de brillantes y rubíes. La madre, todos sus parientes y amigos hiciéronla valiosísimos presentes, que artísticamente colocados en grandes mesas, eran admirados con envidia por infinidad de curiosas amiguitas, que luego se apresuraban a encontrar en todo mil tachas y defectos.

El día señalado para el casamiento, se adornó la casa con gusto exquisito y lujosa suntuosidad. A las once de la mañana arrancó de la casa de la marquesa su magnífico *landeau*, llevando los mayorales en los brazos y los caballos en las frontaleras grandes lazos de raso blanco y simbólicos ramos de azahar. Este carruaje conducía a la marquesa y su futura nuera que vestía un elegante y rico traje de boda, de terciopelo blanco con finísimo velo de tul, prendido en la cabeza por la corona de marquesa, regalo del novio.

Ante un altar en que, rodeada de centenares de luces y ramilletes de flores, se elevaba la imagen de la Madre de Dios, coronada de estrellas y hollando la luna, recibieron los novios la bendición nupcial que para siempre en indisoluble lazo los unía.

Mientras tanto, María, la infeliz abandonada, falta de fuerzas e imposibilitada para el trabajo, pedía, llevando a su hijo en brazos, una limosna por el amor de Dios. Rendida por el cansancio y el hambre, dejóse

caer sin alientos en el portal de una casa de suntuosa apariencia. Oyó de repente a lo lejos confuso ruido de un coche que se acercaba rápidamente, y entró, seguido de otros muchos, desempedrando la calle, y se detuvo con estrépito a la puerta de la casa, salta el lacayo del pescante, abre, sombrero en mano, la blasonada portezuela, y baja un caballero en traje de etiqueta con un ramito de azahar en el ojal del frac, ofreciendo su mano cubierta con blanco guante a una joven en traje de desposada.

María se levanta, vacila un corto instante, y al fin, con el rostro enrojecido por la vergüenza, se acerca al caballero, y extendiendo temblorosa su mano, le pide una limosna.

—Dios la ampare—contestó el caballero.

Al oír estas palabras, levanta la mendiga sus ojos, y, reconociendo al marqués, lanzó un grito agudísimo y se alejó corriendo de aquel lugar, como de un sitio maldito.

Iban llegando otros coches y en la casa van entrando multitud de señoras y caballeros, vestidos todos con lujosos trajes de ceremonia.

Mientras, la pobre María corría de calle en calle con su hijo en los brazos, en cuya carita pálida como la cera, ya la muerte había estampado su fatídica herradura.

Y en casa de Peñáguilas se celebra un espléndido banquete en honor de los novios: y ya los vapores del champagne alegran las cabezas y dan suelta a las lenguas, y óyese el ruido de las copas que chocan, de las conversaciones que se animan, y alegres brindis y ruidosas carcajadas y estrepitoso vocerío.

Entre tanto, María en vano trataba de volver el calor y la vida del cuerpecito inerte de su hijo que ago-

nizaba en sus brazos. Y delirante, convulsa, ebria de dolor, cayó sin sentido a la puerta de una iglesia.

Volvió en sí tras largo rato tendiendo hacia todas partes sus ojos desencajados; vió a sus pies el cadáver de su hijo y delante una imagen de Jesucristo clavado en la cruz, coronado de espinas, llagado, sangriento....

Atónita y suspensa, arrojóse sollozando a los pies de aquel Señor, e imploró, con el corazón destrozado de dolor, el perdón de sus culpas.

Poco a poco su cuerpo, extenuado por el hambre, el sufrimiento y la fatiga, íbase poniendo más frío que el mármol del pavimento. Sólo su corazón ardía abrasado de amor hacia aquel Señor a quien tanto ofendió.

Y luego sintió que un mortal escalofrío recorría todo su cuerpo y helaba la sangre en sus venas, y que una angustia horrible le subía a la garganta; desvanecida, cayó al suelo y envuelta en un suspiro voló su alma a reunirse con su hijo. ¡Pobre María!...

Y al mismo tiempo, los marqueses de Peñáguilas partían felices y dichosos a pasar en el extranjero la luna de miel, y eran despedidos por multitud de amigos y parientes, que, en frases cariñosas, mil felicidades y venturas les deseaban.

EPILOGO

Esta historieta no tiene otro epílogo que aquel tan repetido dicho: "El día del juicio va a haber chascos grandes, muy grandes".

En aquel tremendo día, cuando al pavoroso son de la trompeta del ángel se abran los sepulcros re-

sucitando los muertos, y comparezcan todos a rendir cuentas de sus buenas y malas obras ante el terrible e inexorable Juez, cuánto cieno, cuánta miseria, cuánta podredumbre, que tal vez se ocultaron aquí en la tierra tras brillantes apariencias, cuántos sepulcros blanqueados, cuántos lobos con pieles de mansas ovejas, cuántos y cuántos, allí desenmascarados quedarán. Y el fariseo que se ensalzó será allí humillado; y el publicano que se humilló, ensalzado será por toda una eternidad.

Episodio de la toma de Sevilla

No hace mucho tiempo que circulaba por todas partes una estampa grabada en Barcelona, en la que se veía a la Virgen sosteniendo sobre sus rodillas una mujer extenuada; a los pies de ésta yacía entre el polvo una corona real, rota y sin brillo, y en la orla de su túnica brillaban aquellos leones que un rey Santo heredó de su padre, para unirlos a los castillos que heredó de su madre.

La que agonizaba era España, y la que la sostenía era la Virgen su patrona; la una fijaba su última mirada de angustia en la diadema regia que rodaba por el suelo, la otra ponía la mano sobre el corazón de su hija querida y decía esperanzada: ¡Todavía late!

¡Todavía late!... Consoladora expresión que en dos palabras encierra un elogio al pasado, un reproche al presente y una amenaza al porvenir, que puede paralizar del todo el corazón que tuvo España, la tierra de los caballeros. Este fué siempre el distintivo de nuestra patria heroica y guerrera primero, galante y devota después, exagerada y quijotera más tarde; pero siempre noble y viril, siempre leal y digna. Hasta aquel loco caballero que atacaba molinos y alanceaba ovejas, creíase siempre protector del débil y oprimido, escudo de la desgracia indefensa; era la idea noble y elevada luchando con la realidad baja y grotesca; vencido o vencedor, la virtud estaba en el acto que imaginaba y eso en el resultado que obtenía. Era siem-

pre un corazón noble y honrado; era siempre un caballero. ¡Bendito don Quijote! Para nosotros, que sabemos prescindir de tus risibles hechos para admirar tus buenos propósitos a cada porrazo y llevarte una hoja de laurel en tu corona, cada palo que te dieron es una página sublime de tu historia.

Si nos fuese dado infundir el alma de don Quijote en un puñado de españoles, si nos fuese posible ponerlos delante de esa España que agoniza, sin más armas que aquella adarga y aquella celada de cartón, ¿dónde iría a parar en tu caballeroso empuje esa turba de malandrines que la asesinan, esos corazones atrevidos que nacieron con una pluma detrás de la oreja y en el corazón un libro de cuentos?... No se reirían entonces, como hoy se ríen de don Quijote sir John Bull, el mercader, ni Mayense, el bufón, ni Jonathan, el gran farsante republicano. —¡Todavía late! dice la Esperanza por la boca de nuestra patrona la Virgen María y ha poco un pobre carabinero viene a probar en Sevilla que aún no ha llegado la hora de que España vista luto por esa generosidad antigua semejante a un depósito de pólvora guardado en un corazón hasta que la más leve chispa de sentimiento lo convierta en héroe, de un solo estallido.

El que vamos a narrar es uno de esos hechos que pasan desapercibidos en el fragor de un combate, sin que su publicidad sirva de estímulo al valiente, de ejemplo al cobarde y de galardón al que lo ejecuta. Rara cosa es, en verdad, que los periódicos, tan amigos de denunciar los actos escandalosos en que nuestra época abunda, no tengan igual empeño en publicar estos otros generosos rasgos que sin duda reconcilian a Dios con sus criaturas.

* * *

Sevilla ha escrito los últimos días de julio una página empapada en sangre y cubierta con crespón de luto. La noble matrona que muestra en su catedral una fe de granito, en su alcázar una corona de almenas y un "*no me ha dejado*" de Alonso el Sabio en su escudo, no puede soportar ese gorro frigio que la humilla y la mata y hasta la despoetiza.

Tiempo hacía que pesaba sobre Sevilla esa calma horrible y precursora de las grandes catástrofes. La demagogia se precipitaba por las calles mientras el orden se replegaba gimiendo. Aquélla hacía preparativos de destrucción, éste los hizo de fuga; la una tuvo un alma en Pierrard, que allí brotó no sabemos de dónde; el otro la tuvo en el terror que aquél traía como heraldo.

Dejábase oír el fuego de la fusilería mezclado con el del cañón como un tremendo concertante modulado por gargantas cuyas notas sembraban la muerte. Hacia el barrio de San Bartolomé la lucha era sangrienta. Un puñado de carabineros y otro de ingenieros lograron apoderarse de una casa y, perforando las paredes, llegar a la inmediata para dar la vuelta a la barriada. Los insurrectos, comprendiendo su táctica, prenden fuego a toda la manzana, para destruir de una vez aquel pelotón de valientes, que fueron héroes que no tuvieron apoteosis.

Ahogábanse aquellos infelices entre el humo de la pólvora que los enardecía, el del incendio que los ahogaba y el polvo de los edificios que empezaban a derrumbarse.

De repente sonó entre los gritos de combate y el estruendo de las detonaciones un llanto a que el abandono prestaba su desamparo, su horror la angustia y su debilidad la inocencia. ¡Era el llanto de un niño! Uno solo lo oye y fué el de corazón más grande, porque

grande debe ser el corazón que en tan tremendo peligro sabe y quiere escuchar un gemido.

Era éste un pobre carabinero que corrió hacia aquel paraje, como corre la caridad hacia el dolor, llevándole el remedio. En una habitación que ya las llamas devoraban había una cuna en que una criatura de un año lloraba con espanto. ¡Sólo estaba a su lado el Angel de la Guarda! El heroísmo no reflexionaba y esa es su salvación al par que su gloria.

El carabinero cogió al niño con la mano izquierda y empuñó la carabina con la derecha para volver al puesto. ¡Qué grande debió parecer entonces el fuerte amparando al débil, qué noble aquella mano que para proteger una vida inocente arrostraba un peligro de muerte!

El niño rodeó sus bracitos al cuello del soldado, y escondió la carita en aquel noble pecho; el héroe siguió perforando paredes, disparando tiros, rugiendo con esos gritos sobrenaturales que arranca el combate a la ira, al ardor, a la venganza, al furor, al espanto, al vértigo que causa la sangre que corre y la pólvora que humea. Pero no por eso soltaba su inocente carga. ¡Bien sabe Dios que ella lo protegía! Cuatro horas después, siete casas perforadas por aquella tropa eran otros tantos solares llenos de escombros. Entonces el carabinero entregó al niño ileso a su madre, y el Angel de la Guarda de éste, no sabiendo a quién contar este rasgo en la tierra, volaba a contarlo en el cielo. Allí fué donde le contestaron: ¡Todavía late!... (1).

---

(1) Después de escritas estas líneas, hemos sabido que una persona a quien conmovió este rasgo hizo entregar 2.000 reales al valiente carabinero por mano del general Pavía.

Por burlona

Por la boca muere el pez.
(*Refrán*)

I

La preciosa quinta de Buenavista, propiedad de la rica y opulenta viuda de Mendoza, rebosaba gente, animación y alegría. En una deliciosa alameda rodeada de corpulentos álamos de los cuales pendían multitud de vistosos farolillos a la veneciana, se servía un bien condimentado *gazpacho,* profusión de dulces y sorbetes, rociado todo con exquisitos vinos, sangre de aquella tierra, una de las más hermosas y fértiles de Andalucía.

Una orquesta de bandurrias oculta entre la enramada dejaba oír sus armónicos sones. El ceremonioso rigodón alternaba con las graciosas sevillanas y aun hubo cierta hermosa *jembra* que pespunteando la guitarra, terciada sobre su falda, se arrancó por el cante *jondo,* ya con alguna *malagueña* de intricados y sentimentales gorgoritos, ya con alguna chusca e intencionada seguidilla. Y allá en la ría, que con sus riberas cuajadas de flores y su rústico puente adornado también de farolillos, cuya luz indecisa y vaga se reflejaba en las tranquilas aguas, presentaba un precioso y fantástico aspecto, dos jovencitas muy monas, encarna-

das como las cerezas, y riendo como locas, remaban con fuerza en una pequeña barquita que a su impulso recorría veloz toda la extensión de la ría, con riesgo a cada momento de dar una tremenda zambullida a la linda tripulación.

Había también muchos grupos diseminados aquí y allá por el jardín, sin hacer nada, hablando de infinidad de cosas más o menos tontas, cuando no se dedicaban a la piadosa tarea de murmurar del prójimo. Entre todos descollaba un grupito que en todas partes se reunía y en el que de tal manera se cortaba, o mejor, se trituraba a todo el mundo, que era universalmente conocido por el *Tribunal de la Tijera*. Componíanlo Isabelita Gómez, Blanquita Teja y Rosita Peñasco, la cual por sus méritos excepcionales había sido elegida por aclamación presidenta de esta especie de triunvirato.

Era la de Peñasco un ser indefinible e inexplicable; no era ni joven ni vieja, ni fea ni bonita, ni cursi ni elegante, ni tonta ni discreta. Sólo tenía dos rasgos sobresalientes, uno en lo físico y otro en lo moral. Era el primero una expresión burlona y sarcástica que de continuo revestía su semblante como la máscara de los antiguos sátiros; y el segundo una facilidad asombrosa para hallar al momento el lado ridículo a personas y cosas: no había ni que pestañear irreflexivamente en su presencia: todo lo notaba, todo lo sorprendía y archivaba en su prodigiosa memoria, para después reír y hacer reír a costa del prójimo. Todos la buscaban y todos la temían: la buscaban porque es muy general el encontrar placer en reír de las miserias y ridiculeces ajenas; y la temían porque hacían la razonable reflexión de que así como delante de cada uno de ellos se burlaba y mofaba Rosita de los demás, al vol-

ver las espaldas ellos mismos serían objeto de su crítica implacable, de que era instrumento su lengua, que cual espada de dos filos, hería hasta chorrear sangre, sin que miramiento alguno la contuviese, sacrificándolo todo, hasta los afectos más santos y puros del corazón, ante un chiste o un tijeretazo que le valiera las risas y el aplauso de los que la escuchaban.

Isabel y Blanquita eran por el estilo, y cuando las tres se reunían ya podía echarse a temblar todo el género humano: y era lo más particular que siendo las tres tan amigas y tan inseparables, cuando alguna de ellas no estaba presente, las otras la azotaban sin piedad con sus lenguas viperinas, pues no contentas con morder a los demás, se destrozaban unas a otras, tal vez con más encarnizamiento.

La noche del *gazpacho* en Buenavista se hallaban las tres reunidas como de costumbre y sostenían un animadísimo diálogo que, como era natural, versaba sobre las flaquezas y ridiculeces de los que allí estaban presentes.

—Mirad, allí están los *asnos afligidos*—decía Rosita haciendo fijar la atención de sus compañeras en dos jóvenes pequeñitos y cabezones que con unas caras muy tristes se paseaban muy despacio cogidos del brazo.

—Sí, los primos inseparables—añadía Blanquita—allí van tan melancólicos como siempre, con sus cabezotas tan gordas y sus orejas como abanicos. Cuidado si son feos los pobrecitos.... Si es verdad que el hipo se quita con un susto, con sólo mirarlos, cura radical.

—Abusan del espacio—seguía Isabelita—con esas cabezas tan enormes y esas orejas tan abanicadas.

—Y pensar que cabezas tan hermosas se las comerá la tierra y serán pasto de gusanos...

—¿Sabes que uno de ellos, Teodorito, pretende a la de Tragaluz?

—Pues sabes que él dice que es el tipo perfecto de la mujer árabe.

—Si dijera del ochavo moruno, más cerca le andaría. Pero dime, Rosa, ¿ya abandona con esos dos amigos del alma a las de Bolsón, aquellas jamonas tan gordas a quienes les decían *las mulas del tranvía?*

—Digo, mujer, ¡pues no hace tiempo!... Y sabes que con el mayor descaro decían ellas que no tenían más que veintitrés años una, y veinticinco la otra. Pero lo más grave fué que al bajar las hijas de edad, bajó también la madre, y no reparando en pelillos, aseguraba no tener más que treinta y cinco.

—¡Se casaría de nueve años!—exclamó Isabelita riendo a carcajadas.

—Estuvo oportuno Juanito López, cuando al oír que los *asnos afligidos* se casaban con *las mulas del tranvía* preguntó: ¿Pero hay venta de bestias de desecho?

—Una especie de almoneda de muebles viejos.

—¡Ay, mujer—exclamó de repente Rosita—qué ocurrencia!... que ese inglesote Stock, más alto que la Giralda y con la cara como un salmonete podrido, se ha colocado entre los dos primos y parecen la cruz de manga y los ciriales.

—Oye, ¿será verdad lo que dicen que ese señor Stock se corta las uñas cada quince días y las manda bajo sobre al czar de Rusia?

—Mira, es posible; porque estos ingleses son capaces de cualquier cosa.

—Me dijeron que el otro día pasaba Stock por la Fábrica de Tabacos cuando salía una cigarrera, se quedó mirándole y dijo: "¡Ave María, y qué hombre más alto!

Oiga usted, chavó, ¿va usted empalmao o en una pieza?

Acercóse al grupo Paquito Laredo, que era cierto diablillo muy simpático que hablaba por los codos y que era muy apreciado sobre todo por el gremio de mamás, porque a éstas, de ordinario tan desatendidas y olvidadas, les dedicaba largos ratos entreteniéndolas con su inagotable charla y sus graciosas ocurrencias. Acercóse, pues, Paquito moviendo con rapidez los dedos índice y medio de la mano derecha en ademán de cortar, diciendo al mismo tiempo:

—¡Rich, rach, rich, rach!...

—Pero, hombre—dijo la de Peñasco— ¡que nos censures tú que eres el más burlón que hay bajo la capa del cielo...!

—Mira, Rosita, yo no he censurado nada...

—Pues no sé qué significa entonces ese rich rach tan inoportuno.

—Oye, Paco—interrumpió Isabelita—, me habían dicho que con las calenturas que tuviste te habías puesto más blanco.

—No, hija, no, lo moreno no pierde, es un color muy firme.

—Y que el tuyo es subidito—observó Blanquita, cuyo rostro estaba en patente contradicción con su nombre.

—¡Miren la que habla!... Dijo la sartén a la caldera, quita allá, que me tiznas.

—Y a propósito de firme—repuso Isabelita—, allí viene don Serafín tan teñido y acicalado como siempre, no pasan años por él, ha descubierto el secreto de la juventud perpetua.

—Pues bien podía dar la receta a las de Bolsón.

—Pero ¡qué picarillo es! Míralo coqueteando con *las niñas simples o el eco de las tres voces.*

—¿Quiénes son esas señoras?—preguntó Paco con extrañeza.

—¿No lo sabes? Las de Ramírez.

—¿Y por qué les dicen eso?

—¡Qué atrasado estás de noticias! Porque cuando cualquiera de ellas dice alguna cosa, las otras dos repiten en seguida las últimas palabras: dice una, "hace hoy un calor insoportable", "insoportable" exclaman al momento las hermanas: "está el *gazpacho* muy animado" dice otra, "muy animado" repite al punto el eco.

—Son ustedes el mismísimo enemigo.

—El enemigo...—repitió burlonamente Rosita.

—¿Saben ustedes—preguntó Isabel—lo que le pasó el otro día a don Serafín en casa de la de Manzano? Estaba allí de visita con su cabeza tan pintada y teñida como de costumbre, cuando entró de pronto en la sala uno de los chiquillos con un tiznón espantoso en la frente. "Niño—le preguntó con severidad su madre—, ¿qué has hecho para ponerte así?" "Yo no he hecho nada, mamá, como no sea que al pasar por la galería me puse el sombrero de don Serafín..." Figúrense ustedes lo cortada que se quedaría la señora.

—Juanito López—repuso Blanquita—me contó el otro día que don Serafín le había dicho que su escudo de armas tenía una estrella en campo azul, porque eran ellos descendientes de uno de los Reyes Magos, pero le encargó el secreto por si era del Rey negro.

—Pero, Rosa—dijo de repente Paco—, eres la más burlona que me he echado a la cara; ¿me querrás decir por qué te ríes cada vez que me miras?

—Y tú ¿por qué me miras cada vez que me río?

—No hay quien pueda contigo...

—La verdad es que me reía de ese granito tan importuno que te ha salido en la punta de la nariz.

—Eso es reírse de la desgracia; ¡qué malos sentimientos!...

—Rosa, mira allí junto a la ría a la de Martínez, tan hueca y finchada como siempre y no tiene ni sobre qué caerse muerta.

—Humos de canónigo y rentas de monaguillo.

—Pues la niña bien gasta en moños y perifollos.

—¿Qué quieres, hija? Mientras dura, vida y dulzura; en acabando, gimiendo y llorando.

—Paco, ¿te has abonado a la ópera?

—No, Blanquita, tengo hecho voto de pobreza.

—¿Voluntario?

—No, no, forzoso.

—¡Pues entonces, vaya un mérito!

—¡Vaya si lo tiene! ¿Acaso no supone nada el sobrellevarlo con resignación? Rosita—añadió Paco—, me han dicho que has dado flechazo a Cincovillas, el coronel de Ingenieros que llegó hace días. Compadezco al pobre Luis Castro que no es más que un mísero teniente de Caballería; ya lo veo derrotado.

—Te equivocas, Paco; Rosa prefiere el teniente al coronel: y hace bien; que éste es un mamarracho, ramplón y botijo como una cantimplora de la Rambla.

—No exageres, Isabelita—replicó la de Peñasco, que había estado unos momentos muy distraída mirando con mucha atención a un grupo algo lejano—. No es tan gordo ni tan ridículo; y luego tiene una carrera brillantísima, a los treinta y cinco años es coronel: me parece que no habrá muchos en su caso.

—Mucho lo defiendes y hasta le quitas la edad. Nada, me inclino a creer que triunfa el coronel sobre la Caballería.

—Pues yo me inclino tanto—dijo Paco—, que estoy boca abajo.

—Si es natural, entre un coronel y un teniente...

—Y luego que los coroneles—decía previsoramente Blanquita—dejan viudedad, y los tenientes, no.

—¡Pero son el diablo estas niñas!... Todavía el pobre coronel no ha dicho a Rosa ni esta boca es mía, y ya no solamente la supone casada, sino hasta viuda.

Y Rosita seguía preocupada mirando al grupo, y aunque no le asomaba al rostro, sentía allá en sus adentros una rabieta espantosa. La cosa no era para menos; allí en aquel grupito estaba Luis Castro, el teniente de Caballería por quien Rosita está apasionadísima, y él, ingrato a tanto amor, departía muy amartelado con Paquita Montero, niña rica y bonita, que a la sazón está muy de moda, y a quien Rosita profesaba mortal antipatía que se trocó en odio implacable, al saber que era pretendida por Luis pareciendo ella muy inclinada a su favor. Tan rabiosa estaba la de Peñasco, que si se deja llevar de sus impulsos, a los dos les saca los ojos allí mismo.

Entre tanto, se acercó al *Tribunal de la Tijera* el coronel Cincovillas, hombre francote y campechano, que se reía por todo y estaba siempre de buen humor. No obstante su considerable obesidad, y su facha algo grotesca, parecióle a Rosita, en aquel momento, un ángel bajado del cielo; y haciendo mil dengues y monadas, le hizo sentar a su lado y entabló en seguida una animada conversación, que, aunque en realidad versaba sobre cosas triviales, tal era el misterio con que hablaba y tales sus gestos y actitudes, que no parecía sino que entre los dos se ventilaba algún espinosísimo y peliagudo asunto.

La conversación recayó sobre los melocotones, a que

el coronel era muy aficionado, y Rosita, haciendo de pronto un graciosísimo mohín, decía entornando lánguidamente los ojitos y frunciendo la boquita:

—Son tan bonitos; parecen de terciopelo...

Y luego bajó ruborosamente la vista y comenzó a repasar inquieta las varillas de su abanico, no sin dirigir miradas furtivas al grupo de la Montero. Miró y vió... (¡qué osadía delante de sus narices!...) que un muy hermoso clavel había pasado del pecho de Paquita al ojal de Luis. Rosita no pudo contenerse y dió una patadita en el suelo, y en seguida alegre y aturdida como una niña propuso al coronel ir juntos a echar miguitas de pan a los pececillos de la ría.

—¡Mire usted, Rosita, mire usted qué pícaros!... —decía el bueno del coronel—, se comen la miga y salen corriendo...

Y Rosita contestaba allá en sus adentros:

—Eso ha hecho Luisito, pero a ti ya cuidaré yo de clavarte en la miga el anzuelo... Y que voy a necesitar en vez de guita una maroma.

II

El Carnaval, fiesta de suyo tan bullanguera y falta de juicio, es en Z... mucho más divertida que en otras partes. Pobres y ricos, chicos y grandes acuden todos a la calle X... la más ancha y hermosa de la ciudad, y formando una masa, masa compacta que marea la vista y aturde los oídos.

Las damas, salpicados los cabellos de menudos papelillos de colores arrojados por los galanes, huyen de éstos que las amenazan con una lluvia de agua de olor, de dulces y de flores: las máscaras resaltan

entre la muchedumbre con sus abigarrados trajes, ensordeciendo con sus voces atipladas y chillonas: las comparsas recorren las calles con banderas desplegadas tocando con gran desafinación multitud de extraños instrumentos: el vino corre a torrentes, todos gritan y ríen a carcajadas y tal es la confusión y locura que reinan, que se comprende perfectamente por qué representan al Carnaval con un grotesco *pierrot* lleno de colorines y cascabeles haciendo mil cabriolas y agitando una enorme sonaja.

Por la noche suelen disfrazarse muchos jóvenes que se valen de la careta, bien para dar bromas a los muchachos, o bien para burlar la vigilancia de los papás y mamás severos que prohiben a sus niñas los noviazgos y amoríos. También de vez en cuando se ve alguna que otra mascarita envuelta en amplio capuchón de seda que sólo se pone el antifaz para dilucidar algún importante asunto en las ventanas del Casino o para soltar una fresca a alguna odiada rival.

Algo de eso debía proponerse Rosita Peñasco que, cubierto el rostro con un antifaz de raso grana y envuelta de arriba abajo en un dominó de seda negro, se dirigía muy de prisa hacia el Casino acompañada de su tía Joaquina, especie de esqueleto ambulante que no daba más señales de vida que estornudar con espantoso estruendo y frecuencia extraordinaria, debido al abuso que hacía del rapé que tomaba en abundantes dosis. Era la que se llevaba siempre a Rosita a todas partes y esta circunstancia le había valido el nombre de *la Chaperón* con que era universalmente conocida.

Acortaron el paso tía y sobrina al llegar frente al Casino; escudriñó rápidamente Rosita todas las ventanas y no debió encontrar a quien buscaba, pues pasó de

largo. Detúvose de repente ante un grupo de jóvenes que no lejos de allí estaban sentados, entre los cuales se encontraban Paco Laredo, Juanito López y Luis Castro con su brillante uniforme de húsar.

Acercóse a ellos la de Peñasco, pausada y lentamente y... se quedó callada, no sabía por qué comenzar; la cuestión era peliagudísima, jugaba en ella el todo por el todo: trataba nada menos que de tender las redes al bizarro oficialito, cazarlo y amarrarlo después tan fuertemente que no pudiera escapársele de nuevo. Sin embargo, prudentemente previsora y desconfiando algo del éxito de su atrevida empresa, había estado entreteniendo desde el día del *gazpacho* al inflamable coronel, a quien, erigiéndose en Ministro de la Guerra, había destinado a la reserva. Era, pues, el golpe decisivo y se explica muy bien su azoramiento y vacilación. Por fin, no pareciéndole oportuno irse desde luego al grano, prefirió andar primero por las ramas y tras un breve rato de silencio que ya iba extrañando a los del grupo, comenzó a hablar a Luis del regimiento en el cual estaba destinado. Dióle muchos pormenores de la plana mayor de la oficialidad, pasando revista y fustigando uno a uno: criticó mucho el decorado del cuarto de banderas, que le parecía muy cursi; habló también de ciertas maniobras en las que durante aquellos días se habían ejercitado los soldados y hasta se ocupó de un corneta muy pequeñito, muy mono, que le hacía mucha gracia y le quitaba la devoción, haciéndola reír mucho, cuando, en misa de tropa, le veía tocar la trompeta, colorado, como un tomate y con los carrillos hinchados para soplar: era una verdadera monería y ella quería regalarle un cartucho de bombones; tenía ella mucha simpatía, mucho afecto por la gente de Caballería....

—Mascarita—le dijo Luis—, muy enterada estás tú de los asuntos del regimiento.

—Esta debe ser *de Caballería*—observó con sorna Juanito López.

—No—repuso vivamente Paquito—, debe ser novia de algún asistente.

Soltaron la carcajada y los ojos de Rosita brillaron tras el antifaz que cubría su rostro, iluminados por un chispazo de ira. Fué tal su rabia, que instintivamente llevó la mano a la cabeza para sacar una agujeta muy gorda que sujetaba el capuchón y acometer con ella a Paco atravesándolo de parte a parte.

Para colmo de desventuras, la tía Joaquina, distraída y maquinalmente por la fuerza de la costumbre, sacó la caja de rapé y con su mano cubierta de blanco guante llevó un buen polvo a sus narices por debajo de la careta. No pasó esta operación desapercibida para los del grupo, que a una voz gritaron:

—Máscara, te hemos conocido, eres Rosita Peñasco.

Y la desventurada Rosita, furiosa, desconcertada, ciega de coraje y despecho, arrancó de allí a su tía de un fuertísimo tirón que a poco pone en dispersión sus huesos, e irritada y rabiosa por la torpeza de la pobre Joaquina, la propinó en un brazo el tremendo pinchazo que iba destinado a Paco.

La *Chaperón* exhaló un lastimero y cavernoso quejido. El lance corrió al momento de boca en boca y se hacían chistosísimos comentarios, mientras Rosita tomaba una tras otra cinco tazas de tila para sosegar sus nervios terriblemente excitados por el berrenchín.

Al día siguiente, ya más tranquila y pacífica, paseaba la de Peñasco con sus íntimas Isabel y Blanquita, cuando se vió salir del Casino un chiquillo harapiento con un papel en la mano, el cual, introdu-

ciéndose entre la multitud, miraba detenidamente los trajes de las señoras, como buscando alguna cuyas señas le hubiesen dado. Paróse detrás de Rosita y, con mucho tiento y destreza, colgó el papel en la parte posterior de la falda, por medio de dos alfileres doblados, y, escurriéndose veloz entre la gente, quedó a la vista de todos un tremendo cartelón en el que con gruesos caracteres estaba escrito:

ESTA ES ROSITA PEÑASCO
PRESIDENTA DEL TRIBUNAL DE LA TIJERA
ADMIRADORA Y ENTUSIASTA
DEL ARMA DE CABALLERÍA

Mucho tiempo tardó Rosita en apercibirse del cartel que, colgado a su espalda, su nombre y habilidades pregonaba. Cuando lo notó cogiólo con presteza, y al leer lo que en él estaba escrito, púsose roja de indignación y de vergüenza y tan furiosa y colérica, que en aquel momento en que, para colmo de desdichas, pasaban junto a ella muy amartelados Paquita y Luis, hubiera contestado al saludo, un tanto irónico, que éstos la hicieron acometiéndolos y destrozándolos con uñas y dientes. Y hubiera puesto por obra su sangriento propósito a no sujetarla fuertemente por los brazos Isabel y Blanquita. Viéndose entonces imposibilitada de hacer movimiento alguno agresivo hacia la enamorada pareja, les sacó la lengua y escupió después con desprecio. Iba furiosa como una pantera.

Por la noche, aunque estaba de humor de perros, fué a la velada con la única idea de hacer todo lo posible por que el coronel se acercase. Estaba decidida: Luis le inspiraba aversión profunda, odio, antipatía, repudio de todo, como que se había burlado

cruelmente de ella, la había despreciado, haciendo añicos su amor propio. El señor de Cincovillas estaba algo gordo, pero ya le parecía un buen mozo y, sobre todo, tenía una carrera brillante y un considerable capital: no había que dudar, no más vacilaciones.

Impaciente estaba Rosita por ver la cara bonachona del coronel y alargaba cuanto podía su cuello, que no era por cierto de cisne, para ver si lo distinguía entre la inmensa masa de carne humana que ante ella se revolvía.

De pronto se acercó al grupo una máscara cuyo traje consistía únicamente en una larga camisa, un puntiagudo gorro de dormir y una careta de enormes facciones contraídas por una truhanesca sonrisa. Llevaba en la mano una pequeña vasija de pedernal, cogida por el asa y cuidadosamente tapada. El grotesco personaje se acercó sin decir palabra, y destapando con primor la vasija, que apareció llena de bombones de chocolate, la presentó con una mano a las señoras, ofreciendo su contenido, mientras con la otra el muy truhán se tapaba las narices.

Todas las del grupo reían ruidosamente celebrando la ocurrencia, incluso Rosita a pesar de su mal humor. Pero en esto, surgió de repente el rumor de que la cínica máscara era Paco Laredo, y la de Peñasco no sólo se puso muy seria, sino que, recordando recientes ofensas, no pudo contenerse y comenzó a vomitar sobre él las mayores injurias y denuestos, sucediéndose rápidamente los unos a los otros, sonoros y vibrantes como los estampidos de la pólvora en los castillos de fuegos artificiales.

Paco, pues él era efectivamente la máscara, escuchaba con flema aquel tremendo tiroteo, y sólo cuando

Rosita se detenía un instante para tomar resuello, la decía con sorna:

—Bueno, ¿y qué más?

Agotado su repertorio no escaso de insultos y de improperios contestó la de Peñasco a la zumbona preguntilla de Paco con un concluyente y enérgico "¡¡¡Nada más!!!..." seco y resonante como el trueno gordo que sirve de punto final a las dichas fiestas pirotécnicas. Entonces Paco, sin abandonar su calmosa flema, le dijo:

—Bueno, conque has acabado ¿eh?... Pues, de todo lo dicho saco la consecuencia que si eres, y muy merecidamente, presidenta del *Tribunal de la Tijera,* méritos te sobran también para ser tesorera de la *Cofradía de las Desvergüenzas.* Y tenlo entendido, Rosa—añadió con cierto tono profético—, *por la boca muere el pez, no lo olvides.* Y adiós, que voy de prisa.

Dió dos o tres pasos y volvió en seguida diciendo:

—¡Ah!, se me olvidaba ¿quieres un bomboncito?

Rosita no le contestó: había visto a una enorme máscara que, llamándola por su nombre, pugnaba por abrirse paso hacia ella, y su instinto perspicaz descubrió al punto, bajo el disfraz, a su enamorado pretendiente.

El era, en efecto; venía disfrazado de señora, con una enagua de antiquísima seda rameada, que agrandaba extraordinariamente su colosal estatura, una vieja mantelera que no alcanzaba ni con mucho a cubrir su abultado abdomen, y una cofia de encajes rodeando el negro antifaz que enlutaba su rostro.

Hízole Rosita sitio amplio junto a ella, y mucho más amplio en su corazón, cuyas puertas le abrió de par en par, casi sin esperar a que el coronel llamase

a ellas, y desde aquella noche quedaron en relaciones.

Pocos días después, inflamado el señor de Cincovillas en el fuego abrasador de su amor hacia Rosita y muy condolido al verla en extremo pálida y delgada, le regaló, amante y obsequioso, una docena de pavos ruanos.

III

Se cantaba aquella noche *Rigoletto*. Al comenzar el duque de Mantua su *cavaletta* del primer acto, se abrió con estrépito la puerta de una platea y apareció el temible triunvirato de la *Tijera*, seguido de la tía Joaquina y el coronel Cincovillas. Despojáronse de los abrigos, dejando al descubierto los escotes rodeados de vaporosas gasas, removieron las sillas, saludaron con amables sonrisas a las amigas y amigos dispersos por los palcos y el patio, y haciendo mil gracias y monadas, se sentaron, quedando en segunda fila la tía Joaquina, que oculta en el fondo de la platea atestaba de rapé su afilada nariz, y el coronel, que colocado junto a Rosita, se echaba aire con su abanico de plumas.

Rosita estaba aquella noche de muy mal humor y dirigió una filípica furibunda al bueno del coronel porque no había ido a verla aquella mañana.

—Pero mujer, ¿no te dije que tenía que ir a esperar a mi madre que llegaba a esa hora?...

—Y estuviste cosidito todo el día a las enaguas de tu mamá, ¿no es verdad? Bien podías haber hecho una escapadita.

—Sí, mujer, pero figúrate, mi madre ante todo. Tres años hacía que no veía a mi pobre vieja, ya ves... y la quiero tanto...

—No me vengas con sensibilidades, que no me enterneces.

En la platea de junto, estaban tan gordas y emperejiladas, como siempre, las de Bolsón, lo cual tenía muy mortificada a Rosita, pues eran muy ordinarias y muy gansas; podría creer la gente que eran amigas íntimas y ella no tenía ni quería amistad con aquellas advenedizas, aquellas cursis que olían todavía a aceite, comercio que había puesto rico a su padre. Tal vez por esto tendrían las niñas tanta semejanza con los pellejos en que el autor de sus días conducía su tráfico.

—No las puedo resistir—proseguía Rosita—, son atroces. ¿Qué te parece que estaba diciendo anoche una de ellas, Tomasa, cuando todo el mundo estaba entusiasmado oyendo a Gayarre el *Spirto gentile?* Pues bostezando con el mayor descaro, le decía a su madre: "De buena gana me tomaría ahora un plato de gazpacho hasta los bordes". Yo estaba indignada. Son unas estúpidas; te digo que si se caen a cuatro pies y les sale un rabo, no se levantan... Pero ¿qué se puede esperar de unas niñas cuya madre se limpia las narices con el pico del gabán?... Yo misma la he visto; por cierto que fué en el balcón de su casa. ¡Parece mentira que a gente de este jaez se la admita en nuestro círculo!... Por supuesto, no es más que porque tienen dinero... Allí está Paco Laredo; es cosa que sólo verlo me pone nerviosa... ¡Qué criatura más antipática... me choca como no puedes tener idea... ¿De dónde habrá sacado el dinero para la butaca?... Anoche estaba en el paraíso; no tiene ni sobre qué caerse muerto...

Abrióse de repente la puerta de un palco principal y entró por ella, de medio lado, pues de frente no

cabía, una gordísima y corpulenta señora ya anciana, con sus cabellos enteramente blancos y vistiendo un sencillo traje negro, sin género alguno de pretensiones.

—Mirad—dijo Rosita, que fué la primera que paró en ella la atención—, mirad aquel monstruo que entra en aquel palco... ¡Jesús y qué mujer más gorda!... Si se le ocurre resollar un poco fuerte, nos deja a oscuras....

El señor de Cincovillas se había puesto muy serio.

—¡Y que piense el Ministro de Marina—prosiguió Rosita—en la construcción de fragatas acorazadas! ¿Quién será ese fenómeno?... Debe ser el que se exhibe en la feria en el teatrillo de los *fantoches*...

El coronel se puso en pie y dijo en voz alta dirigiéndose a Rosita:

—Esa señora es mi madre... Rosa, a los pies de usted.

Y haciendo una inclinación de cabeza, salió de la platea dejando a la de Peñasco fría como un témpano de nieve, suspensa a la tía Joaquina, que no pudo romper un estornudo que hormigueaba su pituitaria, a Isabel y Blanquita mordiéndose los labios por no soltar la risa, y llenas de regocijo a las de Bolsón, que habiéndose enterado del lance, lo refirieron gozosas a las de la platea inmediata, éstas a las otras y en un momento se esparció la noticia por todos los ámbitos del teatro. Todas las miradas se dirigían alternativamente a la Peñasco y a la señora gorda, en cuyo palco había aparecido el coronel, y en todas partes hubo rápidos cuchicheos y burlonas sonrisitas.

Y Rosa, sin volver de su asombro y estupefacción, se acordó de repente de aquellas palabras que Paco Laredo la dirigió la noche de Carnaval, e irritada y fuera de sí, volvió la vista hacia el patio. Allí estaba Paqui-

to mirándola atentamente con los gemelos; y con su sonrisita irónica parecía repetirle aquella frase que había luego resultado tremenda profecía:

—Por la boca muere el pez; no lo olvides, Rosa.

Y Rosita, rabiosa y colérica consigo misma, se refugió en el fondo de la platea, con las lágrimas saltadas por el despecho y la ira.

Y al mismo tiempo, allá en la escena, Rigoletto, el bufón de la Corte de Mantua, arrancaba la venda de sus ojos, y al ver que creyendo ayudar el rapto de la Condesa de Ceprano, había cooperado al de su misma hija, frenético, desesperado, recordaba con terror la maldición del Conde de Monterone, cuyo honor había mancillado, y mesándose los cabellos, raspando con las uñas su pecho destrozado de dolor, clamaba con desesperación rabiosa:

—¡¡AH, LA MALEDIZIONE!!...

... ...

Al día siguiente recibía Rosita, muy bien embalada, una enorme calabaza en cuya corteza venían grabados estos versos:

Un naranjo tú plantaste
para que azahar te diera...
calabazas cosechaste.

Rosita, a quien, como era natural, sentó muy mal tan pesada broma, la atribuyó a Paco Laredo; pero luego se supo que habían sido las de Bolsón, una de las cuales cultivaba impunemente la poesía y había sido autora de varios crímenes literarios, de los cuales, según se decía en público, mandaba copias manuscritas a un almacén de ultramarinos que había cerca de su casa, para que en ellas envolvieran los co-

mestibles, dando de este modo publicidad a los frutos de su ingenio.

... ...

Han pasado algunos años. Rosita no hace ya tanta burla, se ha hecho muy díscola y huraña; mas nunca habla mal de personas desconocidas. Pero está ya muy jamona y... se ha quedado soltera.

La mortaja

Allá en el tiempo en que no había telégrafos ni caminos de hierro; en que no se cantaba la *Traviata,* ni se leían *El Cencerro, El Tío Conejo* y tantos otros infernales engendros; cuando todavía el inmundo reptil del sensualismo no había contaminado con su deletéreo contacto el antes tan católico y religioso pueblo español, entonces sucedió el episodio que vamos a referir, de cuya autenticidad respondemos, pues nos ha sido transmitido por persona que merece todo nuestro crédito y cuya memoria amamos demasiado para hacerla cómplice de una mentira.

* * *

Hace muchos años y en la mañana de un Viernes Santo, multitud de personas de todas las clases de la sociedad llenaban la espaciosa plaza de Santiago de Jerez de la Frontera. A cada instante nuevas oleadas de gente aumentaban la ya crecida concurrencia que se apiñaba en derredor de un alto túmulo levantado en el centro. Gran número de damas ocupaban los balcones, a excepción de uno en que bajo un negro dosel oraba arrodillado un anciano fraile de luenga barba y venerable aspecto.

Todas las apariencias eran de que allí iba a tener lugar un acto eminentemente religioso. Y así era verdad; dentro de breves momentos aquel pueblo, con-

gregado allí por la fe más viva y por la piedad más acendrada, iba a presenciar un simulacro, una representación del sublime drama del Calvario. Un sordo murmullo se levantaba en la plaza, pero en todos los semblantes se advertían señales del más amargo desconsuelo. Y era que nuestros padres, inflamados por un profundo amor a Dios y por el fuego de una ardiente caridad, lloraban sus pecados considerando que éstos, y no el pueblo judío, crucificaron y maltrataron de modo tan cruel a Aquel, en cuyo cuerpo llagado y destrozado por los más atroces tormentos están impresas con sangrientos caracteres estas palabras del Rey profeta: *¡Traspasaron mis pies y manos y contaron todos mis huesos!*

Otra escena, que contrastaba en parte con la anterior y semejante también a ella bajo algunos puntos de vista, ocurría al mismo tiempo en un cuarto bajo de la vecina calle de la Merced, consecuencia dolorosa del hambre y miseria que diezmaban la ciudad. Sobre un pobrísimo lecho descansaba el cadáver de una joven apenas cubierto por unos miserables harapos. Sus manos agarrotadas estrechaban contra su pecho una cruz de madera negra como manifestando su último pensamiento. Sentado junto a una mesa se hallaba un anciano en cuyo semblante y actitud veíase impreso ese decaimiento, esa especie de inercia física y moral que se apodera del hombre cuando la angustia y el desconsuelo oprimen el corazón. Su cabeza, plateada por la nieve de los años, se inclinaba sobre el pecho; sus brazos caían a lo largo del cuerpo; sus ojos contemplaban el cadáver con una fijeza estúpida, que retrataba el estado de su alma, que, embotada por la fuerza del dolor, no acertaba a comprender la extensión de su desgracia. Mas

de repente aparta los ojos y dirige angustiosa mirada a un cuadro de la Virgen de los Dolores, que sobre la mesa colgaba, y su fisonomía cambia completamente; de fría y estúpida tórnase ardiente y expresiva, y entonces, cruzadas sus callosas manos en ademán de súplica, se escapaban de sus labios palabras entrecortadas que parecen pedir algo con esa fe, con esa esperanza que inspira al desgraciado la religión de Jesucristo. Y luego volvía a su inmovilidad, y una lágrima amarga como el acíbar y como el fuego abrasadora se deslizaba por su mejilla y caía al suelo, que absorbiéndola hacíala desaparecer en un instante a la manera como el triste desengaño consume y hace desaparecer en un momento la más risueña ilusión...

Otra persona hay en aquella mansión del dolor y de la muerte: es una mujer como de cincuenta años y parece presa de la más horrible desesperación; tiembla su cuerpo como débil hoja, sus manos golpean su rostro descompuesto por la tirantez de los músculos, sus ojos desencajados no derraman una lágrima; ya anda, ya se detiene, ya se arroja en el lecho y besa frenéticamente el cadáver de su hija. Ya se levanta con un dolor tan terrible que parece que el corazón se le rompe en mil pedazos, y grita interrumpiéndose con roncos gemidos:

—¡Muerta de hambre mi hija! Dios mío, ¿y no podré siquiera amortajarla?... Imponente era, pues, la escena que contemplaban unos cuantos curiosos que atraídos por los gritos de la madre se habían acercado a la ventana. Veíase de una parte el dolor tranquilo y resignado, pero amargo y profundo; de otra el dolor desbordado, rotos sus diques, la locura, la desesperación; y más lejos la fría insensibilidad, la muerte...

Súbito acrecen los murmullos en la plaza y todas las miradas se dirigen hacia la calle Ancha, por donde avanza lenta y majestuosamente la procesión de la Cofradía de la Piedad. Entre dos filas de penitentes y llevadas a hombros por cuatro de éstos, venía una imagen de Cristo muerto en la cruz; detrás y en un solo paso, la Santísima Virgen, San Juan, el discípulo amado, y las tres Marías.

Mientras la procesión se abría paso dirigiéndose al túmulo, una voz, dominando los murmullos de la muchedumbre, cantó en el triste tono de las llamadas saetas los siguientes versos que, sin obedecer a regla alguna poética, encierran un precioso tesoro de poesía y sentimiento:

Quién compra este pobre manto
que encimita llevo puesto
para enterrar a mi hijo
que esta tarde se me ha muerto.

El atribulado anciano a cuyos oídos había llegado clara y distinta la saeta, no bien hubo ésta terminado, se levantó como movido por un resorte y salió presuroso diciendo a su mujer con misterioso y singular acento: "¡Espera!..."

Y con una agilidad que no parecía propia de sus muchos años, atravesó veloz la calle y llegó al Arco de Santiago, consiguiendo, merced a poderosos esfuerzos, colocarse en sitio algo elevado.

Luego que las imágenes estuvieron colocadas bajo el túmulo, el fraile arrodillado en el balcón se levantó y comenzó el panegírico de la muerte del Señor.

El anciano escuchaba con singular atención la patética relación de los sufrimientos del Redentor; dulces lágrimas, que la compasión arrancaba a su dolor, res-

balaban por sus mejillas y un temblor convulsivo agitaba su cuerpo.

Al describir el piadoso y caritativo acto llevado a cabo por José y Nicodemus en la cima del Calvario, dos sacerdotes, representando a aquellos santos varones, aplicaron dos escaleras a los brazos de la cruz, y subiendo a ellas, despojaron a la imagen de la corona de espinas, luego la desclavaron y por último envolviéndola en una sábana la pusieron en los brazos de la Virgen.

Entonces el fraile dirigiéndose a los penitentes:

—Hermanos—dijo—, Cristo ha muerto; pedid en caridad para su entierro.

Y los hermanos, agitando las campanillas, se diseminaron por la plaza implorando la caridad del pueblo. Aquel año la miseria era espantosa, así que pocos fueron los que dieron limosna; y habiéndolo notado el fraile, cuya investigadora mirada recorría la plaza, arrancóse violentamente la capa de los hombros y arrojándola gritó con enérgico y desgarrado acento:

—¡Si vosotros nada dais para el entierro de Cristo, ahí va mi capa!

A estas palabras un clamor universal se levantó en la plaza: muchos lloraban y todos ofrecían a los hermanos cuanto llevaban en alhajas y dinero.

El desgraciado viejo había caído de rodillas y exclamaba golpeándose el pecho:

—¡Perdón, Dios de mi alma; me atreví a dudar de vuestra providencia porque no podía amortajar á mi hija, y ahora veo que vuestra Santísima Madre se halla en el mismo caso!...

Era tan profunda la aflicción con que fueron pronunciadas estas palabras, tanta la amargura que se retrataba en aquel semblante, que hubo de llamar la

atención de algunas personas, a pesar de que la heroica acción del santo fraile había embargado el ánimo de todos los presentes. Pero nadie tuvo una palabra de consuelo para aquel afligido padre. Sólo una señora, cuyo traje y figura denotaban la elevada clase a que sin duda pertenecía, se le acercó y murmuró algunas palabras a su oído. Muy dulces y consoladoras debieron ser estas palabras para aquel desgraciado, pues contestó a ellas con una expresiva mirada de gratitud, y levantándose la hizo seña de que le siguiera.

Obedeció la dama y pronto se ofreció a su vista el horrible espectáculo antes descrito. El asombro y la compasión se pintaron en el rostro de la buena señora, mas repuesta luego de la emoción que experimentara procuró, con palabras de esperanza y de consuelo, calmar el terrible dolor de aquellos padres prometiéndoles satisfacer en lo posible sus deseos.

Y no fueron vanas las promesas de la caritativa dama, pues algunas horas después era muy distinto el aspecto que aquella miserable habitación presentaba. Las paredes y el suelo estaban cubiertos con negros paños; en medio se levantaba un pequeño catafalco asimismo negro. Sobre él y en un ataúd blanco yacía el cadáver de la joven, rodeado de luces y flores; su mortaja era blanca también y sus manos cruzadas sostenían un crucifijo y una blanca azucena...

¡¡¡Beatas!!!...

El hombre sólo ve lo de afuera, mas Dios ve el corazón.

P. KEMPIS.

(*Imitación de Cristo*).

I

Todo el mundo conocía a Pepita y Dorotea Rodríguez. Eran dos hermanas de las más caracterizadas en el gremio de beatas, o hablando en lenguaje político, de las más avanzadas entre la beatesca turba.

Llamábanlas Santas Justa y Rufina; y si bien en cuanto al espíritu algo se parecían a ellas, en cuanto a sus cuerpos, muy poco favor hacían a las santas los que con ellas las comparaban. Porque, preciso es confesarlo, las pobres eran buenas, muy buenas; pero también eran feas, muy feas..

Era Dorotea, alta, gorda, pausada y majestuosa y redonda como una muestra de reloj. Pepita al contrario, chica, enjuta, vivaracha y lista como una ardilla y el rostro picadillo y avinagrado. Era ésta la encarnación misma del aseo y de la pulcritud; aquélla muy poco aseada, sucia y pingajienta. Andaba Pepita a paso menudito, precipitado y fatigoso, dando grandes talonadas, como mujer que siempre iba de prisa: mientras Dorotea podía decirse que andaba más a lo ancho

que a lo largo, tal era el contoneo y pesadez con que movía su abultada humanidad. Tan marcado era el contraste que ambas hermanas ofrecían en su andar, que al verlas, veníanse a la memoria aquellos versos de Martínez de la Rosa:

> Ora rápido y vivo
> al ciervo fugitivo,
> ora acompañe lento y sosegado,
> al tardo buey con el fecundo arado.

Vestía la una con cierto esmero no exento de mundanal coquetería, y veíasela seguir las modas no siempre adecuadas a su edad y figura; en cambio, la otra no abandonaba jamás su hábito carmelita de burda estameña, en el cual iba embutida como en un saco. Por cierto que, debido sin duda al continuo rodar por iglesias, había sufrido el traje graves deterioros, sobre todo en el sitio donde las elegantes de aquella época llevaban enormes *polisones*. Ajustándose entonces Dorotea al estrecho voto de pobreza, no del todo voluntario, a que se había sometido, y dejándose llevar también de su natural desaliño y falta de pretensiones, remedió tan alarmantes desperfectos con un impúdico y enorme remiendo de tela gris, que por su forma y por el sitio que ocupaba, venía a resolver cierta difícil cuadratura que constituye uno de los más intrincados problemas de Geometría.

Hasta en ideas políticas—¡quién lo creyera!...—disentían ambas hermanas. Era Dorotea furiosa carlista; tanto que, uniendo su fervoroso entusiasmo a una notable cortedad de alcances, llegaba hasta asegurar con enérgica convicción que don Carlos era rey por derecho divino y humano, porque había echado a los moros de España. En cambio, Pepa había conocido en

mal hora a un carlista entre los suyos muy significado, que no se mudaba de calcetines con la frecuencia debida, y dejándose arrastrar de su horror sin límites hacia el desaseo, cobró gran aborrecimiento al partido y aun hasta a las testas coronadas, y optaba, piadosa y pulcramente, por una cristiana y aseada república.

Las nuevas Justa y Rufina convenían, sin embargo, en algunas cosas: en la aversión a los revolucionarios, que por entonces se agitaban en su período más álgido; en una devoción y caridad sin límites, y... ¡estremeceos, santas mártires de Sevilla!... ¡¡¡en teñirse descaradamente el pelo!!!...

Vivían las dos beatas en una pobre casita, en unión de varios vecinos, entre los cuales se contaban un sacristán, hombre pacífico y de gordura extremada, y una vieja apergaminada y rugosa, a quien conocían en el barrio con el apodo de la *Pilonga*, por la semejanza que su rostro tenía con las castañas secas.

Era *señá* Juana la Pilonga furiosa *librepensadora*, asidua concurrente a los *clubs* anarquistas, partidaria acérrima del reparto de bienes y enemiga mortal de curas y sacristanes.

Tenía esta ciudadana un hijo llamado Curro Perdigón, que aspiraba a erigirse, empinándose sobre la revolución, en regenerador y padre de la patria. Borracho y pendenciero, de malos instintos y perversas ideas, pronunciaba en los *clubs* los más violentos y exaltados discursos, no adornados ciertamente de galas oratorias, pero sí de interjecciones y frases de todos colores, desde el rojo de sangre, hasta el de cieno de hedionda cloaca. Trabajaba, pues, con ahinco en la causa revolucionaria, prometiéndose cuantiosa recompensa en el día del triunfo. Su madre hacía también propaganda entre las comadres del barrio, y tan de buena fe creía

en el triunfo de la revolución y en el poder de su hijo, que ya consideraba como cosa suya una de las mejores casas del pueblo y un magnífico cortijo enclavado en su término.

II

En la noche del 19 de setiembre de 1868 se presentaron en la Casa-Ayuntamiento de Z... diez ciudadanos patriotas seguidos de numerosa turba, y obligaron al alcalde y concejales a hacer dimisión, tomando en seguida posesión de sus puestos.

Momentos después el nuevo alcalde, que era cierto afamado barbero de la ciudad, salió al balcón y pronunció una patriótica arenga en medio de entusiastas vivas y atronadores aplausos. La gente del pueblo estaba loca de alegría: se repartirían las riquezas, las quintas y los impuestos quedaban abolidos, se reducía a la mitad el precio del tabaco, todos eran iguales, reinaría la libertad, la fraternidad... ¡¡Viva la revolución!!...

Perdigón y su madre brincaban de contento: él no había formado parte del Ayuntamiento, como se le había prometido, y esto le disgustó un poco al principio; pero le aseguraron después que sería jefe de un cuerpo de paisanos armados, que para guarnecer la ciudad se formaría, y este cargo, que tanto cuadraba a sus belicosos instintos, y la solemne promesa que le hicieron de adjudicarle en el reparto el cortijo y la casa que había escogido, disiparon sus resentimientos, y madre e hijo perdieran de puro contento el juicio si entre los dos hubieran reunido siquiera una pizca.

Para solemnizar el triunfo de la revolución, ordenó

el alcalde se pusieran colgaduras e iluminaciones, y los agentes de su autoridad fueron de casa en casa, transmitiendo la orden.

Al presentarse uno de ellos en casa de la Pilonga, pasaba ésta por el patio y, sin dejarle hablar, le dijo:

—Ya sé a qué viene usted: a decir de parte del alcalde que se pongan colgaduras, ¿no es verdad? Pues dígale usted que se pondrán y en esta casa estamos todos locos de alegría.

Salía Dorotea de su cuarto a esta sazón, y enterándose de los propósitos de su vecina, se opuso abiertamente.

—¿Quién está loca de alegría en la casa?... Será usted, porque los demás estamos que se nos puede ahogar con un cabello.

—Calle usted la boca, que la voy a denunciar como sospechosa y enemiga de la santa y bendita revolución.

—¿Santa y bendita la revolución, cuando es obra de los impiotes liberales, con cuyas cabezas va a estar empedrado el infierno?...

—De lo que estará empedrado el infierno, si es que le hay, será de lenguas de beatas insolentes. ¿Habráse visto la cochambrosa?... Y sépalo usted, quiera o no quiera, se pondrá la colgadura en el balcón y por la noche luminarias. Digo, que ahora mismo voy a comprar un paquete de velas. Y dé usted gracias de que no hagamos a usted, a su hermana y al sacristán bailar de coronilla en el patio.

Al oír los destemplados gritos de la defensora de la revolución, acudió Pepita con una velocidad de treinta pasos por segundo, enarbolando marcialmente una escoba, pues el escaso tiempo que le dejaban sus prácticas piadosas, lo empleaba íntegro en limpiar y asear sus habitaciones, revolviéndolo todo de arriba abajo,

no sin grandes protestas y profunda consternación de su hermana. Terció, pues, Pepita en el debate a mano armada, y dejándose llevar de su viveza de genio y de su horror a los principios revolucionarios, comenzó a vomitar injurias y denuestos sobre liberales, masones, patriotas y demás gentes de la cáscara amarga. Hacíale dúo la Pilonga maldiciendo y renegando de curas y beatas, sacristanes y monaguillos, mientras Dorotea llevaba consternada las manos a la cabeza, pero con cierta prudencia por no tiznárselas con sus cabellos que, gracias al arte, negreaban como las alas del cuervo.

Ya no les faltaba ni el canto de una peseta para tirarse del moño, cuando apareció en el patio don Joselito, el sacristán, gordo y majestuoso, con su redonda cara, sonrosada en las mejillas y azulada en la barba del continuo afeitarse.

—¡Paz, señoras, paz y concordia entre príncipes cristianos!

—Aquí no hay príncipes cristianos que quieran paz—le replicó Pepita con impaciencia—; lo que hay es una católica, apostólica, romana que quiere y pide la extirpación de las herejías.

—Pero ¿quién es aquí la hereje?

—¿Quién ha de ser? Esta *señá* Juana de mis culpas, que con los *clubs* y el reparto, con su hijo petrolero, y la revolución tiene la cabeza ida, y quiere que se nos vaya a nosotras también.

—Quiere—añadía Dorotea, menos exaltada que su hermana—que se ponga la colgadura y no podemos consentir que en nuestra casa se haga una manifestación tan pública de un entusiasmo que estamos muy lejos de sentir.

—¡Pues sí, señora, pondré la colgadura como tres y

dos son cinco, condenadas beatas, bribonas, lechuzas, chupacirios!...

Pepita, olvidando la humildad evangélica, dió una fuerte patada en el suelo, puso los brazos en jarra cimbreando el cuerpo, revolviendo los vivos ojillos en las órbitas, apretando los dientes como si no quisiera dejar escapar todo lo que a la boca le subía, hinchando las venas del cuello. Al fin, manoteando furiosa, gritó como una energúmena:

—Y usted, ¿qué es, sino una demagoga fracmasona de todos los diablos, embustera trapalona, que va usted engañando a las comadres del barrio, prometiéndoles que su hijo, ese Judas Iscariote que está pidiendo un dogal en el pescuezo, les va a dar tanto y cuanto?... ¡Vaya con la tía Pilonga, y qué infundios tiene en la cabeza!

—¡Pepa, Pepa, moderación, no te dejes llevar de una ira inconsiderada!—decía Dorotea, pugnando por retirar a su hermana hacia su habitación.

Entretanto la Pilonga, que ya se disponía a lanzarse al exiguo moñito que coronaba la pintada cabeza de su contrincante, fué asida y empujada con violencia por el sacristán hacia su cuarto.

—Pero vamos a ver—dijo el buen Joselito no bien hubo *señá* Juana desaparecido de la escena—, ¿no habrá medio de arreglar este conflicto de modo que todos queden contentos? Pongan la colgadura con un crespón negro.

—Eso es transigir con el error; las medias tintas; nada, nada, santa intransigencia.

—Pero—replicaba el discretísimo y prudente sacristán—¿no ve usted, doña Pepita, que si el crespón que pone es, por ejemplo, el manto de su hermana, al verlo tan sucio y siendo usted la más aseada del univer-

so, a nadie le ha de ocurrir que haya sido idea de usted?

—Y a usted ¿quién le ha dado vela en este entierro? Y ¿con qué derecho llama usted sucia a mi hermana?

—Con el derecho que da el tener ojos en la cara.

—¡¡Insolente!!...

—Déjalo, Pepa, no te sulfures; a mí no me hacen mella los insultos, tengo el mundo bajo mis pies.

—Así lo tenemos todos, así lo tenemos todos—repuso el cachazudo Joselito.

—Pero ¡qué hombre más desvergonzado!....

—¡Doña Josefa, no me falte al respeto, que en mí ofende usted al clero!

—Sí, para eso, diga usted que ofendo a un príncipe de la Iglesia. ¡Pues no está muy soplado que digamos el sacrismoche!

—¡Pepa!—clamaba Dorotea con angustia—¡mujer, modérate, que estás ofendiendo a Dios gravemente!

En esto apareció de nuevo en el patio *señá* Juana, gritando radiante con aire de triunfo:

—Ya está puesta la colgadura, me voy al *clú*. ¡Abajo el despotismo de los curas! ¡mueran las beatas! ¡viva la libertad! ¡viva la revolución!

Santiguóse Dorotea, devota y compungida; mas Pepita se irguió como una sierpe pisada y amenazaba con el puño a *señá* Juana, como si en ella pudiera destruir la hidra revolucionaria. Y hubiérase reanudado el debate, a no haber el sacristán empujado fuertemente a la Pilonga hacia la calle.

Pocos momentos después, calmada ya la excitación nerviosa a que la llevaba su genio vivo y violento, afligióse Pepita y dolíase en el alma de haberse dejado arrebatar por la ira, hasta el extremo de proferir palabras injuriosas al sacristán y a *señá* Juana. Hizo

propósito firmísimo de pedirles humildemente perdón, y como su carácter era de los que no admitían demora por nada, fuese en seguida en busca de don Joselito.

Encontróle muy arrellanado en un cómodo sillón, saboreando con delicia unas sopitas de ajo que delante tenía en una enorme cazuela. Destacábase su redonda cara sobre la blanca servilleta, que, anudada al cuello, dejaba asomar por detrás, muy tiesecitos y erguidos, los almidonados picos.

Al ver llegar compungida y llorosa a Pepita, suspendió en el aire la cuchara que ya muy cerca de la boca marchaba, y antes de que pudiera hablar palabra, arrojóse la beata a sus pies, pugnando por besárselos humildemente. Alarmado Joselito, los puso precipitadamente en los palos del sillón en que estaba sentado, y, engullendo a toda prisa la cucharada en su camino interrumpida, le tendió los brazos para levantarla, balbuceando con la boca llena de sopa:

—¡Doña Pepita, por Dios! ¿qué compunción es esta tan fuera de tiempo?

Hízole presente Pepita, entre lágrimas y sollozos, lo arrepentida que estaba de haber pronunciado en el calor del debate palabras ofensivas a él y le aseguró que no descansaría hasta obtener un caritativo perdón.

—¡Por Dios, doña Josefa, no era para tanto! Vaya usted tranquila, no ha sido nada, yo tengo muy buena pasta. Y para que no le quede duda alguna de que la he perdonado, *ego te absolvo....*

Y le echó una bendición, dejando muy consolada a Pepita, que haciendo todavía algunos tiernos pucheritos, se despidió de él diciéndole conmovida:

—¡Dios se lo pague!...

Iba a buscar en seguida a la Pilonga, cuando se encontró a su hermana que, pasito y callando, bajaba

la escalera con cierta maligna sonrisita dibujada en su cara de pandero.

—He quitado la colgadura—dijo a Pepita—y la he guardado bajo siete llaves.

—¡Mujer! ¿qué has hecho? Cuando lo advierta *señá* Juana vamos a tener otra cuestión, o sabe Dios si algún disgusto gordo.

—Pero, Pepa, ¿íbamos a consentir que en una casa donde vivimos personas cristianas se celebrase el triunfo de esos diablos verdes?...

—Tienes razón. Pero ¿la *señá* Juana no está en casa?

—¡Quiá! Salió al *clú* y sabe Dios cuándo estará de vuelta. Conque a ponernos el manto, que hoy toca la Corte de María y tenemos que ir antes a ver a Teresita Pompón, que dicen está peor de las calenturas y no tiene quién la asista.

Y cubiertas sus cabezas con los mantos y colgados al brazo sus banquitos de tijera, comenzaron ambas beatas el piadoso *zancajeo* que había de ocuparlas hasta bien entrada la noche.

Entre tanto la Pilonga, vuelta ya a su casa, vió quitada la colgadura; y sospechando alguna jugarreta de sus taimadas vecinas, fué inmediatamente en su busca, dispuesta a arrastrarlas por los cabellos si encontraba algunos por donde asirlas. Enteróse de que habían comenzado ya sus correrías piadosas, e informándose por el sacristán de los cultos de aquel día, formó un siniestro plan de venganza.

Acabados los devotos ejercicios de la Corte de María, que con desentonada voz dirigía don Joselito, iban Dorotea y Pepita hacia la sacristía a entregar los cirios con que habían velado ante el altar. Caminaba Pepita aceleradísima, siguiéndola a respetable distancia Do-

rotea, que por nada salía de su lento paso. Cerca de la sacristía, a la entrada de cierto obscuro callejoncito que a ella conducía, esperó Pepa a su hermana, y no bien hubo ésta llegado, destacáronse de la pared unos misteriosos y negros bultos que, apagando de repente los cirios, la emprendieron a pellizcos y alfilerazos con las pobres beatas, menudeándolos con tanta prisa, que a poco tenían las infelices acribilladas y doloridas sus carnes ya nada tiernas. Un terror inmenso se apoderó de ellas: quisieron chillar, pero el respeto al templo las contuvo. Al acercarse pausado y majestuoso don Joselito, huyeron los misteriosos flageladores, y las flageladas entraron corriendo en la sacristía, gritando con angustia:

—¡Socorro! ¡que nos matan los fracmasones, los impíos, los enemigos de Cristo y de su Iglesia!...

La Pilonga había cumplido su venganza.

III

Llegó el día 17 de marzo de 1869, y no sólo no se había verificado el tan prometido y ansiado reparto de bienes, sino que apareció aquella mañana en las esquinas el bando para el reclutamiento de quintos El pueblo vió entonces la magnitud del engaño y la indignación se apoderó de todos los pechos.

Veíase por todas partes grupos en donde alborotadamente se discutía y poco a poco iban engrosando y formando terribles pelotones, cuya actitud no era ciertamente muy tranquilizadora. Al fin la ira del populacho se desbordó de repente. Arrancaron con furiosa saña el bando de las quintas, y armándose cada uno con lo que a mano encontró, se replegaron en actitud

hostil hacia uno de los barrios en donde a toda prisa se levantaron fuertes barricadas.

Acudió en seguida la tropa a sofocar el motín, e intimaron la rendición a las turbas. Contestaron éstas con algunos disparos y ya entonces rompióse el fuego, produciéndose espantosa carnicería. Viéronse allí luchar hermanos contra hermanos, padres contra hijos, y hasta las mujeres, indignadas con la decepción que habían sufrido, creyendo de buena fe que se extinguía para sus hijos el odioso tributo de sangre, se revolvieron furiosas en el paroxismo de su rabia como leonas en defensa de sus cachorros.

En medio de aquel horrible cuadro, sin que la vista de la sangre vértigos las produjera, ni las cegara el polvo, ni balas ni bayonetas las atemorizaran, veíanse algunas santas mujeres que socorrían a los heridos y recogían los últimos suspiros de los moribundos. Y entre ellas—¿quién se lo había de imaginar?—estaban las dos beatas, aquellas gangrenas de la sociedad, aquellos miembros inútiles, como en algunos de sus arranques oratorios llamaba Perdigón a sus inofensivas vecinas. Veíaselas cargar valerosas con los heridos que aún daban esperanzas de vida, transportándolos diligentes a sitio seguro: muchas veces también acercábanse a los moribundos y procuraban con dulces palabras mover sus corazones a la contrición, presentándoles solícitas un crucifijo: y a cada paso eran atropelladas, insultadas y escarnecidas por aquellos tigres sedientos de sangre y de venganza, sin que ellas cejasen un punto en su heroica empresa.

La noche, que a más andar se aproximaba, obligó a los combatientes a dar treguas a su encono hasta el día siguiente.

Dedicábanse ambas hermanas a cuidar y velar a los

heridos, cuando llegó jadeante y precipitado su vecino el sacristán.

—Desde las doce las estoy buscando por todas partes; ¿dónde diablos estaban ustedes metidas?

—En las barricadas.

—¿En las barricadas?—exclamó estupefacto don Joselito—¿también ustedes se han sublevado?...

—¡Pero don Joselito de mis pecados! ¿cree usted que allí sólo se puede ir sublevándose? Fuimos a recoger a estos pobrecitos que usted ve aquí. Vamos a ver, ¿y para qué nos buscaba?

—¡Friolera! Porque la tía Pilonga desde ayer se está muriendo; su hijo la ha abandonado por completo ya hace algunos días, y la infeliz se morirá como un perro, es decir, como una perra, pues lo peor del caso es que tiene viruelas... Y es claro, nadie quiere asistirla y yo soy el primero que no pongo allí los pies, así me maten. ¡Digo! ¡pues sólo eso me faltaba!...

Y se palpaba con sobresalto sus rosadas mejillas, temiendo verlas desfiguradas por la terrible enfermedad.

—¡Pobrecita! ¡Dorotea, es preciso ir allí!

Y diciendo y haciendo, dejaron a los heridos al cuidado de algunas buenas mujeres, que en tan caritativa obra les ayudaban, y a toda prisa se dirigieron hacia su casa.

Subieron precipitadamente a la habitación de la Pilonga, y entraron extendiendo las manos para no tropezar, pues estaba completamente a oscuras, sintiéndose un hedor insoportable.

Allá, hacia un rincón, oíase la fatigosa respiración de la enferma, que apercibiéndose del ruido que al entrar hicieron las beatas, preguntó con voz débil:

—¡Curro, hijo mío! ¿eres tú?

Oprimióseles el corazón a las dos hermanas al ver el desamparo de aquella pobre madre, y la esperanza y deseo de ver a su hijo.

—No, señora, no es Curro—dijo a media voz Pepita.

—Entonces, ¿quién anda ahí?—exclamó con terror la Pilonga.

—Somos sus vecinas de usted, Dorotea y Pepa.

—Y ¿qué quieren ustedes conmigo? ¿vienen quizá a matarme por encargo de los curas?...

—¡No, señora, qué disparate! Venimos a asistir a usted en su enfermedad y a acompañarla, que está usted muy sola.

—¡Muy sola, sí, muy sola!—gimió con amargura la vieja.

Encendió Pepita una candileja que sobre una mesa encontró y entonces pudieron medir toda la magnitud del abandono y la desgracia en que yacía la infeliz anciana. Cubierta la cara y el cuerpo de repugnante viruela, medio arropada con una raída manta, que, rozando sus carnes, la producía extraordinario escozor, agitándose con la inquietud de la fiebre, castañeteándole los dientes con los escalofríos de la calentura; así estaba sobre su lecho horriblemente desfigurada, asquerosa, repugnante...

Con actividad solícita y cariñoso esmero envolvieron las beatas a la enferma en una sábana de hilo, ventilaron la habitación, llamaron a un médico, le administraron las medicinas, y, en fin, todo lo que hacer podría la más diligente y cuidadosa enfermera.

Preguntaba sin cesar la infeliz *señá* Juana por su hijo, y sus caritativas vecinas no se atrevían a decirle que tal vez hubiera muerto en la lucha de aquel día. Contestábanle con evasivas, pero, sin embargo, al oír algún disparo que de vez en cuando interrumpía el

silencio de la noche, estremecíase fuertemente la pobre anciana y entonces nada preguntaba y lloraba en silencio.

No fué insensible la Pilonga a tantas muestras de caridad y abnegación, y decía de cuando en cuando:

—Son ustedes muy buenas, me están haciendo un favor que nunca podré pagarlas.

—¡Quite usted allá! —le respondió con viveza Pepita—. ¿Qué vale esto que hacemos?...

—Esto es lo que la religión nos enseña—añadió Dorotea—; *amaos los unos a los otros.*

—¡La religión!...—exclamó tristemente la vieja.

Quedóse largo rato pensativa, comenzando luego a murmurar algo entre dientes. Detúvose de repente y volviendo la cabeza hacia Pepita, le dijo:

—¡Pepa, diga usted el Padrenuestro, que se me ha olvidado!

Dieron ambas hermanas un salto de gozo en sus sillas, viendo ya a aquella pobre alma camino de salvación. Recitó Pepa en voz alta el Padrenuestro, luego el Avemaría, y palabra por palabra iba repitiendo trabajosamente la Pilonga.

Hincáronse junto al lecho las beatas y rogaron fervorosamente al Señor enviara un rayo de su divina gracia a aquel corazón de El alejado tanto tiempo.

Aletargóse mucho la enferma y su respiración íbase haciendo cada vez menos perceptible. Pasaron dos horas, y pareció entonces animarse algún tanto, dió un profundo suspiro y dirigiendo sus ojos hacia las beatas, murmuró con voz ya muy confusa:

—¡Me quiero confesar!...

Salió en seguida Pepita en busca de un sacerdote dando, en su interior llena de gozo, las gracias al Señor por aquel prodigio que se había dignado obrar, mien-

tras Dorotea ayudaba a la anciana a hacer su postrer examen de conciencia.

No tardó en volver Pepa acompañada del párroco, y saliendo del cuarto con su hermana, lo dejaron a solas con la enferma.

Mucho tiempo duró la confesión y desde fuera oían las dos beatas los sollozos que la contrición arrancaba del pecho de la pecadora.

Abrióse al fin la puerta y entraron de nuevo Pepa y Dorotea, a quienes advirtió el cura que la enferma había entrado en la agonía. Postráronse todos en derredor del lecho y comenzaron a hacer la recomendación del alma. Rezaron la letanía de los Santos, y terminaban ya aquella hermosísima oración: *Sal, alma cristiana, de este mundo en nombre de Dios Padre Omnipotente que te crió,* cuando entró de repente Perdigón, seguido de varios de sus compañeros, en desorden el traje y cubiertos de manchas de sangre.

Atónito quedó el improvisado padre de la patria, al ver a su madre moribunda y rodeada del cura y las beatas. Una rabiosa cólera sucedió al asombro del primer encuentro, y con descompuestas frases y bruscos empellones, los arrojó, ayudado por sus compañeros, fuera de la habitación.

El cura y las beatas rogábanles que por caridad y por amor a su madre los dejaran allí; pero ellos, empujándolos y maltratándolos brutalmente, los obligaron a retirarse.

Cuando Perdigón, después de arrojar del cuarto al párroco y a sus vecinas, se acerca al lecho de su madre, ya ésta era cadáver. Su rostro virulento y asqueroso estaba horriblemente descompuesto, los ojos clavaban con espantosa fijeza su mirada vidriosa en el malvado hijo, que, poseído de un inmenso terror, pa-

recíale que de entre la entreabierta boca de su madre salían terribles palabras de maldición. Sintió frío en el corazón y remordimiento en la conciencia, y huyó, acompañado de los suyos, dejando abandonado el cadáver de su madre.

En cuanto los vieron salir, subieron precipitadamente Pepita y Dorotea; pero ya sólo encontraron un tronco inerte y repugnante.

Postráronse junto al lecho y rogaron a Dios por el eterno descanso de la infeliz *señá* Juana.

La lucha entre la tropa y el paisanaje seguía encarnizada y cruel; las barricadas eran su teatro y una brutal embriaguez de sangre parecía haberse apoderado de los unos y de los otros.

Ya la tropa había abierto enorme brecha en una de las barricadas y destrozaba sin piedad a un puñado de paisanos que esforzados y valerosos la esperaron a pie quieto, luchando cuerpo a cuerpo, mientras la mayor parte había huído encerrándose en una iglesia próxima.

Lanzando impías blasfemias y horribles imprecaciones, entró la amotinada turba profanando sacrílegamente el santo templo. Unas pobres mujeres que se disponían a oír misa fueron violentamente atropelladas, las imágenes derribadas y rotas a hachazos, los altares destrozados, un anciano sacerdote que salía a celebrar el santo sacrificio fué despojado de sus vestiduras sagradas y cruelmente escarnecido.

Uno de ellos, que al parecer los mandaba, subió al púlpito y, tremolando una bandera roja, los excitó a defenderse hasta morir.

Mientras tanto un grupo de aquellos desalmados se dirigía al Sagrario, ansiando profanar el augusto Sacramento de nuestros altares.

Hallábase el Sagrario en una apartada capilla separada de la iglesia por una verja de hierro. Una magnífica arca de plata, con el simbólico pelícano, encerraba el Cuerpo de Jesucristo, depositado en un rico copón de oro. Alumbraban la capilla el tenue resplandor de una lámpara también de plata y la vaga e indecisa luz que penetraba por los vidrios de colores de las ojivas ventanas.

Dorotea y Pepita, que en el sagrario se encontraban cuando la turba feroz invadió el templo, sospechando desde luego que aquellos malvados intentarían seguramente algún espantoso sacrilegio, resolvieron valerosas perder antes sus vidas que consentir que aquellas manos criminales, teñidas aún con la sangre de sus hermanos, profanasen el adorable Cuerpo de Cristo. Cerraron, pues, la verja, echaron la llave que colgada en la pared encontraron y cubrieron con sus cuerpos el sagrado tabernáculo.

Bien pronto llegaron los sacrílegos profanadores, que, al encontrar cerrada la verja, impidiéndoles su horroroso designio, lanzaron aullidos de rabia y blasfemias espantosas. Mas viendo a las dos mujeres delante del altar, les intimaron con desaforadas voces y furiosas amenazas que franqueasen la entrada. Las beatas no contestaron palabra y continuaron inmóviles.

Iba entre aquellos desalmados Perdigón, que reconociendo a sus vecinas, les gritó con ira:

—¡Abrid la verja, zorras malditas, que si no, os va a costar caro!... ¿No hacéis caso?... ¡Compañeros, preparad los fusiles!...

Dorotea y Pepa seguían impávidas.

Aquellos defensores de la fraternidad y de la liber-

tad se echaron los fusiles a la cara. Perdigón gritó con voz estentórea.

—¡¡Fuego!!...

Se oyó una detonación espantosa. Los cuerpos de ambas hermanas cayeron en tierra acribillados de balas. El tabernáculo, empero, estaba intacto. Las dos pobres beatas fueron mártires, por defender a Jesús Sacramentado.

Y en aquel momento la tropa invadió la iglesia y, cargando a la bayoneta, puso en rápida fuga a aquella turba de sediciosos, muchos de los cuales quedaron sin vida sobre el mármol del pavimento.

V

El mundo necio y egoísta desprecia a las pobres beatas, las escarnece, las ridiculiza, se burla de ellas con volteriana mofa. Cegado por su insensato orgullo, no alcanza a ver que son almas santas, almas privilegiadas que Dios cría para Sí, espíritus verdaderamente evangélicos que animan ciertamente muchas veces a débiles criaturas, llenas de inocentes ridiculeces y de inofensivas simplezas. Mas ¿qué importa esto a Dios? ¿qué importa a ellas mismas? Su gloria está en sus conciencias, limpias y puras como el cristal más diáfano, no en la boca de los hombres que, ruines y mezquinos, no aciertan a comprender que miserables envolturas cubren a veces joyas inapreciables.

Mas—bien dice el P. Kempis—*si el hombre sólo ve lo de afuera, Dios ve el corazón.*

El cántaro de la lechera

(Fragmento de un libro inédito)

¡Qué alegre y qué bello es ser joven! Ver abrirse delante un porvenir que se extiende risueño y se pierde a los lejos, entre nubes que la imaginación borda, como las de la tarde, de rosa y oro. Feliz época de la vida en que el pasado es corto y los recuerdos escasos, y el porvenir largo y largas también las esperanzas.

Este es el secreto de la alegría de la juventud y la tristeza de los ancianos.

Los unos esperan, ¡y es tan alegre esperar!

Los otros recuerdan, ¡y es tan triste el recuerdo!

En esa edad en que el corazón, abierto como una rosa a los impulsos de la brisa, nada sabe de la vida, y por eso ni teme ni desconfía: en esa edad que el niño anhela, no estima quien la goza, y recuerda como un dulce sueño el que la ha pasado, empiezan a formar las ilusiones sobre la cabeza un cántaro de la lechera que siempre se rompe y siempre se renueva. Si un proyecto se frustra, otros mil le suceden, y a menudo el desengaño de todos los desengaños, que es la muerte —¡quién lo creyera!—, encuentra aún planes que destruir y esperanzas que burlar.

Cuando se ven adelantarse por la senda de la vida esos risueños seres que tienen el encanto de la inocencia y la belleza de la juventud; que caminan sin un pliegue en el entrecejo, ni una arruga en la boca, ni una herida en el alma; que, como suele decirse, llevan el corazón en la mano, sin saber que hay espinas que lo

desgarran, y nieve que lo hiela, y desengaños que lo secan, dan ganas de gritarles, como al ciego que tranquilo se dirige a un abismo: *¡Detente!*

Y siguen: siguen sin ver que las flores ocultan espinas, y sin distinguir que el sol tiene manchas. ¡Les parece todo tan bello!

Es necesario que la juventud pague la experiencia, y ésa sólo se compra con lágrimas que empiezan a derramarse cuando la primera ilusión tropieza con el primer desengaño, y entre asustado y sorprendido se ve que el primer cántaro rueda y se rompe.

Pero bien pronto se secan estas lágrimas, que corren sobre mejillas harto calientes; son cual el rocío que presto desaparece sin dejar huellas, y como mientras hay deseos en el corazón hay ilusiones en el alma, no tarda el caído en levantarse y seguir su marcha, para caer de nuevo con más dolor y levantarse con menos esperanzas.

La primera caída sorprende y asusta; la segunda, hiere y abate; la tercera, gangrena y anonada.

Entonces no son las lágrimas rocío que desaparece, sino lava que hace surcos: entonces está el fuego en ellas, y en las mejillas sobre que corren sólo ha quedado la nieve.

Ya no se ven en las flores más que las espinas, ni se distinguen en el sol más que las manchas. ¡Parece todo tan triste!

¡Ay! ya no es la pena que mortifica y pasa: ¡es el dolor que destroza y no muere!

En esas borrascas que tan calladas pasan de diario en el corazón humano, este suele ser un momento de grave peligro. Cuando el alma siente de repente ese horrible frío que el dolor produce, vuelve a todas partes los desatentados ojos y sólo encuentra dos caminos

que se le presentan: la soberbia le empuja por el uno, y le muestra un puñal suicida; la humildad le llama por el otro, y le carga una cruz en los hombros. Por el uno, en brazos de la desesperación, se rueda al suicidio; por el otro, apoyada en la resignación cristiana, se llega a la esperanza. La soberbia recrimina a Dios y blasfema: la humildad baja la cabeza, y entre sollozo y sollozo dice: ¡Cúmplase tu voluntad!

¡Pobre alma si la arrastrara la soberbia!

Porque en medio de los gritos, los sollozos y las blasfemias, se vuelve furiosa a morder la mano que la oprime: maldice la memoria, porque recuerda; el pensamiento, porque adelanta; se arranca el corazón, porque siente, y en su arrogante rabia, desafía al destino que sin esfuerzo le avasalla.

¡Pobre alma, que indomable en su fiereza, quiere huir cobarde del tiempo que la oprime, y de una puñalada se precipita valiente en la eternidad, arrojando al cielo, por última blasfemia, un puñado de su propia sangre, que le cae en el rostro, haciéndole gritar como a Juliano: *¡Me venciste, Galileo!...*

En cambio la resignación cristiana deja que el dolor exhale sus primeros transportes, comprendiendo que, porque es hombre, el hombre es débil: mas luego lo enfrena piadosa, y poco a poco le adormece en brazos de la tristeza, que también llora, pero llora mirando al cielo.

Más tarde, cuando los años sin borrar las penas las alejan, sucede a la tristeza otro sentimiento callado y serio, grave y dulce, que ya no llora, sino suspira, ora y espera.

La melancolía.

Entonces el joven, más o menos pronto hecho ancia-

no, arrugado el entrecejo porque ya desconfía, fruncida la boca porque ya no sonríe, guarda su pobre corazón sangriento dentro del pecho, y mirando tristemente el último cántaro roto, para no caer, ya no se levanta.

Solaces de un estudiante

(Cuadro de costumbres)

Prólogo de

Fernán Caballero

INTRODUCCION

Para juzgar con toda justicia una obra literaria, por insignificante que sea, mucho contribuye el conocimiento de la clase de persona que la ha escrito, y sus pretensiones al darla al público, por lo cual creemos ayudar al acierto de la opinión que se forme sobre el siguiente cuadro de costumbres que, con el poco pretencioso título de *Solaces de un Estudiante,* ve la luz, presentando al lector con toda verdad a su autor.

Don Luis Coloma es un joven que no cuenta veinte años, no sólo modesto, sino tímido. Hijo de unos padres dechados de virtudes; educado con los mejores principios y modelos, el bien y la honradez han sido siempre el estado normal de su mente.

Llegado a la edad en que otros jóvenes dedican sus ocios a las diversiones, francachelas y juegos, él, sintiendo una fuerte inclinación a la literatura amena, lo dedicó a escribir algunos cuadros, en los que, si bien se nota inexperiencia y reminiscencias demasiado marcadas de lo que ha leído, se encuentra, además de lo bien escritos, delicado buen gusto, rasgos muy poéticos, chistes, exquisita decencia, y, sobre todo, un admirable fondo de ideas, sentimientos y opiniones morales y religiosas.

Lo que admira en tan corta edad es un don de observación, muy raro en la juventud; pues pocos son los que se toman el tiempo de observar, y menos son los que prefieren un personaje copiado a otro inventado por ellos; esto puede ser bueno para la novela fantástica o novelesca, pero no para aquellos que escriben en el género que, con el nombre de *realismo,* pintan las cosas tales cuales son. El realismo, así como el romanticismo, ha sido exagerado y mal aplicado en Francia, lo mismo que aquí, y por estas malas interpretaciones, se le ha juzgado equivocadamente, prestándole una significación que no tiene en Alemania, su cuna, en la que significa verdad, naturalidad, decencia, falta de énfasis, de inverosimilitudes y exageraciones que creó el mal entendido romanticismo. En prueba de lo que expresamos, traduciremos lo dicho por uno de los primeros críticos y literatos de Alemania, el hoy ya difunto bibliotecario del Emperador de Austria, don Fernando Wolf, en un artículo que escribió sobre nuestros escritores:

"Por ellos—dice—adquirió España el género realista, y en él pueden pasar como modelos. Tan exentos de trivialidad y de reproducciones groseras como de coqueta ingenuidad (*naïveté*) y afectada naturalidad, puesto que el género realista no puede aspirar a tener valor artístico si reproduce la realidad grosera, sino cuando reproduce los poéticos elementos de la realidad. El genuino realismo no niega de manera alguna, como lo hace el materialismo, el ideal, sino que lo busca como cosa real".

Así se expresa el sabio literato alemán, al que acudimos como al más competente juez en la materia. Cuando el reciente invento de la fotografía se emplea en sacar con cinismo cuadros inmorales, groseros y re-

pugnantes, ¿a quién se culpará: a la preciosa invención o a los que de ella tan mal se sirven?

Como este género de verdad, sencillez y naturalidad es el que preferimos, no es extraño que nos sea simpático el siguiente trabajo, que, con escaso argumento, ha sabido reunir aquellos méritos, así como un lenguaje suelto, flúido y correcto, con la moral más pura. Hemos, pues, animado al autor a publicarlo, seguros de que otros lectores sentirán la misma simpatía que nosotros, y tendrán igual placer en leerlo.

FERNÁN CABALLERO

I

Era a fines de setiembre de 1856, cuando ya los ferrocarriles abreviaban con su desalada marcha las dos leguas y media que separan al lindo Puerto de Santa María del hermoso, rico y noble Jerez de la Frontera. Al nacer el Guadalete, besa los pies del primero, y murmurando no sé qué imprecaciones contra el férreo camino que le arrebató su importancia, se acerca a él como atraído por la curiosidad, y corre algún trecho a su lado; pero bien pronto la rapidez de la obra de los hombres parece aburrirse de la majestad de la obra de Dios, y se separa violentamente de ella, prosiguiendo su precipitada carrera, mientras el río, sin ofenderse por este desaire y sin dejar su pausado y majestuoso paso, se pierde a lo lejos con la serenidad de una conciencia tranquila.

Sobre una pequeña altura que a la izquierda forma el terreno, se ven las ruinas de la torre de doña Blanca, que parecen arrastrarse hacia un vecino bosque de naranjos, como si buscasen la soledad y el silencio para repasar sus trágicas tradiciones. A la derecha, pero mucho más lejos, el hermoso *cadáver* de la Cartuja contempla tristemente su ruina, que se refleja en las aguas del Guadalete, y suspirando por la ausencia de sus monjes, se desmorona solitario y triste, sin que su pasado, tan rico, tan hospitalario y tan caritativo, pue-

da alcanzar el perdón de esa terrible sentencia que sobre él pende, de ese espantoso azote con que el hijo destruye la obra que tantos afanes costó al padre; del inexorable y anticristiano *abandono* a que el hombre condena el templo de Dios.

Vese, por último a Jerez, antiguo guerrero que trocó la maza por la rueca, prefiriendo los pámpanos de la vid a las coronas de laurel de que le cubrieron sus héroes; vésele asomar la cabeza entre la multitud de cerrillos que le rodean, mostrando sus bodegas por cinturón, por corona su iglesia de San Miguel, y allá más lejos, como ilustre blasón y santo relicario que sobre el pecho colgárase el gigante, descúbrense la colegiata del Salvador y el real alcázar, a quien la distancia parece envolver en el mismo bosque de árboles, simbolizando así la indisoluble unión del Trono y del Altar.

Dijo Balzac que el paisaje tiene ideas, pero ideas tan variadas como varias son las sensaciones de que nacen; porque el alma es una gran arpa cuyos ecos son las impresiones que la afectan; y así como hay arpas, cuales las aéreas, que el menor soplo hace resonar blandamente, las hay también que sólo suenan a la dura vibración del interés, el egoísmo o la codicia.

Así, en aquellas ruinas, que tanto más tristes se presentan cuanto más magníficas son, cualquiera de las primeras encontraría escrita la historia de un pueblo, y vería allí la verdad abatida, pero no vencida; porque estas almas privilegiadas nunca dejan al hecho prevalecer sobre la *idea,* sino que, alzando los ojos al cielo, ven en él comprobado que sólo para despejar la atmósfera ruge la tempestad. Pero en cambio las segundas, como la de uno de los dos viajeros que, apoyados en la ventanilla de un coche de primera clase, miraban

hacia la Cartuja, sólo tienen lugar para sí: éstas sólo verían ricos materiales, soberbios elementos para construir una fábrica, una bodega, tal vez una plaza de toros en que saciar ese *algo* de fiera que con tanta razón supone Cooper en el hombre. Pero ni un pensamiento elevado, ni una sola idea que exprese el deseo de ver que el César devuelve a Dios lo que de Dios es...

... ...

—¿Qué pueblo es ése?—preguntaba el que, de los pasajeros de que hemos hecho mención, de más edad parecía, señalando hacia la magnífica mole de la Cartuja, que se destacaba en el horizonte rodeada de infinitas casitas edificadas a su pie, como si buscasen la sombra protectora del templo.

—No es pueblo, sino el convento que fué de la Cartuja—respondió el otro viajero.

—¡Magnífico parece!

—¡Pse...! Una de las muchas madrigueras en que por tanto tiempo se han rellenado santamente el estómago a costa nuestra aquellos reverendos que, al ver una mujer guapa, decían: *Vade retro!*, y se tapaban la cara con las manos, pero dejando un clarito por donde no se les escapaba el menor detalle.

Era el que así hablaba un hombrecillo que, al decir del pueblo, abultaría lo que un ochavo de cominos. Su nariz respingona daba a su rostro cierto tinte picaresco, aumentado por una gorrita de pieles puesta sobre las cejas; en el ojo derecho llevaba un *eye glass,* como le llaman los ingleses, lentes de un solo vidrio que, sujetándose entre el carrillo y el hueco del ojo, hacen del rostro más regular y perfecto la más risible carantoña. Acostado, más bien que sentado, en los asientos del coche, y oculto bajo los pliegues de una finísima manta escocesa, sólo asomaba la parte superior del rostro,

y un pie que, campando por su respeto en una holgada bota a la inglesa, se apoyaba al nivel de sus narices en el asiento de enfrente. En una mano tenía un magnífico cigarro puro, que poco a poco se apagaba bajo la ceniza que su indolente dueño dejaba nacer, como se apaga un recuerdo bajo el olvido que el tiempo trae y sella; en la otra, cubierta con un colorado guante de piel de perro, llevaba un bonito y ligero bastón. Este figurín de modas, que aún no habría cumplido diecinueve años, y que tenía una notable semejanza con esas figuritas alemanas de que tanto consumo hacen nuestros niños, llamábase Próspero Pinillos, y era hijo de un honrado y rico extractor de Jerez de la Frontera.

En cuanto al otro viajero que en la estación de Puerto Real se había embarcado, sólo representaba de veinticuatro a veinticinco años: su cara regular y perfecta, sus finos modales y su noble porte, revelaban una persona de clase distinguida. Al verle entrar, Pinillos torció el gesto, guardando un despreciativo silencio, hasta que un incidente, que en la estación del Puerto sobrevino, tornó su desdén en cortesía y su grosero silencio en amable locuacidad.

Y fué el caso que, no bien el tren se detuvo, acudió un criado a la portezuela, y descubierto respetuosamente, preguntó al que con Pinillos venía:

—¿Necesita el señor marqués algo?

—¡Un marqués!—exclamó Pinillos creciéndose una cuarta, y sintiendo nacer hacia el viajero las más tiernas simpatías.

—Da lástima ver ese magnífico edificio sirviendo sólo de guarida a vagabundos, o tal vez a bandidos—dijo tristemente el marqués apartando la vista de la Cartuja y dejándose caer en su asiento.

—¿Y qué quiere usted, si así son las cosas de España, que es el país más ignorante y más anticulto que he conocido? Y gracias que ya no nos molerán las orejas esos reverendos cartujos con su eterna chicharra: *¡Que morir tenemos! Ya lo sabemos.*

Y Pinillos pronunciaba este terrible aviso, ridiculizando el tono algo gangoso de los frailes.

—En cualquiera otro país culto, en Inglaterra, por ejemplo—prosiguió el elocuente Pinillos—, hubieran destruído el nido como medio de exterminar los pajarracos y en el sitio de esa torre de chuchurumbel, y de esa iglesia parecida a la estación de un ferrocarril, se elevaría ahora una magnífica fábrica o una soberbia bodega...

—Eso es muy propio de los ingleses—le interrumpió el marqués con cierto tono burlón, que para Pinillos pasó desapercibido—, porque para Inglaterra, desde que se hizo protestante, el gran artículo es *to make money* (hacer dinero) (1).

—Eso digo yo—replicó Pinillos—, y si no esto, vaya, que sea una gran plaza de toros, ya que en este país son tantos los aficionados a ese espectáculo nacional.

—Según eso, ¿usted se contará en el número de ellos?

—¡Yo partidario de ese horrible espectáculo que repugna a los sentimientos de humanidad y filantropía!... ¡Ver aquellos pobres animales, que después de prestar al hombre todos los servicios imaginables, son pagados con la muerte más cruel y bárbara!... ¡Vaya, marqués, usted me ofende con semejante suposición! Felizmente—prosiguió el charlatán tomando resuello—, la falta de buenos toreros por un lado, y la

(1) Carta de Ortiz de Urruela al conde de Montalembert.

degeneración de las castas de toros por otro, irán desterrando de nuestra patria este inmoral espectáculo, y trayéndonos en su vez las carreras de caballos y las luchas de *boxeards*. ¡Estos sí que son espectáculos magníficos! Ver aquellos fornidos atletas cuán ligeramente se inclinan y se elevan, retroceden y adelantan, retuercen sus cuerpos como culebras, mueven los brazos como las ruedas de un vapor, y descargan vigorosos *rounds* que, sin hacerles pestañear, les destrozan!... Y luego aquel público que, ebrio de entusiasmo, aplaude, vocifera, gesticula, atraviesa enormes apuestas, y, semejante al romano, aplaude fuera de sí si al caer exánime el *boxer* vencido, conserva aún una postura belicosa y arrogante. ¡Esto sí que es magnífico y digno de verse! (1).

—Tiene usted razón—replicó el marqués sin dejar su fina burla—; eso es muy filantrópico.

—En el tiempo que he estado en Londres, de donde salí hace doce días, me he aficionado tanto a las costumbres inglesas, que si volviese a nacer, Londres sería mi patria. Y para que vea usted hasta dónde llega lo triste de mi suerte—prosiguió lastimosamente Pinillos—, desde aquel centro de cultura, de elegancia, de buen tono, me veo precisado a volver a Jerez a vegetar *per omnia saecula saeculorum* en ese gran cortijo en que de la cama iré a la bodega, y de la bodega a la cama.

—¿Según eso, nos dirigimos al mismo punto?

—¿Va usted también a Jerez?... Pues permítame

(1) Bien se nos alcanza que el *filántropo* y culto pueblo inglés desecha en su generalidad esas atroces luchas. Lo cual no quita que hayamos leído en varios periódicos ingleses, entre ellos en *The Times*, más de un artículo entusiástico sobre esta materia.

que le diga lo que los romanos a sus difuntos: *Sit tibi terra levis.*

—No me será muy ligera su tierra de usted, porque es un pleito lo que allí me lleva, y estos asuntos van siempre despacio.

—Entonces resignación y paciencia, amigo marqués; y pierda usted cuidado, que allí las emociones no han de llevarle a la tumba.

—Eso deseo yo: tranquilidad y sosiego.

—Pues eso se tiene allí a muy poco precio. Pero ya haremos lo posible por distraerle a usted, y lo que es en beber vino, volverá usted maestro.

Dióle el marqués las gracias con una amable inclinación de cabeza, y observando Pinillos que ya en esto muy próximos a Jerez se hallaban, sacó una carterita de piel de Rusia, y de ella una tarjeta, que entregó a su compañero, el cual correspondió a su cortesía dándole otra en que, bajo una corona de marqués, leyó el jerezano:

PEDRO GUTIERREZ DE OLMEDO

Marqués de Valmes

Separáronse, por fin, ambos viajeros, después de haberse renovado sus corteses ofrecimientos, graves y comedidos los del marqués, y exageradamente finos y fuera de tiempo cariñosos los de Pinillos, que, como ya hemos dicho, desde que sabía era título de Castilla, le profesaba el más entrañable afecto.

Al apearse Pinillos del coche, un caballero de rostro bonachón y vulgar presencia corrió hacia él exclamando alegremente:

—¡Hola, Prosperito! ¿Quién diablos había de cono-

certe con ese pellejo de gato que traes en la cabeza?... Hijo, ¿te duelen las muelas?—añadió al ver las figuras que hacía Pinillos para sostener su lente, a través del cual le miraba con fingida extrañeza.

—¡Ah! ¿Es usted, don Blas?... No le había conocido—dijo por fin Próspero con un impertinente acento que se esforzaba en hacer inglés cargando la pronunciación en la primera sílaba—. Me alegro de verle... porque así me dirá usted por dónde se va a mi casa.

Quedóse el llamado don Blas mirándole de hito en hito, sin saber si reírse o incomodarse, hasta que, soltando al fin una ruidosa carcajada en la misma cara de Pinillos, que, corrido como una mona, se ponía de todos los colores, exclamó:

—¡Por vida de los moros, y qué desmemoriados nos hemos vuelto! ¡Ni que hubiese ido el mocito a la California!... Anda a paseo, niño—añadió volviéndole la espalda—, que si no has tenido tiempo para olvidar la cartilla, mal lo habrás tenido para olvidar la casa de tu padre.

Furioso Pinillos, dió media vuelta y salió del andén; una turba de chiquillos le rodeó en seguida, queriendo todos llevarle el saco de viaje. Pinillos gritó, dando una patada en el suelo e irguiendo con imponente majestad su microscópica estatura:

—*¡Go away!* (1).

Los chiquillos se miraron unos a otros, y se echaron a reír sin apartarse. Próspero, sulfurado, le cruzó a uno la cara con el bastón, y todos huyeron chillando como energúmenos y llenando de dicterios al malhumorado viajero. Este siguió como si tal cosa; pero

(1) ¡Largo de aquí!

los chiquillos, que ya le habían tomado por su cuenta, fuéronse detrás gritando unos:

¡El de la montera:
que se la quiten
y se la pongan
en las narices!,

mientras otros le cantaban, llevando el compás con las manos:

Los paquetitos
van por la calle,
con la tirilla tiesa
y muertos de hambre.

II

Algún tiempo después de lo que en el anterior capítulo queda referido, acudía mucha gente a la Alameda Vieja, donde las sillas de San José, cuál coja, cuál lunanca, pero todas enfiladas gravemente y procurando parecer lo que no son, es decir, sillas, en vez de potros de tormento, sonreían al ver pasar pollitas y galanes lujosamente ataviados, y hacíaseles la boca agua creyendo ya sentir su ligera presión, sin que se les erizasen las ancas de espanto al ver fieras jamonas y voluminosos gallos, capaces de mandarles al cuartel de los Inválidos, si no al camposanto, con sólo posarse sobre sus ruinosos esqueletos. En el fondo el antiguo alcázar de Jerez asomaba su arrugado rostro, sin que tan brillante espectáculo hiciese dibujar en sus labios la sonrisa propia del abuelo que a sus pies viera jugar a sus nietecitos. Sin avergonzarse de su honrada pobreza, álzase en-

tero y altivo como un hidalgo pobre, y empuja hacia adelante sus dos torres principales, como si quisiese cubrir con ellas el abandono y ruina que tiene a sus espaldas; menos desgraciado el paredón que las une, deja escapar a través de unas raquíticas ventanas el alegre follaje de un jardín que viene a ser sobre su tristeza como un ramo de rosas sobre un frío sepulcro.

Nadie diría, al ver el abandono y ruina de aquel edificio, que allí se ha derramado la más gloriosa sangre jerezana; que allí, batiéndose por su Dios, por su Patria y por su Rey, han dado la vida multitud de héroes.

¡Qué bien se marcaban en aquel paseo el distinto carácter de dos épocas tan lejanas por los años como por las ideas! A lo lejos, el alcázar, presentando un miserable aspecto y sus deteriorados muros, oculta sus tradiciones, sus héroes, sus glorias, y parece decir: *Tenemos, pero no aparentamos.*

A sus pies, la multitud de paseantes ostenta ricos y vistosos trajes, dulces sonrisas y galanas palabras, mientras se apresuran a esconder miserias, penas y lágrimas; a su vez parece leerse en todas las frentes: *Aparentamos, pero no tenemos.*

A los pies del paseo habíase estacionado un grupo de jóvenes de la ciudad, que se ocupaban caritativamente en eso que llaman *cortar sayos,* los cuales celebraban con mil chistes y burlas, a veces bien chocarreras e impropias de caballeros, y en las que creían encontrar un diploma de ingenio y de talento, siendo así que las personas burlonas sólo inspiran miedo a los tontos, desprecio a los de buen juicio, y estimación, a nadie.

La fatal propensión que tienen muchos jóvenes a

huir del trato de señoras, que insensiblemente les aleja de los vicios, y a rozarse únicamente con hombres o con mujeres algo menos que de medio pelo, les hace adquirir modales groseros y chabacanos. Después cuando se encuentran en la precisión de alternar con señoras, o se hallan embarazados, como el que está fuera de su círculo, o no tratan de moderar sus insoportables hábitos, más dignos de figurar en un *club* que en un salón.

No pasaba muchacha por delante de aquel grupo cuyo traje no fuese examinado minuciosamente; se analizaba si su peinado era más alto o más bajo, si su aire era elegante, si sus pies eran bonitos, y se procedía, por último, a calcular su *educación mercantil,* para colocarla o no en la lista de los partidos ventajosos.

De seguro que tú, amigo lector, no conocerás a esta *doña Educación Mercantil,* que, aunque parece una pollita, no es sino una vieja retocada, que en todos tiempos y en todos los países ha hecho mucho ruido, atacada y defendida continuamente por dos partidos opuestos. Consta el primero de todos los enamorados imberbes y enamoradas boquirrubias que no pasan de veinte años, y de los poetas a quienes su cicatera musa no da arriba de una puchera; llámanla *vil metal,* y enarbolan una bandera color de ilusión, con este mote: *Contigo, pan y cebolla.* Capitanean al segundo una multitud de viejos gordos, barrigones y peludos, que sólo se acuerdan del pobre para no llegar a serlo, y del rico para aumentar sus riquezas; éstos la consideran como la *entraña* más esencial del hombre, y graban en una bandera color de desengaño, y a veces de egoísmo, este lema: *Contigo, jamón y buen vino.*

Existe esta prójima, con el nombre de *Dinero,* des-

de hace luengos años; pero este moderno título con que se ha engalanado, siguiendo la manía que por ellos reina, le viene desde que un padre avaro, a quien preguntaron por qué no daba educación a sus hijos, que eran muy arrimados a la cola, contestó con la mayor gravedad:

—¡Educación religiosa!... ¡Educación civil!... ¿Y a qué he de gastar mis cuartos en esas pamplinas? Cuando yo muera, ¿no les quedará a mis hijos dinero?... Pues entonces tendrán *educación mercantil,* que vale más que ninguna otra.

Como todo lo que se hace valer, siempre fué muy poderosa; pero allá en sus primitivos tiempos había una dama de arrogante presencia y altaneras miradas, que se llamaba *Nobleza,* y que ocupaba un puesto muy superior al suyo. Como el Dinero tenía de envidioso lo que la otra de impertinente, hacíale echar espumarajos de rabia la superioridad de una tan terrible rival, y vínosele a las mientes la idea de desafiarle. Pero como al mismo tiempo no carecía de cierta prudencia, desechó al punto este belicoso ímpetu, diciendo:

—¡Guarda, Pablo!, no sea que yendo por lana salga trasquilado; esperemos tiempos mejores, que a cada puerco le llega su San Martín.

Y mientras tanto, disfrazó su rencorosa envidia con las más obsequiosas cortesías.

Pero de allí a poco empezó la Nobleza a padecer del estómago, a consecuencia de ciertas aguas que se vió en la precisión de beber, y hacia el año... de este nuestro buen *siglo de las luces,* quedóse flaca como el espíritu de la golosina. El Dinero, que nada había perdido de sus antiguos bríos, porque hay estómagos groseros a quienes sientan bien toda clase de

aguas, se envalentonó al ver a su rival tan moquicaída, y pagó a una turba de chiquillos para que le diesen un abucheo y le cantasen el *Trágala*. La nobleza, hecha un basilisco, fué a proponerle un desafío, que la otra aceptó al punto; acudió el Dinero al campo del honor, llevando por testigo un rapado israelita, y por armas un talego lleno de onzas de oro. En cuanto a su ya asendereada rival, apareció ocultando bajo una raída capa de terciopelo las bizmas y cáusticos de que se hallaba cubierta, trayendo por testigos un pavo real, y por armas la espada de Fernán-González, que exclamaba con toda la arrogante jactancia del que es y del que puede (1):

De Fernán-González fuí,
de quien recibí el valor,
e non le adquirí menor
de un Vargas a quien serví.
Soy la octava maravilla
en cortar moras gargantas:
non sabré yo decir cuántas,
mas sé que gané a Sevilla.

Comenzó el combate, y el primer talegazo que el Dinero le sacudió a su contraria, le puso la cabeza hecha una breva; pero no pudo excusarse de recibir antes una leve herida en el corazón. Los padrinos declararon el honor satisfecho, y cada cual tiró por su lado; la Nobleza fué a buscar quien le compusiera la cabeza, pero no hubo más remedio que amputársela, y sólo se quedó con el corazón que siente. Al perder

(1) Esta gloriosa espada se conserva en la Biblioteca Colombina de la catedral de Sevilla. Junto a la urna de cristales en que se halla depositada, están en un cuadrito los versos que citamos.

su parte viciada, que era la cabeza, vana, orgullosa y vacía, perdió también sus defectos, y en la actualidad la verdadera nobleza, que es la del alma, tiene su asiento en el corazón que sabe sentir, amar y creer. La Educación Mercantil (le daremos este nombre que la rejuvenece, esto le agrada, y es bueno tener amigos en todas partes) quiso, a su vez, curarse el corazón; pero siguiendo los consejos de una tal *doña Codicia,* prima suya y presunta heredera, se le fué secando poco a poco, y quedóse únicamente con la cabeza que calcula. Después de este lance, se hicieron en la apariencia las mejores amigas del mundo; lo cual no quita que cada una le envidie a la otra lo que le falta, y jamás olviden sus antiguas rivalidades.

Obsérvase también que aquel antiguo partido que la llamaba *vil metal,* y que a capa y espada defendía el lema *contigo, pan y cebolla,* ha desaparecido. Hoy día jóvenes y viejos, poetas y cocineros, consideran como la *entraña* más esencial del hombre, y opinan (con escándalo de las hijas de Mnemosine y de Cupido, que, asustado, rara vez aparece por estos barrios) que *contigo, jamón y buen vino.*

III

Dijimos en el capítulo anterior que a la entrada del paseo habíase situado un grupo de jóvenes de la ciudad, entre los que se contaba Próspero Pinillos (1),

(1) Advertimos al lector que ni en éste ni en ninguno de nuestros personajes pretendemos trazar el retrato de persona marcada; nuestros personajes son caricaturas del vicio y del ridículo. Si, a pesar de todo, alguien se diese por aludido, le contes-

que desde entonces habíase constituído en su perpetuo satélite.

Era Próspero Pinillos un Lovelace de vara y media de alto, que leía mal y escribía peor; moderno *esprit fort,* que negaba todo lo que no le era posible medir con su razón, del tamaño y calidad de un ochavo fernandino, y como nada comprendía, lo negaba todo; bella y muy común razón de pie de banco. Ridícula personificación de la hipocresía del vicio, que tantos prosélitos cuenta entre la juventud del día, Próspero Pinillos, según su frase favorita, *se ponía el mundo por montera.*

—Grandecilla es para usted la tal monterina—le habían dicho muchas veces.

Llegaba, por ejemplo, al Casino, donde sus compañeros de penas y fatigas empinaban de lo lindo, y ciertamente que no era agua.

—¡Hola, Próspero!, ¿quieres una copa?—le decían éstos.

—Gracias, chicos—contestaba él—; acabo de dormir una *pea* (fraseología moderna, elevada por los Prósperos Pinillos de las tabernas a los Casinos), y ya es bastante por hoy.

Por supuesto que la tal *pea,* o borrachera, es imaginaria, y lo que ha estado haciendo es rezar el Rosario con papá, mamá, hermanitos y acompañamiento de criados de ambos sexos; pues como el padre está chapado a la antigua, conserva la piadosa costumbre, que su hijo califica de antidiluviana cursería, de que todo bicho viviente rece el Rosario después de comer. Un día se negó Próspero a rezarlo.

---

taremos estas palabras de Fígaro: "En lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejaremos al que por original se tenga, que se corrija; en su mano estará, pues, que deje de parecérsele."

—¡A rezar!—le dijo su padre, que era de pocas palabras.

—¡Fanatismo, superstición!—exclamó campanudamente el escéptico Pinillos—. Adoráis a un absurdo... ¡Dios no existe!

El padre, sin inmutarse, cogió una tranca y le rompió una costilla.

—¿Hay o no hay Dios?—preguntaba al mismo tiempo.

—¡Ay!—gritó con toda su alma el retoño Pinillos llevándose la mano a la parte apaleada.

—Pues a rezar—replicó el padre persignándose como si tal cosa.

El argumento, si no era muy suave, fué muy convincente; por más que no aprobemos la lógica del palo, no dejamos de conocer que para los Prósperos Pinillos es la más poderosa.

Previos estos antecedentes, júzguese cuál volvería de Londres el inflamado botarate, a donde un año antes le envió su padre a perfeccionar el inglés, para que pudiese desempeñar un cargo en su casa de comercio. Este corto espacio de tiempo bastó para que, ilustrado Pinillos, renegase de la madre patria, exclamando con Dumas que el Africa empieza en los Pirineos; si le hubiese sido posible nacer de nuevo, hubiera escogido por padre al *spleen*, por madre a las nieblas del Támesis y por Patria al aristocrático y dorado *Belgravia*, que sólo desde la calle pudo contemplar. Así, pues, su desesperación no tuvo límites al verse precisado a volver a aquel Jerez, cuyo sólo nombre le horripilaba: junto a su padre, que, lejos de padecer *spleen*, comía y trabajaba como el más despreocupado gañán; junto a su madre, que en nada se parecía a una ligera y poética niebla, sino, que, gorda y

redonda como una bola, zurcía las medias de sus hijos y ¡rezaba el Rosario!...

Acalorada era la discusión que el círculo del muchacho sostenía, cuando acertaron a pasar por allí delante dos señoras, una ya entrada en años, y otra, al parecer, su hija, de extremada hermosura.

Era alta, delgada y de constitución nerviosa; su cara aguileña tenía el blanco mate de la cera, y estaba cercada de hermosos cabellos negros rizados, y tan espesos, que, no obstante su finura, le formaban sobre la cabeza una enorme trenza hecha rodete. Daba el brazo a la otra señora, ya anciana, y que, a juzgar por la semejanza de ambas, debía de ser su madre.

—¡Preciosa niña!—dijo el marqués siguiéndola con la vista hasta que se perdió a lo lejos—. ¿Cómo se llama?

—Misita (1) Ardera—contestó uno de los muchachos.

—¿Y tiene mucho *dinerro*?—preguntó un inglés de cabellos color de lino, que, gravemente sentado en una silla y teniendo los pies apoyados en otra, chupaba con una impasibilidad británica el puño de marfil de su bastón.

—Ni un *shilling*, con la hipoteca de la madre y un hermanito de censo—respondió Próspero Pinillos con aquel ridículo acento que se esforzaba en hacer inglés—. Gracias a su bonita cara, haría una deliciosa Ofelia, y no estoy yo lejos de ser el Hamlet que exclame, no ante su sepulcro, sino ante su ventana:

—*Y lov'd Ofelia* (2).

—¿De veras? ¡Hombre! Cuenta, cuenta; que eso debe ser divertido—gritaron varias voces.

---

(1) Diminutivo de Mercedes, popular en Andalucía.

(2) Palabras de Hamlet en el drama de Shakespeare; acto V, escena segunda.

—Te aconsejo, chico—dijo uno de ellos, a quien no hacía ninguna gracia la necia fatuidad de Pinillos—, que no pares tu atención en la de Ardera, que no es digna ni de calzarte las botas; vete a China, preséntate a la emperatriz, que en seguida te ofrecerá su blanca mano, y parte con ella el Celeste Imperio para que te canten cuando salgas al paso:

> **Maka kachú-maka kachú**
> **san fú**
> **chiriví-chiriví.**

—¿Es envidia o caridad?—le dijo Pinillos algo amostazado.

—Envidia, pura envidia que se lo come—replicó otro que quería divertirse con él—; no le hagas caso, y cuenta tu aventura.

—Imposible, señores—contestó Pinillos, que, sin tener nada que decir, reventaba por charlar; pero que, fiel a su espíritu de oposición, se negaba a ello—; si le quitáis al amor sus misterios, le priváis del mayor de sus encantos.

—Seremos discretos como la tumba—aseguró uno de los muchachos en tono burlescamente dramático.

—Más discreto debo ser yo para no parecer fatuo; porque cuando se han conseguido ciertos favores, es indigno...

—Lo que es indigno, y apenas puede concebirse, es que haya quien emplee esas palabras preñadas, tan peligrosas al tratar de la honra de una mujer, que, como el cristal, al menor golpe salta en pedazos—exclamó de repente un caballero de edad madura, llamado don Juan Claro, algo pariente de Misita, y que, sentado tras de Pinillos, había oído sus necias palabras.

Volvióse éste prontamente al ver el aguacero que encima se le venía, y dijo algo desconcertado:

—De poco se asusta usted, don Juan.

—Pues no tengo el corazón muy chiquito—replicó éste—; pero ese lenguaje, que, tratándose de una señorita, indignaría en boca de un hombre cualquiera, en la de un... joven como usted, no sólo indigna, sino que también asusta.

—¿Y qué quiere usted, señor?—dijo cínicamente Pinillos.

—¡La juventud está muy pervertida!—exclamó el caballero—. Malo, muy malo es que la juventud seque su corazón, y, vieja sin serlo, substituya ese generoso desprendimiento que le es peculiar, y que lleva el corazón en el pecho con el triste egoísmo que lo lleva en la cabeza; su noble ardor, que le impide ver a sangre fría una injusticia, con la culpable indiferencia, plaga de la era presente; su dulce confianza en los que nacieron antes, con ese amargo escepticismo que sólo es propio del desgraciado cansado de sufrir, que no quiere ver en la religión el bálsamo de todas las heridas. Culpable es esto ;pero la *niñez*, que todavía bajo el dominio de los ayos ya ansía por estos vicios y aparenta tenerlos, es, además de culpable, ridícula en grado superlativo. Y usted, Pinillos—añadió don Juan Claro con una sonrisa—, todavía no es *joven*: aún es *niño*.

—¡Eso es decir, señor mío, que yo soy ridículo! —exclamó Pinillos con los ojos saltones y colorados como un tomate.

—No sé si habré dicho eso—replicó el claro señor—; pero una vez que usted ha adelantado la idea, yo la sostengo

—Es que la sostendrá usted en todos los terrenos,

porque yo tengo muy presente el código del honor.

—Así tuviera usted tan presente el Catecismo de la Doctrina cristiana, que no ha mucho tiempo le enseñarían.

—¡Míster Snuff!—exclamó Pinillos furioso, volviéndose bruscamente hacia el inglés, que, asustado, se metió el puño de su bastón hasta la campanilla—. Usted será mi padrino.

Y luego, con el mismo arrogante tono con que Bernardo debió decir a Aben-Yucef: "¡Ay de ti si al Carpio voy!", dijo a don Juan Claro:

—Por este caballero tendrá usted noticias mías.

—*Your obedient, sir* (1)—graznó míster Snuff sin variar de postura.

Y siguó chupando el puño de su bastón.

—También usted las tendrá muy pronto mías —contestó don Juan con una chusca sonrisa.

Y, efectivamente: dos horas después recibía el padre de Próspero una esquelita de don Juan Claro, que era antiguo amigo suyo, en que se le noticiaba todo lo ocurrido. Cuando preocupado con su *lance de honor,* volvía Pinillos hijo a su casa, recibió orden de entrar en su cuarto, donde sufrió un arresto de quince días; además prometióle su padre—y Pinillos estaba convencido de que si éste era parco en prometer, era seguro en cumplir—que al menor motivo de escándalo le haría encerrar en un colegio. Los tres primeros días de arresto, Pinillos bramó en su prisión y juró matar al cobarde que le había reducido a aquel estado; al cuarto pensó escribir, como Silvio Pellico, un libro que llevase por título *Mis prisiones*. Y ya el quinto, mientras soñaba con Misita, de quien se creía peligro-

(1) Para servir a usted.

samente enamorado a lo don Juan, distraía sus continuos ratos de ocio como el cardenal de Borbón los suyos: cazando moscas, que con un papelito puesto de cola hacía volar por el cuarto.

IV

Sentada junto a una mesita de caoba, sobre la que ardía un reverbero de china, bordaba Misita Ardera un primoroso pañuelo destinado a su madre, y en su vestido, tendido a guisa de alfombra, descansaba arrellanado como un gran sultán, el corpulento *Canene*, decano de los tejados y enemigo irreconciliable de la ratona gente. Sobre la misma mesa doña Ursula, madre de Misita, tenía abierto un mapa universal, y con la punta de una gruesa zanca de azabache, marcaba el derrotero, que, a su parecer—por cierto bien poco náutico—, había de seguir el buque que, saliendo de Cádiz, a Cuba se dirigiese; suspiraba de cuando en cuando, y alzaba la vista hacia una imagen de la Virgen del Carmen que, colgada ante una lamparilla de aceite, sobre una cómoda se hallaba, como si quisiese poner bajo su poderosa protección aquel navegante que tanto parecía interesarle. A cada muda súplica que a la Virgen dirigía, sentía la buena señora renacer la calma en su pecho, y parecíale que ante su fervorosa oración retrocedían las soberbias olas de aquel mar que, como si realmente tuviera ante los ojos, con tanta atención contemplaba. A una respetuosa distancia, Brígida, la única criada de la casa, repasaba un poco de ropa blanca.

Aprovechemos la ocasión para dar a nuestros lectores algunas noticias acerca de doña Ursula y Misita.

Pertenecía esta señora a una de esas antiguas y nobles familias en que se hereda de padres a hijos, al par que un ilustre nombre y una pingüe renta, lo que vale más que la nobleza de la sangre y el lustre del dinero, es decir, la caridad y la virtud cristiana. Aún no había cumplido veinte años cuando se casó con don Pantaleón Ardera, hombre brusco y tacaño, que contestaba de continuo a los pedidos de metálico que su mujer le hacía:

—Guarda, Ursula, guarda, que la economía es madre de la prodigalidad.

—Pues, hijo, me parece que tu economía no tendrá nunca la dicha de ser madre—le contestó una vez ésta, harta al fin de su mezquina avaricia.

Diez años permanecieron unidos marido y mujer, sin que hiciese don Pantaleón más que darle disgustos a doña Ursula, concluyendo por morirse de repente el año 1848, que fué una de las pocas cosas acertadas que supo hacer.

—Quedóse, pues, doña Ursula viuda, madre de una niña y un niño, que eran su paraíso, y dueña de un considerable caudal, que era su purgatorio; pues ella, que hasta entonces nunca pudo tomar la cuenta de la plaza sin hacer mil sumas y restar con los dedos, perdíase ahora en un dédalo de guarismos, y veíase apurada por conservar aquella fortuna, que era el porvenir de sus hijos. Tenía esta señora un hermano menor, llamado Sebastián, a quien amaba tiernamente; y a este hombre, jugador incansable, desprovisto de toda idea de pundonor, y sin duda alguna hijo de la famosa economía de su cuñado, confió doña Ursula todo su caudal, otorgándole una confianza tan ilimitada como imprudente. Vió éste el cielo abierto con la inocencia de su hermana, que atada de pies y ma-

nos en sus garras caía, y se entregó con nuevo ardor al juego, perdiendo grandes sumas de aquel capital que se le había confiado. Así pasaron dos años; pero, cubierto de deudas y perseguido por sus acreedores, falsificó documentos con la firma de su hermana, y luego desapareció con una gran cantidad de metálico.

Trémula de sorpresa y espanto, oyó doña Ursula aquella nueva tan terrible como para ella inesperada. Muy bien podía recobrar parte de su fortuna; pero para ello era necesario probar que Sebastián, aquel hermano querido e ingrato, era un *falsificador y un ladrón.* La noble sangre que corría por las venas de la dama, hervía de dolor y de vergüenza al verse en la horrible alternativa de privar a sus hijos de un brillante porvenir, o deshonrar a su hermano, haciendo caer una asquerosa mancha sobre aquel ilustre blasón, que también era el suyo y el de sus hijos, y que ostentaba por mote: *No hay quien de mí diga.*

Después de haber reflexionado mucho sobre su situación, despidió a sus criados y abandonó aquella antigua casa de sus mayores, en que había nacido y donde esperaba morir, y que ya no la pertenecía, para establecerse en una pequeña casita de la calle de N., que, junto con dos o tres insignificantes fincas, habían escapado de las garras de su hermano. Allí crecieron aquellos niños, sin que jamás oyesen de boca de su madre la menor palabra de censura contra aquel su tío Sebastián, que fuera causa de todas sus desgracias. Hablábales de él como de un hombre perseguido por la fatalidad, y diariamente subía al cielo su nombre envuelto en una plegaria, pura por los labios que la proferían, y sublime por el tácito perdón que encerraba.

Cumplía Misita a la sazón diecinueve años, y

era, según la tierna y vulgar expresión de su madre (si es que vulgaridad cabe en esos poéticos epítetos que prodiga el corazón de una madre), *un pedacito de cielo.* Pero escapábase a los ojos de doña Ursula que en el inocente pecho de su hija había clavado sus garras esa terrible enfermedad que se llama *tisis,* y que parece escoger sus víctimas en lo más tierno y florido de la juventud. Por otra parte, el carácter angelical de la niña y su continuo deseo de no molestar a nadie, hacíanle sufrir en silencio esos vagos dolores, que en la enfermedad a que nos referimos son preludios de horribles tormentos, tras de lo que sigue la muerte.

Antonio, su segundo hijo, había cumplido ya diecisiete años; era alto para su edad, delgado y airoso; sus maneras eran medidas y elegantes, porque la elegancia, esa elegancia a quien una célebre escritora llamó la *nobleza de la gracia,* era en él innata, le era natural, como su fragancia a la rosa. Su frente estaba coronada de cabellos de un rubio obscuro, y sus grandes ojos de terciopelo pardo se abrían como las puertas de un templo, dejando ver, como aquél, su santuario, su alma franca, noble y bondadosa. Notábase en él ese *no sé qué* que nos encanta y atrae, y que Balzac define diciendo es un compuesto de talento, buen gusto y deseo de agradar. Bueno como su madre, su carácter altanero no podía prescindir de mostrar algo de la brusquedad de su padre; para él no había en este mundo más cariño que el de su madre y su hermana Misita, como tampoco había más diversiones ni más amigos que su caballo *Persa* y su perro *Garabito.* Amábale doña Ursula sobre toda la ponderación; le llamaba su *erizito;* y cuando alguna broma de Misita

le arrancaba una reportada, en que el difunto don Pantaleón aparecía retratado, solía cantarle:

—Cuando Dios crió al erizo
lo crió de mala gana;
por eso el animalito
tiene tan fina la lana.

Este pedazo de su corazón era el navegante cuyos peligros calculaba doña Ursula en las hojas del mapa. Habíanle proporcionado una buena colocación en la isla de Cuba, y lleno el pobre niño de los más laudables deseos, partió, resuelto a sacrificarse por su madre y por su hermana, o a regresar ofreciéndoles una fortuna que en su antigua posición las restableciese. Antonio no se despidió de su madre; la mañana del día de su marcha, hallábase toda la familia sentada a la mesa del comedor.

—Bendito sea Dios, hijo mío—decía doña Ursula, cuya rosca se hallaba intacta sobre el mantel—; no has probado un bocado. ¿Quieres que te parta unas lonjitas de jamón?

—Bueno—contestó Antonio bruscamente; mientras, voy a mandar el equipaje a la estación.

Afanada doña Ursula en partir un pedazo de riquísimo y añejo magro, no notó que al salir Antonio se detuvo en la puerta del comedor, como si una fuerza irresistible le clavase en aquel umbral, y que luego desapareció tapándose el rostro con ambas manos. Ya no debía volverle a ver, y en vano doña Ursula esperó la vuelta de su hijo; muchos años después conservaba la pobre madre, mohosas y medio podridas, aquellas lonjitas de jamón que debieron ser la última comida de su hijo en la casa paterna.

Pronto iba a cumplirse un mes desde la partida

de Antonio, y también desde entonces ardía continuamente una lámpara ante un cuadro de Nuestra Señora del Carmen; acababa doña Ursula la novena de la Patrona de los navegantes, y de nuevo tornaba a empezarla, creyendo en su bendita fe que ante su oración aplacaba el viento su furia, y trocaba el mar sus bramidos en dulces suspiros que imprimían al bajel de su hijo el mismo suave balanceo con que tantas veces ella le meció en su cuna...

—No descanso hasta que tenga carta del pobrecito mío—dijo de repente doña Ursula, cerrando el mapa y dejándose caer sobre el respaldo de la silla.

—Tal vez encuentre algún buque en alta mar y aprovechará la ocasión para escribir; pero si no, será necesario esperar la vuelta del correo.

—¡Y he de estar dos meses sin saber de él; sin saber si se lo habrá tragado ese mar que de él me separa!—exclamó doña Ursula, cruzando las manos y bajando la cabeza afligidamente.

—No se apure usted, mamá—dijo Misita entre risueña y llorosa, tomando una de sus manos y apoyando la cabeza en el hombro de su madre—; no se apure usted, que Dios permitirá que le veamos volver pronto escoltado por un sinfín de talegas de onzas de oro y por un regimiento de negritos cargados de chiquillos, que vengan a decirle a usted: "¡Abuelita, abuelita!"

Y abrazando la niña a su madre, dióle un beso en su pálida mejilla.

—¡Y qué bien que lo vamos a pasar entonces!—dijo Brígida relamiéndose ya con aquel dorado porvenir—; hasta coche vamos a echar.

—¿No he de apurarme, hija—replicó la madre devolviéndole sus caricias—, si ahora, luego y siempre

tienen que amargarme el pan de cada día los trabajos que ese hijo de mi alma por mí pasa? ¡Ay! Es mi suerte tan triste, que nada bueno se me ha logrado; y es mi hijo tan bueno y tan hermoso, que Dios se lo llevará, porque los ángeles no son de la tierra y sólo están bien en el cielo; milagro será si la Virgen me concede volver a abrazarle sano y salvo.

—¡Pues no lo ha de conceder!—exclamó Brígida—; *pobre porfiado saca mendrugo,* y sólo por no oírnos lo hará Su Divina Majestad.

—Pero si no hay motivo alguno; no desconfiemos: que la imaginación es la que corre y el corazón el que se cansa.

—No, hija mía; no desconfiemos, que

El que llorando a Dios suspira y pide,
siempre le acoge y nunca le despide.

V

El piso alto de la casa de doña Ursula lo habitaba un tal don Basilio, capitán retirado que había venido a sentar allí sus reales, en compañía de una nietecita de cuatro años; bello y desgraciado ángel, que al morir su madre derramaba su primera lágrima, y al morir su padre desplegaba su primera sonrisa, viniendo a quedar abandonada y sola bajo la triste guarda de su abuelo, que le prestaba su sombra, como se la presta un grave ciprés al alegre rosal que cobija con sus ramas. Mariquita, que tal era el nombre de la niña, reunía a todos los encantos de la niñez y la inocencia, el que le prestaba su desgracia, y duro había de ser el corazón que no se sintiese conmovido ante aquella

preciosa carita que sonreía engarzada en su gorrito de luto, como sonreiría un niño alegre y tranquilamente acostado en un ataúd. Doña Ursula, Misita, y hasta Brígida, habíanse apegado a ella, de tal modo, que de continuo la tenían en su casa.

Pocos días después de lo que en los anteriores capítulos queda referido, hallábase una tarde Misita Ardera sentada en la única ventana baja de su casa, cosiendo un vestido negro con lunares blancos, que al quitarse el luto había de ponerse Mariquita; ésta, gravemente sentada en una sillita baja, mecía, reclinando la silla hacia atrás, el sueño de uno de esos niños que llaman *llorones,* y a los que, cometiendo un anacronismo de a folio, ponen, en la edad de los pucheros y las muñequillas, una reverente calva, digna del más vetusto pensador de los modernos civilizadores. Envolvíalo en unas mantillas que ella misma había cosido; colocábalo cómodamente junto a su pechito, y le cantaba, imitando a la perfección, esa dulce tonada con que las madres acostumbran arrullar el sueño de sus hijitos:

—Dime, niño chiquito,
¿quién te ha pegado?
—Como soy chiquitito,
yo no lo *sabo.*

—Mariquita, no te respaldes, que vas a caerte—le dijo Brígida, que, sentada en medio de la habitación, zurcía unas medias de su señora.

—¡Calla! Que con esa voz de campana hueca me lo vas a despertar—replicó la microscópica madre poniendo un dedo sobre su boquita.

Y sin hacer caso del prudente aviso, continuó:

—Duerme, niño chiquito,
que viene el coco,
y se lleva a los niños
que duermen poco.

¡Qué bellos, qué poéticos y qué tiernos son esos dulces cantares que, modulados en notas vagas y sin precisión, pero dulcísimas, vienen a despertar en nosotros, como un eco lejano, un recuerdo que rara vez acude a la mente sin lágrimas en los ojos! ¡El de la madre que nos adormeció en su regazo!... ¡Feliz aquel a quien Dios da por timbre ese santo lecho, y, según un autor católico, recibe de su mano una corona sin combate y una palma sin martirio!

No bien concluyó Mariquita su última copla, cumpliéronse los vaticinios de Brígida; y perdiendo la niña el equilibrio, cayó de espaldas, enseñando una redonda piernecita, semicubierta por unos calzones bordados; en cuanto al niño, fué a parar en medio de la habitación, sin dar muestras de haber despertado, resonando lastimosamente su calva contra el pavimento.

—¡Hija mía! ¡Vaya por Dios!—gritaron a un tiempo Misita y Brígida corriendo hacia ella.

—¿Dónde te has dado?

—¡Aquí, aquí!—gimió la niña, señalando la parte superior de la cabeza, y llorando a gritos, más por el susto que por el porrazo.

—¡Eso no es nada! ¡Pícaros ladrillos, que han lastimado a mi niña!

—Ya se acabó, eso no es nada—dijo Brígida,

Y pasando suavemente la mano por el sitio lastimado, añadió:

—Sana, sana,
carita de rana;
si no sana hoy,
sanará mañana.

—Vente aquí conmigo, corazón, que Brígida va a contarte un cuento—dijo Misita volviendo a la ventana, y sentando sobre sus rodillas a la niña, cuyo rostro aparecía rociado de lágrimas del tamaño de garbanzos, mientras el pobre llorón daba un solemne mentís a su nombre permaneciendo sin chistar con la calva contra los ladrillos.

—¡Qué lástima de perlitas, que las quisiera la Reina de España para su corona!—chilló Brígida destempladamente, limpiándole las lágrimas con el pañuelo.

Y luego añadió:

—No llores, niña,
no llores más,
que a mí me aflige
verte llorar.

—Cuéntame el cuento—dijo Mariquita, reclamando la promesa ofrecida.

—Pues, señor, que era vez y vez de un gato, que tenía los pies de trapo y los ojos al revés. ¿Quieres que te lo cuente otra vez?

—¡Ea! Que me cuentes el cuento. ¡Misita, dile que me lo cuente!—dijo la inválida niña, volviendo a encapotarse y amenazando un nuevo chubasco.

—Vamos, Brígida, cuéntele usted el cuento y no la muela más—dijo Misita.

—Allá voy, allá voy, cuartito de alfeñique, que tienes tantas mantequitas, que te derrites al sol—contestó Brígida con mucho mimo.

Y recobrando de repente su gravedad, empezó así:

"Erase vez y vez de un matrimonio tan pobre, tan

pobre, que la mujer tenía telarañas en el gañote de no usarlo, y el marido no podía ni asomar los bigotes a la calle de pura miseria que se lo comía. Pues, señor, que iba una mañana el marido por el campo, mirando para el suelo, por ver si se encontraba a la fortuna, y al pasar por una huerta se halló una mota; entró en la huerta más contento que unas pascuas y le compró a la hortelana una col tan grande, tan grande, que apenas podía con ella. Se la echó a cuestas como pudo y fué a llevársela a su mujer para que la guisara; cogióla ésta, y viéndola tan hermosa, dábala lástima de partirla, hasta que decidió, por último, sembrarla en un corralillo que en la casa había; no lo llevó a mal el marido, y al cabo de algún tiempo, creció tanto la col, que ya llegaba al cielo. Una tarde estaba la mujer ya tan apurada porque hacía veinticuatro horas que no cataba la gracia de Dios, y no iba a tener más remedio que echar mano de su hermosísima col; fuése al corral, muy triste, para arrancarla, y, viendo que llegaba al cielo, se le ocurrió subirse por ella y pedirle a San Pedro una limosnita; tan pronto hecho como dicho, empieza a subir de penca en penca, de penca en penca, hasta que llegó al cielo; no se usan por allí campanillas, y así llamó: ¡tras, tras!, con los dedos de la mano.

"—¿Quién es?—preguntó San Pedro, que tiene muy mal genio, abriendo el postiguillo de la puerta.

"—Soy una pobre infeliz que no tiene qué comer, y venía a ver si me hace usted la caridad de darme una limosnita por amor de Dios.

"San Pedro, que, aunque es viejo y gruñón, tiene muy buenas entrañas, se compadeció de la pobrecilla, porque traía en la cara más hambre que un maestro

de escuela, y entrándose dentro, salió a poco cargado con una mesita.

"—Toma, hija, esta mesita—le dijo entregándosela—, y cuando te veas apurada, dices: *Mesita, componte.*

"—Dios se lo pague a usted y se lo dé de gloria—contestó ella, echando a correr de penca en penca, de penca en penca, hasta que llegó al suelo.

"Como las mujeres *semos* tan curiosas, no tuvo paciencia para esperar la vuelta de su marido, y apenas soltó la mesa en el corral, dijo: *Mesita, componte.* Hija mía, como si lo hubiera tocado con una varita de virtudes, se cubrió la mesa de una comida más abundante que la que se pone en la mesa del rey; en cuanto vino el marido, le contó todo lo que había pasado, y se dieron ambos a dos una *atraquina,* que con el dedo se lo tocaban. Pasaron así algunos meses, y al cabo de éstos, dijo un día el marido a la mujer:

"—Mira, Andrea, es menester que vayas a ver a San Pedro y le pidas algún dinerillo; pues si por lo que toca al pico estamos ya seguros, nos hallamos como quien dice *en cuerecitos* y era menester que mercásemos alguna ropita.

"La mujer se resistió algún tiempo, hasta que de penca en penca, de penca en penca, se encampó otra vez en el cielo; estaba San Pedro sentado a la puerta, tomando el sol, cuando vió venir a la mujer.

"—¡Otra te pego...! ¿Qué se te ofrece, empalago vivo?—le gritó sonando las llaves del cielo que tenía en la mano.

"—No se incomode su mercé—replicó Andrea—, pero venía a ver si me daba usted algún dinerillo, aunque fuese a dita, para mercarle a mi Juan unos calzones, porque tienen los suyos más llagas que un San Lázaro.

"—¡Caracoles con la mujer, que parece le ha hecho la boca un fraile pedigüeño!—refunfuñó San Pedro, metiéndose adentro y volviendo con una bolsa, que dió a la mujer.

"—Toma, *Mari-pidona*—le dijo—, y cuando tengas apuros, di: *Bolsita, componte.*

"—¡Dios se lo pague a usted! y se lo...

"—Anda, anda con viento fresco, y no vuelvas por aquí hasta que traigas nietos.

"Bajó la mujer más de prisa que si llevase el diablo entre las piernas, y en unión de su marido, que al pie de la col la esperaba, dijeron a la bolsa: *Bolsita, componte.* No bien lo hubieron dicho, apareció la bolsa llena de unos pesos duros más hermosos y más brillantes que las estrellitas del cielo.

"Pasaron otra porción de meses, en que marido y mujer echaron plantas de alcalde y humos de *menistro;* pero como el paño fino se conoce por la trama, y la suya era de hábito de capuchino, comprendieron los demás usías que eran vinos de mal criadero, empinados sobre sus talegas. Revolvíaseles a ellos la sangre en el cuerpo de pura soberbia, hasta que la mujer determinó ir a pedirle a San Pedro una *alcuña* más noble que la Reina de las Españas.

"Estaban aquel día en el cielo de limpieza; y a la puerta sacudían los angelitos unas esteras bajo la inspección de San Pedro; así que éste vió venir a la mujer, le gritó:

"—¡Tú por aquí! ¿No te dije que no volvieras hasta que no trajeses nietos?

"—¡Sí, señor; pero...

"—¡Qué peros ni qué camuesas, que eres peor que unas tercianas! ¿Qué se te ofrece?

"—Quisiera una *alcuña* noble, porque todos me mi-

ran por encima del hombro, y me dicen cuando salgo de mi coche:

"Andrea estropajo:
hoy está boca arriba,
ayer iba boca abajo."

"Alzó San Pedro la cara y quedóse mirando a la mujer, y aun dicen que blandió la vara con que sacudía las esteras.

"—Espérate ahí, marquesa de la Bambolla, que voy a darte lo que pides—dijo sacando de la fraltriquera una porrita de una cuarta de largo—. Toma esta porrita, y cuando estés con tu marido, di: *Porrita, componte.*

"Bajó la mujer a galope de penca en penca, creyendo era ya su dicha completa, y no bien hubo visto a su marido, gritó:

"—*Porrita, componte.*

"¡Nunca lo hubiera dicho, cristianos!, porque empieza la porrita a dar coscorrones, de la cabeza del marido a la de la mujer, y de la de la mujer a la del marido, hasta que me los dejó blandos como una breva; y no fué esto lo peor, sino que la mesita y la bolsa perdieron su gracia, y por más que gritaban *¡Componte!*, quedaban *múas* como un marmolillo y *paraas* como una esquina. Y todo esto fué castigo de su mucha ambición y codicia, porque, como lo canta el refrán, *la codicia rompe el saco,* y a ellos les rompió el saco y también la cabeza.

"Y aquí se acabó mi cuento, con pan y pimiento; yo fuí y vine, y no me dieron *naa* más que un zapatillo de afrecho, que lo colgué en el techo y se derribó."

—¡Otro, otro!—gritó Mariquita no bien hubo concluído.

—¡Qué otro ni qué otro, si tengo las fauces secas de puro charlar!—contestó Brígida—. ¿Quieres que te suceda por *pidona* lo que a la mujer del cuento?

Sonó en este instante la campanilla de la puerta, y Brígida fué a ver quién llamaba. A poco volvió diciendo:

—Señorita, ahí está un *melitar* preguntando por la señora.

—¿Un militar?—replicó Misita con extrañeza.

—Pues dígale usted que suba y avísele a mamá.

La visita anunciada por Brígida era un guardia marina amigo de Antonio, que, habiendo encontrado al salir de la bahía de Cádiz el buque en que éste iba, se encargó de entregar a doña Ursula una onza de oro que su hijo le enviaba, junta con la siguiente carta, lo cual no había hecho antes por habérselo impedido asuntos del servicio:

"Mi queridísima mamá: Dispénseme usted que empiece hablándole de dinero en una carta que, por ser la primera que le dirijo, debiera dedicarla exclusivamente a hablarle de mi cariño; pero además de que es éste muy sabido, como lo uno es consecuencia de lo otro, le diré que he cobrado veinticinco duros, primer dinero que con mi trabajo gano, de los cuales me he reservado nueve para mis gastos particulares, y le envío a usted los dieciseis restantes, como dueña que es de todo lo mío, empezando por mi propia persona. Yo quisiera, sin embargo, si a usted le parece bien, que le diesen alguna cosita a la *señá* Juana, la pobre a quien yo daba limosna los domingos; así Dios bendecirá mi trabajo y me dará fortuna para ganar más.

"Yo estoy bueno, madre mía; pero me acuerdo tanto de usted, que tengo a veces que encerrarme con *Garabito* (era éste un perro de que ya hemos hecho mención,

compañero inseparable del pobre niño, y que le había seguido en su viaje), que es el único que me comprende, y allí le rezamos los dos a la Virgen de la Merced, cuyo escapulario tengo. Vaya usted a su iglesia a rezarle una Salve de mi parte, y dígale, como ya yo se lo tengo dicho, que cuando vuelva a esa, si es su santa voluntad que así sea, he de comprarle un manto de tisú de oro. ¡Ay, madre de mi alma! ¡Todavía no he perdido de vista las costas de España, y ya tengo unas ganas de darle a usted un abrazo! Ahora no podría usted decirme su *erizito,* pues soy más amable que el no tener: ¡ya se ve!, ¡me falta mi madrecita que me mimaba, y mi hermanita que me aguantaba!

"Que cuiden mucho a *Persa* (éste era su caballo, de que también se ha hecho mención), y que lo saquen a paseo para que no se vicie; cuando yo vuelva será ya tan viejo, que no podrá ni con la fe de bautismo en papeles. A Misita dígale usted que vaya comprando plumas para escribirme cuantas noticias y chismes haya por esa.

"Adiós, madrecita de mi alma; no soy más largo, porque mi amigo Juan de Silva, que es el dador, no puede detenerse más; todas las noches que haya luna suba usted a la azotea, al dar el toque de ánimas, y mírela, porque a esa misma hora la estoy mirando yo; entonces rezo un Padrenuestro por los difuntos, y a usted le envía con ella un beso su hijo que la quiere mucho, mucho, muchísimo,

ANTONIO

"*P. D.*—En este instante ladra *Garabito* como si mandase memorias. Como me encargó usted, reservo las camisas blancas, y estoy usando las de color".

¿Quién podría pintar lo que sintió doña Ursula al

leer aquella carta? Lloraba, rezaba, reía, y abrazó a Juan de Silva, valiente marino a quien el huracán dejaba impávido y la tempestad hacía sonreír, y que sintió correr sus lágrimas ante el entusiasmo de aquella madre. ¡Con qué complacencia contestaba al diluvio de preguntas que ésta le hacía!

—Dígame usted: ¿está muy grueso? ¡Hijo de mi alma! Estará muy quemado del sol. ¿Ha crecido? ¿Está muy triste? ¡Bendita sea su vida, y qué de cosas le diría a usted para mí! ¿Se peló por fin, o tiene el pelo largo? ¿Está muy alegre? ¿Me echa mucho de menos? Tendría puesto un sombrero de alas anchas que llevó para el sol.

Aquella misma noche fué a casa de un platero, y mandó echar un engarce de oro a la onza que su hijo le había enviado, para poder, como si fuese un broche para el pecho, conservarla eternamente. Luego fué a la iglesia de la Merced a cumplir el encargo de su hijito, y de vuelta subió a la azotea con la misma ligereza de Misita, que tras ella venía. La luna, destacándose entre millares de estrellas del sombrío azul del cielo, bañaba en su argentada claridad como en un suave bálsamo a la tierra. Doña Ursula la miraba atentamente, como si quisiese descubrir en su disco de plata la señal de la mirada de su hijo. De repente, una campana, grave como la oración de un cristiano, rompió el silencio de la noche: era el toque de ánimas. Doña Ursula y Misita cayeron de rodillas y rezaron un Padrenuestro por los difuntos; luego, como impulsadas por el mismo pensamiento, dieron un beso en la punta de los dedos, y lo enviaron a la luna. Allá en la inmensidad del mar, de rodillas sobre la cubierta de un buque, y teniendo junto a sí un hermoso perro manchado de canela, un niño rezaba también un Pa-

drenuestro por los difuntos, y enviaba un beso a la luna.

¡Cuánto no se hubieran reído los escépticos y hombres positivistas, que se niegan a verter una lágrima y a murmurar una oración, si les hubiese sido dado contemplar tanta fe, tanta ternura, tanta inocencia! Pero en el mar sólo escuchaban al niño sus majestuosas olas, que, graves y tristes, venían a besar los costados del buque, como si contestasen a su oración: *Requiescant in pace*. En la tierra sólo escuchaban a la madre las macetas de claveles, que desde un rincón de la azotea humillaban sus perfumadas cabecitas, como si la acompañasen en sus ruegos. Y allá en el cielo escuchábales a uno y otro María, la Madre de Dios, que acogía sus súplicas y enviaba como compensación, al que rezaba en el mar, la esperanza; a la que en la tierra, la resignación cristiana, y a ambos su bendición pura y santa.

VI

Se ha dicho, y tal creen muchos, que en Jerez no hay sociedad, y que una persona fina y bien educada es allí un mito, un fénix, una utopía, una creación fantástica.

Y no son los que tal dicen (que eso nada de extraño tendría) alguno que otro de esos revisteros que sacrifican a un chiste o a un ridículo todo lo que no sea su bolsa o su pellejo; por desgracia, de igual modo opinan algunos indígenas de esta misma sociedad tan calumniada, tales como Próspero Pinillos, al mismo tiempo que se lamentan de vegetar en su centro. Este afán de despreciar lo propio y envidiar lo ajeno, que inspira a los Pinillos imprecaciones más elocuentes que

las de Dido contra Eneas, revela en los primeros la más crasa ignorancia sobre este punto, y en los segundos mala intención y la más rematada necedad.

¿Qué entenderán por finura estos modernos regeneradores del trato social, cuando la niegan a una de las pocas poblaciones en que se conserva aún aquel franco, serio, digno y caballeresco trato español, que va desapareciendo en unión de todos nuestros usos y costumbres, arrasados por el fuerte viento que de los Pirineos sopla?

¡Ay, mi buen lector! Si atrasados estamos, progresemos con dos mil de a caballo; pero progresemos siendo españoles y dejando a un lado el ridículo empeño de parecer franceses unos, ingleses otros, olvidando que cada nación tiene su fisonomía particular, y que tan mal sienta a una española el *madame* francés o el *mistres* inglés, como a una francesa o inglesa el castizo y caballeresco *doña* que usaron las reinas españolas, y que ha venido a ser entre la gente joven atributo exclusivo de las pelucas empolvadas.

¿Quieres saber lo que por vulgar, ganso y *antifashionable* es desterrado por los que en Jerez, como en todas partes, aspiran a guiar la opinión pública, presentando la suya fuertemente impregnada de un perfume extranjero? Pues escucha la vida de cualquiera de esas señoras de provincia que tanto abundan en la para nosotros respetabilísima sociedad de Jerez.

Si vas por la mañana a su casa la encontrrás rodeada de sus hijas, a quienes enseña a obedecer, para que a su vez sepan mandar; a quienes enseña a ser mujeres de su casa, sin dejar de ser señoras, en toda la extensión que en lo antiguo se daba a esta palabra, cuando era considerada como sinónima de cristiana y culta, noble y distinguida. A la vista de este cuadro,

involuntariamente se te vendrá a la memoria el que ofrecían aquellas antiguas castellanas de la Edad Media, que dejaban el torno y la rueca para ir a recibir al rey, que llamaba a las puertas de su castillo. Isabel la Católica, tejiendo las camisas de su marido el rey Fernando, nos ha parecido siempre el tipo más acabado y el más cumplido ideal de la verdadera señora.

Pues vuelve al anochecer, cuando ya la campana de la oración anuncia la huída del día. Luego que ésta ha sido rezada y han besado los hijos la mano de su madre, se ponen todos en marcha hacia la casa de la abuela, donde, además de toda la familia, se reúnen los amigos íntimos que forman la familia del corazón. Preside la anciana matrona este tranquilo y dulce cuadro por el derecho que le dan sus años, que no la cargan ni la oprimen, sino la hacen subir al altísimo trono de la vejez; le dan por cortesanos sus hijos y nietos y por corona sus canas; porque allí donde ese afán de parecer lo que no es (rasgo sobresaliente de nuestra época) sólo ha conseguido tiznar con desaseados cosméticos las cabezas de dos o tres ancianos, raro es el que se priva de lucir esta diadema de plata en que Dios grabó la palabra *experiencia* para que los hombres contestasen con la de *respeto*. Todos reconocen este santo derecho que hemos de heredar y se apresuran a prodigarles sus obsequios, que no son falsos ni embusteros, sino salidos del corazón; allí, allí es donde se encuentra una sociedad culta, amena e ilustrada como cualquiera otra, y CRISTIANA como ninguna otra. Los que la niegan, búsquenla; pero no en los casinos, ni (preciso es decirlo) en las bodegas; búsquenla en el hogar doméstico, donde si no se encuentra el juego como en los primeros, ni el vino como en las se-

gundas, encuéntrase el suave trato de señoras, el santo amor de la familia y la moral más profunda y cristiana.

A uno de estos alegres y pacíficos círculos solían concurrir a prima noche doña Ursula y su hija. Componían la familia de la casa doña Petra Sandoval, rica viuda, y sus tres hijas, Rosa, Pepa y Paca, que de cinco que tenía eran las que por casar quedaban.

Dividíase el salón de doña Petra en cámara alta y cámara baja. Doña Ursula, la viuda de Sandoval, una hermana de ésta, viuda también de un título de Castilla, una parienta pobre llamada Florita, que entre ambas mantenían, y las dos hijas casadas de doña Petra, formaban la cámara alta; y en la baja, Rosa, Pepa, Paquita, Misita Ardera y una porción de primas y parientas, ayudadas de algunos muchachos que acudían atraídos por las enaguas como por la miel las abejas, de tal manera charlaban, reían, criticaban y divertíanse a costa del prójimo, ocupaciones todas necesarias a la juventud, que había merecido su nocturna tertulia el nombre de *Club de la Tijera,* de cuyo alegre comité, gracias a su genio bromista y chistosamente burlón, había sido proclamada presidenta Paquita, la menor de las hijas de doña Petra.

En la noche del día siguiente al que doña Ursula recibió la carta de su hijo, la cámara alta jugaba, como siempre, al tresillo; y la baja, por distraer el tiempo, a juegos de prendas.

Contábanse en el número de los tertulianos, a más de otros varios muchachos, el marqués de Valmes, que por ser algo pariente de doña Petra visitaba la casa, y Próspero Pinillos, que conociendo a la rica viuda desde pequeño, seguía al marqués como la sombra sigue al cuerpo. Hemos dicho que éste creíase enamorado de

Misita a lo don Juan, y bien hubiera querido acercarse a ella por ver si sus amorosas ansias rompían al fin en una ardiente declaración; pero más listo el marqués, ocupó el único asiento que junto a la preciosa niña quedaba vacío, la cual, cortada y ruborosa con las miradas de Pinillos, no se atrevía a levantar la vista por miedo de encontrarse con la de su diminuto pretendiente.

Sentados caballeros y señoras formando un círculo, entreteníanse en apurar una letra, y para ello cada uno había de tirar un pañuelo al que de su voluntad fuese, preguntando al mismo tiempo:

—¿De la Habana ha venido un barco cargado de...?

Y el preguntado contestaba prontamente alguna palabra que con la letra que se trataba de apurar empezase. Mas si no se le ocurría palabra alguna o no era dicha con la prontitud requerida, había de dar una prenda, lo cual era celebrado siempre con mil burlas y exclamaciones de alegría.

—¿De la Habana ha venido un barco cargado de...? —preguntaba Paquita enviando a Pinillos el pañuelo con una maliciosa sonrisa.

—*Amor* (1)—contestó almibaradamente éste, mirando a Misita de una manera harto significativa, al mismo tiempo que le arrojaba el pañuelo haciéndole la consabida pregunta.

Aturullada ésta por las miradas de Pinillos, y deseando, al mismo tiempo qué responder al marqués que en aquel instante la hablaba, pronunciar la palabra que le correspondía, exclamó inocentemente, volviendo el pañuelo a Próspero con mucha prisa:

—*¡Alcornoque!*

---

(1) Suponemos ser *A* la letra que trataba de apurarse.

—Se prohiben las alusiones personales—dijo el marqués, muy quedito, al oído de Misita.

Poco a poco fuése apurando verdaderamente la letra, y reuniéronse gran número de prendas, que ocultas en la falda de Paquita habían de sentenciarse.

—Usted, Próspero—dijo ésta cogiendo una de ellas sin enseñarla—, ¿qué le manda al dueño de esta prenda?

—Si es del sexo bello, que haga un ramillete de flores; y si del feo, que lo pongan en un compromiso.

—¡Eso es, eso es!—exclamó alegremente el auditorio—. Un compromiso.

—Que diga cuál es la más fea y cuál la más bonita de las que están presentes.

—Que diga la que más le gusta.

—¡Orden, señores, orden!—decía Paquita dando con un cuchillo de abrir papel en un jarrón de china.

—Que hablen todos y calle uno.

—Silencio—pide la presidenta.

—¡Señores!—gritó Pinillos poniéndose de pie sobre un taburete—; yo, como el consultado que he sido, pido la palabra. El compromiso ha de ser éste. Que luzca su ingenio comparando con un cuadrúpedo a cada una de las señoras presentes.

—¡Eso es, eso es!—gritaron todos.

—Pues luzca usted su ingenio, marqués—dijo Paquita dando a éste un guante, que era la prenda por él entregada.

Colocóse el marqués en medio del círculo, y poniendo en aprieto todos los recursos de su imaginación, fué comparando a cada una de las muchachas con un cuadrúpedo. Parecíase una al caballo, en lo noble; otra al armiño, en lo blanca; aquélla al león, en lo generosa; esta otra al ciervo, en lo ligera; la de más allá

al perro, en lo leal; Paquita al cerdo, en no tener desperdicio; Misita al cordero, en la dulzura.

Sólo le quedaba, para salir del aprieto, una morenita que vestía hábito de los Dolores, y a la que, no sabiendo ya el pobre marqués con qué cuadrúpedo compararla, dijo:

—Usted, por lo negro de su vestido, se parece al...

—¡Pues...! Al cuervo, en la pluma—le apuntó por detrás Pinillos, con aquel aire de satisfacción del que sale triunfante de un grande apuro.

Una carcajada general acogió la salida de Próspero.

—¡Muy bien! ¡Bravo!—gritaron por todas partes.

—¡Bien por el moderno Linneo!

—¿Es en Londres donde los cuervos tienen cuatro patas?...

—¡Nada, nada—exclamó Paquita—; de hoy en adelante, de las aves, el conejo; de los líquidos, el azúcar; de los cuadrúpedos, el cuervo!

—Pero, señores, creo que comprenderán ustedes que ha sido una equivocación—dijo Pinillos, corrido, al verse objeto de las burlas generales.

—¡Por supuesto! ¡Ya lo creo!

—Sí; si sabemos que has estudiado Historia Natural.

—Y que eres bachiller.

—Y un gran naturalista.

—Y que has estado en Londres.

—¡Orden, señores, orden, que si no va a ser esto el cuento de nunca acabar!—exclamó Paquita.

Y dirigiéndose al marqués, añadió:

—Usted, como agraviado, ¿qué le manda al dueño de esta prenda?

—Que improvise unos versos.

—Pues evoque usted a las nueve musas, Pinillos,

que suya es la prenda—dijo Paquita dándole una fosforera de plata, que como prenda había entregado.

—Pido algún tiempo de término.

—Cinco minutos por el reloj—dijo uno de los muchachos sacando el suyo.

Retiróse Pinillos a un rincón, y vuelta la cara hacia la pared, un dedo sobre los labios, fijos los ojos en el techo, y contando, al parecer, las sílabas del verso con los dedos de la mano derecha, quedó inmóvil y silencioso, hasta que, pasados los cinco minutos, volvió en medio del círculo, donde con levantada voz y dirigiendo significativas miradas a Misita, dijo estos versos que había leído en un papel viejo y aprendido de memoria:

¿Viste cuando un cazador,
con paso lento y constante,
sigue la caza adelante
con afán y con ardor?
Pues en el campo de amor
ese cazador yo he sido,
y no encontrando, aburrido,
la caza que yo tiré,
volví la cara, y miré
que yo sólo era el herido.

—¡Bravo, muy bien!—gritaron de todas partes, mientras Pinillos, reventando de satisfacción, se inclinaba modestamente:

—De seguro que Apolo se roe las uñas de envidia.

—Y las musas, de contento, van a dar un *the dansant*.

—No sabía yo que el señor Pinillos era poeta.

—¡Ah! Es un moderno lord Byron.

—¡Vaya si lo es!—dijo Paquita—. Yo he leído varios versos suyos.

—Bien podrá ser—replicó Pinillos—; aunque he escrito muy poco y nunca para el público.

—Pues no sólo los he leído, sino que los conservo en la memoria, y si usted me da permiso, he de recitarlos.

—Que los recite él, que es el autor.

—De ninguna manera—contestó Pinillos galantemente—; porque si algún mérito tienen, será el ser dichos por una boquita tan linda.

—Gracias, señor poeta; y aunque los desluzca, los diré, ya que es usted tan amable.

Y la traviesa presidenta, después de una burlona tosecita, dijo con la mayor formalidad:

Doce meses esperando
y siempre calles corriendo,
siempre luces encendiendo,
siempre luces apagando;
siempre alumbrando, señor,
los sitios de esta ciudad,
y siempre, por Navidad,
se vió que el alumbrador
tuviese un *plus* por favor
de toda la vecindad.

Una explosión general de risas estalló al concluir Paquita el último verso.

—¿Quién le ha dicho a usted que esos versos son míos?—exclamó Pinillos, cuya cara habíase tornado, de resplandeciente sol, en nublada luna, a medida que Paquita recitaba la décima.

—¿Cómo, que no son de usted?

—¡No me faltaba a mí más sino componer décimas pidiendo aguinaldos!

—¡Pues tiene usted razón!—exclamó Paquita sin dejar su burlona formalidad—, ahora caigo en que esos versos son los que por Pascua trajo el alumbrador de

la calle, y esta pícara memoria mía ha hecho que con los de usted los confunda.

—¡Ay, Paquita, Paquita, dejaría usted de ser chica para ser burlona!

—¡Mire usted quién habla, tú que tienes el alto de un perro sentado, y que no llegaste a pino, sino que te quedaste en pinillo!

—Aquí sí que viene bien lo que dijo la sartén a la caldera: *¡Quita allá, que me tiznas!*

—Pues a mí me gustan los hombres chiquititos, porque me acuerdo de aquello de *Marcela, o cuál de las tres*:

> Puesto que el hombre no es bueno,
> le prefiero chiquitín;
> que en pequeño vaso, al fin,
> no cabe mucho veneno.

—Tienes razón—replicó Paquita—; pero sepa usted que siempre se ha dicho: *Hombre chiquitín, embustero o bailarín;* y de la mujer chiquitina nada se ha dicho que yo sepa.

—¿Que no?... *La mujer, chica; porque de lo malo, poco.* Creo que fué San Agustín quien lo dijo.

—Más a mi favor todavía; pero, cuidado con las chicas, que chica es la pimienta, y pica y repica...

Levantóse en esto doña Ursula para retirarse; pero una súplica general le hizo volver a su asiento hasta que las prendas fuesen sentenciadas.

—Usted, como agraviado, ¿qué le manda al dueño de esta prenda?—preguntó Paquita a Pinillos.

—Que improvise otros versos, y ¡ojalá sea usted la dueña, que yo le prometo vengarme!

—Gracias por la buena intención, pero es usted otra

vez el favorecido, conque al rincón, y chitito, que las conversaciones inútiles ahuyentan las musas.

Recogió Pinillos su prenda, y dirigiéndose al rincón, que para él fuente de Hipocrene era, permaneció allí un breve rato, al cabo del cual dijo, parodiando cierto trozo de una comedia de Calderón, que había oído a un amigo:

Cuentan de Momo, que un día
a sus solas se burlaba
de un entierro que pasaba.
¿Habrá otro, entre sí decía,
que sea más burlón que yo?
Y cuando el rostro volvió,
halló la respuesta viendo
se estaba Paca riendo
del mismo que se rió.

—¡Muy bien, muy bien! ¡Soberbio!

—¡Ay! ¡Si Calderón levantara la cabeza...!

—Se volvería a morir de pura envidia.

—Eso merece una corona.

—Y yo he de ofrecérsela—dijo Paquita yendo ligera como un pez a cortar una rama de los laureles del patio, que el marqués ciñó a la sienes de Pinillos, el cual, subido sobre un taburete, saludaba a diestra y siniestra, en medio de las aclamaciones y risas de una alegría tan franca, tan espontánea y tan comunicativa, que fueron a resonar sus ecos en la grave y serena cámara alta, haciendo exclamar a doña Petra:

—¡Qué edad, qué edad tan dichosa, en que todo alegra y hace reír!

—Dios les conserve por mucho tiempo su alegría, porque, una vez perdida, no se recupera—replicó suspirando doña Ursula.

Concluyéronse, por fin, de sentenciar las prendas,

y retiráronse Misita y su madre, juntamente con el marqués de Valmes, que las acompañó hasta su casa. Hízole allí doña Ursula los ofrecimientos de costumbre, y despidióse, por fin, el marqués, no sin volver la cabeza en tan buena ocasión, que, volviéndola Misita al mismo tiempo, sus miradas se encontraron.

—¿Por qué no cenas?—decía doña Ursula aquella noche, al ver que su hija no tocaba el plato que delante tenía.

—Porque no tengo ganas; me duele la cabeza.

—Pues bastante te has reído con el marquesito; sino que estas niñas del día son candil en la calle y obscuridad en casa.

Misita suspiró, y dando un beso a su madre, fuése a acostar sin decir palabra.

VII

—¿Quiere usted no hacer ruido? ¿No ve usted que la niña se acostó anoche tarde, y está durmiendo?—exclamaba doña Ursula al ver que Brígida barría furiosamente delante del cuarto de Misita, cantando a grito pelado:

El tío Pelotillas
mató a su mujer,
la hizo pedazos
y la puso a cocer.
Todo el que pasaba
olía a manzanilla,
y era la mujer
del tío Pelotillas.

Brígida, que, sin ser mala, tenía el carácter fuerte,

dejó caer la escoba con todo el estrépito posible, refunfuñando:

—¡Pues no faltaba más para los días de fiesta! Yo me levanto temprano, y me acuesto tarde, y no soy de palo; después no puedo aviar el cuarto hasta las tantas, y tengo que hacer. Conque a ver si nos ponemos como los pinos...

Doña Ursula entró en el cuarto de Misita y corrió las cortinas, para evitar que el sol, que ya por las ventanas entraba, despertase a la niña. Ya hacía algún tiempo que, observadora continua de sus hijos, como todas las madres lo son, había notado en el antes tan igual y tan dulce carácter de Misita ciertos períodos de melancolía y de profundo desaliento, que llegaron a alarmar su tierno corazón de madre. Pero, tranquilizada por los médicos, que si bien la habían encontrado harto endeble, no conocieron entonces la enfermedad física que la minaba, atribuyó la buena señora la tristeza habitual de su hija a rarezas, manías, que, por aquello de quien más mira menos ve, en vano trataba de explicarse. Pero si hubiese tenido más conocimiento del corazón humano, tal vez hubiera comprendido que lo que a ella le parecían rarezas y melancolías exageradas, eran los resultados de un amor espontáneo que había nacido en el corazón de la pobre niña, sin que ella misma se diese cuenta de lo que sentía.

No pudo Misita tratar tan de cerca al marqués de Valmes sin experimentar hacia él, primero una misteriosa simpatía, y luego una irresistible inclinación, aumentada de continuo por las galanterías de Pedro, que, al parecer, en extremo gustaba de ella. Mas como la inocente niña era modesta, tímida y desconfiaba mucho de sí misma, conceptuó como un imposible alzarse hasta aquel hombre que tan superior le pare-

cía, no obstante, que sólo en riquezas la superaba. Pero no por eso se creyó una víctima del infortunio y del amor, de ese niño ceguezuelo y tirano a quien tantos males debemos; no pensó en retirarse a un sombrío claustro, y mucho menos en tomar pasaporte para el otro mundo: ella nunca leyó más que el *Año cristiano* y las novelas de Fernán Caballero, y allí nada pudo aprender que no fuese santo, noble y cristiano. Creyó lisa y llanamente que Dios la daba aquella cruz como a cada uno de por sí la suya, y ciñó su cabeza con la corona de espinas que el sufrimiento le ofrecía, sin tomar por eso los aires de una víctima inmolada en las aras del amor. Triste estaba, porque sufría y no sabía disimular; pero su tristeza era dulce, apacible y resignada.

En cuanto al marqués, que tan afortunado hubiera podido llamarse si hubiese comprendido el inmenso tesoro de amor e inocente ternura que hacia él abrigaba el pecho de Misita, reunía a su arrogante presencia un bondadoso corazón; pero su carácter voluble le hacía pasar sin ningún género de transición del más ardiente entusiasmo a la más fría indiferencia; en el primer caso, hubiese dado la vida por lo que a la sazón le preocupaba; pero, pasado este primer período, no hubiera hecho el menor sacrificio por aquello mismo que tanto le había entusiasmado. Todos sus sentimientos eran musgos sin raíces, nacidos en su corazón; y como nada se arraiga en él, no conocía el odio que mata; ni el rencor, que se esconde en un rincón del pecho para aguzar sus armas; ni la envidia, que calla el bien y publica a gritos el mal del prójimo. Pero, en cambio, le eran igualmente desconocidos el profundo amor que eleva el alma hacia la Divinidad, y la amistad, que no sabe producir resentimientos, sino dolores,

y que, más dulce que el amor, carece de sus celos; érale también desconocida la constancia, que es el medio seguro de llegar al logro, y que no consiste en hacer siempre lo mismo, sino en dirigirse siempre al mismo fin. Su buen sentido, que en alto grado poseía, hacíale patente las consecuencias que sus defectos traían; pero era su frívolo carácter mala sonda para graduar la profundidad de las heridas que causaba, y a las que como autor de ellas debía de poner remedio.

Habíase el marqués aproximado a Misita como a una de tantas, atraído por su belleza y su dulzura, que desde el punto en que la vió le habían sorprendido; pero como no hay cosa que más pronto adivine un hombre, adivinó el amor que en el corazón de la niña empezaba a brotar, y, halagada su vanidad, sintió nacer hacia ella un impulso irresistible y efervescente, como irresistible y efervescente era todo afecto cuando en él empezaba.

Ya hacía dos noches que Misita y su madre no iban al *Club de la Tijera,* a causa de un fuerte resfriado que a esta última impedía salir a la calle; y alarmada doña Petra por su ausencia, fué a informarse del motivo de ella, al mismo tiempo que a suplicar a Misita las acompañase al teatro, cuyo convite aceptó la niña con la mayor alegría, esperando ver allí a Pedro.

Daban aquella noche *La Traviata,* esa inmoralísima y asquerosa partitura, revestida de un tan precioso manto, en que se eleva al vicio más descarado y la más cínica impudencia sobre un pedestal que se niega a la modesta virtud y al pudor, que, no obstante de ser atributo de las más de las jóvenes, no les impide ir a contemplar sin sonrojarse tan inmoral cuadro. No alcanza, ni podrá alcanzar jamás la lindísima música de esta ópera a borrar la violenta impresión de as-

co, de desvío y de indignación que su repugnante argumento nos causa. ¡Llamar *ángel* a la mujer que vende su cuerpo! ¡Llamar *víctima* a la mujer que sostiene un impúdico boato sacrificando familias enteras, es el colmo del cinismo y de la desvergüenza! ¿Qué diferencia encontrarán los que tal pregonan entre la virtud y el vicio, entre Mesalina y Santa Teresa, entre sor Marta y Violeta Valery? Es tal, sin embargo, el imperio de la costumbre y de la moda, que se hallaba en aquella representación todo lo más selecto de la sociedad de Jerez; aquel mezquino coliseo, guarnecido de tantas mujeres bellas, podía muy bien compararse a un feísimo vaso de barro que contuviese un ramo de las más hermosas y fragantes flores.

Apenas entró Misita en el teatro, lanzó una rápida ojeada hacia la concurrencia; y es necesario haber sentido esa multitud de sensaciones que nos afectan cuando vemos frustrado el deseo de ver a una persona querida, para juzgar de los diversos sentimientos que la agitaron al cerciorarse de que Pedro no se hallaba en el teatro. La duda, la esperanza, el desaliento, la mortificaban; la alegre música del primer acto llegaba a sus oídos transformada en una armonía tan triste, que pasaba las mayores penas del mundo para no llorar.

Pero a la manera que el campo vuelve a recobrar su alegría cuando el sol logra romper la nube que lo empaña, apareció en el rostro de la niña una encantadora expresión de gozo. Sus ojos habían descubierto al marqués de Valmes en un palco muy próximo al suyo.

Había tanto amor, tanta ternura y tanta inocente imprudencia en la mirada que Misita fijó en el marqués, que éste, que atentamente la miraba, no pudo menos de comprender lo que sus ojos decían. La niña, al verse sorprendida, bajó la cabeza, poniéndose roja

como una amapola; el marqués seguía contemplándola.

Apenas cayó el telón, salió del palco en que se hallaba, y fué a llamar al de doña Petra.

La pobre Misita, al verle entrar, sintió acrecentarse su turbación, y pensó, aterrada, que Pedro podía muy bien compararla a esa clase de mujeres que hacen de sus ojos una especie de lengua con que dicen, sin comprometerse, *me agradas,* al hombre de quien gustan.

Pero era el marqués tan amable, y tan ingeniosa su conversación, que poco a poco sintió Misita ahuyentarse su embarazo, y pudo mostrar, como siempre, toda su gracia y talento, mucho más realzados por el natural deseo de agradar. Todo el resto de la noche permaneció el marqués en el palco de doña Petra, tributando a Misita algo más que tiernos obsequios, que fueron causa de mil cariñosas bromas, con que las tres hermanas que la profesaban un verdadero cariño, por mucho tiempo la embromaron.

Terminado que fué el espectáculo, se apresuró Pedro a poner sus abrigos a las señoras y las acompañó hasta el carruaje. Al subir en él cayó al suelo una de las rosas blancas que adornaban el peinado de Misita, y mientras para cogerla se inclinaba Pedro, arrancaron los caballos de repente, dejándole en sus manos la rosa. Misita pudo ver al marqués que llevaba la rosa a sus labios.

Así que la enamorada niña se encontró en su cuarto dejóse caer en una silla y quiso darse cuenta de sus impresiones; pero las ideas se agolpaban de tal modo a su imaginación, que no podía darse cuenta de ellas. Arrodillóse, por último, después de haber soltado su magnífico cabello, que la envolvió como en un manto de terciopelo, y rezó como todas las noches, por su madre y por su hermano. Luego dejó caer la cabeza so-

bre las almohadas y, llorando sin saber por qué, rezó con más devoción que nunca una Salve a la Virgen María, sin que tampoco supiese darse cuenta del por qué la rezaba.

Cuando el alba vino a despertar a los pajaritos, que de seguida empezaron a saludarse con sonoros pitidos, se dormía Misita, dejando escapar entonces de entre sus manos la rosa blanca, compañera de la recogida por el marqués. Las dulces y misteriosas lágrimas del primer amor, que Misita vertía, empapaban aquella rosa coronándola como con gotas de rocío.

¡Símbolo de la inocencia, por el amor coronada y después por él marchita!

VIII

Sucede con ciertas impresiones como con aquellos cuadros pintados para hacer efecto: que es necesario verlos a cierta distancia para conocer su mérito.

A la otra mañana se acordaba Misita hasta de los más pequeños pormenores de la noche precedente. Repasaba en su memoria hasta las más insignificantes palabras de Pedro, y a pesar de que estas palabras eran muy superiores a sus esperanzas, no llenaban su corazón de la alegría que fuera natural. Misita, que el día anterior se daba muy por satisfecha con que Pedro la saludase, ya no se contentaba con pasar toda una noche a su lado, recibiendo de él los más cariñosos obsequios. Explícase esta rareza (que es una de las innumerables que encierra el corazón humano) si se tiene en cuenta que es, por desdicha nuestra, tan ambicioso, tan egoísta, que el goce de lo poco que antes apetecía, sólo sir-

ve para hacerle sentir con más fuerza lo que deja de gozar.

—Vamos—se decía la pobre niña—; Dios ha querido que guste lo que más apetecía mi corazón para arrebatármelo después. Buena tonta sería yo en abrigar la menor esperanza, porque anoche me dijo lo mismo que se dice a todas: ni debo esperar por eso, ni mucho menos culparle, porque la culpable soy yo, que se me antojan los dedos huéspedes.

Estas ideas ocupaban la mente de Misita, sin que pudiese analizarlas ni tampoco definirlas con exactitud, mientras sentada en su ventana hacían brotar sus dedos una guirnalda de pensamientos sobre un pañuelo de batista. Por miedo de un desengaño intentaba ahogar su esperanza, y sin querer dar crédito a las apasionadas galanterías de Pedro, que hacían en su corazón el efecto que el fuelle hace en el fuego, rehusaba apagar la ardiente sed de su amor con aquella esperanza que tan legítima le era, por miedo de que ésta saliese fallida. Así, la pobre niña temía, y a pesar de todo esperaba; gozaba con el recuerdo, no obstante que éste es siempre triste, porque pasó ya, y sufría con el porvenir, porque tan doloroso es para el alma el temor de perder, como el sentimiento de haber perdido. Pero, a pesar de todo, en vano esforzábase y hacíase violencia por poner en práctica esa cruel receta para no llevar desengaños, que consiste en ponerse siempre en lo peor, y así nunca se sale mal librado.

¿Cómo era posible que en su juventud y en su inocencia tuviese ya el corazón lo suficiente llagado y dolorido para no sentirse inclinada a creer aquello que la halagaba y que era su deseo?...

Aquella misma noche decía Próspero Pinillos a míster Snuff, desgavilado varal de que ya hemos hecho

mención, y que le acompañaba en el Casino a tomar café:

—Voy a presentarle a usted esta noche en casa de la viuda de Sandoval, para que conozca a la muchacha más bonita que se pasea por Andalucía.

—¿Y quién es esa Venus de Médicis?

—Misita Ardera.

—¡Oh, míster Pinillos! Le veo a usted demasiado preocupado con esa Ofelia, como usted la llama.

—Como que haría pecar al mismo San Antonio. No le hallo otro defecto que el ser española.

—Pues cuidado, *my dear fellow* (1), que esa clase de mujeres son una resbaladiza pendiente, que van a parar en el matrimonio.

—¡Casarme yo! ¡Y con ella, que no tiene un cuarto! Amigo mío para las flechas de Himeneo soy invulnerable como Aquiles.

—Aquiles tuvo un punto vulnerable que causó su muerte—dijo sentenciosamente míster Snuff bebiendo a pequeños sorbos su taza de café.

—Pues el punto vulnerable que cause mi muerte, o sea mi matrimonio, ha de ser un buen dote; y si no, con palma me entierran.

—Y coronado de rosas blancas, símbolo de la inocencia—exclamó riendo Mr. Snuff—. ¡Qué bien le sentarían a usted, fiero Lovelace, estos castos ropajes!

—Haré en ese caso—dijo Pinillos muy satisfecho con el calificativo de Lovelace—lo que una vieja solterona, a quien en la hora de la muerte preguntaban si quería llevar caja blanca o negra. "Ponedla negra por si acaso", contestó ella, que no se hallaba muy segura de merecer la blanca.

(1) Mi querido amigo o compañero.

Míster Snuff sufrió un acceso de risa tal, que atorándosele el café vino a echarlo por las narices; luego que se hubo serenado, dijo:

—A mi parecer, el matrimonio es un acto de inocencia que marido y mujer cometen, y que, comido el pan de la boda, se convierte en una cadena cuyos más pesados eslabones son los hijos.

—Lo mismo pienso yo—replicó Pinillos, siguiendo por primera vez en su vida la opinión ajena—. La maleta más incómoda cuando se va de camino es una mujer; y a no ser que ella pague el billete, necio es el que haga el viaje de la eternidad con semejante equipaje.

—Tenéis razón—dijo riendo míster Snuff—; para mí siempre ha sido una mujer lo mismo que una cajetilla de fósforos: después de sacar de ella todo el partido posible, se arroja como un mueble inútil.

Encantado Pinillos con las *morales máximas* de su compañero, le advirtió era ya hora de ir a casa de doña Petra. Mientras agarrados ambos amigos del brazo hacia el *Club de la Tijera* se dirigían, daremos algunos pormenores acerca de este míster Snuff que, llovido del cielo a la tierra, había amanecido en Jerez un día nublado.

Nadie sabía quién era, de dónde venía, ni cuáles eran su profesión o sus bienes; y a pesar de todo, ¡cosa rara!, se le recibía en todas partes, y se le recibía bien. Porque uno de los defectos que para nosotros tiene la sociedad de Jerez, es la poca decorosa solicitud con que se apresura a poner de par en par sus puertas a todo extranjero que a ellas llama, sin meterse en averiguar si es la falsa o la principal la que debiera abrírseles, y topándose a veces con un farsante en el que ella creyera pulido y aristocrático marqués. Unos decían que era un habitante de la luna; otros que lord Ru-

thewen, el vampiro de Byron; él se hacía llamar *Jhon Snuff,* y hacíase pasar por un *touriste*, o sea, un judío errante por voluntad propia; un Juan-Anda, a quien sólo su bolsa había de decir Juan-Espera. Pero nadie hubiera creído que aquel hombre, cuya mano se estrechaba como la mano de un hombre honrado, se había escapado de un ruin tenducho, de que eran dueños sus padres, robándoles sus miserables ahorros; que aquel hombre a quien permitían los padres reunirse con sus hijos, era un finísimo tahur, cuyo único medio de subsistencia y origen de su lujo era el fraude en el juego... ¡Indigno y fatal resultado del *indiferentismo* con que la sociedad presente estrecha lo mismo la mano que es de oro, como la que siendo de fango, aparece dorada!

Míster Snuff era largo como la Cuaresma y flaco como el hambre; su rostro, de un blanco sucio y descolorido y sus cabellos color de lino, formaban a cierta distancia el pintoresco efecto de una calabaza blanca, a quien por humorada hubiérase vestido de hombre. Su traje siempre negro de pies a cabeza, le daba un aspecto clerical, desmentido con el mayor descaro por una corbata verde apio, puesta con una notable falta de gracia; unido su exterior evangélico a la costumbre de reunirse siempre con pollitos acabados de salir del cascarón, tales como Próspero Pinillos, a quien desplumaba muy a gusto, y entre los que descollaba, como una elevada palmera entre enanos alcornoques, habíale conquistado en Jerez, patria de chilindrinas y apodos, el honorífico de *San Casiano, protector de los niños de las Escuelas Pías.*

En una taberna del antiguo barrio de Lambeth, situado en la ribera derecha del Támesis, frente a Westminster, vió pasar míster Snuff los primeros años de su vida, hasta que, harto de aquella existencia que

ningún goce le proporcionaba y que se avenía muy mal con sus tendencias aristocráticas, robó, cual otra Raquel, los penates paternos, y temeroso de que, como a aquélla Labán, le persiguiese su padre, se embarcó en el vapor *The Mornig Star,* perdiendo de vista al siguiente día la gran capital, que poco a poco se borraba a lo lejos envuelta entre sus nieblas, como una triste anciana en gasas de color gris. En la travesía hizo conocimiento con Próspero Pinillos, que halló en él su tipo, guía y consejero, constituyéndose en admirador de las excentricidades de míster Snuff, entre las que se contaba la manía de coleccionar insectos, que en innumerables cajitas hechas a propósito ocupaban un baúl del equipaje del viajero.

Después de ocho días de navegación arribaron felizmente a Cádiz, donde míster Snuff eclipsó con su fealdad la tan ponderada del Hércules de su alameda, y donde se hizo presentar en varias casas de juego, en que admiró a todos con su siempre *favorable* fortuna; hasta que un día de invierno, en que sus dedos, ateridos por el frío, se negaron a lucir en el escamoteo su ligereza diaria, recibió por vía de amistosa seña, de manos de un fornido gaditano, un tremendo trancazo, que le hizo dar consigo en tierra; vuelto en sí, fueron tales los dolores que el malaventurado jugador sintió, que creyó llegada la hora de parir, como Júpiter, otra Minerva, si algún caritativo Vulcano le hubiese dado un hachazo en la espantosa preñez de su cráneo. Mas aconsejado por su patrona, a quien míster Snuff aseguró haber rodado de cabeza una escalera de la muralla, metióse en cama y púsose paños de árnica, que moviesen a piedad las entrañas del terrible tortero que, elevándose picudamente en lo alto de su cabeza, le daba todo el aspecto de un melón blanco. Curado és-

te, míster Snuff aseguró al ama de su casa de huéspedes que no le sentaban bien las delgadas aguas de aljibe, y cargando con su colección de insectos, abandonó las esquinas y marmolillos de la calle Juan de Andas para establecerse en Jerez, que recibió sonriendo al exótico y desconocido huésped que por las puertas se le entraba.

Míster Snuff subió en un coche de primera, se caló sus lentes, sustituyó su sombrero de copa con un gorrito de viaje, desplegó un inmenso número del *The Times*, y encendiendo un largo puro de negro tabaco del Sinay, se dispuso a conservar ese grosero aislamiento inglés, que, como vulgarmente se dice del puercoespín, *suelta una púa cada vez que se le toca*. A poco entraron en el mismo coche, dando alegres carcajadas y precedidas de un perrito faldero, dos mujeres de alegre vida, que a la feria de Puerto Real se dirigían. Míster Snuff no pareció haber reparado en ellas; las dos mujeres, después de haber agotado inútilmente todos los medios indirectos para entablar conversación con él, apelaron a los directos, y una de ellas dijo, abanicándose con fuerza:

—¡Jesús! ¡Cómo me incomoda el humo de ese cigarro!

Míster Snuff siguió impávido.

—¡Bien podía el cernícalo ese tirarlo!—exclamó la otra.

Al oír la palabra *cernícalo*, míster Snuff saca un pequeño diccionario y busca en sus menudas columnas esta palabra; no muy satisfecho, al parecer, de su significado, arqueó las cejas y volvió a quedar sumergido en la lectura de *The Times*.

Las dos mujeres se reían a carcajadas.

—¿A que le quito el cigarro y se lo tiro?—dijo una de ellas.

—¿A que no?

—¿Que no?... ¡Si irá a comerme cruda esa muerte canina!

Y tan pronto hecho como dicho, se acerca a míster Snuff, y arrancándole el cigarro de la boca, lo arroja por la ventanilla, viniendo a caer en su asiento, dando estrepitosas carcajadas y jugando con su perrito, que, saltando de aquí para allí, parecía hacer dúo a la hilaridad de su ama.

Míster Snuff no había hecho el menor movimiento; más de repente se agacha, coge el perrito, y tirándolo por la ventanilla vuelve a continuar la lectura de su impasible periódico, después de haber dicho con pausado y tranquilo acento:

—Tí incomidar la tacaba, mí incomodar el perra.

IX

Doña Petra recibió a míster Snuff, no con esa meliflua amabilidad hija de la cabeza y de la conveniencia, sino con esa benevolencia, hija del corazón y madre de la verdadera finura, que allí reconoce su elevado origen. No asimismo el alegre *Club de la Tijera,* que, conociendo desde mucho tiempo antes a San Casiano, acogió su presencia con una andanada de picantes, pero comedidas burlas.

—¿Qué es eso que con Pinillos viene?—decían.

—¿Es un inglés, o un hombre?

—¡Pues si es San Casiano!

—¿Se habrá creído Pinillos que la sala tiene telarañas y nos trae un deshollinador?

—Parecen la *l* y la *i* que juntas van de camino.

Y otras mil ocurrencias que, no obstante de ser *sotto voce* pronunciadas, hizo cesar doña Petra dirigiendo una mirada entre inquisitorial y suplicatoria al alegre grupo.

Era aquella noche la del jueves de compadres, que. como todos saben, antecede al de comadres, y éste a su vez, al jueves Lardero, o jueves gordo, llamado así por la antigua costumbre, antes observada, de merendar en este día pies y orejas de puerco, chorizos y otras cosas igualmente crasas.

El alegre *Club de la Tijera* se preparaba a echar las cédulas de compadres; esta costumbre, tan general en España, suele observarse de varios modos. Paquita, que, como presidente del comité, llevaba siempre la voz, había desechado, por su pesadez, el método de las papeletas elegidas a la suerte y establecido otro bien sencillo. Se tomaba una porción de cintas del mismo color, iguales en número al de parejas de compadres; estas cintas se atan por la mitad con un pañuelo y se reparten los cabos de un lado entre las señoras y entre los caballeros los del otro. Desatado el pañuelo a una señal convenida, queda cada cinta uniendo a un caballero y a una señora, y establece entre ambos el vínculo del compadrazgo, siendo obligación del compadre regalar a su comadre.

Aún no habían llegado todos los compadres y comadres que se esperaban, y, mientras tanto, sentada la viuda de Sandoval junto a míster Snuff, le decía:

—¿Y qué le parece a usted Jerez?

—¡Oh! ¡Mucho *dinerro;* soberbias bodegas; muy lindas mujeres!

—Siquiera por galantería debiera haber empezado

por ahí ese inconmensurable hijo de la blanca Albión —dijo un estudiante de leyes al oído de su vecina.

—¿Y qué quiere usted?—replicó ésta—. Si en los tiempos que corremos se lleva las primicias de la galantería el becerro de oro, ese *vil metal*, como le llamamos los que no lo tenemos.

—Sus calles son hermosas—prosiguió míster Snuff—, si bien carecen de esos antiguos monumentos, que siempre son recuerdos históricos.

—No deja de haberlos—contestó gravemente doña Petra—; en la plaza de la Yerba existía no ha mucho tiempo una bonita cruz de hierro, puesta allí en conmemoración de un gran milagro.

—¡Oh!—exclamó míster Snuff de una manera gutural y clásicamente británica, abriendo dos ojos como puños.

Interpretó doña Petra como religiosa curiosidad aquella exclamación de San Casiano, hija sólo del escepticismo de su seco corazón; y, creyendo complacerle, refirió, con esa bendita fe propia de las almas privilegiadas, este histórico suceso:

—Figúrese usted que atravesaba un día su Divina Majestad por esa plaza, con dirección a la casa de un enfermo que en peligro de muerte se hallaba, cuando desembocó por el extremo opuesto un toro, que escapado de su manada el día antes, había puesto en consternación al pueblo entero. Todos los que al Santísimo acompañaban huyeron despavoridos ante el feroz animal, dejando solo al sacerdote, que, inmóvil en medio de la plaza, y apretando contra su pecho las Santas Formas, parecía desafiar la rabia de la fiera. ¡Vióse entonces aquella bestia furiosa, que poco antes arrollaba cuanto a su paso se oponía, adelantarse lentamente y venir a echarse, dando un suave mugido, a los pies de

aquel pobre viejo, que por únicas armas llevaba la fe de su corazón y el cuerpo de su Dios!

—Y en memoria de este *gran milagro*—replicó míster Snuff con irónica sonrisa—pintarían ustedes algunas de esas profanaciones de arte a que llaman *exvotos*.

Quedóse doña Petra mirando al escéptico inglés como si no comprendiese su incredulidad, y mientras murmuraba para su capote:—¡Si me habrá traído aquí este Próspero algún rabino de siete suelas!—le contestó con mucha firmeza:

—No lo crea usted, señor mío; no se pintaron *exvotos* ni se levantaron columnas, como se hacía antes para celebrar a los antiguos héroes, ni siquiera arcos de cartón y farolillos de colores, como se erigen en loor de los modernos. Sólo se colocó allí una tosca cruz de hierro que decía a los corazones cristianos, al recordarles el prodigio sucedido: "¡Ved qué grande es Dios!".

—¡Este pícaro tiene rabo!—decíanse mientras tanto unas a otras las muchachas.

—Bien decía yo que olía aquí a azufre.

—Ese se ha escapado, cuando menos, del paso de los judíos de San Mateo.

—Pues bien podía dejar de llamarse San Casiano.

—Calla, mujer, que eso es porque tras de la cruz suele estar el diablo.

—¡Qué lástima de Inquisición!

—Silencio, niñas—replicó el estudiante de leyes—. Dios no quiere la extirpación de los herejes, sino de las herejías.

—Pues no crea usted, míster Snuff, que en Jerez no hay tradiciones que le honran—dijo jovialmente Pinillos, queriendo apartar a su santo protector de aquella resbaladiza conversación, y sacando con la mayor ino-

cencia otra no menos peligrosa—. Cuentan las crónicas que cuando Fernando VII, el *Deseado*, o más bien el *narigudo*, volvió del cautiverio de Cádiz, pasó por esta muy noble y muy leal ciudad de Jerez de la Frontera; fué a recibirlo el Ayuntamiento, y poseídos los concejales del más ardiente entusiasmo, quitaron los caballos que del coche tiraban, y poniéndose en su lugar condujeron a S. M. en triunfo al alcázar. Con cuyo motivo algún vate contemporáneo compuso estos versos:

Tanto quisieron tirar
del coche del Rey Fernando
los alcaldes de un lugar,
que por miedo de volcar,
iba la reina temblando.
—¡*Alto!*...—Fernando exclamó;
mas como iban desbocados
y nadie le obedeció,
gritóles al punto: —*Soo*...!—
y se quedaron clavados.

—¡Vaya, Pinillos!—exclamó doña Petra, que se volaba cuando oía criticar a su pueblo—. Tú has oído campanas y no sabes dónde. No fué el rey Fernandito a quien sucedió eso, sino a su mujer, la reina portuguesa, cuando estuvo aquí con su hermana, de paso para Madrid, donde iba a casarse con él; ni fueron los concejales los que tiraron del coche, sino el pueblo, que, viendo allí a su reina, tan hermosa y tan buena, la llevó en triunfo con un entusiasmo que ya darían los reyes de ahora un dedo de la mano por ver en sus pueblos.

—No encuentro yo que eso tenga nada de criticable; y a no ser por el carácter burlón de los andaluces, nadie hubiera hecho mención de ello—replicó el mar-

qués de Valmes que, hablando con Paca y Misita, no había tomado hasta entonces parte en la conversación—; no hace mucho tiempo que en una capital que justamente presume de culta, vi llevar en triunfo de esa misma manera a dos cantantes de reconocido mérito, sin que por eso se metiese nadie a criticarlo, no obstante las diferencias que entre época y época, y entre una reina y una cómica median.

—¿Y no he visto yo—añadió doña Petra—a los pulidos gaditanos ir tirando del coche en que un baratillero borracho llevaba un mascarón que decían ser el retrato de Espartero?

—¿Pues qué me cuenta usted—prosiguió imperturbable Pinillos, que no desperdiciaba ocasión de zaherir a su patria—de aquella tan sabida anécdota que establece como santo y seña de la gente de esta tierra, aquello de: *¿De Jerez? ¿Lo viste caer?*... ¿Qué me responde a esto su amor propio, mi señora doña Petra?

—¿Qué te responde? La verdad del caso: que tal vez tú no sepas.

—Ha de saber usted—añadió la ferviente patriota dirigiéndose a míster Snuff, que con una desdeñosa sonrisa escuchaba la acalorada discusión—que hace algunos años vino por aquí un andarín famoso, que dejó admirado a todo el pueblo por su extraordinaria rapidez en el andar. Pues sucedió que un gracioso de los que en Andalucía tanto abundan, tuvo la ocurrencia de anunciar por las esquinas que el andarín iba a tirarse desde la torre de la Colegial, llevando un paraguas abierto en la mano; acudió, como era natural, todo el pueblo, deseoso de ver el extraño descenso, y encontrándose chasqueado, dió esto origen a que se embromase a la gente de Jerez, diciendo: *¿Le viste caer?* Ya ve usted que esto nada tiene de particular, sino que

Prosperito se empeña en escarnecer a su patria, y no sabe que *el que al cielo escupe, en la cara le cae*, y, por más que te pese, de Jerez eres y serás mientras vivas.

—Nada de eso, que muy pronto voy a cargar con mis penates y a irme con la música a otra parte, porque no me den el deshonroso nombre de *jerezano*.

—¡Jesús! ¡María!—exclamó la viuda, que todo lo tomaba al pie de la letra—. ¿Pues no dice que es deshonroso el nombre de *jerezano?* Pues si hasta los caleseros decían, clasificando la diversa gente que llevaban, cuando aún no había ferrocarriles: "*Gente* del Puerto, *señoritos* de Cádiz y *caballeros* de Jerez".

—Y diga usted, Pinillos—preguntó Paquita con su burlona formalidad—, ¿va usted a tardar mucho en darnos la pesadumbre de marcharse?

—No le preguntes eso—replicó doña Petra—, que va a creer que hace en Jerez alguna más falta que los perros en misa.

—De seguro que ese día las campanas doblarán solas de sentimiento.

—Y la población entera llorará su marcha.

—Yo, por lo menos, he de ponerle al deshollinador de mi casa un crespón, en señal de luto.

—Cuidado, Pinillos—replicó otra—, que en llegando nos ponga usted unas letritas.

—Y que no vuelva usted hasta que traiga nietos.

—No hay miedo porque vuelva—dijo el marqués—. Pinillos piensa grabar en su sepulcro, como Escipión en el suyo: *¡Ingrata patria! No tendrás tú mis huesos.*

Entraron en esto los que se esperaban, y después de los cumplidos de ordenanza, ató doña Petra concienzudamente con su pañuelo un gran manojo de cintas color de rosa y repartió los cabos de la derecha

entre las señoras y entre los caballeros los de la izquierda; preparados todos, y teniendo cada uno fuertemente asida su punta, soltó doña Petra el pañuelo, quedando cada compadre unido a su comadre por medio de aquel lazo alegre y risueño como su color de rosa. Misita había salido con el marqués; Pinillos con Florita, la vieja prima de doña Petra.

Fueron después, según la costumbre, los compadres a recibir una cédula sacada a la suerte, en que se les marcaba el regalo que habían de hacer a sus comadres, y éstas a su vez tomaban otra cédula en que se hallaba escrito un dicho, sentencia o refrancillo alusivos todos al caso (1).

El regalo de Pinillos era una arropía, y en la cédula dada a su antidiluviana comadre, se hallaba escrito: *Siempre hay un roto para un descosido*, cuya oportunidad hizo torcer el gesto de ambos compadres, y reír grandemente al resto del auditorio.

El regalo del marqués de Valmes, había de consistir en un corazón, y en la cédula de Misita se leía: *Para los dos.*

—¿Conque se halla usted dispuesta a que un corazón nos sirva a entrambos?—preguntó el marqués a Misita al despedirse de ella.

---

(1) Esta costumbre de las cédulas de los compadres no es sino una añeja reminiscencia de los *estrechos* (cuyo nombre se conserva aún en algunas provincias), celebrados en el día de Reyes. En la corte de don Martín, rey de Aragón, se encuentra ya esta usanza, que estuvo muy en boga en los reinados de los Felipes III y IV, en que Lope de Vega, Moreto, Cervantes, Calderón, Góngora, y sobre todo el mordaz Quevedo, compusieron graciosos *motes* de *estrechos*, de los cuales se conservan algunos en la Biblioteca Nacional.

—Sí, señor—contestó ésta, poniéndose colorada por el doble sentido de la pregunta—, pero antes es necesario que usted cumpla su cédula, dándome uno entero.

X

Un baile, que en una capital pasa desapercibido, en provincias es todo un acontecimiento. No se hablaba en Jerez de otra cosa que del baile de trajes que había de celebrase en el Casino de*** el próximo domingo de Carnaval.

Desde mucho tiempo antes las muchachas iban y venían sin cesar de las tiendas a casa de la modista, y no tenían otra conversación que de las galas que pensaban lucir en el proyectado baile. No eran las menos animadas las socias del *Club de la Tijera*, que sin cesar se consultaban unas a otras y preparaban sus trajes, sus flores y sus cintas con la misma animación y el mismo interés con que un ejército dispone las armas que en la batalla han de servirle.

Sólo Misita permanecía ociosa en medio de tanto movimiento.

Desde luego que doña Ursula recibió la papeleta de convite, dijo a su hija:

—¡Mire usted qué tontería de baile!

—¿Pero por qué ha de ser tontería, mamá?

—Sí, hija; ¿a quién se le ocurre andar de bailoteos en estos tiempos?...

—¿Pero sucede algo de particular para que sea mal visto ese baile?

—¡Vaya!, sin saber nada de tu pobrecito hermano...

—Bueno, mamá; eso es un motivo para nosotras, pero no para los demás.

—Pues dejemos que los demás se diviertan, que nosotras no tenemos humor para ello.

—¡Tan animado como va a estar!—dijo Misita bajando tristemente la cabeza. Y su corazón añadió muy quedito, pero con no menos tristeza—: ¡Y Pedro que estará allí!

Respetando, sin embargo, la pobre niña la voluntad de su madre, no volvió a manifestar sus deseos de ir al baile. Pero Paquita que sabía cuán ardientes eran éstos, tomó por su cuenta el negocio, y tanto pleiteó, importunó y fastidió a doña Ursula, que ésta, por no oírla, consintió en que Misita fuese con ellas, siempre que no volviese demasiado tarde.

Llegó por fin el tan suspirado domingo de Carnaval, y puede decirse que era hermoso el espectáculo que presentaba en aquella noche el Casino de***. La sala de billar, limpia de las mesas que hubiesen embarazado el paso, había abierto, como buena vecina, las puertas que la comunican con el salón principal, ofreciendo a las mamás y gente grave de la concurrencia otro lindo y tranquilo salón, desde donde podían vigilar cómodamente a sus respectivas hijas. En el salón, en medio de elegantes divanes, ricos espejos y suntuosas alfombras; en aquel salón, espléndido de luz y perfumado por millares de flores, se agitaba un brillante tropel, en que se veía confundida la mitología con la historia de todas las épocas y países. La Aurora esparciendo sus flores salpicadas por las perlas del rocío, hacía el *vis a vis* a la Noche que extendía su estrellado manto sin que ni una ni otra se hiciesen cargo de que bailaban contra las leyes de la naturaleza. Una honesta Venus sacaba de sus casillas al grave y viejo Nestor, sin cuidarse para nada de las tenazas del celoso Vulcano, a quien embobaba con sus cucamonas una traviesa ga-

tita blanca con botitas color de rosa. Más lejos la orgullosa marquesa de Pompadour conversaba mano a mano con una humilde aldeana gallega; la reina Semíramis, con guante blanco y *porte-bouquet,* chupaba sonriendo tiernamente y sin acordarse para nada de su difunto Nino, unas pastillas de naranja que un rollizo postillón le ofrecía. La melancólica La Vallière hacía un elegante *avant deux* con un apuesto majo; don Pedro I de Castilla bailaba a más y mejor con su esposa doña Blanca, sin que ningún don Fadrique viniese a turbar de nuevo la paz de entrambos cónyuges. Isabel la Católica y Boabdil el Chico, rey moro de Granada, bailaban como trompos una furiosa polka, sin que a este último le diesen ganas de ahogar entre sus brazos a la que con tanto denuedo le arrojó de España.

Notábase por todas partes una ordenada algarabía; en dondequiera se observaba esa alegría extremada que, según dijo un sabio de la antigüedad, anuncia siempre sólo una dicha mediocre y pasajera; pero que, reflejándose de rostro en rostro, hacía aparecer en todos ellos una sonrisa que a veces ocultaba una lágrima, como oculta un ataúd de terciopelo el frío cadáver que encierra. ¡Triste del que en semejantes bullicios no sienta desarrugarse su ceño! ¡Triste del que, en medio de tanta alegría, no sienta esparcirse su corazón! Cada dama era allí reina rodeada de su corte; cada caballero un cortesano atento y obsequioso que se inclinaba no ante la dignidad de reina, sino ante la dignidad de señora. ¡Qué felices deben ser todos!—exclamaba el pobre mendigo que a hurtadillas les contempla desde la calle con envidiosa mirada, precursora de mil desgracias, porque todos los modernos revolucionarios, y en particular los seides del socialismo, de ese espantoso aborto que en nuestra actual época levanta sus cien

amenazadoras cabezas, válense de esta especie de suplicio de Tántalo para arrancar del corazón del pobre la alegre conformidad, que dice sonriendo: *hágase tu voluntad;* la bendita falta de ambición, que sólo pide *el pan nuestro de cada día;* el santo amor al trabajo, que, según dijo un sabio, es el centinela de la virtud; y la Religión que no manda, sino persuade, que todo lo abarca, que todo lo comprende, que todo lo consagra, que recibe al hombre en la cuna y le acompaña hasta más allá de la tumba; que le infunde y mantiene estas virtudes que, para sembrar el germen de la rebelión que luego produce las terribles revoluciones, arrancan del corazón del pobre los que, navegando por un mar de sangre y lágrimas, y ocultando su impía ambición y su infame medro personal en un falso *amor al pueblo,* se hacen reos del más espantoso de los crímenes morales. ¡Y para ello, Dios mío, cuántas madres se quedan sin hijos, cuántos hijos se quedan sin padres! ¡Cuántos pobres ilusos, que horrorizados volverían a bendecir sus harapos si les fuese dado por un solo momento el poder de conocer a fondo todos esos corazones que laten bajo encajes y terciopelos! Verían entonces que esa sociedad, que tanto envidian, y que sólo presenta galas, músicas, bodas y fiestas, es en todo semejante a esa clase de limones que se crían a las orillas del mar Muerto; bajo una cáscara brillante y dorada, ocultan una ceniza amarga y calcinada (1).

Pero *¡válame Dios!*—como decía el bueno de Sancho Panza—, ¿a dónde vas, pluma mía? Este maldito afán de predicar te hace olvidar que los oídos están frente a frente, y lo que por el uno entra por el otro sale.

---

(1) M. de Chateaubriand hace mención de estos extraños limones en su libro de *Los Mártires,* comparándolos a los deleites mundanos.

Corra, corra la bola, y crucémonos de brazos mientras allá se baten y a torrentes corre la sangre de nuestros hermanos (1). ¿A qué poner remedio, a qué evitar esa lucha fratricida que, cual la espada de Damocles, pende sobre la España entera, si a un redentor que vino al mundo le crucificaron?... ¡Oh, *indiferentismo,* monstruo de hielo que, sumido en tu torpe y egoísta sueño, verías hundirse el firmamento si sus escombros no te cogiesen debajo! ¿Qué has hecho de aquel espíritu caballeresco en que el oprimido encontraba un defensor y un castigo el que oprimía? ¿Qué de aquel viejo león de Castilla que, empuñando la Cruz de su Dios y la corona de su rey, rugía firme como un cristiano y arrogente como un caballero: *Ad utrumque!*

—¡Pobre león de Castilla, que ruge lastimero ante la Cruz, que, abatida ahora, volverá—¡sí, volverá!—a renacer de sus cenizas cual glorioso fénix! ¡Pobre león de Castilla que ve la Corona de los Alfonsos y de Fernando III, de las Urracas y de la Católica Isabel, rota, sin brillo, manchada por el fango de una revolución que hundió un trono, derribó maravillas del arte que el *oscurantista* amor a Dios produjo y que *el lúcido* progreso sólo destruir supo! (2). ¡Qué ocasión tan triste, pero tan oportuna para exclamar con nuestro inmortal Gallego, hablando de España:

Junto al sepulcro frío
y al pálido lucir de opaca luna,
entre cipreses fúnebres la veo.
Trémula, yerta y desceñido el manto,

(1) Estas páginas se escribieron durante los desgraciados sucesos de Cádiz, en diciembre de 1868.

(2) Balzac lo ha dicho: "El orgullo de los que no saben edificar consiste en destruir."

vuelve al cielo los ojos moribundos
que le oculta el llanto.
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos
yace entre el polvo, y el león guerrero
lanza a sus pies rugido lastimero...

... ...

Decíate, pues, amigo lector, antes que en lo arriba dicho te expresase mi sentir tal cual es, pues para ello mojé la pluma en la ardiente sangre de mis venas, que sólo ruda verdad sabe decir, y no en la fría tinta del tintero, que sólo dice lo que a decir le obligan, que, bella entre las más hermosas, Misita lucía un lindo traje de gitana con tal gracia y donaire, que habían hecho exclamar a Brígida:

—¡Ay, Jesús, señorita; ni yo que me pusiera ese traje había de estar mejor! ¿Quién había de decir que con una facha tan *filimicupisti* había de hacer el *non plus* de las gitanas?

También se hallaba en el baile Próspero Pinillos, vestido de mosquetero, y coronando su rizada cabellera un colosal sombrero con plumas, que le hacían parecer un quitasol chino o un ratón debajo de una taza. Detrás caminaba míster Snuff, constituído en larga sombra de aquel pequeño cuerpo, y que lucía, con toda la soltura y garbo británicos, un vistoso traje de arriero andaluz. En vano Pinillos, que no apartaba la vista de Misita, dió pavorosos suspiros, que a poco más apagan las lámparas, y que como un fiel eco repetía míster Snuff; en vano, errante como alma en pena, y seguido siempre de su santo protector, recorrió todos los salones en pos de ella, haciendo averías a diestro y siniestro con su gracia característica; porque Dios, que a manos llenas reparte sus dones, habíale dotado con el de la inoportunidad en tan subidos quilates, que no le aventa-

jaba el niño más mal educado, ni aun el mimado faldérito de una dama impertinente. Misita, no sólo no había reparado en él, sino que, envuelta en esa espesa atmósfera de felicidad de que suelen rodearse los enamorados, no parecía ocuparse de nada de lo que en torno de ella pasaba.

Apenas hubo entrado en el baile Pedro, que vestía un dominó de terciopelo negro, se apresuró a saludarla, y ya no se separó de ella en toda la noche; todo lo que tocaron lo bailó con ella. ¿Qué se dijeron? ¿Por qué Misita estaba más hermosa que nunca? ¿Por qué sus ojos brillaban más, su boca sonreía con más gracia y sus mejillas parecían haber robado sus colores a una alborada de mayo?

Porque la felicidad es una especie de aureola que hace resaltar la belleza, y Misita era muy feliz, porque Pedro le había dicho muy quedito, y con aquella gracia especial que él sólo poseía, que la amaba mucho; y entonces ella había sentido en el corazón un gran golpe que le había hecho acudir a los ojos unas lágrimas tan dulces, tan deliciosas, que le daba pena de contenerlas...

¡Amores felices de veinte años! ¿Por qué no serán eternos y serían perfectos? En vez de marchitarse como las flores, que son su emblema, y también dejar, como ellas, punzantes espinas, debieran de reunir a su santa pureza y a su dulce inocencia, la constancia que es el complemento de todas las virtudes. ¡Imposible es pintarlos sin haberlos conocido; el lenguaje del dolor, las angustias de un amor secreto y combatido, todo lo que es sufrir, puede llegar a pintarse cuando los recuerdos sostienen la pluma; pero la alegría, la felicidad, por más que sea pasajera, quien no la ha conocido carece de colores para pintarla!...

XI

El calor arreciaba, y mientras doña Petra disponía su viaje a Sanlúcar de Barrameda, donde acostumbraba a tomar los baños de mar, el *Club de la Tijera* trasladó sus reales, del cómodo y abrigado piso alto, al fresco y ventilado piso bajo. Por las noches la cámara alta se instalaba en un rincón del patio, y la baja, en medio de él, reía como siempre, contenta, alegre y burlona.

Una noche las socias y socios del *Club de la Tijera* bailaban un cotillón. Misita Ardera y el marqués, cuyas relaciones amorosas traslucieron algunos, no obstante el empeño que ambos ponían en ocultarlas, evitando así ciertas bromas indiscretas, que son, respecto al amor inocente, lo que las abejas respecto a las flores, ladronas de su dulzura, bailaban juntos. Frente a ellos Próspero Pinillos, apoyado en una columna, hablaba con su primo Gaspar, muchacho galante, de buen criterio y franco hasta ser rudo.

Cegado Pinillos por el amor propio, que, valiéndose unas veces del orgullo y de la vanidad otras, ciega los ojos y da al traste con la razón, hacía a Misita Ardera señas de inteligencia, que ésta no sólo no contestaba, sino que tampoco comprendía. Pero Próspero era seide de esa terrible falange de fatuos que prefieren, cuando se trata de una mujer que goza de cierta reputación de belleza, de elegancia o de talento, parecer afortunados a los ojos del mundo, a serlo en el más profundo secreto.

—No sé de qué te sirven esos ojos en la cara—decía a Próspero su primo Gaspar.

—¿Por qué lo dices?—replicó éste.

—Porque no ves lo que el mundo ha visto y sabe.

—¿Y qué es eso que se esconde a mi nunca desmentida perspicacia?

—Que Misita Ardera y el marqués son novios, y tú estás haciendo el oso.

Pinillos apartó la vista de Misita para fijar una burlona mirada en su primo, y luego se echó a reír.

—Ríete, ríete—replicó éste—; que por mucho que te rías, más se ríen de ti.

—Chico: si medio mundo se ríe del otro medio, yo solo me río del mundo entero.

—Y yo te aseguro—añadió Gaspar—que en el caso de Misita Ardera preferiría, antes que casarme contigo, no digo yo al marqués, sino quedarme para vestir santos.

—¿Y quién te ha dicho que quiero casarme con Misita?... Yo sólo pretendo pasar el tiempo.

—¿Acaso la consideras como una de esas mujercillas que sólo sirven de diversión?—exclamó Gaspar entre sorprendido e indignado.

—¿Y por qué no?...

—Porque es la personificación de la bondad y la inocencia.

—¡Bah! ¡Bah! La inocencia es prima hermana de la tontera... Desengáñate, tonto—añadió Pinillos con una sonrisa protectora, poniendo la mano en el hombro de Gaspar—. Misita Ardera no tiene un cuarto, y ten presente esto y nunca lo olvides: la antorcha del Himeneo ha de encenderse en la cocina...

Mientras tanto Paquita, promovedora siempre de todo lo que fuese novedad y alegría, representaba el papel de la Discordia en las bodas de Tetis y Peleo, estableciendo una nueva figura del cotillón; solamente que la célebre manzana de oro era en ésta una calaba-

cita preparada al efecto, y aquel pastor París que, según Demoustier, decía hablando de su esposa:

Elle a l'esprit, elle a le coeur;
la nature a paré son ame
de mille vertus. En honneur,
c'est un tresor...; mais c'est ma femme (1),

era una alegre y linda muchacha que, sentada en medio de las demás parejas, había de adjudicar la calabacita a uno de los dos caballeros que se le presentaban, concediendo al otro el insigne favor de dar con ella una vuelta de vals. La calabacita del cotillón era, por lo tanto, en su significado, la antítesis de la manzana de la Discordia.

Sentada Misita Ardera en medio del patio, tenía en la mano la calabaza, y el marqués de Valmes, en pie delante de ella, esperaba un competidor que le disputase el triunfo; pero no hubo ninguna Juno ni ninguna Minerva masculina que se atreviese a disputar a aquella Venus de bigote la victoria que tenía segura.

De repente se vió a Pinillos que, con ambos dedos pulgares en los bolsillos del chaleco, torcida un poco la cabeza y en la boca una sonrisa que revelaba la fatua seguridad del triunfo, se adelantaba lentamente hasta ponerse junto al marqués y frente a Misita.

Señoras y caballeros le miraron sorprendidos de su presunción, y sonriendo ya al desengaño que le aguardaba.

---

(1) Tiene talento, tiene corazón;
la Naturaleza ha adornado su alma
de mil virtudes. A la verdad,
es un tesoro...; pero es mi mujer.

(*Cartas a Emilia sobre la Mitología*)

—¡Que traigan sales—decía Paquita—, porque va a suceder un fracaso!

Mientras tanto, mortificada Misita, había fijado en Pinillos sus ojos; miró luego a su novio, después al suelo, y enrojeciendo como una amapola alargó tímidamente la calabacita a Pinillos, al mismo tiempo que daba su mano al marqués, y se alejaban rápidamente al compás de los armoniosos ecos de un vals de Strauss.

Las risas que por todas partes estallaron hicieron volver a Pinillos de su sorpresa, y fijó maquinalmente la vista en el significativo vegetal que entre sus manos tenía; pero lejos de encontrar escrito en él, como Venus en la manzana de oro: *A la más bella*, sólo halló esta inscripción, que Paquita había grabado con la punta de un cuchillo: *¡Recuerdo de un triste amor!*

Como impulsado por un choque eléctrico, Pinillos se dirigió a la cámara alta a despedirse de doña Petra, sin soltar por eso la calabaza, que llevaba muy empuñada.

—¡Pinillos, Pinillos!—le gritó Paquita.

—¿Qué hay?—dijo éste, volviéndose bruscamente en medio del patio.

—Que se lleva usted la calabaza..., y hace aquí falta.

Y luego añadió con su gracia burlona y chuscada de costumbre:

—Si tiene usted empeño en conservarla, le guardaré un retoño cuando nazca.

—Y haga usted de él un dije de reloj—dijo otra.

—Mejor efecto hará un alfiler de corbata.

—Nada, Pinillos; añada usted ese cuartel a su escudo, con este lema: *¡Lo que dan las ilusiones!*

—Lo que es de esas entran pocas en libra.

—¡Parte oficial, señores!—dijo Paquita así que Pinillos hubo salido—. Desde mañana, Próspero traslada

sus reales a Rota, se dedica al cultivo de los vegetales, y mientras pasea por sus frondosos huertos, canta la famosa aria del *Don Juan*, de Mozart, con esta letra:

> Madre, cuando la criada
> vaya a la plaza,
> que traiga de todo
> menos calabaza.
> Que traiga chorizos,
> carne de ternera;
> menos calabaza,
> traiga lo que quiera.

Pinillos salió del *Club de la Tijera* sin volver la cara atrás, como si le viniesen persiguiendo, y se dirigió a casa de míster Snuff. Hallábase éste en ropas menores, cubierta la cabeza con un gorrito blanco, y teniendo en la mano una palmatoria encendida, con la que emprendía una mortal cruzada contra los mosquitos, diminutos vampiros que al son de sus bélicas trompas intentaban el asalto del británico San Casiano.

Pinillos entró bruscamente, y dejándose caer en un sillón, exclamó:

—¡Malditas sean las mujeres!

—¡Amén!—replicó míster Snuff.

Pinillos le refirió en seguida todas las peripecias de su desengaño, desatándose en denuestos contra la *ingrata y pérfida* coqueta que tan descaradamente se había burlado de él. Míster Snuff dejó escapar aquel *¡Oh!* gutural y clásicamente británico, y poniéndose un dedo largo y descarnado como el de una momia sobre los labios, fué de puntillas, y con el mayor misterio, a cerrar la puerta del cuarto, no sin haberse asegurado antes de que ningún indiscreto pasaba por el corredor.

Una hora después se dirigía Pinillos a su casa, erguida la frente, el cuerpo derecho como un huso, y lan-

zando a diestra y siniestra terribles miradas, que le hubiese envidiado el mismo Júpiter Olímpico.

... ...

A los dos días de estos acontecimientos, paseábase por su despacho don Severo Pinillos, padre de Próspero, poseído, al parecer, de una violenta cólera. Y no sin razón se encolerizaba el honrado extractor, porque de cierta maciza caja de hierro, cuya abierta tapa dejaba ver sus doradas entrañas, faltaban dos mil duros, que habían sido sustraídos por su hijo Próspero.

Seducido éste por míster Snuff, que ejercía sobre él una maligna influencia, porque, habiendo estudiado a fondo el carácter de Pinillos y héchose cargo de que era una negación continua, solía sostener lo contrario de lo que ansiaba conseguir, como medio de lograr su deseo, no le costó mucho trabajo sugerir a su necio protegido, para vengarse de lo que él creía infame coquetería de Misita, un novelesco rapto, invención de míster Snuff, que había de llevarse a efecto sustrayendo Pinillos de la caja de su padre dos mil duros, que el nuevo Teseo y su ayo protector gastarían alegremente en París, después de abandonar a la Ariadna, buscándole un Baco que la consolase.

Este absurdo y descabellado plan, que si por una parte le colocaba en la categoría de los Tenorios y Lovelace, por otra le igualaba con los Pichardos y José María, inflamó la mente del calavera por fuerza, exaltada por la lectura de románticas novelas que continuamente devoraba, y le hizo consentir en cuanto el taimado míster Snuff le propuso.

—En teniendo el dinero en mi poder, yo me encargo de todo, *my dear fellow*—había dicho el protector a su protegido.

A las doce del siguiente día ya estaban en poder de

míster Snuff los dos mil duros, y al obscurecer caminaba Pinillos en un cómodo coche de viaje por el camino de Sanlúcar, a cuya mitad había de reunírsele míster Snuff conduciendo su precioso depósito. Pero en vano, aterido por el frío de la madrugada, asomando a cada instante la cabeza por la portezuela, y sintiendo ya los remordimientos de su crimen, esperó al *dear fellow* hasta el amanecer.

Cansado de esperar, rendido de sueño y de cansancio, y medio muerto de ansiedad, volvió a esta hora a Jerez, dirigiéndose a casa de míster Snuff; allí supo que éste había partido aquella noche a Cádiz, dejando para él un abultado baúl y una esquelita, en cuyo sobre se leía:

To be sent to Prospero Pinillos, Squirre.

Abrió Pinillos la carta, y leyó para sí:

"Amigo mío: Una urgentísima necesidad me obliga a partir en este instante a Cádiz; no creo que entre personas decentes y amigos como nosotros se necesiten más explicaciones.

A la vuelta ajustaremos cuentas, y por si no volviese, le dejo a usted como compensación mi famosa colección de insectos, apreciada por varios naturalistas en más de dos mil libras esterlinas.—Siempre suyo,

JOHN SNUFF".

El papel se escapó de manos de Pinillos al hacerse cargo de las consecuencias del chasco que le habían jugado, y venciendo su natural debilidad al afán de parecer espíritu fuerte, cayó en un sillón y se echó a llorar; medio ebrio, vacilante, creyendo llevar en la frente un letrero en que con grandes caracteres se leyese *ladrón*, y sin saber qué partido tomar, dió varias vueltas por

los alrededores del pueblo, hasta que, rendido de fatiga, y siguiendo los impulsos de su corazón, se dirigió a su casa. ¡El infeliz se había acordado de su madre, y pensó encontrar en ella un amparo que le pusiese al abrigo de la justa cólera paternal!

Mas antes que tuviese tiempo de buscar la protección de esta santa égida, fué conducido a la presencia de don Severo, que, cogiéndole por un brazo y sacudiéndole fuertemente, le gritó con voz de trueno:

—¿Sabes por qué no doy parte a los tribunales y hago que te pongan en grillete?... Porque eres mi hijo, y nunca me consolaría de ver arrastrado por el cieno de los presidios un nombre que siempre ha sido tan honrado y tan respetado. Pero no creas que quedará impune tu infame acción, porque en el primer barco que salga para América te embarcarás, y olvidarás allí al que se avergüenza de ser tu padre....

Pinillos salió de Jerez, y aún no ha vuelto a su patria; no sabemos si don Severo le cumplió su promesa.

XII

Desde que Misita tenía relaciones con Pedro encontrábase tan feliz, que el pasado había huído de su imaginación y el porvenir no la preocupaba: ¡bello y dulce privilegio de los enamorados, que todo lo miran a través del prisma color de rosa de sus ilusiones, y todo lo tiñen con su agradable color! Doña Ursula, ignorante de los amores de su hija, ocupábase exclusivamente en rezar por su Antonio y esperar otra nueva carta suya que viniera a darle noticias de aquel hijo querido; todas las noches de luna subía a la azotea, y allí, con la mente en Dios y en su hijo, y los ojos en el

pálido astro, permanecía horas y horas, hasta que Misita la hacía bajar, temiendo la dañase el aire húmedo de la noche.

—Si es una visita que mi niño me envía, ¿cómo quieres que deje de recibirla?—decía a su hija cuando ésta trataba de hacerla desistir de aquel capricho.

Un sábado por la tarde, doña Ursula, más triste que de costumbre, había ido a la Salve que dicho día se canta a la Virgen en su iglesia de la Merced. Aquella mañana se había recibido el correo de Cuba, y en vano la pobre madre esperó carta de su hijo; su corazón, henchido de dolor, le reventaba en el pecho, sin que ni una lágrima le acudiese a los ojos para desahogarlo; con el velo echado sobre el rostro y las manos cruzadas convulsamente, oraba como ora el dolor que enmudece la lengua y hace hablar al corazón; pedía, como pide la angustia, esa agonía del alma, cuyo único paliativo en la tierra es el llanto.

¡Cuántos necesitan sentir que este dolor destroza su pecho, que la angustia anuda su garganta y que las lágrimas nublan sus ojos, para alzar éstos al cielo!

Pero ella, que en sus días de alegría venía a dar gracias a la Virgen y a prestarle como homenaje una sonrisa de agradecimiento, venía, ahora que el dolor la oprimía y la angustia la ahogaba, a pedirle una lágrima de consuelo y una mirada de piedad. Cuando las cortinas del camarín se descorrieron, dejando ver a la Virgen, rodeada de una aureola de luz, doña Ursula creyó ver aparecer aquella *Stella Matutina* que al compás de los majestuosos sonidos del órgano invocaba; cuando vió las blancas nubes de incienso que subían lentamente hasta perderse en la bóveda, creyólas suaves mensajeras que llevaban al cielo su oración y sus lágrimas, y cuando el *Consolatrix aflictorum* resonó

en sus oídos, un llanto consolador brotó al fin de sus ojos, mientras exclamaba con todo su corazón: *Ora pro nobis! Ora pro nobis!*

Aquella noche subió también doña Ursula a la azotea; pero unas espesas y aplomadas nubes le impidieron ver a la insensible portadora del beso de su hijo; permaneció allí, no obstante, sin notar que una ligera llovizna caía lentamente, como un triste y monótono pensamiento que no puede desecharse y que hiela el corazón. El toque de Animas la sacó de su estado de insensibilidad, y abandonó la azotea para ir a postrarse de nuevo ante aquel cuadro de la Virgen, delante del cual ardía continuamente, desde la partida de Antonio, una lamparilla de aceite. Poco a poco, y sin que doña Ursula lo advirtiese, fuése debilitando la luz de la lamparilla; de repente se agita, oscila, tiembla un instante en la punta de la mecha, y arrojando una luz más viva que las anteriores, se apaga, dando un chirrido. Doña Ursula sintió que de nuevo se le oprimía el corazón; llamó aterrada a Misita, e inquieta ésta al ver el estado de excitación de su madre, la hizo meter en cama.

Al otro día amaneció con una ligera calentura; mas a la mitad de la mañana se empeñó en levantarse, y se sentó en una butaca. El día estaba triste y desapacible; el cielo, ceniciento como el contenido de un sepulcro, dejaba ver de trecho en trecho un brillante pedazo azul, que parecía un remiendo de rica tela en un viejo sayal; poco a poco fuese tornando negro como un triste presentimiento, mientras algunos truenos lejanos, pero que se iban acercando gradualmente, anunciaban la proximidad de la tormenta. Doña Ursula y Misita rezaban el Trisagio; de repente un vivo relámpago, seguido de un trueno horrible, hizo retemblar los cristales de la habitación.

—¡Jesús!—exclamó doña Ursula tapándose el rostro con ambas manos—. ¿Dónde le habrá cogido al hijo de mi alma?

Santo, santo, santo,
Señor Dios de los ejércitos,
llenos están los cielos y la tierra
de vuestra gloria.

murmuró Misita no menos aterrada. Mariquita, la nieta de don Basilio, que andaba jugando por la casa, acudió dando gritos, y vino a refugiarse en los brazos de doña Ursula.

La tormenta se desencadenó terrible y amenazadora, como un aviso que Dios diera al hombre, miserable pigmeo, que, empinado sobre su razón, quiere escalar el cielo y arrojar una temeraria mirada en ese abismo sin fondo, cuyas tinieblas sólo esclarece la fe, y en que le place a Dios encerrarse con sus rayos y sus misterios. ¡Necio orgullo, que le hace blasfemar de El!... Y, sin embargo, ¿quién no reconoce su mirada en el rayo, su aliento en el huracán, su voz en el trueno? ¿Qué oído no escucha que

Jehová, la cóncava nube
retumba; las hondas vegas,
Jehová; sonoras responden
Jehová las altas esferas.
Despavorido al estruendo
el libertino despierta;
y confundido el ateo
su inefable Ser confiesa? (1)

¡Quién, Señor, ante tan tremenda sublimidad no inclina la cabeza, diciendo: Dios eres, *hágase tu voluntad!*

(1) Don Juan Meléndez Valdés.

Lentamente cansáronse los elementos de luchar; fuése apagando su furia, y como si las nubes llorasen su derrota, descargaron un fuerte chaparrón.

—Va a llover más que cuando enterraron a Bigote —decía Brígida, que en el lavadero se ocupaba en colar la ropa de la semana; y a cada trueno que hacía retemblar el espacio, murmuraba devotamente:

Santa Bárbara bendita
que en el cielo estás escrita
con papel y agua bendita,
a los pies de la Cruz,
amén Jesús.

A poco llegó Mariquita, ya repuesta de su susto, y le dijo con esa satisfacción que toda variedad produce en la infancia:

—¡Ha *tronao!*

—Ya lo oí, que no soy sorda—le contestó Brígida.

—¿Y por qué ha *tronao?*...

—Porque hay bautismo en el cielo y van los angelitos en coche, y cata ahí el ruido que se oye.

—¿Y hay padrino?

—¡Toma, y pelón! Mira cómo *juyen* las nubes, que parece las va arreando el hambre, y es porque van a coger los ochavos.

—¡Cómo corren!—dijo Mariquita mirando las nubes, que, impulsadas por el Levante, surcaban el espacio rápidamente; unas ligeras y blancas como la túnica de un ángel; otras compactas y negras como un mal pensamiento—. Oye, ¿de qué son?

—Son unos sacos de humo, que le sirven a Dios de *regaera* para regar el campo.

—Mira, ya han dejado allí un pedacito azul—dijo la niña señalando un claro que había quedado entre

dos de ellas, blancas y flotantes como una mortaja—. ¿Por qué es azul el cielo?

—La copla canta el porqué, cuando dice:

La Virgen se subió al cielo,
y tendió su manto azul,
para ponerse uno negro
por la muerte de Jesús.

¡Vengan los poetas cultos a dar una interpretación más suave y más poética al hermoso azul de los cielos! Quedáronse calvos los sabios de todas las épocas por explicar de qué provenía su agradable color y darle el nombre que más adecuado le fuera: una chapa de metal, *Rakiah,* creíanle los primeros hombres; en fuego y agua, *Schamain,* hiciéronle consistir los hebreos; *atmósfera* le llaman los modernos.

¡Cuánto más vale la bella y consoladora interpretación que le da el pueblo católico, ese eminente poeta, tan suave en el sentir y tan tosco en la apariencia!

En cuanto a nosotros, creemos firmemente que, si no en ese cielo, en otro un poco más elevado, que se ve con los ojos del alma que por él ansía, el manto celeste de la purísima Virgen se extiende sobre nuestras cabezas.

—¡Ay!—exclamó Mariquita admirada—, ¿pues no está lloviendo otra vez y está el sol de fuera?

—Eso es porque el diablo riñe con su suegra.

—Anda, vete, hija; ¿acaso el diablo tiene suegra?

—Muchito que la tiene, y se llama la tía Olofernes, y su mujer, Panfilita.

—¡Anda, mentirosa!

—¿Tú no sabes el cuento de la suegra del diablo?

—Yo, no.

—Pues te lo voy a contar en cuanto enjuague esta camisa.

Concluído que hubo Brígida de enjuagar la camisa, empezó así, sin dejar de lavar, y dirigiéndose a Mariquita, que, sentada en un cubo vuelto boca abajo, la escuchaba con la mayor atención (1):

"—Pues, señor, que era vez y vez, y créalo quien lo quiera creer, de una vieja tan gruñona y con tan mal genio, que los chiquillos del barrio le decían la *Tía Olofernes;* pues vamos a que esta tía Olofernes tenía una hija que se llamaba Panfilita, más tonta que una esquina, más pava que mandada hacer, y que no sabía sino estar en la ventana con el pico al aire, a ver si sacaba un novio. Pues, señor, que un día que estaba la tía Olofernes colando, como estoy yo ahora, tuvo que echar la lejía hirviendo en la canasta de colar la ropa, y como pesaba tanto, llamó a Panfilita, para que la ayudase; pero Panfilita estaba en la puerta de la calle, y por más que su madre se desgañitaba gritando ¡Pánfila! ¡Panfiilita!, sólo se le ocurría decir a la tonta de la chiquilla:

"—¿Quién será esa pajuata de Pánfila que no contesta?...

"La tía Olofernes, que era más viva que una centella, agarró la caldera para vaciarla sola, y se la volcó encima de un pie, poniéndoselo hecho una *eccehomia,* y dando unos alaridos que despertaban a los sordos, y en el otro mundo se oían. Cuando Panfilita oyó los

(1) Es original la historia de este cuento. Fernán Caballero lo recogió de boca del pueblo, y le dió cabida en la colección que de ellos tiene hecha, después de adornarlo con la expresiva al par que inocente gracia de su encantador estilo, y adornado con sus nuevas galas, ha vuelto desde tan elevado puesto a dominio del pueblo, de donde por segunda vez nosotros lo hemos recogido. En dicha preciosa colección podrá hallarse completo.

gritos de su madre, se fué para allá muy despacito, y llegó diciendo:

"—¿Quéee tieeenee usted, maaadree?...

"La tía Olofernes, que estaba tan furiosa que con un papel se ahogaba, le gritó en cuanto pudo echarle la vista encima:

¡Pánfila, Panfilita,
siempre pensando en casorio,
permita Dios que te cases con el demonio!

No bien lo hubo dicho, se arrepintió de haberle echado aquella maldición; pero como palabra y piedra suelta no tienen vuelta, no pudo volver a recogerla. Al cabo de algún tiempo le salió a Panfilita un novio más blanco que la leche, y rubio como unas candelas, y como era *rigular,* estaba la muchacha queriéndolo poner en retablo y rezándole a San Antonio bendito para que hiciera la boda pronto. No era del mismo sentir la tía Olofernes, pues se acordaba de la maldición que había echado a su hija; y como tenía la nariz más larga que un *poenco,* notó que al hacer la señal de la cruz daba el novio unos respingos que al techo llegaban. Vino por fin el día de la boda, que el tiempo corre más que el *ferrocarrín,* y nunca está parado; pero el novio no quiso casarse en la iglesia, sino con un *matrimonio del civí,* que hay allá en la tierra del francés o del moro, que de esto bien no me acuerdo (1). La tía Olofernes, que ya estaba escamada, se escamó

(1) De aquí puede deducirse que las primeras bodas que con el matrimonio civil se han celebrado en nuestra católica España, fueron las del diablo. Bueno es saber quién abrió la marcha.

todavía más con esto, y queriendo evitar un *conflito,* llamó a Panfilita y le dijo:

"—Mira, Panfilita: es costumbre de todas las mujeres que se casan el rociar la alcoba con un *jisopo* y agua bendita cuando ya están encerradas con su marido; te encargo mucho que lo hagas, para no faltar y dar que decir a la gente.

"Panfilita se lo creyó, y al dar el primer roción de agua bendita, empieza el marido, que no era sino el mismísimo diablo, a dar saltos y brincos sin saber por dónde *juirse,* porque estaba tapado hasta por debajo de la puerta. Corre por aquí, corre por allí, se metió por el agujerillo de la llave, creyéndose ya en salvo; pero la pícara de la tía Olofernes, que le daba tres vueltas al diablo, había puesto en el agujerillo de la llave una redoma, e *incontinentimente* que el diablo se colocó dentro, le puso un tapón, y echó a andar hacia una montaña muy alta que...."

A este punto de su narración llegaba Brígida, cuando fué interrumpida por un confuso rumor de llantos y de gritos que hacia la habitación de doña Ursula se oían.

—¡Señor, qué zaragata se ha armado ahí dentro! —murmuró yendo a informarse, seguida de Mariquita, que asustada, se agarraba a sus enaguas.

Triste fué el espectáculo que se ofreció a su vista: doña Ursula, con los ojos desencajados, y presa de las más terribles convulsiones, gritaba:

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¡Hijo de mi alma! ¡Ya le perdí; ya no le tengo! ¡Solo, solo, y yo, que soy su madre, no estaba allí para cerrarle los ojos!... ¡Ay, que me ahoga la pena! ¡Dios mío, Dios mío: llévame con mi hijo, llévame con mi hijo!...

Misita, no menos afligida que su madre, procuraba

consolarla, murmurando cuando las lágrimas y los sollozos se lo permitían:

—¡Dios lo ha querido así...; hágase su santísima voluntad!... ¡El nos lo dió..., El nos lo quitó!

En medio de la habitación, un hombre muy corpulento y de aspecto vulgar y ordinario contemplaba el desgarrador grupo que la madre y la hija formaban, y meneando la cabeza, levantaba de cuando en cuando sus redondos ojos hacia las vigas, como si pretendiese encontrar allí consuelo a tanto dolor. De repente dió dos o tres gigantescos pasos, y acercándose a la pobre madre, exclamó con el pronunciado acento de nuestros montañeses:

—¡Ea, señora, calle usted ya! ¡Cómo ha de ser, si todos hemos de ir unos tras otros, como mulos por vereda!... ¡Ea, callarse ya, digo, y a comer, beber y divertirse; no vayamos a tener otro burro caído!

Veamos qué había producido esta triste escena.

XIII

No bien hubo escampado el fuerte chaparrón en que se deshizo la tormenta, apareció en la calle un hombre que, con su paraguas chorreando, y algo apartado del cuerpo para no mojarse, iba mirando atentamente, y a través de los cristales de unas gafas de oro, los números de las casas de una y otra acera. En su cara, redonda como una pandereta, y en su aire vulgar y ordinario, hubiese reconocido cualquiera al mismo hombre que en el capítulo anterior vimos en la habitación de doña Ursula. Llamábase don Celedonio Prosopopeya y Bellotas; era natural de Cabuérniga, pueblecillo de las montañas de Santander, y hallábase recién

venido de América, donde había realizado una considerable fortuna que esparcía por todo su cuerpo cierto *chic de peso duro,* que si no era del gusto más delicado era al menos del más positivísimo buen efecto.

Era don Celedonio, como ya hemos dicho, muy corpulento, y feo como él solo, lo cual no se le importaba un bledo, porque para él no había más hermosura que la de los pesos duros, y ésta la poseía en alto grado. Procuraba siempre que su insulso semblante impusiese todo el respeto posible, y afanábase por imitar esa dignidad que en las personas de elevada esfera nos impone al mismo tiempo que nos encanta; pero no se hacía cargo el buen pobrete que esas maneras majestuosas y esa arrogancia exenta de orgullo, exclusiva del verdadero caballero, no nacen de un afectado estudio, sino del sentimiento de su propia grandeza que estas personas tienen. He ahí por qué no hemos creído nunca que Talma diese a Napoleón *lecciones de majestad.* Austerlitz, Marengo y Jena bastaron a darle la majestad del poder, apoyado en la fuerza. Waterlóo, la de la desgracia resignada por la... impotencia.

No conseguía, pues, don Celedonio, con su ostentación de aire imponente, lo que con tanta facilidad hubiese logrado con ponerse un cartelito a la espalda en que se leyera: *Este hombre tiene medio millón de duros.* Porque don Celedonio Prosopopeya y Bellotas era nada menos que un millonario.

Pero no un millonario que hubiese llegado a serlo por medios honoríficos, y ayudado por la fortuna o a costa de su trabajo, sino uno de esos que sin más rey ni Roque que su codicia, sacrifican por llegar al apogeo de las riquezas su dignidad propia, y aun a veces también la ajena.

Los primeros hacen, por lo común, un buen uso de

sus caudales, y hay mil bocas que reciben de su mano el pan de cada día, al par que les tributan, agradecidas, la más suave música que puede resonar en los oídos de un cristiano: un *¡Dios se lo pague!* (1). Condenarles tan sólo porque son ricos y la suerte les favoreció, sería faltar a la justicia, y podría muy bien tacharse de envidia.

Pero don Celedonio no pertenecía a esta clase a quien todo el mundo respeta, sino a la de esas ratas de caños sucios, que reúnen al orgullo del dinero la bajeza del mendigo; viene en ellos, tras una necia prodigalidad, una sórdida avaricia, y todo prueba sus dos naturalezas: la rapacidad del hombre desprovisto de principios y la insolencia del villano enriquecido. Don Celedonio había sido *negrero,* y ahora quería ser *persona;* pobre y miserable, había comerciado con sangre y lágrimas, y la sociedad le arrojó de su seno; rico y opulento, volvía ahora a llamar a sus puertas, y ella, ¡qué vergüenza!, se las abría sonriendo. ¿Y por qué no, si llamaba con aldabón de oro?

Deseoso de hacer olvidar su pasado, daba estrepitosas limosnas, sin conocer siquiera la desgracia que socorría, cuando éstas podían atraerle los aplausos de media docena de periódicos y del público iluso que se engaña o del miserable adulador que se deja engañar; entonces era *filántropo.* Pero negaba un miserable pedazo de pan cuando no podía proporcionarle más que la conciencia de haber hecho una buena acción; entonces no era *caritativo.*

Jactábase de pertenecer en su origen al más ínfimo pueblo, no porque fuese afecto a esta clase, que, a ha-

(1) Tal dice el eminente, el ilustrado, el culto, el católico, el nunca bien ponderado autor **Fernán Caballero.**

ber podido escoger otra, la hubiese tomado de la más elevada, ni mucho menos por humildad, pues le era desconocida del todo esta suave virtud que se esconde y es denunciada por su propio perfume, sino porque, como era conocido de todo el mundo, en vano hubiese tratado de ocultarlo. Para desahogar la bilis que esto le causaba, solía fingir un desprecio de primer orden hacia los mayorazgos, o hacia todos aquellos a quienes, según él, caía el dinero de las nubes y no tenían más que gastar sin trabajo alguno.

Trataba de cubrir su absoluta carencia de educación con unas pretensiones de ilustrado, que siempre le hacían tomar el rábano por las hojas; semejante en todo al asno de la fábula, quería cubrirse con una piel ajena; pero tampoco podía prescindir de asomar a cada instante la oreja. Contábase de él que habiendo tenido que ausentarse algunos meses a su pueblo, mandó hacer unas tarjetas de despedida, en que se leía:

CELEDONIO PROSOPOPEYA Y BELLOTAS

SE DESPIDE

PARA EL PUEBLO DE SU NAVIDAD

En otra ocasión pasaba por Jerez una de las infantas de España; el Ayuntamiento la esperaba en la estación del ferrocarril para cumplimentarla, y don Celedonio, impulsado por su afán de hacerse presente en todas partes, llegó, apartando a todo el mundo, a ofrecer la mano a la ilustre viajera para apearse del coche.

—¿Es usted el alcalde?—preguntó sorprendida la infanta.

—No, señora—replicó don Celedonio—; pero he estado *proponido.*

Como último toque a este largo retrato, diremos que había hecho un acopio de términos y frases cultas cuyo significado no comprendía, y que soltaba a diestra y siniestra con la oportunidad de un reloj descompuesto, pronunciándolas con el aplomo del más sabio académico, y con ese exagerado acento de nuestros montañeses que todas sus correrías no habían sido bastantes a borrar.

Decíamos, pues, que, con sus gafas de oro sobre las narices, iba don Celedonio mirando todos los números de las casas como si buscase alguno; al llegar a la de doña Ursula se detuvo; sacó de las profundidades de su paletó una cartera, y de ella una tarjeta; cotejó las señas de la casa con las que en la tarjeta venían apuntadas, y murmurando: *Aquí es,* entró en el zaguán y tiró de la campanilla.

Mientras abrían, una pobre mujer, cubierta con un mal pañolón, que chorreaba agua por todas partes, y con el que pretendía calentar a un niño de seis a siete meses, que dejaba caer la cabecita sobre el hombro de su madre entreabriendo sus ojitos vidriosos como los de un cadáver, se le acercó, pidiéndole, con el acento de la angustia y del hambre, una limosna por el amor de Dios. Agarrada a las enaguas de su madre venía otra niña de cinco a seis años, que lloraba chupando los picos de su destrozado delantal.

—No traigo más que oro, hermana; no traigo más que oro—contestó el millonario reventándole la satisfacción por los tirantes del chaleco.

—¡No me dé usted dinero; cómpreme usted pan, señorito, que me estoy muriendo de hambre!

—¡Y tuviera que ver eso!—exclamó don Celedonio,

que sintió rebajado su orgullo de millonario con la proposición de la mendiga—. ¡Ir yo a comprar pan al pindajo éste!

—¡Señorito, por María Santísima, que todavía no he probado la gracia de Dios!...

—¡Vamos, vamos; he dicho que no!—exclamó el Creso, sirviéndose de su paraguas como de un hisopo para rociar a la mujer de arriba abajo—. ¿Eres sorda, o hablo *extranjis?*

—¡Que se muere mi niño!—dijo la mujer con un tono que sólo podrá comprender quien lo haya oído.

—Y a bien que lo enterrarán para que no hieda. ¡Ea! ¡Largo de aquí, haragana! ¡Qué plaga, qué plaga!...

Abrióse en este momento la puerta, y don Celedonio entró en la casa.

La pobre mujer se había dejado caer en el umbral, tratando de dar el pecho a su hijo, que en vano se esforzaba por sacar de aquel manantial agotado el jugo que antes le daba la vida.

La muchacha mayorcita decía, quitándose una de sus miserables chancletas, y golpeando con ella el suelo:

—*Mae,* dame pan; *yo tero* pan, *mae.*

Una vez en el patio don Celedonio, dijo a Misita, que era quien la había abierto la puerta:

—Doña Ursula Montesarao, ¿está en casa?

—Sí, señor—le contestó Misita—; haga usted el favor de subir.

Subió don Celedonio la escalera con el aire de un hombre profundamente preocupado, que no sabe cómo empezar una molesta conversación, de que, sin embargo, no puede abstenerse.

Misita, que le esperaba en la antesala, le dijo:

—Pase usted adelante, que voy a avisarle a mi madre.

—¡Ah! ¿Es usted hija de la madre del rapaz?—dijo don Celedonio entrando y arrellanándose en el sofá sin ningún género de cumplimientos. Misita se le quedó mirando sin comprender lo que decía, y fué luego a avisar a su madre la llegada de aquella extraña visita. A poco llegaron madre e hija; don Celedonio, después de haberlas saludado, dijo:

—Yo, señora, soy don Celedonio Prosopopeya y Bellotas, hombre de bien y... de muy buenos caudales—añadió dándose un golpecito en el bolsillo del chaleco, que despidió un sonido metálico.

—Muy señor mío—le contestó doña Ursula haciendo una inclinación de cabeza.

—Pues sí, señora—continuó el Creso—; yo...

De nuevo se quedó callado, hasta que viendo doña Ursula que no llevaba trazas de romper el embarazoso silencio que siguió a estas palabras, le preguntó muy friamente:

—¿Y a qué debo el gusto de verle a usted en mi casa?

—¡Mal haya el gusto que *aluego* da sinsabores; y a la verdad que no quisiera yo estar en ella!—contestó don Celedonio arrellanándose en el sofá y dando vueltas a su sombrero, que no había abandonado, no obstante la fina invitación de doña Ursula.

Esta tuvo en la punta de la lengua decirle que la puerta estaba abierta y que nadie le había llamado; y no ocurriéndosele nada que no fuese esto, guardó silencio de nuevo. Misita reventaba por soltar la risa; el finchado montañés continuó:

—No hay que apurarse, señora, y a lo hecho, pecho.

Nuevo silencio, una extrañeza en doña Ursula y nuevas ganas de reírse en Misita.

—¿Y por dónde empezaré a desembucharlo?—murmuró el millonario como preguntándose a sí mismo.

—Puede usted empezar por donde guste, y sea más claro—contestó doña Ursula, que le había oído—; hasta ahora puedo asegurarle que no he entendido una palabra de cuanto me lleva dicho.

—El muerto al hoyo, y el vivo al bollo—replicó sentenciosamente don Celedonio.

Misita, que no podía aguantar la risa, se tapaba la boca con el pañuelo; doña Ursula, que ya le iba creyendo loco, le dijo:

—Pero caballero, ¿quiere usted explicarme?...

—Camino de eso voy, señora mía; camino de eso voy...

—Pues me parece que ha errado usted la vereda, y no vamos a llegar nunca a entendernos.

—¿Y cómo la doy el golpe sin antes prepararla?... La voy preparando a usted para...

—Pero, ¿para qué tengo yo que prepararme?—exclamó doña Ursula cada vez más atónita, sintiendo, sin saber por qué, un vago terror.

—Para llevar el golpe que la amaga...

—¿Si estará este hombre loco y me irá a pegar?—exclamó doña Ursula, armándose involuntariamente de un cojín, y luego añadió:

—Pues acabe de explicarse, que ya estoy más que preparada.

Don Celedonio tosió, miró de arriba abajo a doña Ursula, luego a Misita y, por último, sacando su pañuelo y extendiéndolo hacia la primera, dijo:

—Conque, ¡ea!, señora, ya que está usted preparada, sepa que ha muerto su hijo.

—¡Jesús, señor!—exclamó doña Ursula dando un salto en su silla y quedándose blanca como el papel.

—Como tres y dos son cinco, señora; de un tifus que le dió en...

—¡Ay, Dios mío, imposible...! ¡Eso no puede ser! —murmuró doña Ursula con voz que apenas se oía, levantándose y volviendo a caer en su silla, porque no podía tenerse de pie.

—Pues será broma que yo vengo a dar, ¿verdad?... Yo le vi muerto, tendido en su hamaca, con un brazo echado al pescuezo de un perro que le llamaban *Garabito;* y me dijo el capitán: "Don Celedonio, ¿va usted a Jerez? Pues llévele la fe de muerto a la madre de este rapaz, y hará una obra de caridad". Conque cátela usted aquí, y vea si yo miento.

Al mismo tiempo que don Celedonio pronunciaba, con el tono de un hombre ofendido porque de su veracidad se duda, estas palabras tan terribles para la pobre madre, le alargaba un papel hecho en cuatro dobleces. Doña Ursula lo cogió maquinalmente, y leyó para sí:

"A bordo del bergantín mercante *Chanito,* al mando del capitán don Manuel Valledo.

"Hoy, 21 de febrero del año 1857, después de pasado el trópico y mientras corríamos un temporal horrible entre los 23 y 24 grados de latitud Norte, ha muerto en el camarote número 13 el pasajero don Antonio Ardera y Montesarao. Acompañado del segundo don Juan Manuel Herraldia y del doctor en Medicina don Ambrosio Velasco, pasajero también a bordo del *Chanito*, hemos procedido al reconocimiento del cadáver, resultando haber causado su muerte un tifus, contraído por una insolación mal curada.

"Y para que conste, firmamos esta su fe de muerto.

—*Manuel Valledo,* capitán.—*Juan Manuel Herraldia,* segundo—*Ambrosio Velasco,* doctor en Medicina.

"Dado a bordo en el mar, a 21 de febrero de 1857."

Ya no había lugar a la menor duda, y en vano doña Ursula hubiera tratado de engañarse; su dolor estalló terrible y desesperado. Sostenida por Brígida y Misita, se retorcía las manos con una fuerza salvaje, y gritaba con voz ronca unas veces, aguda otras, pero siempre capaz de ablandar al mismo mármol:

—¡Antonio, Antonio! ¡Hijo de mi alma!... Si lo dije que ese viaje era su muerte. ¡Y yo que le dejé marchar! ¡Yo tengo la culpa! ¡Yo lo he matado, yo lo he matado!—exclamaba golpeándose el pecho fuertemente.

Luego quedaba inmóvil, con los ojos desmesuradamente abiertos, mirando sin ver, y sufriendo sin pensar, porque su dolor parecía haberse suspendido como si cobrase ánimos para luego hacerla sufrir con más fuerza.

—¡La mar, la mar le servirá de mortaja!—volvió a gritar cruzando las manos convulsamente—. ¡Y no vería una cara amiga junto a su lecho de muerte...: moriría solo! ¡Dios mío, solo! ¡Solo, y yo, que soy su madre, dormía!... ¡Y no tendrá una cruz que diga: *Aquí descansa un cristiano,* ni un alma caritativa que le rezara un Padrenuestro, ni tampoco quien derramase por él una lágrima! ¡Ay, que no puedo más...; que me muero!... ¡Matadme, Dios mío; matadme, y tendréis piedad de mí!...

—¡Pues no lo ha tomado por lo serio que digamos!—murmuraba don Celedonio.

Y luego, acercándose a la desconsolada madre, añadía para consolarla:

—¡Ea, señora, callarse ya; callarse ya, digo, que por-

que usted llore no ha de resucitarlo; hoy a ti, mañana a mí; si a él le tocó primero, allá nos aguarde muchos años! El muerto al hoyo y el vivo al bollo; y al fin y a la postre, para comer no le hacía a usted falta el muchacho... Y usted, madamita, tenga más caletre—añadía dirigiéndose a Misita—y límpiese esos lagrimones, que andan mal por esa cara de *misigatito,* y venga a darle buenos tajos de carne a la mamá, porque los duelos con pan son menos, y para sentir es menester comer, y si a dejar hundirnos vamos, tendremos otro burro caído.

Doña Ursula se levantó de repente con la cofia caída sobre la espalda; su pelo cano extendíase diseminado sobre sus hombros, y forcejeando por desasirse de Brígida y Misita que la sujetaban, gritó de nuevo:

—¡Déjame, suéltame, que me voy con mi hijo, que está en el mar solo!... ¡Solo, y se lo comerán los tiburones!... ¡Suéltame, por María Santísima, que me está llamando y no voy!... ¡Suéltame, déjame, que me llama mi hijo, mi sangre, y no puedo ir! ¡Hijo mío, hijo mío; allá voy, allá voy, que no me quieren soltar!... ¡Ay, ay, que me dan mil muertes!... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué he hecho yo para merecer este castigo?...

—¡Mamá, mamá; al cristiano no le atañe el saber por qué, sino que el sufrir le basta!

—¡Es verdad, es verdad!... ¡Cúmplase su santísima voluntad!—gimió la infeliz cruzando las manos convulsamente y escondiendo su rostro entre los cojines del sofá, que mordía desesperada.

Don Celedonio, viendo la inutilidad de sus consuelos, creyó prudente eclipsarse, y bajó la escalera murmurando:

—¡Estos demonios de mujeres se toman unos calo-

res, que son para vistos!... Y la pequeña es bonita como un peso duro.

En el umbral de la puerta permanecía aún la pobre mendiga, que, al entrar don Celedonio, se había dejado caer allí rendida de hambre y de cansancio.

En medio de la calle, y frente a la casa de doña Ursula, hallábase parada una hermosa y blasonada carretela, dentro de la cual tres elegantes damas hablaban con un caballero que en la portezuela se había detenido.

Don Celedonio tosió fuertemente para llamar la atención de las del coche, y cuando ya éstas le miraban, dió una moneda a la pobre, no sin haberla dejado caer antes para hacer ver que era de plata. El montañés siguió su camino, y el coche arrancó para el lado opuesto; no bien le vió don Celedonio ponerse en movimiento, volvió atrás y dijo a la mendiga:

—¿Qué moneda te di yo, chupabolsillos?

—Medio duro, señorito; que Dios se lo pagará a usted en la gloria—contestó ésta presentándole la moneda, que brillaba en su sucia mano como una estrella en una sombría noche.

—Pues me equivoqué, hija mía, y por darte dos cuartos te di diez reales—dijo el Creso recogiendo su medio duro y dando a la pobre una moneda de dos cuartos.

—¡Vaya con el señor, más soplado que un pellejo de vino!—respondió la chiquilla mayor de la pobre mujer—. *Pos al que da y quita, se lo lleva la perra maldita.*

XIV

Corría un temporal horrible. El cielo, vomitando torrentes de lluvia, y el mar, abandonado a toda su terrorífica sublimidad, parecían obrar de acuerdo para anonadar un bergantín que, después de pasado el trópico y entre los 23 y 24 grados de latitud Norte, dejaba ver a la rojiza luz de los relámpagos escrito en su popa el nombre de *Chanito.* Arrojado del uno al otro lado como una pelota, parecía unas veces ir a rasgar con sus afilados topes las nubes, que, cual negras y cuajadas masas, habían hecho desaparecer el día, y otras que, absorbido por las inmensas esclusas que entre ola y ola se abrían, iba a encallar en el fondo del mar, de ese desconocido abismo a que baja el hombre, en alas de su codicia, buscando riquezas que, como en la tierra, sólo halla junto a miserias. Junto a una rica perla que se esconde en su concha suele encontrar el podrido esqueleto de un náufrago, que se envuelve en su mortaja de fango. Se había mandado picar el palo mayor y el del trinquete; pero los horribles golpes de mar que embarcaban por la proa y barriendo la cubierta venían a salir por el coronamiento, impedían a los marineros llegar a las jarcias y ejecutar la maniobra.

El buque estaba perdido, desamparado, en aquella horrible soledad que lo encerraba en muros de agua como en una cárcel; el cielo y el mar, el rayo y el trueno, parecían decirle con su voz terrible y formidable: *¡Perece!* La fe y la oración, la religión y la esperanza, le gritaban con la suya consoladora y cristiana: *¡Confía!* Porque el buque, como si comprendiese toda la extensión de su desamparo, de esa terrible palabra que cae como la losa de un sepulcro sobre las esperanzas de

la tierra, y que lo mismo hace temblar al grande que al pequeño, al alto que al bajo, oraba. Oraba con las bocas de bronce de sus cañones, que, broncos y tétricos, pedían socorro, no a los hombres, de quienes nada podía esperar, sino a Dios, de quien lo podía esperar todo; oraba con los corazones de los marineros, que, agarrados con todas sus fuerzas adonde podían, para no ser arrebatados por las olas, se encomendaban a Nuestra Señora del Carmen, santa Patrona de los navegantes. ¡Tan cierto es que el peligro hace comprender a los hombres su debilidad, les anonada en su pequeñez, y haciéndoles doblar ambas rodillas sobre su orgullosa jactancia, les obliga a pedir misericordia al Dios que señaló como límite a ese mar, terrorífica imagen de lo infinito, un grano de arena!...

Pero aún más desamparado que el mismo barco, que, ora tendido sobre el costado como vencido y jadeante, ora elevándose altivo hasta la muerte a una formidable altura, esperaba por instantes ser sepultado por una ola más poderosa que las anteriores, agonizaba Antonio Ardera en un camarote del *Chanito*. Tendido en su lecho, pálida la frente, descompuesto el semblante y quebrados los ojos, agitaba débilmente las manos, enroscando una manta que cubría su hamaca. Con las ansias de la muerte, sólo oía el desgraciado el horrible mugir del viento que silbaba entre las cuerdas y jarcias, y el espantoso estruendo de las olas que reventaban sobre los costados del buque, cubriéndolo de blanca espuma. ¡Nada endulzaba aquella triste muerte: ni un sacerdote que con los consuelos de la religión hiciese descender un destello de la luz del cielo sobre el lecho de aquel cristiano moribundo, ni una madre que le cerrase los ojos y le acostase en la tumba! Sólo *Garabito*, el fiel perro del pobre niño, iba y venía de un

lado a otro del estrecho camarote, dirigiéndose, ya hacia la puerta, que permancía cerrada, ya hacia el lecho en que agonizaba su dueño; apoyábase con sus patas delanteras en el borde de la hamaca, y fijando sus inteligentes ojos en el rostro del desgraciado Antonio, gruñía triste y cariñosamente, meneando la cola, como si preguntase en qué podía serle útil.

—¡Madre mía de la Merced, sálvame!—decía Antonio con la lengua borrosa de un agonizante, y la convulsa ansia del que ve próximo un peligro inevitable—. ¡Sálvame! ¡No por mí, que nada merezco, sino por mi pobrecita madre, que ya no veré más!... ¡Madre!... ¡Madre!... ¡Dios te ampare!...

Nadie le respondía. *Garabito* arañaba la puerta del camarote como si quisiera pedir socorro; por encima de sus cabezas seguía rugiendo la tempestad, y oíase correr de un punto a otro del puente. De nuevo agitábase Antonio, murmurando:

—¡Jesús, Dios mío! ¿Voy a morir solo?... ¿No hay quien me favorezca?... ¡Agua!... ¡Un poco de agua por el amor de Dios!... ¡Virgen Santísima, agua!...

Pero sus débiles gritos no eran oídos de nadie, y ni aun alcanzaban a salir del camarote. Quiso ver si le era posible coger una botella que allí cerca había, y el ligero movimiento que para ello hizo, le produjo un vahído, en que creyó llegado su último instante. Dos horas permaneció tendido boca arriba, mecido por los violentos balances del buque; aquellos hermosos cabellos rubios que fueron las delicias de su madre, caíanle ahora desaliñadamente, y servían como de marco a unos ojos horriblemente fijos, a unas mejillas lívidas y a unos labios negros y ligeramente entreabiertos. Al cabo de algún tiempo dió un gran suspiro, y mientras gota tras gota surcaban sus huecas mejillas

unas lágrimas amargas como el acíbar, porque nadie se cuidaba de enjugarlas, murmuró:

—¡Pobrecita madre!... ¿Qué será de ti?...

Luego se agitó bruscamente; despidió la manta de la cama, y llevándose una mano al pecho, apretó con fuerza el escapulario de la Merced, que al cuello llevaba pendiente. Como si comprendiese *Garabito* que su joven dueño entraba en la agonía, acudió presuroso al lecho, y apoyando ambas patas delanteras en el borde, puso su hocico sobre el pecho del niño. Antonio rodeó con el brazo que le quedaba libre el cuello de su fiel compañero, y volviendo hacia él sus ojos, ya en blanco y velados por las sombras de la muerte, murmuró en el delirio de la calentura y con una voz tan baja que sólo *Garabito* pudo oírla, y tan ininteligibles, que sólo Dios pudo descifrarlas, estas palabras que al dormirse en brazos de su madre tantas veces había repetido:

—*Santa y buena noche nos dé Dios... y parte en su santo reino...*

Garabito notó bajo su hocico que el corazón de su amo latía con rapidez, como si ansiase terminar las pulsaciones que le quedaban; al concluir su última palabra, lo sintió pararse. El noble animal lanzó un triste aullido y no se movió.

A eso de las cuatro de la tarde el tiempo empezó a abonanzar, y fuertes rachas que hacían escorar al bergantín sobre el costado de babor, empujaban las nubes delante de sí, como prisioneras que arrastrasen después de vencidas en el combate. Entonces pensaron los pasajeros y tripulantes del *Chanito* en tomar algún alimento, porque hacía más de veinticuatro horas que sólo se ocupaban en luchar con el temporal, oponiendo la maña a la fuerza. En el camarote número 13

encontraron a Antonio muerto; con el brazo izquierdo rodeaba el cuello de su fiel *Garabito,* que, de pie junto a la cama, y con las patas delanteras apoyadas en el borde, no se había movido, y, no os riáis, ¡lloraba! La mano derecha del cadáver descansaba sobre su pecho, blanco como el marfil, y estrujaba con fuerza el escapulario de la Virgen de la Merced, que al cuello llevaba pendiente. Se dió aviso al capitán, y aquel hombre, que sin alterarse acababa de vencer la furia de los elementos, salvando su débil barco, se sintió conmovido ante aquel horrible cuadro de muerte y de abandono, de fidelidad y de ternura; así fué que, descubriendo su altiva cabeza y siendo imitado por cuantos le rodeaban, hincó la rodilla en tierra, y al mismo tiempo que daba gracias a Dios por haberles salvado del naufragio, le encomendaba el alma de aquel pobre niño, que sólo había tenido para endulzar su agonía los consuelos de un pobre perro. Pero, ¿quién, ¡Dios mío!, no se conmueve ante el espectáculo de la muerte? ¿Quién no reconoce su pequeñez ante esa gran catástrofe del mundo, que iguala al rey con el mendigo? ¿Quién, si es cristiano, no se prosterna y ora? ¿Quién, si es escéptico, no se aterra y huye?

Resonó en este instante un grito que siempre es escuchado con placer en la inmensidad del océano, y que en la monótona vida que se sigue a bordo es todo un acontecimiento. El vigía de tope había gritado:

—¡Vela a barlovento!

Todos corrieron sobre cubierta, abandonando de nuevo a la guardia de su pobre perro, que aún no había variado de posición, el frío cadáver de Antonio.

El capitán subió al punto más elevado de la toldilla, y desde allí pudo examinar a su placer el buque anunciado: era la fragata *María,* que, procedente de la

Habana, había corrido tambien el temporal, y presentaba grandes destrozos en su casco y aparejo, viniendo, además, desarbolada del bauprés y del trinquete. La fragata *María* y el bergantín *Chanito,* se aproximaron, izados sus pabellones y medio recogidas las velas, y estando de través y a corta distancia, fachearon y entablaron, por medio de la bocina, el siguiente diálogo:

—¿De qué puerto?—preguntó el *Chanito.*

—De la Habana—contestó la *María*—. ¿Y vosotros?

—De Cádiz. ¿Dónde os cogió el temporal?

—Como a cuarenta millas al suroeste de la isla de San Cristóbal. ¿Y a vosotros?

—Entre los 23 y 24 grados de latitud Norte.

—¿Podéis darnos una brújula?—preguntó la *María.*

—Venid por ella—contestó el *Chanito.*

Los de la fragta botaron una chalupa, y bajaron a ella el capitán, cinco o seis marineros, tres o cuatro pasajeros, a quienes impelía la curiosidad, y entre los que se encontraba don Celedonio. Supo allí el finchado montañés, que conduciendo sus dorados penates volvía a la tierra natal, la muerte de Antonio, y vió su cadáver como después dijo a doña Ursula.

Enterado el capitán de que don Celedonio pensaba establecerse en Jerez, le suplicó llevase a la pobre madre la noticia de la muerte de su hijo, y le entregó su fe de muerto; también le entregó un reloj de oro y algunas alhajas de poco valor que habían pertenecido al pobre niño.

Ya hemos visto con cuánta diplomacia desempeñó su triste misión; en cuanto a los objetos entregados, no sabemos qué haría de ellos.

Recibida la brújula, y después de haberse contado mutuamente los pormenores de la tempestad y los da-

ños que habían sufrido, volvieron los de la fragata a bordo, y desde allí gritaron con la bocina:

—¡Buen viaje!

—¡Adiós!—contestó el *Chanito.*

Los dos orientaron sus aparejos, y se separaron. Los unos iban a la vieja Europa; los otros a la joven América. ¡Todos con rumbo a la muerte!

El siguiente día amaneció magnífico, como si la Naturaleza, avergonzada de haberse entregado a sus furores, quisiese, revistiéndose de todas sus galas, hacer olvidar aquella terrible impresión. Precedido de sus rayos, como de heraldos vestidos de oro, salió el globo del sol de entre las olas, mientras la luna, pálida ante él, íbase a alumbrar el otro hemisferio. El espacio, de un brillante azul, parecía una inmensa bóveda de cristal cuajado, y en el mar, que reflejaba su mismo color, sólo interrumpía su tersura alguna ola que, más altanera que sus compañeras, se elevaba por encima de ellas, o algún pez que, como deseoso de contemplar aquel espectáculo, asomaba curiosamente la cabeza. "¡Lo infinito en el cielo y en el mar!", dice Chateaubriand. Jamás turba tanto la grandeza de Dios como cuando se tiene la inmensidad sobre la cabeza y la inmensidad bajo los pies.

Todos los que navegaban a bordo del *Chanito* hallábanse a esta hora reunidos alrededor del cadáver de Antonio, que, liado en el lienzo de su hamaca, y teniendo atada a los pies una piedra de la estiva, estaba tendido sobre cubierta. Los marineros, con sus sencillos y limpios uniformes, y teniendo en la mano sus sombreros embreados, formaban un semicírculo alrededor del cadáver; los pasajeros se hallaban detrás; *Garabito,* junto a su dueño, paseaba por todos sus ojos, vivos como dos centellas, como si preguntase qué significaba

aquello. A falta de capellán, un pasajero que lo sabía entonó el *Oficio de Difuntos,* y aquellas toscas gentes repitieron sin comprenderlas, estas solemnes palabras: *Requiem aeternam, dona eis Domine: et lux perpetua luceat eis.*

Pero si ellos no comprendían lo que sus labios pronunciaban, Dios les entendía a ellos, y aquella humillación de lo pequeño a la vista de lo infinito; aquel tributo de caridad que los hermanos vivos ofrecían a un su hermano muerto, le fué grato y les fué oído. Aquellos tristes y solemnes acentos parecían pedir a los monstruos de la mar que respetasen el cadáver que iba a buscar su tumba entre ellos.

Dos marineros cogieron el cuerpo de Antonio, y, en medio del mayor silencio, se le vió cruzar el espacio y sepultarse en el mar. *Garabito* lanzó un ladrido lastimero, y se arrojó tras él: una misma ola los sepultó a entrambos.

Al mismo tiempo los dos cañones del *Chanito* dijeron con sus bocas de bronce: *descansa en paz.*

XV

Muchos días pasó doña Ursula, después de la muerte de Antonio, acostada, en su lecho, sin que sus ojos derramasen una sola lágrima, y sin que sus labios profiriesen la menor queja; pálida, yerta, con los ojos desencajados y siempre fijos en el suelo, miraba sin ver, y sufría sin pensar. Pasaban y repasaban en su imaginación, como otras tantas sombras chinescas, aquellos ya tan lejanos días de ventura, en que con su hijo en los brazos, y teniendo junto a sí a Misita, asustábase ella misma de tanta felicidad y no había desgracia

que estérilmente compadeciese; que tal es la deuda que el cristiano que es feliz contrae con aquellos sus hermanos, que son desgraciados.

¡Cuán pronto debían de tornarse en días de pesares que vendrían a dar a su corazón la terrible experiencia de la desgracia, porque es ésta maestra dura y cruel, que, como los antiguos dómines, dice al que aprende en sus libros empapados en lágrimas: "La letra entra con llanto, que es la sangre que de las heridas del alma brota"!

Poco a poco, la santa virtud de someterse a los decretos de la divina Providencia, y los oportunos consuelos de su confesor, dieron al destrozado pecho de doña Ursula una resignada y triste calma.

—Enjugue usted esas lágrimas, señora, que ya ofenden a Dios—solía decirle éste—. Si cuando Su Divina Majestad nos manda goces le abrimos de par en par las puertas, ¿por qué hemos de cerrárselas cuando nos manda dolores?... Basta de extremos, que no sólo con los labios hemos de decirle: *¡Hágase tu santísima voluntad!* ¡Dichosa usted que tiene en la tierra una hija que la acompañe, y en el cielo un hijo que la aguarde!

Y desde entonces doña Ursula dejó de exclamar desesperadamente: "¡Hijo mío, ya no te veré más!", para decir, mirando al cielo, triste, pero resignada, con el corazón desgarrado, pero sintiendo vivir en él la esperanza: "¡Allá voy, hijo mío; allá voy!"

Y la pobre madre esperaba.

¡Qué grande, qué magnífica, qué sublime es la religión católica, que por medio de la fe infunde estos consuelos!...

Pero otra nueva desgracia se cernía en el horizonte de aquella pobre mujer, siempre turbado por negros nubarrones. Su corto caudal, abandonado del todo, ha-

bía desaparecido casi completamente, y sólo le restaba la casita en que vivía; muy pronto debía efectuar un pago bastante considerable, y se hallaba sin recursos de ningún género. En este apuro acudió a don Celedonio Prosopopeya y Bellotas.

Había el finchado montañés seguido visitando la casa de doña Ursula, no porque se tomase el menor interés por la pobre madre, pues aquel corazón egoísta era de los que, al decir de Bacón, por cocer un huevo entregarían a las llamas la casa del vecino.

Pero al ver primeramente a Misita y al tratar luego su bello carácter, había sentido, no amor, que este santo varón no tuvo nunca las menores relaciones con Cupido, sino un ferviente deseo de ver halagada su vanidad enlazándose con aquella familia, que por su antigüedad y su nobleza le haría partícipe de ciertas preocupaciones que, en su solapado carácter, aparentaba despreciar el orgulloso nabab (que es vicio de ruines arrojar su asquerosa baba sobre aquello que no alcanzan), pero que en el fondo de su corazón rabiosamente envidiaba.

Así fué que cuando doña Ursula, después de mil preámbulos y rodeos, y con el rubor natural en quien nunca tuvo que humillarse a nadie, le pidió prestada la cantidad necesaria, halló el Creso una base grosera y positiva, como su propia persona, donde asentar sus pretensiones. Otorgóle el dinero pedido; pero, venciendo siempre el interés del ricacho, sólo consintió en ello después de hipotecada, con pacto de retro, la casita en que vivía, que era el último resto de su fortuna. Hízole después los más groseros y chabacanos ofrecimientos, y con un aire de superioridad digno de sus talegas, abordó el asunto en estos términos:

—Señora—le dijo con todo el significado de su pri-

mer apellido—, celebro mucho poder prestarle esos cuartejos que necesita, y voy a decirle ahora lo que nunca habrá soñado. Sabe usted que soy hombre de peso, y que tengo muy buenos caudales... Si digo que diez milloncitos, no marro por lo alto...

—Mucho me alegro que así sea—le contestó doña Ursula sin saber por dónde iba a resollar el Creso—, porque el uso que se hace del dinero es el que le da su valor, y no dudo que, empleándolo usted para el bien, sabrá disfrutarlo mejor que nadie.

—¡Toma, toma, que sabré disfrutarlo! No me chupo yo el dedo en esto de darse buena vida—replicó don Celedonio dándose dos palmaditas en su abultado abdomen y tomando en un sentido material y grosero la elevada contestación de doña Ursula—. Pues sí, señora—continuó pasando de su primer apellido al segundo—; tengo muy buenos caudales, y no crea usted que me han caído del cielo como los mayorazgos a esos señoritos que quieren deslumbrarnos con sus pergaminos y lo miran a uno por encima del hombro porque tienen sangre azul. ¡Por *viche* del Dios Baco! ¡Pues no podían cargar dos mil demonios de a caballo con todo ese *jato* de perdidos!... Vea usted tanto orgullo porque allá su abuelo mató un moro, y luego para uno que tiene un real, hay diez mil que piden prestado para comer, cuando no andan oliendo dónde guisan. No, señora; yo he ganado mis caudales a fuerza de trabajo y sudando la gota gorda. ¿Está usted?

—Eso le honra a usted mucho—le contestó doña Ursula—, porque el mejor blasón de que puede jactarse un hombre honrado es de su trabajo.

—Señora, usted me *aplasta*—contestó el millonario con una fingida modestia—. Pero como no soy egoísta, quiero buscar una mujer que me ayude a gastar mis

caudales, y esa una ha de ser la flor de la borricada. Yo tengo muy buenos pesos duros, y Celedonio Prosopopeya y Bellotas se ha de comer el cogollo de la lechuga.

—¡Ya lo creo!—replicó doña Ursula creyendo que el Creso hablaba de broma—; podrá usted escoger novias lo mismo que quien escoge melones.

—Con una me contento, que no estamos aquí en tierra de moros para gastar *politécnica* (don Celedonio quería decir *poligamia*). Pero ha de ser lo mejor de lo bueno, y la quiero que sea un *túmulo* de perfecciones... En fin, señora: a mí me gusta al pan, pan, y al vino, vino, y las cosas claras y el chocolate espeso. Yo quiero casarme con su muchacha de usted, Misita, que bien vale el milloncito en que he de dotarla.

Doña Ursula no había inventado la pólvora, y aunque poseía un mediano criterio, era de esas personas tan sanas de corazón, que por razón de su bondad misma creen a todo el mundo tan bueno como ellos; así, pues, al oír hablar al nabab, creyó que se le presentaba a su hija una suerte loca, puesto que nunca se había ocupado de observar a don Celedonio física ni moralmente, y hacerse cargo de sus cualidades. Sorprendida, sin embargo, por lo inesperado y repentino de la proposición, no supo qué contestarle.

—¿Y qué me dice usted?—le preguntó el Creso.

—¿Qué quiere usted que le diga?... Yo seré muy gustosa en que esa boda se realice; pero, como usted puede figurarse, sin consultar la voluntad de mi hija, no puedo decirle más que esto...: usted, si bien ya no es niño, es todavía hombre mozo, y aunque....

—¡Pues!... Aunque yo no sea bonito, el hombre y el oso, mientras más feo, más hermoso, y mis talegas me hermosean, y me verá la pequeña redondo y sano como

un perrito. Yo no me pongo *potingues* en el pañuelo, ni me rizo el pelo porque no lo tengo—añadió quitándose y volviéndose a poner la peluca, y dejando ver una cabeza más pelada que un nabo, y en la que brillaba a la manera que un oasis en un dilatado desierto, media docena de pelitos colocados en la coronilla—. Pero yo me digo que el hombre ha de oler a tabaco y ha de tener partidas de mulo, y *asín*, ande yo caliente y ríase la gente; ¿qué peso duro he de embolsarme para andar tieso y estirado como cuerda de *vibulín?*...

—Yo le hablaré a Misita—dijo doña Ursula, a quien mortificaba aquella grosera charla—, y veremos qué es lo que dice.

—¡Vayan cinco duriños contra una peseta a que dice que sí!... ¡Ah, ah! El dinero es muy bonito, y novios como yo no se encuentran al revolver de la esquina. Conque ea, mamá suegra, ¡hasta más ver! Esa cara está más triste que un *De profundis*, y menester es ponerla como la Pascua. ¡Qué *dimoñu!* Si el chiquillo se murió, angelitos al cielo y allá nos aguarde por muchos años. Y por los cuartejos no haya *cudiado,* que cuando nos casemos estará usted como la propia rosa, y la meteremos entre cristales para que no la dé el aire.

—¡Ay, señor! Yo no tengo ya nada que esperar en este mundo—contestó doña Ursula enjugándose las lágrimas que brotaron de sus ojos al recuerdo evocado por el inoportuno montañés—. ¡Hijo mío, pobrecito: esta pena la tengo siempre viva en el corazón, y me está labrando la sepultura!

—¡Señora, señora; ya descargó el nublado! ¡Por *viche* del chápiro verde, que es usted como el pilón del cortijo, que conforme se toca el tapón, corre el agua!

—Nunca se olvida a un hijo, don Celedonio.

—¿Ni para atrapar a un yerno rico?

—Para nada, señor, para nada.

—¿Y ni el día de la boda lo olvidará usted?

—Sólo hay una cosa que me lo hará olvidar—contestó doña Ursula sonriendo tristemente.

—¿Y cuál es ella?... ¿El premio gordo de la lotería?

—No, señor; las espuertas de tierra que echarán sobre mi sepultura.

—¡Virgen de Covadonga—exclamó don Celedonio tomando el sombrero y echando a correr—, y qué fúnebre está usted hoy!

XVI

No bien salió don Celedonio, se dirigió doña Ursula, suspirando, al cuarto de Misita, y la encontró sentada delante de un veladorcito, escribiendo un papel, que, al entrar su madre, ocultó precipitadamente, poniéndose colorada.

—¿Qué escribías?—le preguntó doña Ursula sorprendida por su turbación.

—Nada... Digo, sí...., escribía..., copiaba unos versos de Zorrilla para ejercitar la letra.

—¿Y dónde están los versos?... Yo no veo ahí más que el *Año cristiano*.

Misita, que no sabía mentir, bajó confundida la cabeza, sin decir palabra.

Doña Ursula cogió el papel, que estaba escondido bajo el libro, y leyó en voz baja:

"Mi querido Pedro: Mucha pena me ha causado tu última carta, porque veo que no tienes paciencia para aguardar, y aguardar es, como leí no recuerdo dónde,

el consejo que nos da la constancia para llegar al logro (1). Cuando yo tenga ocasión hablaré a mi madre, y como, además de ser muy buena y quererme mucho, no tiene motivos para oponerse a nuestras relaciones, nos dará su beneplácito, y sin necesidad de misterios podrás venir diariamente a mi casa....."

Aquí había interrumpido la carta la llegada de doña Ursula.

Misita no levantaba la vista del suelo, y dos lágrimas temblaban en la punta de sus largas pestañas.

Miróla su madre tiernamente antes de decirla una palabra, y luego dijo de una manera cariñosa aunque con un tanto de reproche:

—No creía yo que tenías tan poca confianza en tu madre.

Misita no contestó, y se echó a llorar.

—¿Pero me querrás decir a qué viene ese llanto? —preguntó su madre con dulzura—. Si yo no te riño, hija mía; sólo quiero que me digas quién es ese Pedro, y dónde y cómo le has conocido.

Misita levantó su cara, que, inundada de lágrimas, parecía una rosa cubierta de rocío, y refirió à su madre la inocente historia de sus amores con Pedro. Luego volvió otra vez a echarse a llorar.

—Pero, hija mía, yo no veo que haya en eso motivo para llanto—le dijo su madre cogiéndole las manos, y atrayéndola hacia sí—; límpiate esas lagrimitas y medita muy bien lo que voy a decirte....: que Pedro te quiera a ti y tú quieras a Pedro, lo encuentro yo muy natural; pero si, como me parece, es éste un noviazgo que no tiene formalidad, y que por un *quítame allá*

---

(1) *Un verano en Bornos;* novela de costumbres, por Fernán Caballero.

esas pajas concluirá el mejor día del año, no hay que pensar en ello. Considera, hija mía, que ya vas a cumplir veinte años, y que no estás en edad ni en posición de perder tiempo, porque, como sabes muy bien, los últimos restos de nuestra fortuna van desapareciendo, y no sé qué va a ser de nosotras. Además se te acaba de presentar un partido ventajosísimo, que podría remediar las nuevas desgracias que nos amenazan, y que si no es tan brillante como el marqués, es mucho más seguro y más positivo.

—¿Y quién es ese partido?—preguntó Misita cediendo a la curiosidad, tan natural en su sexo.

—Un hombre muy rico que te quiere, y que, si bien ya no es niño, tampoco es viejo; y aunque no es buen mozo, no por eso puede decirse que asusta.

—Pero, ¿quién es?...

—Uno a quien tú conoces mucho—contestó doña Ursula, que, sin saber por qué, no se atrevía a decir el nombre del ponderado pretendiente—: don Celedonio Prosopopeya.

—¡Ay, Jesús!—exclamó Misita sin poder contener un gesto de repulsión.

—¡Qué! ¿No te parece bien?...

—¡Ay, mamá, si parece un sapo!

—¡Qué sapo, ni qué sapo!... Don Celedonio no puede decirse que es un hombre feo; y además, hija mía, es nuestra única tabla de salvación. Porque aun suponiendo que Pedro se case contigo, no podrá hacerlo hasta sabe Dios cuándo; y mientras tanto, ¿qué va a ser de nosotras?... Pues, como te puedes hacer cargo, de donde se saca y no se mete, muy pronto se ve el fondo.

—Pero, mamá, si yo quiero a otro y a él no le puedo resistir...

—No me seas tonta, hija; el trato engendrará el cariño. Medítalo bien y sin ofuscarte, y no quieras darme esta pesadumbre, que bastantes tengo ya sufridas —dijo doña Ursula besando a Misita en la frente y saliendo de la habitación.

Pasaron dos días, en los que Misita no hizo más que llorar por los rincones. Al tercero le dijo doña Ursula después de concluído el almuerzo:

—¿Conque qué has pensado sobre lo que te dije?

—Qué haré lo que usted me mande—contestó Misita poniéndose colorada como una amapola, y llenándosele los ojos de lágrimas.

—No harás lo que yo te mande, porque no soy yo, sino tú, la que va a casarse—dijo doña Ursula con alguna impaciencia—. Harás lo que tú quieras, y sin que yo te violente en lo más mínimo.

—¿No dice usted que nuestra única salvación es don Celedonio?—dijo Misita llorando a lágrima viva—. Pues me casaré, y así nos salvaremos de la miseria que, según usted, nos espera.

—No, hija de mi alma, que prefiero yo pedir para ti un pedazo de pan de puerta en puerta antes que verte desgraciada por mi causa. Mi hijo—¡pobrecito de mi corazón! ¡Dios lo tenga en su gloria!—también se embarcó para mejorar mi suerte, y me quedé sin él—exclamó llorando la pobre madre—. ¿Y crees tú que había yo de permitir que te sacrificases por mi causa casándote con un hombre que no es aquel a quien tú quieres?

—Pero, mamá—dijo Misita procurando ahogar sus sollozos con el pañuelo—, yo procuraré olvidarle...

—Nada, nada, no se hable más de la cuestión; se le dirá a don Celedonio que tienes un compromiso ante-

rior, y sea lo que Dios quiera—dijo doña Ursula saliendo del comedor y enjugándose las lágrimas.

Aquella misma noche rezaba doña Ursula el Rosario, intercalando entre las Avemarías y Padrenuestros sendas cabezadas que el sueño la hacía dar; Misita arreglaba unos dibujos de tapicería. De repente sonó fuertemente la campanilla; doña Ursula que se había dormido entre *Regina Angelorum* y *Regina Patriarcharum,* saltó despavorida al *Agnus Dei,* desairando a profetas, mártires y *sanctorum omnium.* Misita atravesó corriendo la habitación, y murmurando con espanto—¡Don Celedonio!—desapareció antes que doña Ursula se diese cuenta de lo que sucedía. A poco entró éste.

—Dios guarde a usted, señora—dijo tomando posesión de una silla, que, abrumada con su peso, suspiró por sus cuatro patas—. ¿Qué hay de nuevo?

—Lo que usted nos traiga—le contestó doña Ursula.

—A la verdad que no será *asín;* que usted ha de decirme algo bueno, y será un *sí* más bonito que las pesetas y más dulce que la arropía.

—Pues siento decir a usted todo lo contrario—dijo doña Ursula un poco cortada.

—¿Que no?—exclamó don Celedonio abriendo unos ojos redondos como los de una liebre.

—Yo no he podido hacer más por convencerla, pero me ha sido imposible....

—¿Y lo dice usted de verdad?... ¿Rehusado yo, don Celedonio Prosopopeya y Bellotas? ¡Rehusado yo, diez millones de reales!....

—¿Y qué quiere usted que le haga?

—¿Y por qué? ¿Y por qué?

Porque tiene un compromiso anterior con el marqués de Valmes, y....

—¡Ah, ah; ya pareció aquello! ¡Ya asomó la mano el gatito!... ¿Y por qué no le pidió usted el dinero a ese marqués del hambre, y vino a pedírmelo a mí?...

—¡Jesús, señor!—exclamó doña Ursula, que sintió subir a su rostro las llamaradas de la vergüenza ante aquel insultante lenguaje—. Cuando yo le pedí a usted ese dinero, ignoraba el compromiso que mi hija había contraído, y además....

—¡A otro can con ese hueso, que no soy yo rana para dejarme engañar!... ¿Cuándo habrá pensado la casquivana de su hija de usted encontrar un hombre como yo? ¡Un hombre con diez millones! ¡Vaya, vaya, diga usted a la mojigata de su niña que!...

—¡Qué se entiende!— exclamó doña Ursula colérica al oír hablar con tan poco respeto de su hija—. ¿Se ha pensado usted que porque me ha prestado dinero, lo mismo que hubiera hecho el primer judío a quien se lo hubiera pedido, tiene derecho para venir a insultarme? Exija usted su dinero, y váyase mucho enhoramala.

—¡Es que lo exigiré!

—Cuando usted quiera, con tal que no vuelva a poner los pies en mi casa.

—¡En su casa!... ¿Y quién se la ha dado a usted? Veremos quién tira de ella cuando no pueda usted pagarme el dinero que me ha sacado.

—¡Insolente! ¡Venir a insultar a una señora!...

—¡Una señora! ¡Digo, digo! ¡Una señora que tiene pergaminos en el arca y la barriga *vacida*! ¡Pues ahí es un grano de anís con el señorío!...

Doña Ursula se levantó, y con toda la amargura propia de la pobreza noble y digna que se ve impunemente aplastada por el macizo pie de una grosera opu-

lencia, salió de la habitación, dirigiéndose a su alcoba, donde sufrió un fuerte ataque de nervios.

Cuatro meses después se casaba don Celedonio con la hija de otro montañés, compañero y compinche suyo, fundador y sacerdote de un templo de Baco. Pero este moderno Demodoco no había consagrado su Cimodocea al culto del divino Homero, sino al del becerro de oro, en cuyas aras había él sacrificado su vida y su alma, diciendo con un espantoso cinismo que dejaba en pañales al del mismo Diógenes:

—¡Ancha Castilla, *que la poca vergüenza es un capital!* (1).

Jamás se han encontrado dos medias naranjas más iguales, ni que más congeniasen. Cuando sentados a su mesa devoraban marido y mujer como dos Heliogábalos, solía decir don Celedonio:

—¡Qué ricos que *semos,* qué gordos que estamos, y qué bien que comemos!

—¡Y qué envidia *mos* tienen!—añadía la mujer, arreglando los ampulosos pliegues de su traje de seda.

Don Celedonio, cada vez más enamorado de su mujer, la hizo retratar al óleo con un magnífico aderezo de brillantes que le había regalado. A todos cuantos en la casa entraban enseñábales el retrato, diciendo:

—Venga usted a ver a mi Teresa, que está hablando en aquella pared. Usted ha de notar que los brillantes no brillan, motivado a que todo es pintura. Pero ¡qué cuadro! Media talega me ha costado, y bien lo vale, que es pintura de la fina, y no se conoce por dónde ha entrado ni salido el pincel.

---

(1) Este notable y verdadero dicho es de un ilustre y sabio paisano nuestro, ya difunto.

Aunque su Teresa entendía tanto de música como él de delicadeza, se empeñó en comprarle un piano.

—Tráigame usted un piano de lo más caro—decía a un comisionista a quien se lo había encargado.

—¿Quiere usted uno de Pleyel, de cola?—le dijo éste—. Uno así he traído para el conde D***.

—¿Y cuántas colas tiene el del conde?

—¡Una!—exclamó asombrado el comisionista.

—Pues que el mío tenga por lo menos tres.

Compró también una magnífica carretela. El día que la estrenaron abrióles el lacayo ambas portezuelas; la elegante Teresa entró por la una y se salió por la otra; al encontrarse de nuevo en la calle, exclamó:

—¡Ay! ¡Yo creí que esto tenía alcoba!

A poco llegó don Celedonio y vió que sólo faltaba a su flamante coche un escudo de armas. ¿Dónde hallarlo? La mujer quería hacerlo traer de donde *se crían los ingleses*. Don Celedonio registró todos sus papeles, pero sólo pudo encontrar algunos apuntes de negros vendidos, mientras se dedicó a este infame tráfico. No fué tan desgraciado al rebuscar los de su mujer, pues entre las cuentas de la taberna de que tanto tiempo fué dueño el padre de ésta, encontró una vitela en que se hallaban pintadas las armas de un obispo, de quien un tío de Teresa había sido mayordomo. Sobre el escudo se veían la mitra y el báculo del difundo prelado. Don Celedonio, sin meterse en más averiguaciones, las hizo copiar con toda exactitud en la portezuela de su coche.

Las gentes se preguntaban sorprendidas si a don Celedonio lo habían hecho obispo.

XVII

Ya iban a cumplirse ocho meses desde que Misita tenía relaciones con Pedro. Todas las noches acudía éste a casa de doña Ursula, y mientras la buena señora jugaba al ajedrez con su vecino don Basilio, intercalando entre mate y mate un suspiro, y a veces una lágrima, como holocausto dedicado a su difunto hijo, entregábanse ambos amantes a todo su fervoroso entusiasmo. El siempre vehemente y apasionado; ella siempre amante y siempre igual. Un día en que Pedro embromaba a Misita, diciéndole que no sabía querer porque tenía sangre de horchata, la preguntó:

—¿Qué harías tú si yo me fuese para no volver?

—Me moriría—le contestó Misita con la sencillez de la verdad y el aplomo del que dice lo que siente.

Doña Ursula, más enamorada si cabe que su propia hija, solía exclamar para su capote cuando separaba la vista del tablero para fijar una satisfactoria mirada en el dichoso grupo:

—¿Habráse visto la mosquita muerta? ¡Mire usted cómo un buen mozo pudo con ella más que todos mis sermones! ¡Y, bendito sea Dios, que no me hizo caso! ¿Si será que este siglo, en que todo es al revés, saben más las pollitas que las recoberas?

Animaba a veces este tranquilo cuadro, al que sólo prestaban sombra los trajes de luto de ambas mujeres y el pobre corazón de doña Ursula, que por frecuentes lágrimas y suspiros expresaba lo inconsolable de su pena, Mariquita, la nieta de don Basilio, que con una infatigable actividad iba y venía desde la mesa en que jugaba su abuelo a los dos ensimismados amantes. Al primero, con su portentosa charla, le hacía cometer

frecuentes torpezas, de que, como leal contrario, nunca se aprovechaba doña Ursula.

—¿Pero está usted hilando, don Basilio?—le decía—. ¿No ve usted que queda el rey en jaque?

—¿Y qué quiere usted, señora? ¿No ve usted también este aberrojillo que no deja de zumbarme al oído? —contestaba el abuelo, pasando su arrugada mano por los cabellos de la nieta.

Otras veces iba a la cocina en busca de Brígida para que le refiriese cuentos de príncipes y princesas encantadas. Si estaba de buen humor, bastaba que la muchacha abriese los ojos, para chillar con los gritos más descompasados.

—¡Bendita sea tu boca! ¡Vale esta chiquilla más que las *presetas!* ¡Bendita sea tu sal y el cura que te la puso!

Si, por el contrario, estaba de mal talante, aunque la niña emplease las notas más dulces y suplicatorias de su voz, no había cuento, y empezaba a gruñir:

—¡Demonios de niños, que no viniera otro *Jerodes* y cargara con todos ellos! Debieran darles pelotillas como a los perros.

Pero un día al marqués, que había ganado su pleito, le precisaba volver a Madrid. La víspera de la partida llegó éste como de costumbre, y a poco entraron don Basilio y su nieta.

—¿Qué tienes, Misita?—preguntó la niña al verla triste y cabizbaja—. ¿Te ha reñido tu mamá?

—No, hija mía—le contestó Misita besándola, mientras Pedro la sentaba sobre sus rodillas—; me duele la cabeza.

—¡Vaya por Dios! Yo te contaré un cuento muy largo que me ha enseñado la señora directora para que lo

digamos en los exámenes otra niña y yo, y verás como ya no te duele más.

Y, sin esperar respuesta, empezó la niña a recitar muy de prisa, y con este tonillo usado en las escuelas, esta lindísima composición de don Antonio de Trueba, que apenas podía retener su memoria:

LAS FLORES PARA LA VIRGEN

I

¡Jesús, qué niña tan guapa!
¡Jesús, qué niña tan linda!
¿Qué buscas en estos campos?
¿Qué haces aquí tan solita?
—He venido a coger flores.
—¿Para qué las quieres, niña?
—Está malita mi madre
y me han dicho mis vecinas
que al punto se pondrá buena
si cuando toquen a misa
una corona de flores
llevo a la Virgen María.
—¡Bendita sea tu boca!
¡Hermosa, Dios te bendiga!
¿Quieres a la Virgen?
—Mucho.
—¿La rezas?
—Todos los días.
—¿Y qué le pides?
—Le pido...
salud para mi familia.
—Rézale, quiérela mucho,
que además de compasiva
"Es María más hermosa
que el oro y la plata fina".

II

Acércate y dame un beso...
¡Bendito el Señor, que cría
serafines tan hermosos
y la que parió tal hija!
¡Vamos por estos campos
y estas praderas floridas,
que juntos recogeremos
las flores que necesitas!
¡Mira cuántas flores hay,
mira cuántas siemprevivas,
mira cuántas amapolas,
mira cuántas clavellinas!
¡Qué hermosa estará la Virgen
con ellas coronadita!
Verás cómo da a tu madre
la salud y la alegría.
Y verás cuando estas flores
ornen su frente bendita,
cómo no hay chicos ni grandes
que al contemplarla no digan:
"Es María más hermosa
que el oro y la plata fina".

III

—Y ¿por qué gustan las flores
tanto a la Virgen María?
—Porque son hermanas suyas.
—¿Hermanas suyas?
—Sí, niña;
por eso la Virgen, Rosa
de Jericó se apellida;
por eso aromas celestes
a su lado se respiran;
por eso su santo nombre
el corazón regocija,
como las flores que pueblan
los valles y las colinas;

por eso en el mes de mayo
van todos al santo templo
donde se ostenta bendita,
como van a los jardines
donde brotan clavellinas
olorosas, azucenas
y rosas de Alejandría.
Y por eso cantan hombres,
mujeres, niños y niñas:
"Es María más hermosa
que el oro y la plata fina".

IV

—Yo pondré en su santa frente
una corona muy linda;
pero temo que la Virgen
no haga caso de una niña...
—¡Angel de Dios!, tu inocencia
los corazones cautiva.
Las niñas también son flores,
y agradan tanto a María
como las que en los jardines
y en las praderas se críen.
Mas ya tocan las campanas,
ya bajan por las colinas
o suben por la ribera
grandes y chicos a misa.
Vámonos también nosotros,
pues tenemos concluída
la corona que a la Reina
de los Angeles dedicas;
vámonos a ver la Virgen;
pues tenlo entendido, niña:
"Es María más hermosa,
que el oro y la plata fina".

—Conque ya sabes—añadió la niña sin tomar resuello—, si, quieres que no te duela la cabeza, hazle una corona a la Virgen.

—¡Jesús, señor, y qué monísima es esta muchacha! —exclamó doña Ursula, que la escuchaba con la boca abierta—. Ven acá, que te voy a dar treinta besos, y una peseta para que tu abuelo te compre una libra de dulce.

Marchó, por fin, Pedro, después de haber prometido a Misita escribirla todos los días.

Durante algún tiempo no pudo quejarse, porque recibió diariamente una larga carta, y dentro de cada una de ellas un hermoso pensamiento, que la niña iba colocando entre las hojas de su devocionario. Pero pasaron dos días sin que viniese el cartero.

—¡Si le habrá sucedido algo!—pensó Misita. Y todo el día estuvo triste y preocupada.

Llegó, por fin, una carta, que abrió Misita temblando, porque creyó encontrar algo desagradable que hubiese impedido a Pedro escribir en aquellos días. Como ella había dicho a su madre, en la duda y en la incertidumbre, la imaginación es la que corre y el corazón el que se cansa.

Pero no solamente no halló excusa alguna, sino que advirtió con profundo dolor que ya éste no usaba aquel lenguaje tan tierno que antes empleara, y que también faltaba el pensamiento que, como un poético recuerdo, le había enviado hasta entonces.

Calló, no obstante, y ocultando a su madre la variación que en Pedro se había operado, le contestó sin darle la menor queja, porque, después del olvido de ciertos obsequios, que, aunque sean pequeñeces, bastan para hacer feliz el corazón de una mujer, nada hay más humillante para este mismo corazón como reclamar contra ellos.

Pero esta carta no tuvo respuesta; volvió a escribir, y obtuvo el mismo resultado. Entonces la dignidad

mujeril le hizo guardar silencio, y para no dar qué pensar a su madre, aparecía ante ella tranquila y serena, mientras en el silencio de la noche se entregaba a una aflicción que, no por ser callada y oculta, era menos desgarradora.

Por último, dos días después dijo Misita a su madre que había conocido que no amaba a Pedro y que había roto sus relaciones con él.

Doña Ursula, estupefacta, propinó a su hija las más furibundas filípicas sobre las niñas tercas y maniáticas que hacen su santa voluntad sin consultar para nada la de sus padres, y acabó por convencerse de que a su hija le faltaba, cuando menos, un sentido.

—¡Vea usted!—exclamaba la buena señora—. ¡Un hombre tan completo! ¡Vamos! ¡Si esta hija mía es loca o estúpida! Bien dicen que *Dios da pañuelo al que no tiene narices;* tú has estado jugando con la suerte; pero descuida, que ella jugará contigo.

Misita escuchaba este torrente de palabras e improperios que la cólera hacía decir a su pobre madre, con la cabeza baja, y sintiendo en su corazón esa especie de amargo consuelo que se experimenta cuando con una sola palabra podemos hacer que los vituperios de que nos cubren se tornen en adoraciones.

Pero prefirió pasar a los ojos de su madre y a los del mundo como una muchacha sin fundamento, antes que descubrir la fea conducta de aquel a quien amaba tanto. La abnegación enmudeció su lengua; como una madre que llora los yerros de su hijo querido, conocía el mal comportamiento de Pedro, pero no por eso cesaba de amarle.

Poco a poco fué desmejorándose, y la terrible enfermedad que la minaba presentó al fin su desgarrador

aspecto, burlándose de los impotentes recursos de la ciencia.

Pasaba casi todo el día en el mismo sitio en que Pedro acostumbraba a sentarse, recostada en una pequeña butaca, de donde apenas podía moverse. A menudo llamaba a Mariquita y le hacía repetir los versos a la Virgen que en la víspera del día en que se marchó Pedro dijo la niña sentada sobre sus rodillas.

Entonces lloraba y pedía a Dios que la llevase pronto a su seno.

XVIII

Una de las campanas de la parroquia de San Miguel tocaba, no tranquila y argentinamente como cuando dice al cristiano: *Ven, ven, ven,* para atraerle a misa, sino que, lenta y majestuosa, hacía resonar su bronceada lengua, como si dijese al hombre: "Tu hermano agoniza; ven a acompañar a su Padre, que lo es también tuyo, y que va a visitarle." Los vecinos, y muchos que no lo eran, acudían a este llamamiento; algunas personas pudientes mandaban a sus criados, como si en obras de caridad admitiese Dios sustitutos. Los balcones de todas las casas se llenaban de luces; las ricas se iluminaban con magníficos candelabros de plata, cargados de bujías, y las pobres con un humilde veloncito o con un candil de hojalata. A las primeras podía encenderlas la vanidad, que destruye el mérito; a las segundas sólo el sentimiento religioso, que ofrece lo que tiene tal cual es.

Una viejecita se asomó a la ventanilla de una miserable casa, extendió por encima una colcha, blanca como la nieve, puso a un lado un velón de metal con dos piqueras encendidas, y al otro un candil de hoja de

lata. Luego se arrodilló en medio tocándose el pañolón y diciendo entre dientes:

—Santísimo Sacramento,
¿dónde vais tan liberal?
—Voy a visitar un enfermo
que me ha mandado llamar.
Voy a ponerle la mesa
y que coma de mi manjar,
porque tiene el alma cautiva,
y se la voy a rescatar.

Mientras tanto, la puerta de la casa de doña Ursula se hallaba abierta y el patio cubierto de flores.

Misita, sentada en su cama y sostenida por almohadones, espera el santo Viático. En su pálido rostro se notan impresas las huellas de la muerte; su pecho se levanta agitado; su voz se enronquece; sus narices se afilan; sus ojos se hunden, y su lengua borrosa no acierta a desempeñar su oficio.

A los pies de la cama hay, sobre un altarito, un hermoso Crucifijo, ante el cual arden cuatro velas. Doña Ursula, arrodillada ante él, ora fervorosamente, enjugando de cuando en cuando las lágrimas que corren por sus mejillas, pálidas y arrugadas.

¡Cuán amargos son los pensamientos que embargan la mente de Misita! ¡Morir a los veinte años, dejando una madre querida, que caerá irremisiblemente en la miseria! ¡Morir con la firme convicción de que aquel por quien moría recibirá con indiferencia la noticia de su muerte!

¡Cuántas veces, en sus largas noches de insomnio, había Misita deseado morir! ¡Cuántas veces había abierto la ventana de su cuarto y puéstose a contemplar la bóveda de los cielos tachonada de estrellas!

Entonces, olvidando sus dolores para admirar esa obra del Omnipotente, que es sólo una leve prueba de su poder infinito, deseaba con todas veras dormirse en esta contemplación para despertar en la de Dios.

Y ahora que veía abrirse las puertas de la tumba; ahora que veía la muerte tenderle sus fríos brazos, como si Dios cediese a sus deseos, retrocedía aterrada y buscaba con ansia el resto de sus días. Y era porque el *haber muerto* es dulce, pero el *morir*, terrible (1).

El confesor de Misita, hombre de elevada inteligencia y sensible corazón, enterado de aquel amor que aun entonces llenaba su alma como había llenado toda su vida, le hizo condenar al borde del sepulcro los extremos del amor a la criatura, y la religión le dió por su boca conformidad y consuelo.

Cuando doña Ursula entró después que hubo salido el sacerdote, la encontró más tranquila y sosegada que nunca. Si la fuerza del dolor físico la hacía acudir a los ojos una lágrima, se la oía repetir devotamente:

Dulce Jesús de mi vida
que en la cruz estás por mí,
en la hora de mi muerte
apiádate, Señor, de mí.

Doña Ursula, enterada por el confesor, autorizado para ello por Misita, de la verdadera causa de su rompimiento con Pedro, admiraba la abnegación de su hija, y arrodillada ante el Crucifijo pedía perdón por haberla ofendido. De repente se oye a lo lejos el sonido de una campanilla; la pobre madre se levanta tambaleando y dice a su hija con voz apagada:

—Ya está ahí, hija mía.

(1) Fernán Caballero.

—No se apure usted, madre—murmura Misita apretándole la mano cariñosamente—. Me voy con mi hermanito... para que seamos dos a esperarla a usted...

Entretanto había desembocado en la calle el solemne cortejo. Un monaguillo marchaba delante agitando violentamente una campanilla, como si quisiese advertir a los hombres que Aquél, que lo mismo va a la casa del rico que a la del pobre—pues la religión es la única que practica, no la soberbia igualdad que se alza, sino la humilde que se humilla—, se dirigía a visitar a uno de sus hijos; seguían marchando recogidamente dos largas filas de hombres de todas clases, que, descubiertos y silenciosos, llevaban cirios encendidos, o bien faroles. Detrás caminaba un anciano sacerdote con una mano sobre el pecho, y llevando en la otra los Santos Oleos; cerraba el acompañamiento una música que tocaba una triste marcha, y tres coches que de respeto venían.

Al llegar el monaguillo al umbral de la puerta calló la campanilla; los fieles se adelantaron hasta la alcoba de Misita. El sacerdote llegó majestuosamente a la mitad del aposento, por en medio de aquella doble hilera de luces que se inclinaban a su paso; allí, exclamó con esa sublime sencillez de las ceremonias de nuestra religión:

—Hermana, aquí tienes a Nuestro Señor Jesucristo, que viene a visitarte; ¿quieres recibirle?

—Sí quiero—contestó Misita con voz desmayada.

Tres veces de acero tendría el pecho quien no derramase lágrimas ante aquella tan sencilla como sublime escena, digna de los primitivos tiempos de la Iglesia de las Catacumbas.

Aquí un anciano sacerdote que ofrece con mano trémula la Santa Forma a una virgen pura y hermosa,

en cuyas miradas se reflejan ya los goces celestiales, y, con el nombre de Dios en los labios, muere con la mansedumbre de un cordero.

Allí una pobre madre que siente desgarrado el corazón al ver que su hija única vuela a los cielos dejándola sola, anciana y desvalida.

Más lejos, un pueblo que asiste silencioso y conmovido a una ceremonia que le recuerda la inevitable muerte a que todos estamos sujetos.

—*Procedamus in pace*—dijo el sacerdote después de concluída la ceremonia.

Poco a poco el rumor de los pasos y el resplandor de las luces fué apagándose a lo lejos; después, todo quedó en silencio.

—Madre, venga usted a mi lado—murmuró Misita abrazándola—. ¡Ay!—continuó con un débil suspiro de bienestar—. Quisiera estar siempre así.. Dios aquí —dijo poniendo la mano en su pecho—; mi madre aquí—añadió besándola tiernamente.

—¡Ese hombre te ha matado, hija mía; ese pícaro hombre!—gimió doña Ursula sin poderse contener por más tiempo.

—¡Madre, lo último que te pido—exclamó con angustia la niña—, no me lo niegues! ¡Madre, madre, perdónale, que Dios no perdonará al que no perdona!

Un cuarto de hora pasó así; doña Ursula, echada encima de la cama, apretaba contra su pecho la cabeza de su hija, que, con las manos cruzadas y los ojos velados por las sombras de la muerte, murmuraba palabras entrecortadas, entre las que se distinguía el dulcísimo nombre de Jesús. Un sacerdote, arrodillado a los pies de la cama, rezaba las oraciones de los agonizantes.

—¡Misita!... ¡Hija mía!... ¡Mi vida!... ¡Mi alma!...

—dijo ansiosamente doña Ursula, rompiendo aquel silencio frío como el soplo de la muerte, al notar que su hija apenas respiraba—. ¿No me contestas?... ¿Nada me dices?...

La niña torció sus quebrados ojos hacia su madre, y murmuró con una voz dulce y triste como un suspiro:

Vámonos a ver la Virgen;
pues tenlo entendido, niña,
es María más hermosa
que el oro y la plata fina.

Poco a poco, y como el eco de un arpa celestial que a lo lejos pulsase el ángel de la melancolía, se fué apagando su acento, mientras murmuraba:

—*Es María más hermosa... que el oro y la plata fina...*

Aquel dulce y último recuerdo de tiempos felices, a que sólo hacía coro la grave voz del sacerdote que encomendaba a Dios el alma de la inocente niña, desgarraba el alma y despedazaba el corazón.

Doña Ursula la cubría de besos y de lágrimas; de pronto la soltó bruscamente y se dejó caer de rodillas. Misita cayó sobre las almohadas; su alma había volado al cielo, que era su patria.

¡Dios no deja mucho tiempo sus ángeles entre los hombres!

XIX

Son las doce de la noche. La calle de N. aparece alumbrada únicamente por una rojiza claridad que arroja la ventana baja de la casa de doña Ursula, de par en par abierta. Sobre un catafalco rodeado de luces

se halla Misita con las manos cruzadas sobre el pecho, y cubierta con una larga mortaja blanca.

Nada interrumpía el silencio de la noche sino el continuo chisporroteo de las luces, que, agitadas por un suave viento, prestaban a los objetos una extraña movilidad. De repente rompieron aquel silencio, digno compañero de la muerte, los pasos de un hombre que se acercaba por el otro extremo. Sorprendido por el resplandor de la ventana, se aproxima a ella, y da un grito, a que contestó el eco como una acusación, y el estridente chisporroteo de los cirios como una protesta; los cabellos se le erizan; los ojos giran atropelladamente en sus órbitas; quiere huir, pero una fuerza irresistible le clava ante aquella reja.

Aquel hombre era el marqués de Valmes; era Pedro, que, vuelto de Madrid, encontraba por primera vez a Misita, a quien tan cruelmente había engañado. Distraído por los innumerables placeres con que le brindaba aquella alta sociedad, que era la suya, el recuerdo de Misita desapareció de su corazón, como desaparece el perfume de la violeta entre los de otras flores menos suaves y mucho más fuertes. Lo mismo que había empezado concluyó su entusiasmo, y ya hemos visto la manera brusca y poco caballeresca con que cortó sus relaciones, sin que ni un triste recuerdo ni un remordimiento viniesen a decirle que no sólo se asesina a puñaladas. Cómodo privilegio de algunos, cuya elástica conciencia se agranda y achica a medida de su deseo.

Al verla tendida, en su ataúd, blanca como los paños de su mortaja, vínosele involuntariamente a la memoria aquel día en que, preguntando a Misita qué haría si él la olvidase, le había contestado ella con la más candorosa sencillez lo que ahora había cumplido.

—Me moriría—le había dicho, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

Con las crispadas manos agarradas a la reja, contemplaba aquel rostro blanco como el alabastro, y aquellas manos de marfil que sostenían sobre su pecho una azucena, símbolo de su pureza, cuando en su mente, alucinada por el terror, se le figura que alguien se apoya sobre su espalda, y que una voz grave y severa murmura a su oído:

—¡He ahí tu obra! Creíste que se podía jugar sin peligro con un corazón, y dejaste caer la semilla, sin acordarte que la acogía una tierra fértil y fecunda. Si tú no hubieses engañado a esa mujer, tal vez se habría escapado de una muerte temprana, y tú de un remordimiento eterno; porque, a pesar de que ella te ha perdonado, eres responsable de su muerte ante Dios, lo mismo que si le hubieses hundido un puñal en el pecho..

Calló la voz, y Pedro, delirante y fuera de sí, vino al suelo gritando como un loco:

—¡Perdón... perdón!...

—Dios te lo dé, como esa pobre niña se lo pedía—respondió el confesor de Misita, que era el que le había dirigido las anteriores palabras, habiéndole visto en la ventana cuando él salía de fortalecer con su sabios consejos el destrozado corazón de doña Ursula.

El dolor de ésta había aniquilado sus fuerzas físicas y morales; después de este último y cruelísimo golpe, habíase quedado como idiota; ni hablaba ni quería ver a nadie, y pasó cerca de un año encerrada con su dolor en la habitación en que había muerto su hija.

—No te canses, Petra—decía a la viuda de Sandoval cuando ésta se afanaba por sacarla de su casa, con el fin de que su espíritu se distrajese. No he de pasar esa

puerta hasta que me lleven, con mis hijos, entre cuatro y con los pies por delante.

Pero ni aun aquella triste esperanza vió realizarse la infeliz mujer, porque un día vino la justicia en forma de negros pajarracos, se apoderó de la casa y de todo cuanto encerraba, y sin consultar la voluntad de la pobre señora, la puso en la calle. Aquellos hombres los mandaba don Celedonio Prosopopeya y Bellotas; la famosa hipoteca en pacto de retro, producía sus resultados.

Doña Ursula se despidió de Brígida, y salió de aquella casa, en que tan crueles recuerdos dejaba, sin volver la cara atrás para mirarla por última vez; a poco desapareció de la población, sin que se supiese qué camino había tomado.

EPILOGO

I

Pasaron varios años; muchos más de los que se necesitan para blanquear una cabellera, antes negra como las alas del cuervo; muchos más de los que se necesitan para secar un corazón, antes henchido de ilusiones, pero no tantos como son necesarios para borrar del corazón de una madre el recuerdo de sus hijos. A una cabellera la blanquean las penas, o los años; a un corazón lo secan los desengaños, o los vicios. A una madre sólo la hace olvidar la tumba, que es la puerta de la eternidad; de ese día, como dice Massieu, sin ayer ni mañana.

En una hermosa tarde de junio acudía mucha gente a rezar el Jubileo en las monjas de la Madre de Dios. Al entrar en el patio que precede al templo, sentíase un delicioso perfume, causado por el aromático cinturón que lo ciñe, y que parece ofrecer como una gigantesca corona a los pies de la iglesia. Las grietas de las paredes habían dejado escapar matas de reseda, como si quisiesen colgar sus casas en señal de alegría y regocijo, mientras las salamantinas, sentadas detrás como tras de una verde celosía, veían pasar la gente; los suspiros, tan suaves y de tan corta vida como su nom-

bre, desmayábanse al pie de los rosales, y enviábanles a pedir con su perfume un beso de amor; bajaban éstos la cabeza cediendo a su súplica, y al besarles les dejaban clavada una espina, que les hacía marchitar antes de tiempo; tal hace el placer al dejar siempre su gota amarga. Las malvalocas, graves, tiesas y cortesanas como diplomáticos vegetales, mecíanse suavemente saludando con amabilidad a todo el que pasaba, sin que nadie se cuidase de contestarles, como sucede al soberbio con el saludo del humilde; un regimiento de pinos reunidos al pie de una hermosa parra, que, asustada, se agarraba con todas sus fuerzas a un naranjo, se empeñaban en llevar a la casilla a los rapaces gorriones, que hacían paz y guerra de las uvas; y ellos al verse tan altos, reíanse de sus perseguidores, y alzando una pata e inclinando la cabecita, les decían:

—¡Ji, ji, jiiiii!, tú no alcanzas aquíiiiii.

El chiquillo más chico de la portera, con sus manitas cruzadas a la espalda y la boca abierta, miraba los hermosos racimos de la parra, y no sabiendo decir, como la zorra de la fábula: *están verdes,* se contentaba con mover acompasadamente los piececitos, cantando a su compás:

Pingo-pingo está colgando,
Mango-mango está mirando;
Si pingo-pingo cayera,
Mango-mango se lo comiera.

Por último, dos altos cipreses, serios y graves como guardias de Corps, estaban de centinela a la entrada del templo.

A la puerta de la iglesia, varias viejecitas, sentadas a la usanza turca, extendían silenciosa, pero elocuen-

temente, sus temblorosas manos hacia los fieles que se dirigían al templo.

Dentro de él, las luces, el incienso, las flores, las preces de nuestros hermanos, la alegre melodía de esos inocentes canarios, que cantan aprisionados en sus jaulas, los majestuosos sonidos del órgano, de ese instrumento esencialmente religioso, que parece compendiar en sus notas todo lo que es grande y cristiano, acompañan la oración del desvalido y consuelan su corazón.

Si se vuelve la vista a los pies de la iglesia, se ve, a través del coro, a las religiosas tan tranquilas, tan alegres, y que, a dos pasos de la depravación, presentan un cuadro cuya sencillez e inocencia recuerdan los bellos días de la infancia. ¡Cuán felices deben ser estas humildes penitentes, tan puras de corazón, de espíritu y de costumbres! ¡Cuánto no deberá amarlas el Dios que perdona, viendo en ellas personificada la virtud soberana, la inocencia coronada por la penitencia!

Aquel patio, tan tranquilo, cubierto de flores que sin tener lengua hablaban, pronunciando una sola frase, grande, magnífica, consoladora: *¡Hay Dios!;* aquel patio, en que tantos inocentes pajaritos repetían con sus gargantas de plata y cristal, cual religiosas arpitas, esta misma grandiosa frase, podía muy bien compararse a la niñez, tan cándida, tan serena, tan alegre, tan amiga de Dios, y que refleja en su frente la inocencia celestial; porque los niños son las estrellas de la tierra, como las estrellas son las flores del cielo.

Luego venían aquellas viejas harapientas, que pedían limosna, y que representaban la vida del hombre, cubierta, como ellas, de miserias y de fatigas desde que sabe pensar.

Y, por último, aquel santo templo, que abría a to-

dos sus puertas, era la vida eterna; la vida eterna, a cuya puerta, que es la tumba, cambia el hombre la cruz de la vida por la palma de la eternidad, la corona de lágrimas que en la tierra ciñe sus sienes, no por la del laurel, que es la de los soberbios héroes de aquí abajo, sino por la de rosas blancas y violetas, inocencia y humildad, que es la de los suaves héroes de allá arriba. ¡Oh, Dios mío! ¡Cuánto ansía el alma cristiana por coger esas puras flores del patio, pasar por entre las mendigas sin que aquéllas se marchiten, y depositarlas a vuestros pies dentro del templo! ¡Si llegan lozanas, las colocáis sobre vuestro pecho; si marchitas, una sola lágrima de arrepentimiento las tornará floridas!...

Entre aquellas tristes ruinas humanas que a la puerta de la iglesia imploran la caridad pública, hallábase una, notable por su decrepitud, que ni aun se tomaba el trabajo de extender la mano como sus compañeras, con la cabeza apoyada en el quicio de la puerta repasaba entre sus dedos descarnados las cuentas de un rosario.

Un caballero, de porte noble y distinguido, y una señora de elegante apariencia, llegaron a la puerta del templo, llevando de la mano a un hermoso niño de seis años, primorosamente vestido a la escocesa. El caballero dió a su hijo un puñado de cuartos, que el precioso niño, ruborizado y medio sonriendo, repartió a las mendigas en santas limosnas, que, según los orientales, debieron decir al pasar de la inocente manita que socorría a la de las infelices socorridas, estas profundas sentencias: —Yo soy pequeña, y vos me habéis hecho grande. —Mi valor es corto, y vos lo habéis multiplicado. —Yo era interés enemigo y vos me habéis vuelto amable. —Era pasajera, y me hicisteis perma-

nente. —Vos erais mi guarda, y ahora yo soy la vuestra.

Al llegar a la vieja del rosario, le arrojó dos cuartos en su remendada y sucia falda. Tomó la mendiga el dinero, y, al levantar la cabeza para ver quién la socorría, se operó en ella una extraña mutación.

Como movida por un resorte, se levantó erguida y amenazadora, con las narices dilatadas; y, arrojando por los ojos llamaradas de cólera, hizo ademán de tirar la moneda al rostro del padre del niño.

Pero cuando sus dedos, crispados por la cólera, iban a dejar escapar el dinero, que indudablemente hubiera ido a darle en mitad del rostro, sus ojos tropezaron con un Niño-Dios de soberbia escultura, que, sentado en un silloncito de caoba, estaba colocado en el pórtico, sobre una mesa. Había en los ojos de aquella sagrada efigie tanta mansedumbre; su boca sonreía con tanta dulzura; una de sus manos señalaba con tan clara expresión la corona de espinas que ceñía su frente, que la pobre mendiga se acercó como fascinada, y cayó de rodillas ante ella, depositando la moneda en una bandeja que había delante. Largo tiempo permaneció sumida en una fervorosa oración, y cuando se levantó hubiérase podido observar, a través de los jirones del pañolón que cubría su cabeza blanca, la corona de gloria que Dios da a los héroes.

Porque aquella mujer era doña Ursula, y a los pies del divino Niño acababa de ofrecer todos sus sufrimientos por el perdón de aquel hombre, que era el marqués de Valmes.

Aquella alma, templada por el dolor, comprendía y practicaba este sublime mandato, que hace un héroe de cualquier cristiano:

"Yo os digo: amad a vuestros enemigos; haced bien

a los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, que dispone que el sol salga para los buenos y para los malos, y que llueva para los justos lo mismo que para los pecadores" (1).

II

El día 26 de agosto de 186... llegó a todo escape el conserje del cementerio de Jerez de la Frontera a casa del juez de primera instancia del distrito de San Miguel; venía a darle parte de que se había encontrado en el cementerio una mujer muerta. Trasladóse allí el magistrado, acompañándole el médico forense, el escribano y dos alguaciles, y encontraron a una anciana, miserablemente vestida, tendida boca abajo junto a un sepulcro.

El sepulcro era de mármol blanco, y estaba rodeado de una verja de hierro, también pintada de blanco; en el espacio que quedaba entre la piedra y la reja habían nacido rosales blancos, que parecían querer tratar de cubrir con el perfume de sus flores el horrible hedor de la tumba. A la cabecera inclinaba un sauce sus ramas, como si viniese a besar la blanca cruz de piedra que descansaba sobre el sepulcro, y derramaba sobre ella sus melancólicas flores, como si fuesen sus lágrimas; por debajo de la cruz se leía: *Mercedes Ardera.* Por encima, estos sencillos e infantiles versos:

¡Qué sueño tan bienhechor
que al despertar me encontré
fin de mis dolores fué,
ángel puro del Señor!

(1) Math., V, vers. 44.

De la inocencia y amor
a El en las alas subí;
no lloréis porque me fuí.
De mi dicha y de los cielos,
¡oh, mamá!, no tengas celos....
¡Te estoy esperando allí! (1).

Se levantó el cadáver de la anciana para reconocerlo, y fué imposible averiguar cuál había sido su nombre, y qué papel había desempeñado en el gran drama de la vida; en la mano derecha se le encontró entre sus dedos agarrotados una onza de oro, engarzada como si fuese un broche para el pecho. El médico declaró que aquella mujer había muerto de vejez, de miseria y de hambre.

—Pero, señor—decía el juez examinando el extraño broche—, ¿cómo es posible que se muera de hambre una mujer que tiene en la mano una onza de oro?

El médico se encogió de hombros sin contestar.

Puede que algunos de nuestros lectores comprendan que se puede morir de hambre antes que vender el único recuerdo de un hijo perdido.

¡Ni la memoria quedaba ya de la familia de Ardera! El olvido había sellado sus tumbas como un segundo ataúd, aún más fuerte que el primero. Sus desgracias y sus penas le habían allanado el camino de la tierra al cielo.

---

(1) Este epitafio se halla en el cementerio de Jerez, en el panteón de la familia de Ardera. Ignoramos quién sea su autor.

Lágrimas y sonrisas

Cuentos y tradiciones populares

I

JUAN CIGARRON

Era vez y vez de un hombre llamado Juan Cigarrón, que vivía protegido por un cura; este cura tenía un magnífico caballo que era sus delicias.

Hubo una vez una lluvia terrible que impidió al pobre Juan Cigarrón trabajar, y se morían de hambre su mujer y sus hijos. En este apuro, discurrió un medio de sacarle a su compadre el cura algún dinero.

Vistióse de mendigo, cogió un chorizo, una botella de vino y dos rosquillas, y se fué una noche que llovía a torrentes a pedir por caridad que le dejasen dormir en la cuadra de la casa del cura. El mozo de mulas le dió entrada y se cenaron entre ambos el chorizo, las rosquillas y la botella de vino; esta fué apurada toda por el mozo, que al poco tiempo dormía profundamente.

Sacó entonces Juan Cigarrón de las alforjas unas ajofifas y lió en ellas los cascos del caballo para que no hiciesen ruido, sacándole de seguida de la cuadra y llevándole a su casa donde le encerró en el sótano. Al otro día el cura se desesperaba al ver que le habían robado su caballo, y ofreció a su compadre—que había ido a darle el pésame—una gran retribución si lograba encontrarle su caballo.

Juan Cigarrón fingió dos días que buscaba sin cesar el caballo, y al tercero fuése al cura y le dijo:

—Compadre, yo soy zahorí porque nací en viernes y lloré en el vientre de mi madre, y así pues, sé ya dónde está el caballo, y he de traerlo; lo único que no puedo decir es quién lo ha robado.

—Eso no importa—contestó el cura—, tráete mi caballito y tú has de alegrarte.

Pues señor, que aquella noche va Juan con su caballo, después de la medianoche, y lo mete con mucho sigilo en la cuadra del cura. Al otro día, se puso éste tan contento al ver a su caballo, que regaló a Juan Cigarrón una gran cantidad de dinero.

Pues vamos a que la fama de zahorí de Juan Cigarrón se extendió por el mundo, y llegó al palacio de su real Majestad. Habían robado al rey la vajilla de oro, y no se encontraban ni la vajilla, ni los ladrones; y deseoso el rey de castigar tamaño crimen, mandó un propio a Juan Cigarrón, para que inmediatamente se pusiese en camino hacia la corte, y descubriese él, ayudado de su ciencia, a los autores del crimen.

Juan Cigarrón, que no las tenía todas consigo, se despidió de su mujer y de sus hijos y de los vecinos, que envidiaban su fortuna, y tomó el camino de la corte. Al llegar a palacio le mandó encerrar su real Majestad en un cuarto donde había de permanecer tres días; y si en este tiempo no descubría a los ladrones, había de tener pena de la vida. Juan Cigarrón maldecía el instante en que dijo ser zahorí, y cuando por la noche del día primero le trajo un criado la cena, exclamó al ver que iba pasando el primer día:

—¡Válgame señor San Bruno, que de los tres ya va uno!

El criado se puso pálido, y se negó al otro día a servirle la comida; sirviósela otro en su vez y, al llevarle la cena, exclamó Juan cada vez más apesadumbrado:

—¡Ay de mí, San Antón, que de los tres ya van dos!

El criado dió un respingo, se puso colorado y tampoco quiso servirle la comida; otro se la sirvió, y a la hora de la cena exclamó Juan Cigarrón no dando ya un pitillo por su pellejo:

—¡Ay de mí, Señor Andrés, que de los tres van ya los tres!

El criado cayó al suelo de rodillas llorando y diciendo:

—¡Ay, señor Juan Cigarrón, no me pierda usted, por Dios, que yo se lo diré todo!

Y era el caso que aquellos tres criados eran los ladrones de la vajilla, e interpretando las exclamaciones de Juan como el resultado de la habilidad suya, que le hacía descubrir los criminales, cantaron de plano, y le dijeron estar enterrada la vajilla en el merendero del centro del jardín.

Al otro día llevaron a Juan Cigarrón a presencia de su Majestad, y éste le dijo:

—¿Conque qué has averiguado, Juan?

—La verdad del caso, señor—contestó éste.

—Y ¿quiénes son los culpables, que he de mandar que los fríen en aceite hirviendo?

—Eso no lo diré yo, señor, que no quiero que por mi culpa se derrame sangre alguna; sí diré a V. Majestad que la vajilla está enterrada en el merendero del centro del jardín.

El rey, que quiso que no quiso, tuvo que contentarse con saber sólo esto, y desenterraron la vajilla, que, allí donde Juan indicó, se hallaba completa.

El rey regaló a Juan ricos presentes y empeñábase en que permaneciese en la corte; pero el fingido zahorí, que no veía si no llegaba la hora de marcharse, declaró terminantemente que se volvía a su pueblo. Pero como donde hay patrón no manda marinero, dijo el rey que no le dejaba marchar hasta que pariese la reina, que preñada estaba, y que había además de acertar si era varón o hembra lo que pariría. Paseábanse una tarde los reales consortes con Juan Cigarrón por el patio, cuando éste, instigado por Su Majestad sobre si sería hija o hijo lo que había de tener, le dijo:

—Es menester que mi señora la reina dé un paseo para que yo pueda observarla, y si va para arriba será hembra, y si para abajo, varón.

Era estrecha la galería en que hablaban, y no pudiendo la reina dar la vuelta en redondo, fuése para un extremo y luego para el otro. El rey que deseaba varón, dijo gozoso:

—Has ido para arriba; varón tendremos.

Y la reina que ansiaba una hija, exclamó contenta:

—Para abajo me he ido; niña tengo.

—No, señora, que *arriba* quiere decir hacia el norte.

—No, señor, que hacia el norte es hacia abajo.

Y sosteniendo cada cual lo que deseaba—porque es achaque de la humana debilidad disputar y sostener una cosa, sin más razón que se la desea—, recurrieron de nuevo al juicio de Juan Cigarrón; el cual declaró que hasta allí, y no más, llegaba su ciencia. No hubo más remedio que esperar el parto, para ver si era la reina o el rey, el que razón llevaba. Llegó por fin

la hora, y parió la reina una niña y un niño, por lo que conocieron todos que ambos consortes llevaban razón hasta por encima de sus coronas, y por lo que fué Juan Cigarrón proclamado como el hombre más sabio del mundo. Celebróse el natalicio de ambos infantes con fiestas y torneos, y el sabio zahorí fué colmado de regalos, honores y condecoraciones; pero él, que más que nada ansiaba tomar la puerta, pidió licencia al rey para volver a su pueblo. Diósela el rey, no de muy buen grado, y la víspera de su partida paseábase por el jardín con su real majestad. De repente, se agacha el rey, coge una cosa del suelo, y dice a Juan:

—Quiero que me aciertes lo que tengo en la mano; es la última prueba que quiero hacer de tu ciencia.

Juan Cigarrón sudaba y trasudaba y, no encontrando medio de salir del apuro, exclamó lastimeramente:

—¡Ah, señor,

De esta hecha
Juan Cigarrón
cayó en la percha!

—El demonio tienes en el cuerpo—exclamó el rey asombrado, abriendo la mano y dejando escapar un cigarroncillo que era lo que allí tenía.

Juan Cigarrón volvió, por fin, al pueblo, realizó todos los bienes que a la munificencia del rey debía, y se embarcó para América, huyendo de la celebridad que su falsa ciencia le había conquistado y que en tales aprietos le ponía.

Aprende aquí, lector, a desconfiar de ciertas celebridades que pregona el vulgo de chaqueta y también el de levita—que es el peor de los vulgos—deslumbrado ante un pedestal que le ha formado primero su picardía y después el acertar por carambola.

II

PAZ A LOS MUERTOS

(*Tradición*).

> **Lo que Dios hacer quiere,**
> **nadie resistirlo puede.**

Había un noble y poderoso caballero, que habitaba un soberbio castillo en compañía de su esposa y su única hija, a la que dedicaban todos sus desvelos. Llamábase la niña Constanza, y tenía el inmediato cuidado de su persona una buena mujer que había sido su ama de leche y que se llamaba Beatriz.

Esta Beatriz tenía un hijo de la misma edad de Constanza, que juntos ambos habían mamado en sus pechos, y que tenía por nombre Ramiro. Ambos niños crecieron juntos y profesábanse la mayor ternura, siendo en particular amado de todos los del castillo Ramiro por su natural bondad, y por la dulzura de su voz, que su madre pensaba explotar en favor del muchacho, haciéndole trovador.

El castellano, hombre impío y arrogante, vió con disgusto la ternura que mutuamente se revelaban Constanza y Ramiro, y deseando evitar que naciese de allí un amor imposible de ser satisfecho por la inmensa diferencia de clases, mandó llamar a un viejo esclavo moro que hacía luengo tiempo le servía y, en breves palabras y bien despóticas razones, le dijo:

—Mañana, al amanecer, coges al niño Ramiro, lo llevas a la montaña vecina, y lo matas, cuidando después de enterrarlo. Y para que no me quede duda de que

se han cumplido mis órdenes, has de traerme los ojos, el corazón y uno de los dedos pequeños del niño.

Aturdido quedó el esclavo ante la crueldad de semejante orden, mas no atreviéndose a replicar palabra pues sabía sería esto su sentencia de muerte, retiróse discurriendo un medio de librar a aquel angelito de la terrible muerte que le esperaba.

Mil planes formó y desechó, deshizo y tornó a hacer, y ya el sol amanecía sin que el viejo esclavo hubiese determinado nada. No sabiendo qué hacer, cogió de la mano al inocente niño, que gozoso jugaba con un galguito que les acompañaba, y tomó con él el camino de la montaña, donde dijo al niño que esperaba a Constanza para ir a presenciar ciertas fiestas de un lugarejo vecino.

Una idea repentina se vino a las mientes del esclavo; cogió al galguito del niño, le sacó los ojos y le arrancó el corazón; pero el dedo pequeño fué necesario cortárselo a Ramirito, que huía espantado atronando la selva con sus gritos. El esclavo puso un bálsamo de una raíz conocida de él en la herida, que le vendó perfectamente, y huyó al oír ruido de corceles que en el bosque se internaban, dejando al niño abandonado a la caridad de aquellos que, sin duda atraídos por sus gritos, allí se acercaban.

No bien llegó al castillo, entregó a su Señor aquellos sangrientos despojos, que con cruel ansia examinó éste, y que colocó en una especie de sepulcro a los pies de la capilla, con esta inscripción impía y soberbia encima:

Lo que Dios quiso hacer
yo solo lo estorbé

Constanza lloró la desaparición de su hermano de leche—que nadie sabía explicarse—pero bien pronto sus lágrimas de niña se secaron ante el primer juguete que le pusieron delante; no asimismo la desgraciada Beatriz, que, no pudiendo ver sin que su corazón se partiera de dolor aquellos sitios en que tan feliz había sido con su Ramiro, abandonó el castillo, yéndose a vivir a una casita próxima que a ruegos de la castellana le cedió el caballero, arrojando así de su presencia aquel recuerdo vivo de su terrible crimen.

Mientras tanto Ramiro se revolcaba de dolor por su herida, y de espanto al verse en aquella horrible soledad; los pasos de varios caballos que se acercaban hicieron callar a Ramirito, que levantó del suelo su cabecita, y escuchó atentamente; cuatro soldados de a caballo aparecieron en el bosque y levantaron a Ramirito haciéndole mil preguntas a que sólo contestaba el niño con nuevas y abundantes lágrimas, y mostrándoles su manita mutilada. Aquellos soldados que pertenecían a la escolta de los ilustres condes de X..., recogieron al niño y lo llevaron a sus señores.

Estos, tan nobles y ricos como piadosos y caritativos, hacía mucho tiempo que pedían a Dios les concediese un hijo que viniese a heredar su ilustre nombre y cuantiosas riquezas, y volvían en aquel momento de hacer una peregrinación a Nuestra Señora de Covadonga, para pedirle el favor dicho.

Al pasar por delante de aquel bosque llegaron a sus oídos los lamentos de Ramirito, y mandando el conde hacer alto, envió a cuatro hombres de su escolta a que se informasen de la causa de aquellos lamentos.

—¡Hijo de mi alma!—exclamó la compasiva condesa, hermosa dama, blanca como la nieve y de ojos azu-

les como el cielo, al ver a Ramirito que extendía hacia ella su mutilada mano.

—¡Ven acá, ángel de Dios!—añadió tomándole en sus brazos y sentándole ante ella en su misma hacanea—. ¿Quién ha podido ser tan cruel contigo, pobrecito mío?

Nada respondía el muchacho ni a ésta ni a otras semejantes preguntas que sus salvadores le hacían.

—¿Cómo te llamas, hijo?—preguntó la condesa.

—*Ramiito*—contestó el niño reclinando su cabecita en el hombro de la condesa donde rendido de dolor y de cansancio cerró sus ojitos y se durmió un poco.

De nuevo se puso la comitiva en marcha, llevando la condesa su hacanea lentamente para no despertar a Ramirito que en sus brazos dormía, y cuya manita mutilada sostenía cuidadosamente entre las suyas.

—Señor—decía la noble dama a su esposo mostrándole al niño—, ved cómo la Virgen ha escuchado nuestros ruegos.

—Tenéis razón, señora—respondió éste—. La Virgen lo ha puesto en nuestro camino, y puesto que ella lo quiere, hijo nuestro será.

Ramirito creció en el castillo de los condes que le habían adoptado por hijo, y se hizo un bizarro mancebo, tan bueno y temeroso de Dios, como apuesto, galán y valiente. Dieciocho años contaba ya cuando una enfermedad peligrosísima se apoderó de él, amenazando cortar los días de su existencia; desolados los condes no se apartaban ni de día ni de noche de su cabecera, y ofrecieron al Señor, si su Ramiro sanaba, rescatar a todos los cautivos cristianos que durante su enfermedad hubiesen caído en poder de los moros. Dios oyó sus súplicas y Ramiro volvió a la vida.

Mientras tanto, los moros habían puesto cerco al

castillo de Z..., y en una salida que el castellano hizo, cayó prisionero en unión de muchos de sus hombres de armas. El mismo Ramiro, acompañado de dos monjes de la Merced, fué a rescatar a los cautivos en nombre de sus padres. De vuelta, detúvose en el castillo de D..., a ruegos del señor, que deseaba presentarlo a su mujer y a su hija.

Constanza habíase hecho una doncella hermosísima, virtuosa y educada en la sana escuela de su madre, que no se separaba un punto de ella. Ramiro no conservaba el menor recuerdo de aquellos sitios; sólo de Constanza conservaba una vaga reminiscencia, y parecíale que no era la primera vez que veía ante sus ojos aquel hermosísimo rostro.

—Será en sueños donde yo he visto ese ángel del cielo—se decía.

El mismo fenómeno se operaba en Constanza, que en vano se preguntaba dónde había visto ella a Ramiro. Recordó entonces la doncella que preguntando cuando pequeña a su madre dónde estaban los niños antes de venir al mundo, le había contestado su madre.

—En la gloria, hija mía.

Y la inocente niña decíase:

—Será en la gloria donde he visto yo a Ramiro.

Y era que tanto en uno como en otro la memoria frágil había olvidado, mas el corazón, que amaba, conservaba vivo el recuerdo. Ramiro y Constanza nada se dijeron, porque instintivamente ya se lo habían dicho todo, y ambos se acercaron como dos antiguos amantes separados por una larga ausencia. Los castellanos de D... vieron con placer esta inclinación de los dos jóvenes.

Ramiro escribió a sus padres pidiéndoles su consen-

timiento para desposarse con Constanza; e informados éstos de las virtudes y noble calidad de la doncella, se apresuraron a darle su consentimiento, poniéndose ellos en camino para presenciar las bodas, que en el castillo de D... habían de celebrarse.

La víspera de la ceremonia Ramiro entró en la capilla del castillo a dar gracias a Dios por la felicidad que le deparaba. Dos largas hileras de sepulcros había a ambos lados de la capilla, en los cuales dormían los antepasados del castellano D... Sobre aquellos lechos de piedra se veían las estatuas de mármol con sus espadas sobre el brazo y sus perros a los pies; imagen de la lealtad y la fuerza, que distinguió aquella época.

Ramiro visitó una de aquellas gloriosas tumbas; de repente se detuvieron sus ojos en una inscripción que coronaba un sepulcro en extremo pequeño. Aquel letrero decía:

Lo que Dios quiso hacer
yo solo lo estorbé.

—¡Dios mío!—exclamó horrorizado el cristiano Ramiro—. ¿Quién es el impío, quién es el soberbio que en la misma capilla se atreve a poner semejante blasfemia?

Preocupado y sin saber cómo explicarse aquellas terribles palabras, Ramiro salió de la capilla y tomó por una calle de árboles que frente a ella se abría. De repente hirieron sus oídos un triste gemir que hacia el final de la calle se veía. Apresuró el mancebo sus pasos, y llegó a una miserable chocilla, en donde se hallaba postrado un anciano, que tristemente se quejaba.

—¿Qué os aflige, buen anciano?—preguntó Ramiro.

—Los años y las penas, noble caballero—respondió el viejo.

—¿Pertenecéis a este señorío?

—Soy moro de nacimiento y esclavo en estos dominios en vida del padre del actual señor.

—¿Podréis explicarme entonces—preguntó Ramiro—qué significa un pequeño sepulcro que hay en la capilla y en el que se lee esta blasfemia:

Lo que Dios quiso hacer
yo solo lo estorbé?

Rápidamente descompúsose el rostro del viejo; una palidez terrible cubrió sus ya cadavéricas facciones, y su agitado pecho dejó escapar un profundo sollozo. Asustado Ramiro, rocióle el rostro con agua.

—Ved ahí, noble caballero—exclamó el viejo cuando pudo recobrar el habla—, ved ahí el origen de catorce años de continuas penas que aquí me tienen postrado.

Y el viejo esclavo moro, a quien ya nuestros lectores habrán conocido, refirió a Ramiro su propia historia. Al decir el esclavo que no tuvo más remedio que cortar al niño el dedo pequeño de la mano izquierda, Ramiro, sorprendido, levantó vivamente la suya, a la que faltaba el mismo dedo.

—¡Cielo santo!—exclamó aterrado el esclavo, desplomándose en el lecho.

Ante la vista de Ramiro, pareció como si se rasgase un denso velo; ayudado por el esclavo fué recordando todo poco a poco, y el noble mancebo, olvidándose de todo lo que perdía y acordándose sólo de la que lo ha-

bía perdido a él, preguntó ansioso si aún vivía su madre.

—Allá abajo, contestó el viejo, en una pobre casa que corona una cruz verde.

Ramiro corrió a la casa indicada, y lo que nadie había podido hacer, lo hizo al punto Beatriz con su corazón de madre.

—¡Ramiro!—gritó extendiendo hacia él sus brazos, no bien le vió y cayendo otra vez en un viejo sillón desfallecida.

Pero ya el joven estaba a sus pies besando sus manos, y la pobre Beatriz apretaba contra su corazón aquella querida cabeza.

Ramiro dejó al fin a su madre y volvió al castillo, donde inquietos por su ausencia ya le buscaban. Sin revelar a nadie el secreto que había descubierto, pidió permiso al castellano para convidar a la boda a una dama amiga suya.

—El que es amigo de mi hijo, encontrará siempre un techo hospitalario en el castillo D...—contestó el castellano.

—Gracias, padre y señor—replicó Ramiro.

Al día siguiente amanecieron alegres señores y vasallos, y cada cual, engalanado con sus más ricos trajes, se dirigía a la capilla, donde el Primado había de efectuar la ceremonia. Constanza estaba hermosísima con su rico traje blanco y llevando el cabello trenzado con perlas; Ramiro apareció dando la mano a una dama anciana, cubierta con un largo bridal de terciopelo negro y cubriendo su cabeza con la toca de las viudas; todos se apresuraron a saludarla y nadie reconoció bajo aquellos ricos atavíos, y más aún bajo aquellas arrugas hechas por el continuo llanto, a la buena

Beatriz, nodriza de Constanza. El mismo castellano D... le ofreció la mano para ir a la capilla.

El Primado bendijo a Ramiro y a Constanza, y los dos jóvenes quedaron unidos para siempre. Entonces se levantó Ramiro, y volviéndose hacia el padre de su esposa, exclamó con voz fuerte y vibrante:

—Castellano,

Lo que Dios hacer quiere
nadie evitarlo puede.

—¿Qué dice este hombre?—exclamó palideciendo el castellano, y volviendo involuntariamente la vista hacia el sepulcro blasfemo.

El mayor estupor se había apoderado de los circunstantes. Ramiro refirió en alta voz su historia, y presentó a su madre Beatriz y al esclavo moro que la atestiguaron; los condes X... declararon también haber recogido en un bosque al niño Ramiro. El castellano cayó de rodillas y exclamó golpeando las gradas de mármol con su frente.

—¡Dios lo puede todo! ¡Dios lo puede todo!...

Ramiro y Constanza vivieron felices, heredando ésta el señorío D... y aquél el condado X..., al que fué llamado por muerte de sus padres adoptivos.

En cuanto al castellano D..., taciturno, arrepentido de su crimen y no pudiendo soportar la vista del feliz matrimonio, que si bien procuraba hacerle olvidar con sus caricias, sólo conseguía lo contrario, abandonó el castillo y retiróse a llorar sus extravíos a una ermita en cuyo frontis hizo grabar estas palabras:

Lo que Dios hacer quiere
nadie estorbarlo puede.

III

IR POR LANA...

Tin, tin, tin, tin,
tin, tin, tin, tin,
tin, tan, tin, tan,
tin, tan,
tan, tan, tan,

decía la campana de la iglesia.

—¡Juanillo!—gritó el cura, acercándose a la ventana de la sacristía.

—¡Mande usted, Padre!—contestó Juanillo desde el campanario.

—Baja corriendo.

A poco apareció Juanillo embutido en su sotana colorada.

—Llégate en casa de doña Celestina y dile que ya voy por allá—le dijo el cura.

Mientras que Juanillo forjaba en su imaginación fogosa aventurados juicios, el cura fué a la sacristía a recoger su canoa y su manteo.

—¡Ay, pícaro!—exclamó al ver que Periquillo, segundo monacillo en la parroquia, metía sus indiscretas narices en un rico tarro de conserva que sufría una severa clausura en la tabla de una alacena. Y acercándose de puntillas, añadió dando a Periquillo un tremendo pescozón:

—*¡Dominus tecum!*

—*Et cum spiritu tuo*—respondió aterrado el delincuente.

—¿Has comido, desgraciado?—preguntó el cura con el mayor sobresalto.

—No, señor, que no me dió usted tiempo—replicó Periquillo, cuyas narices chorreaban almíbar, gracias al pescozón del señor cura que se las hizo meter dentro del tarro.

—Algún santo rogaba por ti en el cielo, criatura—respondió éste.

Periquillo, con la boca abierta, le miraba sin comprender.

—Sí, de buena te has librado, que esto es veneno para matar los ratones.

Periquillo dió un respingo y llevó aterrado la mano a sus narices llenas de almíbar.

—Verás si se te caen las narices, niño del diablo, que es necesario tener con ustedes siete ojos. Lávate ahí pronto.

Periquillo zambulló su mofletuda cara en una palangana y escamondó su nariz, que a fuerza de frotar salió colorada como un pimiento.

El cura se fué a casa de doña Celestina, y Periquillo, preocupado con el riesgo de muerte que había corrido, se sentó en la puerta de la iglesia, cantando para distraer su imaginación:

> Ayer tarde fuí
> a la huerta de tío Antón,
> cogí un pepinillo,
> me dió un pescozón,
> por más que corría
> mi tío volaba.
> ¡Ay, ay, con mi tío
> qué palos me daba!...

y el bobón de Periquillo se rascaba el sitio saludado por el señor cura.

En esto, volvía Juanillo de su embajada, y acercándose por detrás a su compañero, le soltó un coscorrón con los nudillos de la mano y llevando ésta a las narices, dijo después de olerla:

—Tú has comido *figos.*

Periquillo iba a quejarse, pero al oír a Juanillo, dijo con su bobalicona sonrisa:

—Sí, por *tute.*

Juanillo le soltó otro gran coscorrón y volvió a olerse el puño.

—Tú has comido melón—dijo.

—Tampoco—replicó Juanillo llevándose involuntariamente la mano a la cabeza.

Nuevo coscorrón de Periquillo y vuelta a olerse el puño.

—Entonces has comido dulce.

—No, que era veneno pa los ratones.

—¿De veras?

—Sí, que me lo dijo el cura.

—Y ¿dónde está?

—En la alacena de la sacristía.

—Vamos a verlo.

Y Juanillo, seguido de Periquillo, sobre quien ejercía un poderoso ascendiente, se encaminó a la sacristía y puso de par en par la alacena.

—¡Veneno!—decía Juanillo oliendo el tarro; si parece dulce—. Y metiendo dentro el dedo dió un chupetón.

—Mira qué canastita de ciruelas—observó Periquillo.

—Y son claudias—añadió Juanillo, dejando lo dudoso por lo cierto.

Los dos compañeros no quisieron desairar la canastita, que era muy pequeña, y una tras otra fuéronse comiendo las ciruelas, con tanta prisa, que en menos

de cinco minutos sólo cuatro quedaron en la canastilla.

—Cuatro quedan—dijo Juanillo, con la boca entre aguas.

—Pues a ellas, que ya que nos lleve el diablo, que nos lleve en coche—replicó Juanillo.

—Hasta los huesos me he comido—dijo relamiéndose Periquillo.

—¿Pero los tenían?—dijo el travieso Juanillo; y luego añadió como asustado—: Pues ahora nos va a salir a cada uno un ciruelo en la barriga y lo va a conocer el cura.

Aterrado Periquillo con aquella terrible profecía, empezó a sentir los remordimientos de su crimen, justamente en el momento en que iba a proponer comerse la canastilla.

—Y ¿qué nos hacemos, Juanillo?

—Calla—replicó éste—; nos comemos el veneno, *gomitemos* y así echaremos los huesos.

—Pues es verdad.

Y más pronto que la vista despacharon entre ambos compañeros el tarro de conservas. Periquillo se palpaba la barriga por ver si la vegetación del ciruelo se iba desarrollando. Tranquilizado al ver que aún no daba señales de crecimiento, dijo, chupándose los dedos.

—¿Pues sabes que para ser veneno no está malo?...

—¿A que te volvías tú ratón, por tomar todos los días este veneno?

—Ya se ve que sí.

—Pues *aprevente* ahora que se te van a volver las tripas del revés.

Excusado es decir que el vomitivo no hizo efecto. Juanillo se acostó en el escalón de la iglesia y se echó a dormir a pierna suelta; pero el bobo Periquillo que

creía al pie de la letra las palabras de su compañero no cesó de llevarse angustiado la mano a la barriga, esperando a cada instante ver aparecer el denunciado ciruelo.

A las nueve fué Periquillo a tocar las ánimas y mientras tanto volvió el cura.

—Juanillo—gritó éste dando con el pie al chiquillo que dormía como un tronco—, anda a la cocina y *pásame por agua* un par de huevos.

Juanillo se levantó restregándose los ojos, puso a hervir un pucherito de agua y metió dentro los dos huevos. Mientras tanto un ruido sordo salió del asiento del señor cura, y fué a herir los oídos de Juanillo que al pronto no se dió cuenta de lo que era; mas cuya procedencia conoció, recordando que el cura había comido frijones.

—Juanillo—dijo el cura que era chancero.

—Mande usted, Padre.

—Sóplate ese huevo.

Harto comprendió Juanillo de qué huevo se trataba; mas como era travieso y ladino, sacó uno de los huevos que en el puchero se cocían, y después de comérselo, dijo al cura:

—Dios se lo pague a usted, Padre.

Al cabo de un ratito, otro ruido en todo igual al primero, volvió a herir los oídos de Juanillo.

—Juanillo—llamó el cura.

—Mande usted, Padre.

—Sóplate ese huevo.

Juanillo sacó el otro huevo, y después de metérselo entre pecho y espalda, dijo como jaculatoria.

—Dios se lo pague a usted, Padre, y el santo del día.

—San *Menéate* creo que es hoy—replicó el cura—, conque anda ligero y trae acá esos huevos.

—¿Qué huevos, Padre?

—Los que te dije que pasaras por agua.

—¿Pues no me dijo usted que me los soplara?

—Verdad dices—replicó el cura cogido en sus propias redes—que te la quise pegar y tú me la has pegado. Pero yo no he de quedarme sin comer; conque tráeme unas ciruelas que hay en la alacena en una canastita. Periquillo, que en aquel momento volvía de tocar las ánimas, y oyó hablar de ciruelas, creyó que el ciruelo acusador habría ya brotado en la barriga de su compañero, y exclamó hecho un mar de lágrimas:

—¡Ay, Padre, que las ciruelas nos las comimos, para que a cada uno nos saliera un ciruelo y así las cogiese usted fresquitas!

—Vamos allí—dijo el cura, que no pudo contener la risa al oír la salida de Juanillo—. Pues ya puedo ir esperando a que estén maduras. Trae acá el tarro de conservas que hay en la alacena, a ver si quiere Dios que yo cene.

—¡Calle usted, Padre—le contestó el ladino Juanillo—, que como usted le dijo a Perico que era veneno *mos* lo comimos para reventar y no estar tan *fatigaos* con un ciruelo en la barriga!

El cura, mohino y cariacontecido, se fué a acostar sin decir palabra. Y es fama que aquella noche vió en sueños, como ven todos los que sin cenar se acuestan, a las ánimas benditas que, haciéndole la mamola, le cantaban en coro:

Por lana viniste
y trasquilado saliste.

IV

PAJARO VERDE

CUENTO

A S. A. R. el Serenísimo señor infante Don Antonio de Orleans y Borbón.

Pues señor que había un hortelano muy bien acomodado que vivía con una hija única llamada Manolita, pero a quien por abreviar llamaban todos *Lela* o *Lelita.*

Frente por frente de la casa de *señó* Miguel—que así se llamaba el hortelano—había una amiga donde se educaba Lelita. La maestra se llamaba Andrea y tenía dos hijas feas como el pecado mortal, y de bastante más edad que Lelita. Un día, ésta que era de la piel del diablo, repasaba la cartilla con *señá* Andrea; al volver a empezar el silabario, dijo la chiquilla:

—*A, e, i, o, u.*

Y añadió señalando a la maestra con su dedito coronado por una uñita de luto.

—*Borriquito como tú.*

Señá Andrea la metió en el cepo y no la dejó ir a comer a su casa. *Señó* Miguel, viendo que tardaba, fué por ella, y de seguida la dejó ir la maestra. Al otro día Lelita, que era una revolucionaria digna de los tiempos modernos, dejó pasar sin tropiezos el *a, e, i, o, u;* mas al concluir *b, c. ch, d,* exclamó resueltamente:

—B, c, ch, d,
la cartilla se me fué
a la torre de San Miguel,
no me pegue usted maestro,
que mañana la *trairé*.

—¡Ay, qué monísima es la niña!—exclamó *señá* Andrea, riéndose a carcajadas y cubriendo de besos a Lelita; y llevándosela a la cocina, cogió medio bollo de pan, le sacó el migajón, echó, en el hueco que éste dejó, aceite y azúcar, volvió a colocar el migajón en su sitio, y entregó a Lelita aquel apetitoso regalo, que ella devoró instantáneamente. Mientras la niña comía, le dijo *señá* Andrea:

—Vamos a ver si tú me haces un encargo bien hecho.

—Mande usted, *señá* maestra—replicó Lelita con la boca llena.

—Pues le vas a decir a tu padre que si se quiere casar conmigo.

No bien llegó a su casa Lelita, en cuya boca quedaba todavía el agradable gusto del pan con aceite y azúcar, expuso su embajada al *señó* Miguel, que le contestó:

—¿Yo darte madrastra?... Piénsalo bien, hija; que más de una ocasión he pensado en casarme, y sólo por no darte esa pesadumbre no lo he hecho.

—Ande usted, padre, que dicè *señá* Andrea que ella me cuidará mucho y siempre estaré jugando con sus niños.

—Si cuando tengas quince años eres del mismo sentir, descuida, que entonces he de hacerlo.

Al otro día *señá* Andrea estaba al acecho detrás de la puerta; no bien llegó Lelita le preguntó:

—¿Qué te ha dicho?

—Me dijo que si cuando yo tenga quince años soy del mismo sentir, que entonces se casará.

—*Señá* Andrea torció el hocico porque se le hacía cuesta arriba una espera tan larga, pero abrazando a Lelita, le dijo:

—¡Ay, hija de mi alma, que me va a parecer ese tiempo más largo que la cuaresma, por tenerte a mi lado y mirarte como hija!

Pasó en esto el tiempo, porque como el grandísimo pícaro no tiene huesos, por donde quiera se cuela, y Mariquita se encontró con quince años, el parecer de una Santa Teresa, y las virtudes de una Santa Rita. *Señá* Andrea y sus hijas, que todo este tiempo habían mimado a Lelita como a cuerpo de rey, o como sobrino pobre a tío rico, volvió a recordar a Lelita la promesa de su padre. Esta, que era inocente, buena y cariñosa, habíale tomado cariño a la maestra, porque como no tenía malicia alguna, creía en sus embusteros halagos; así, pues, volvió a instar a su padre para que realizase aquella unión de todos tan deseada. *Señó* Miguel hizo a Lelita nuevas reflexiones que fueron refutadas por ésta como si fuera ella y no su padre la que había de casarse.

—Pues que tanto te empeñas, lo haré—le dijo por último—; pero no te quejes del mal que te venga, y ten presente aquello del

> fraile mostén:
> tú lo quisiste,
> tú te lo ten.

—¡Vaya, vaya, padre, que tiene usted unas cosas... pues si está *señá* Andrea rabiando por decirme hija, y me mima como a cuerpo de rey!

Señó Miguel y *señá* Andrea se casaron y ésta, en compañía de sus dos hijas, que al par que en edad habían ido creciendo en fealdad, se fueron a vivir a la

huerta de *señó* Miguel. Durante el primer mes todo fué perfectamente, pues Lelita siguió siendo mimada por todos, y creía la inocente que era verdadero el cariño que la mostraban. Pero no bien *señá* Andrea y sus hijas fueron tomando terreno en la casa, empezaron a huir de Lelita las contemplaciones y a llover sobre ella los trabajos, y de tal manera, que ni aun el recurso de quejarse era dado a la infeliz, pues siempre para maltratarla se aguardaba la ausencia de su padre.

Un día *señá* Andrea ordenó a Lelita que ajofifase un corredor con vistas a la huerta; la pobre niña no tuvo más remedio que cargar con un cubo que apenas podía manejar, y empezó tan penosa tarea. Era el suelo quebrajadizo y lleno de manchas, y *señá* Andrea sentada junto a Lelita, agotaba su paciencia, diciendo de cuando en cuando:

—¡Aprieta en esa manchita; refriega bien, muchacha, que tienes las manos de trapo!... ¡Pero si no refriegas, condenada, aprieta ahí hasta que se te caigan las muñecas!...

Lelita perdió los estribos, y empuñando el estropajo le dijo a su madrastra:

—Si le refregara a usted en la cara, vería usted si aprieto o no, y váyase usted a gobernar un cortijo sin gente, que a mí no me manda usted.

—¿Y se me sube la mocosa a las barbas?—exclamó furiosa la condenada. Y abalanzándose a Lelita le dió una bofetada.

Lelita se echó a llorar y esperó a que viniese su padre para darle sus fundadas quejas; llegó éste y Lelita le contó lo que había pasado; la condenada y sus hijas la desmintieron; pero cinco dedos amoratados que en la mejilla de la niña se señalaban, atestiguaron la verdad del caso.

—Si me hubieras hecho caso, no pasaría ahora esto —le dijo *señó* Miguel—; pero yo le pondré remedio y cortaré por lo sano.

Y agarrando por la mano a Lelita, se la llevó a una casita pequeña que a espaldas de la huerta se hallaba situada; allí quedó establecida la niña, prohibiéndose rigurosamente a *señá* Andrea y a sus hijas que pusiesen allí los pies, y siendo visitada solamente por su padre, que tres o cuatro veces al día iba a verla, llevándole siempre gran cantidad de regalos.

Un día pasaba *señó* Miguel por un baratillo y vió a la puerta una porción de libros viejos que de venta se hallaban; pensó comprar algunos que entretuvieran los ocios de Lelita, y como no sabía leer, escogió cuatro de los más gordos y mejor empastados. Entre ellos venía uno con su cubierta de pergamino, y dibujada en ella unos extraños signos de vivísimos colores.

Lelita se puso muy contenta con los libros, y no bien concluyó aquella tarde sus quehaceres, se sentó en una ventanita que daba al campo y se puso a leer uno de los libros; era la historia del casto José.

A la otra tarde, cogió el de la magnífica pasta de pergamino, y no bien abrió el primer broche, vió entrar en su cuarto un precioso pájaro verde que fué a posarse sobre una mesa.

—¡Ay, qué bonito!—exclamó Lelita ansiosa por poseerlo; y acercándose lentamente, el cuerpo inclinado y extendidas las manos con su delantal para no asustarlo, fuése acercando para cogerlo.

El pájaro verde torcía su cabecita fijando en ella sus ojos que relumbraban como brillantes, y sacudiendo de pronto sus verdes plumas, vió la atónita Lelita que se escapaba de ellas una lluvia de riquísimas perlas que rodando sobre la mesa fueron a caer al suelo,

donde ora botando, ora rodando se esparcieron por todas partes. Lelita se agachó a cogerlas, y al levantar de nuevo la cabeza, el pájaro verde había desaparecido, y vió en su lugar un hermosísimo mancebo vestido a la española antigua, con su casaca de raso blanco bordada de oro, su chupa de lo mismo, y su calzón corto sujeto con broches de perlas.

—¡Ay!—exclamó Lelita quedándose a medio enderezar y poniéndose roja como una cereza.

—¿Tan feo soy que asusto, Lelita?—preguntó el mancebo con una voz dulce como las notas de un arpa.

—No.

—¿Entonces te parezco hermoso?

Lelita nada contestó, pero le miró con el rabillo del ojo, y si hermoso le pareció el pájaro, más hermoso le pareció el mancebo.

—No te asustes, Lelita—le dijo éste—. Yo soy el príncipe Mírame-Lindo, a quien una hada encantó en pájaro verde y a quien pronosticó que había de casarse con la primera mujer que abriese ese libro.

—De modo que yo....—exclamó vivamente Lelita, y sin concluir la frase, enrojeció como una amapola.

—Sí, Lelita, tú te casarás conmigo, porque así está decretado.

El príncipe Mírame-Lindo y Lelita, callaron primero, y luego hablaron del frío, de la atmósfera y del variable tiempo que corría; fuéronse luego elevando insensiblemente, hasta que el príncipe preguntó a Lelita.

—¿Has amado alguna vez, Lelita?

—¡Si no te conocía!—contestó ésta con toda la inocencia de sus quince años, fijando sus ojos de azul cielo en los hermosísimos pardos del príncipe.

Los dos amantes—puesto que ya lo eran—se asoma-

ron a la ventana y, reclinados en el antepecho, charlaron largo rato, callaron luego, se miraron después, y el dulce trinar de un ruiseñor que en la huerta cantaba, vino a sumirlos en un arrobamiento algo peligroso, si Lelita no hubiese sido una niña buena e inocente, y el príncipe Mírame-Lindo un joven muy distinto de esos que a gala tienen engañar doncellas. Las doce de la noche que dieron en el reloj de la iglesia hicieron salir a ambos amantes de su contemplación.

—Adiós, Lelita—dijo el príncipe, apretándole la mano—, hasta mañana y cuida de guardar mi secreto porque te perderá y me perderá.

Y cambiándose de repente en pájaro verde, desapareció por la ventana haciendo llegar a oídos de la enamorada Lelita un dulce pitido, que equivalía a un tierno y elocuente adiós.

A la otra tarde abrió Lelita el broche del libro y acto continuo apareció el pájaro verde saludándola con su alegre gorjeo; púsose sobre la mesa, sacudió sus plumas derramando un millar de perlas y apareció el príncipe Mírame-Lindo aún más ricamente vestido que el día anterior; era su ropa de raso-rosa con bordados de plata y toda sembrada de perlas y brillantes.

Lelita y el príncipe, embebidos en sabrosas pláticas, no sintieron que pasaban las horas, y cuando las doce daban, preguntaba el príncipe si eran las ánimas las que estaban tocando.

Así pasaron algunos días, felices con su secreto amor; una mañana Lelita, reuniendo todas las perlas que al tornarse en príncipe derramaba el pájaro verde, hacía una magnífica sarta; de repente entró su padre, y la muchacha no tuvo tiempo para ocultar las perlas.

—¿De dónde has sacado estas magníficas perlas, hija?—exclamó *señó* Miguel estupefacto.

Lelita se puso muy colorada, y como no sabía mentir, confesó a su padre la verdad del caso. *Señó* Miguel se rascó la cabeza con un expresivo gesto de desconfianza, y le dijo:

—Mala espina me dan a mí estas cosas de encantamento, pero tú tienes buenas luces, y siempre que la pasión no te las apague, sabrás lo que te conviene.

Lelita se quedó tan satisfecha como el que está libre de un peso que le oprimía, que tal era para ella la necesidad de ocultar su secreto a *señó* Miguel. A la tarde puso en conocimiento del príncipe Mírame-Lindo lo que había sucedido, y éste le contestó moviendo la cabeza.

—Mal hubieras hecho en mentirle a tu padre, que es el mentir un vicio; pero mal has hecho también en revelar nuestro secreto, porque secreto de tres, ya no es secreto. Cuida sin embargo de que no lo trasluzcan tu madrastra y sus hijas, porque entonces te pierdo y me pierdes; recuerda aquello de Santa Teresa: —El secreto es la llave de la cordura. ¿Cómo quieres que tu amigo lo guarde, si tú mismo no lo guardas?

No debe extrañar a V. A. ver una cita de la ilustre doctora en boca del príncipe Mírame-Lindo, porque era él, joven temeroso de Dios, profundamente religioso, y enemigo de todas aquellas lecturas que una ilustración superior y una previsión paternal nos prohiben. Lelita se lo prometió formalmente, y el príncipe se retiró a la campanada de las doce.

Mientras tanto, *señá* Andrea y sus hijas, rabiaban por ir a ver a Lelita, y no porque tuvieran placer en ello, sino porque eran más curiosas que la justicia, la política y la policía, que según un escritor anónimo,

son los tres entes más curiosos que existen. Pero *señó* Miguel se negaba a llevarlas, limitándose solamente a darle recuerdos de ellas, que Lelita, cuyo corazón abierto como una rosa a todas las impresiones de la brisa, agradecía profundamente. Un día hizo con las perlas del pájaro verde tres magníficos collares y se los envió de regalo a *señá* Andrea y a sus hijas.

Estas quedaron asombradas ante aquella magnificencia, y acordaron darle las gracias; y porque la ingratitud no tiene memoria, empezaron a cavilar de dónde las habría sacado Lelita.

—Es menester averiguarlo—decía *señá* Andrea—, o pierdo el nombre que tengo.

—Algún cortejo que se habrá echado la mosquita muerta—dijo la mayor de las hermanas, que como buena tonta era muy maliciosa.

—Pues yo he de saberlo—dijo la segunda.

—Y yo—añadió la tercera—me escondo debajo de la mesa, mientras ella va esta tarde a regar las macetas y muy tonta he de ser yo para que a mí me la pegue

Y la madre y las hijas siguieron murmurando de la inocente Lelita; porque crea V. A. que la murmuración es sólo propia de almas bajas y reconoce siempre por origen los celos y la envidia.

A la otra tarde regaba Lelita sus macetas, y la menor de las hijas de *señá* Andrea entróse furtivamente por la puerta de la huerta, y fué a esconderse debajo de una mesa cubierta por un rico tapete verde. A poco entró Lelita, y después de sentarse en la ventana, abrió el libro misterioso, apareciendo de seguida el pájaro verde. La curiosa, que en cuclillas debajo de la mesa todo lo observaba, tuvo que permanecer en aquella incómoda posición hasta que al dar la campanada de las doce se retiró el príncipe Mírame-

Lindo, pero por muy bien empleadas dió ella todas las fatigas que bajo de la mesa había pasado, a trueque de poseer el secreto de Lelita. Fuése a buscar a su madre y la contó todo lo que había visto.

Las tres envidiosas determinaron destruir la felicidad de Lelita; porque la envidia pervierte los corazones como el moho corroe el acero. La menor propuso un plan que adoptó la cámara entera. Ofrecióse ella a introducirse de nuevo en el cuarto de Lelita y llenar de vidrios el entepecho de la ventana, de tal manera, que al entrar el pájaro verde se hiriese todo. Aquella misma tarde, la envidiosa, con un pañuelo lleno de vidrios de una botella que para ello rompieron, se introdujo en la habitación de Lelita y los extendió por el alfeizar y los quicios de la ventana, y corrió a meterse en su escondite.

A poco llegó Lelita y abrió el libro, acudiendo de seguida el pájaro verde, que, tropezando con los vidrios, quedó herido en el antepecho de la ventana, exhalando un lastimero gemido, en vez del alegre gorjeo con que acostumbraba a saludar a Lelita: probó el hermoso animal a sacudir las plumas, mas en vez de perlas brotaron de ellas sangre, y tomando de nuevo vuelo hacia la huerta, desapareció, haciendo oír a la atónita Lelita que transida de dolor extendía hacia él sus brazos, estas palabras:

—¡Si me quieres ver, tres pares de zapatos de hierro has de romper!

Lelita se llevaba las manos a la cabeza y daba gritos desesperados. De repente se oscureció su vista, sus piernas se doblan, resbala y agárrase para no caer al tapete de la mesa que cede a su peso y deja descubierta a la curiosa que en cuclillas debajo de la mesa apa-

rece como la viva imagen de la confusión y el remordimiento.

Lelita comprendió todo lo que había pasado, y en su natural dulce y sufrido sólo dijo al verdugo de su dicha estas palabras entremezcladas con sus lágrimas:

—¿Qué te hice yo para que tan cruel seas conmigo?...

La curiosa huyó amoratada de vergüenza y de rabia, porque nada hay que pueda más a la envidia y a la bajeza, como verse despreciadas, o ver que la devuelven bien por mal aquellos a quienes pretenden hacer sus víctimas.

Pasados los primeros transportes de dolor, Lelita se revistió de energía, acordándose de aquellas palabras del pájaro verde: *Si me quieres ver, tres pares de zapatos de hierro has de romper,* y la esperanza renació en su corazón. Mandó hacer tres pares de zapatos de hierro; vistió su hábito de peregrino con un sayo de paño burdo, su esclavina con conchitas y un sombrero de lo mismo; cogió un báculo con una calabacita en la punta, en que llevaba el agua, y santiguándose en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, echó a andar a la ventura por esos caminos de Dios.

Al cabo de un año había roto los primeros zapatos y no había tenido la menor noticia del príncipe Míra-me-Lindo; ella siempre perenne, siguió atravesando ciudades, subiendo montañas, vadeando ríos, y al cabo de otro año rompió el segundo par de zapatos de hierro; pero tampoco tenía noticias del hermoso príncipe. Lelita se calzó el último par de zapatos sin que su corazón desmayara, antes al contrario, sintiendo vivir en él aún más fuerte la esperanza, y emprendió de nuevo su camino.

Una noche la sorprendió en el campo una tempestad

horrorosa, y no tuvo más remedio que refugiarse bajo de un árbol. A aquel mismo abrigo se habían acogido una bandada de grullas que, mientras cesaba la tormenta, mantenían un animado diálogo.

—¡Ay qué noche—decía una—, si está lloviendo más que cuando enterraron a Bigote!

—Y ¿cuándo fué eso, comadre?

—Si he de decir la verdad, yo no lo sé; pero sería una vez que llovía tanto que llegó el agua a cubrir los bigotes de los hombres.

—Y ¿qué hay de novedades, comadre?

—Una noticia muy gorda; sepa usted que el príncipe Mírame-Lindo...

A Lelita le dió un brinco el corazón y escuchó con sus cinco sentidos; la comadre grulla continuó:

—Pues sí, señora, el príncipe Mírame-Lindo, se está muriendo...

—¿Qué me cuenta usted?

—Lo que usted oye, comadre.

—¡Ay qué lástima de mozo! Y ¿qué tiene?...

Aquí escuchó Lelita, que medio muerta de ansiedad y dolor no perdía una palabra, cómo la madre grulla contó todo lo sucedido entre ella y el príncipe, lo mismo que la infamia de *señá* Andrea y su hija.

—Pues cate usted—continuó la grulla—que cuando pájaro verde salió del cuarto de Lelita todo herido, que era una compasión verlo, se volvió príncipe y al pobrecito se le han quedado los vidrios dentro y está pasando el purgatorio.

—¡Ay qué lástima de mozo, que parecía un pino de oro! Y dígame usted, ¿no tendrá remedio?...

—¡Vaya si lo tiene! ¡no me dieran a mí más trabajo que el ir a curarlo! Porque ha de saber usted que su real majestad, como no tiene más que ese hijo, está que

no vive y ha prometido al que lo cure darle su peso en oro. Y hace muy retebién, que el pico y las plumas y hasta la cresta daría yo por cualquiera de mis chiquillas mas que no tuviese sino un dolorcillo de barriga...

Y enternecida la comadre grulla a este solo pensamiento, enjugó con la pata una lágrima que asomaba a sus ojos. ¡Hasta las madres grullas son tiernas, cuando se trata de sus hijos!

—¡Ay, Jesús, comadre, no lo permita su Divina Majestad!... Pero dígame usted, ¿por qué no va usted a curar al príncipe y a más de la obra de caridad se trae para acá el dinerillo?...

—Calle usted, señora, ¿dónde va una infeliz grulla que no la miren por encima del hombro?... Nada, comadre; ya sabe usted aquella divisa nuestra: A tu tierra, grulla, aunque sea con una pata.

—No diga usted eso, que me han dicho que desde la Constitución acá todos somos iguales...

—¡Ay qué risa, comadre!—Y la grulla soltó una carcajada tan espontánea y tan de corazón que no tardaron su compañera y Lelita y hasta nosotros mismos en acompañarla; es más, que si V. A. hubiera oído el modo de reír de aquella pícara grulla, es más que probable que se hubiese hecho partícipe de su hilaridad.

—Jarabe de pico, comadre—añadió riendo de nuevo—; eso lo dicen los que están abajo por igualarse a los que están arriba; pero los que están arriba les dan en la cabeza y los dejan sentados en el suelo. ¡Vaya, comadre, si lo que se les ocurre a los hombres no se le ocurre a nadie!...

Y acometida la grulla de un nuevo acceso de hilaridad, rompió a reír de una manera tan franca y tan

espontánea, que sin poderlo remediar volvimos a hacerle coro.

—Pues le digo a usted, comadre, que es una falta de caridad dejar morir a ese príncipe tan bueno y tan hermoso.

—Y que es hombre al agua si no va Lelita a curarlo, que es la única que tiene virtud para ello.

—Algo daría ella por saberlo.

—Cabalito que sí; no tiene más que entrar en la alcoba del príncipe y coger una redoma que hay en una alacena; y mojar una plumita en un bálsamo que allí hay y untarlo por el cuerpo del príncipe y por su propia virtud han de salir los vidrios.

—¡Ay, Jesús!, quién pudiera decírselo a Leli...

Un trueno horroroso le cortó la palabra, haciéndola exclamar devotamente mientras se golpeaba el pecho con la pata izquierda:

Santo Dios, Santo Fuerte,
Santo inmortal,
líbranos, Señor,
de todo mal.

—Comadre, dejémonos de murmurar, y vamos a rezar el Trisagio.

—Lleva usted razón, que harto tiene una con cuidar de sí misma.

Y ambas comadres empezaron a rezar el Trisagio; mas de allí a poco cesó la tempestad y la luna brilló en el cielo. Una de las grullas que decía devotamente:

El Trisagio que Isaías
escribió con grande celo,
le oyó cantar en el cielo
a angélicas...

exclamó como uno de tantos cristianos, no grullas sino

hombres, que sólo se acuerdan de Santa Bárbara cuando truena:

—¡Qué Santo, ni qué Isaías, ni qué niño muerto, que ya está el sol de fuera!

Y sacudiendo sus plumas ambas comadres, echaron a volar en busca de sus nidos.

Mientras tanto Lelita no había perdido una sola palabra de las dos grullas y bendijo en primer lugar a Dios que aquella casualidad le había deparado; luego sacudió su ropa empapada de agua y se puso en camino para el palacio del príncipe Mírame-Lindo.

Lelita llegó a la corte del príncipe y se encaminó de seguida a palacio; ocho señores, todos gordos, barrigones y calvos, salían del alcázar llevando gruesos bastones con puño de oro y hablando animadamente. Eran los médicos de cámara que habían desahuciado a S. A. y se retiraban para dejarlo morir tranquilo.

Lelita se apoyaba desfallecida en una columna creyendo ya haber llegado tarde; dió tambaleándose un paso hacia delante y un agudo dolor que sintió en ambos pies la hizo conocer que los últimos zapatos de hierro ya estaban rotos.

—¡Le salvé!—exclamó la muchacha arrojando las pesadas chancletas y entrando resueltamente en palacio, con sus piececitos descalzos.

Un guardia le cerró el paso, y Lelita, después de haber dicho que era una peregrina de Jerusalén, portadora de un remedio seguro para la enfermedad de S. A., fué conducida ante la reina. La desconsolada madre creyó sin dificultad a Lelita, porque el que todo lo ha perdido menos la esperanza, cree todo cuanto se le dice con tal que le agrade. Ella misma la acompañó hasta la puerta de la alcoba del príncipe, y retiróse allí porque la hermosa peregrina le dijo necesi-

taba estar sola. Lelita permaneció un momento delante de la puerta, comprimiéndose con ambas manos su corazón, que parecía iba a saltarla del pecho; abrió por fin la riquísima cortina de damasco que cubría la puerta y penetró en la alcoba.

Una media luz reinaba en la estancia; sobre un magnífico lecho de ébano con incrustaciones de metales preciosos, se hallaba el príncipe Mírame-Lindo. Su cabeza descansaba en blandas almohadas cuyo finísimo plumón era menos suave que los rizos de oro del príncipe; sus ojos cerrados hallábanse cercados de azuladas ojeras, y sus manos, que descansaban sobre la colcha de terciopelo carmesí, parecían estar hechas de mármol. Lelita habíase detenido en medio de la estancia: su corazón oprimido parecía subirse hasta la garganta como si fuese a ahogarla; quiso dar un paso y vino al suelo de rodillas, ocultando la cabeza entre sus manos y exclamando desde lo íntimo de su corazón.

—¡Bendito sea! ¡Bendito sea!

Pasado este primer transporte tan natural en su amor, en su desgracia, y sobre todo en su caso, Lelita se armó de resolución y empezó a buscar la redoma indicada. Bajo una cortina de damasco halló la alacena indicada por la grulla y dentro de ella una redoma de plata que Lelita tomó en sus manos ebria de gozo. Hizo sonar una campanilla y apareció un paje a quien Lelita ordenó traer una pluma y una bandeja de plata.

—Sostened esa batea—dijo al paje así que fueron cumplidas sus órdenes.

Y Lelita, mojando la pluma en la redoma, fué señalando ciertas partes del cuerpo del príncipe. A medida que la pluma se posaba sobre las carnes, abríanse

éstas y por virtud del bálsamo brotaba un pedazo de vidrio, que Lelita, derramando lágrimas de compasión fué colocando en la bandeja que el paje sostenía. Concluída su tarea, dijo Lelita al paje:

—¡Ya S. A. está fuera de peligro, y sólo necesita descanso! Llevad esos vidrios a la reina y decidle que ahí tiene la enfermedad de su hijo.

El paje salió y Lelita, después de cubrir al príncipe y colocarle cómodamente, pues aún no había vuelto en sí, se deslizó por una escalerilla excusada, tomando el camino de su casa.

—Si él me ama—se decía alejándose—me buscará, y si no me ama, ¿para qué he de obligarle a que sea infeliz conmigo, pudiendo ser feliz con otra? Sea él feliz, que yo.....

Y Lelita, volviendo la cara, saludó con un suspiro de esperanza y dos lágrimas de temor, la cúpula del palacio que tras un alto cerro se ocultaba.

La primera tarde que Lelita pasó en su casa ya de vuelta, abrió el misterioso libro de pergamino, pero el pájaro verde no pareció.

—Sea lo que Dios quiera—dijo Lelita tristemente.

Y siguió abriendo todas las tardes el libro, sin que el pájaro verde pareciese. Lelita sufría sin olvidar, y complacíase ella misma en recordar aquellos sus amores que eran la vida de su alma. Llegó por fin el aniversario del día en que Lelita había curado al príncipe, y la muchacha abrió, a la caída de la tarde, su libro de pergamino. En aquel instante, un confuso rumor de coches y caballos llegó a los oídos de Lelita; incorporóse la muchacha, pálida como la cera, y extendió los brazos hacia la puerta; ésta se abrió bruscamente y el príncipe Mírame-Lindo se precipitó en la estancia, cogió a Lelita en sus brazos, que desfallecida

de placer perdió el sentido, y la transportó a su coche tomando el camino de su palacio, donde inmediatamente se desposó con ella.

Así llegó Lelita a ser reina por la constancia en su amor. Porque si bien un autor francés ha dicho que la constancia en amor es el intervalo entre dos caprichos, otro español dice que el aguardar es el consejo que da la constancia para llegar al logro.

V

SUCEDIDO

En el convento de monjas Mínimas situado en Sevilla en la calle de las Sierpes, y del que la mágica varita de la Revolución de setiembre ha hecho un teatro llamado *Coliseo de San Fernando,* siendo las religiosas trasladadas a otro convento de la misma orden citada, en Triana, había no ha mucho tiempo una monja llamada sor Paula.

Sor Paula, nacida en París, emigró de su patria por negarse a prestar el juramento exigido al clero francés, por los republicanos del 73, dirigiéndose a Lima, donde permaneció seis años en un convento de su misma orden. Siete meses duró el viaje de la monja y no bien se instaló en su nuevo convento, se presentó en el torno de aquél un caballero que entregó para sor Paula una cantidad de dinero que comprendía a razón de 35 francos mensuales, todo el tiempo transcurrido desde la salida de aquélla de París, y todos los meses seguía presentándose el caballero y abonando la cantidad misma, sin que jamás se supiese quién era ni de dónde venía.

Una revolución que estalló en Lima hizo salir de nuevo a la monja Paula de su convento, y embarcándose para España arribó a Cádiz, siendo conducida a un convento de Descalzas y a donde maravillosamente le siguió su providencial socorro. Pero deseando estar en un convento de su misma orden, obtuvo licencia del Obispo de aquella diócesis para ser trasladada al convento de las Mínimas de Sevilla, a donde la siguió también su pensión misteriosa, siendo visto el caballero

que la daba por los porteros y por el vicario de dicha orden, señor Valle, de cuyos labios hemos recogido esta narración.

Había en aquel convento otra monja llamada sor Alegría, hermana del general Cabrera que fué ministro de Isabel II y tía del otro general Cabrera, marido que fué de doña Paz Zulueta. Esta monja había perdido el juicio, viniendo a sustituir su natural dulce y apacible con un violentísimo carácter, y su lenguaje fino y propio de una señora con unas palabras tan obscenas e indecentes que todas las religiosas huían de ella por no escuchar aquellas palabras tan indecorosas. Sólo la madre Paula conservaba alguna fuerza moral sobre aquella infeliz loca, a la que tenía en su celda, cuidándola con un esmero maternal.

A fines del año 23 la madre Paula enfermó de gravedad y serena y apacible como el sol al acostarse en el ocaso en una hermosa tarde, se durmió en su lecho de muerte para despertar en la gloria. El día antes de su muerte, llamó a la madre Alegría que, sin comprender en su alterado juicio lo que pasaba ante sus ojos, acudió presurosa, y le dijo tomándole la mano dulcemente:

—Te llamo, Alegría, porque me ha llegado la hora de irme a gozar de Nuestro Divino Esposo, en cuya misericordia confío: allí, Alegría mía, rogaré mucho, mucho por ti, pero quiero en cambio que tú me concedas un favor.

La loca escuchaba atentamente las palabras de la moribunda, y fijando en ella sus ojos extraviados, le dijo con breve y seca voz:

—¿Cuál?.....

—Que no vuelvas a pronunciar esas palabras tan feas que ofenden los oídos de tus hermanitas y que

las hacen huir de ti; habla bien, hija mía, y así me moriré con el gusto de saber que serás en adelante buena y razonable. ¿Lo vas a hacer, Alegría mía? —le preguntó sor Paula apretándola cariñosamente la mano.

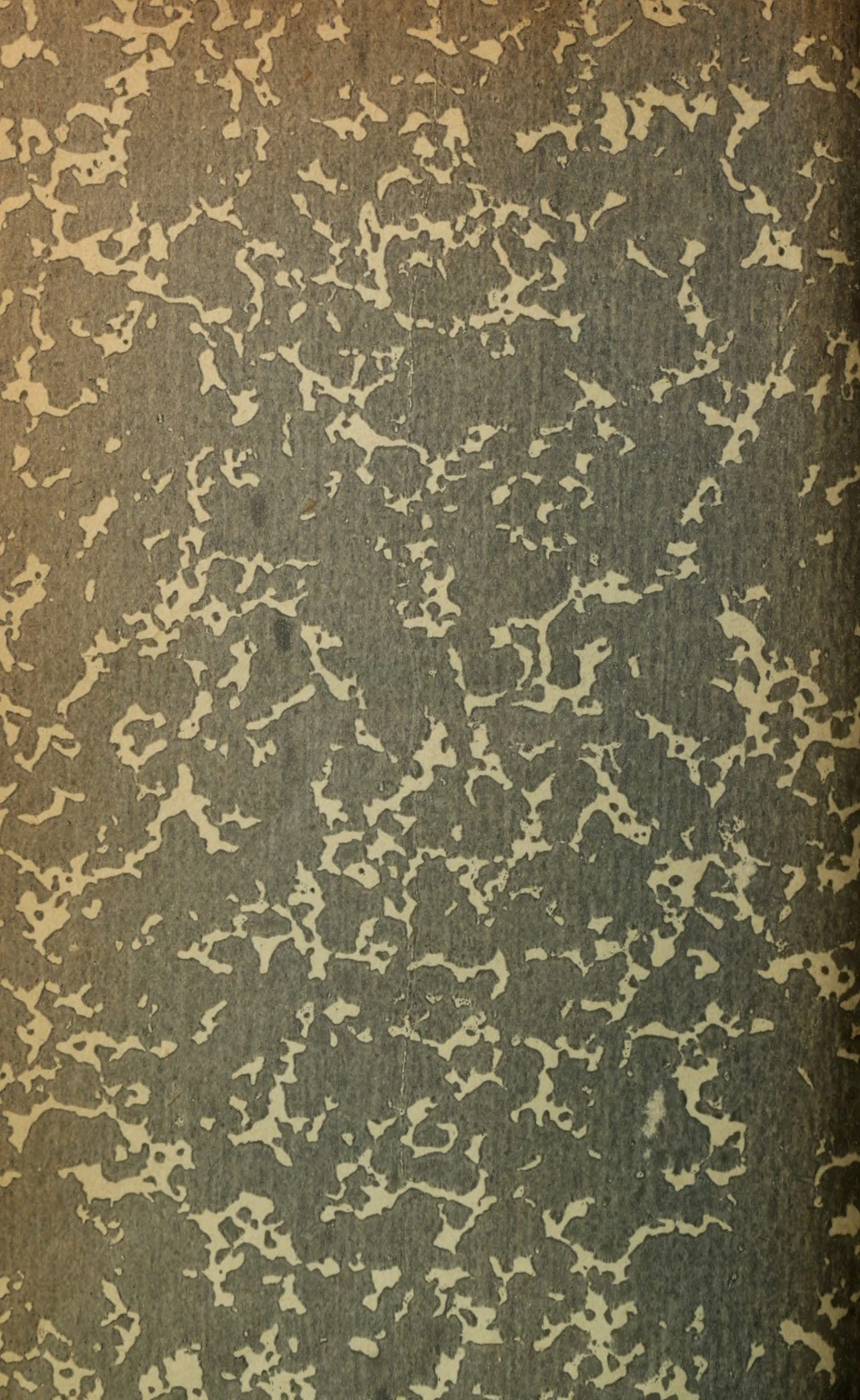
—¡Sí!—contestó la loca dejándose caer de rodillas a los pies del lecho de la moribunda, de donde no se separó hasta que, cadáver ya sor Paula, fué acostada en su humilde sepultura, que coronaba una cruz y hacía sombra una palma.

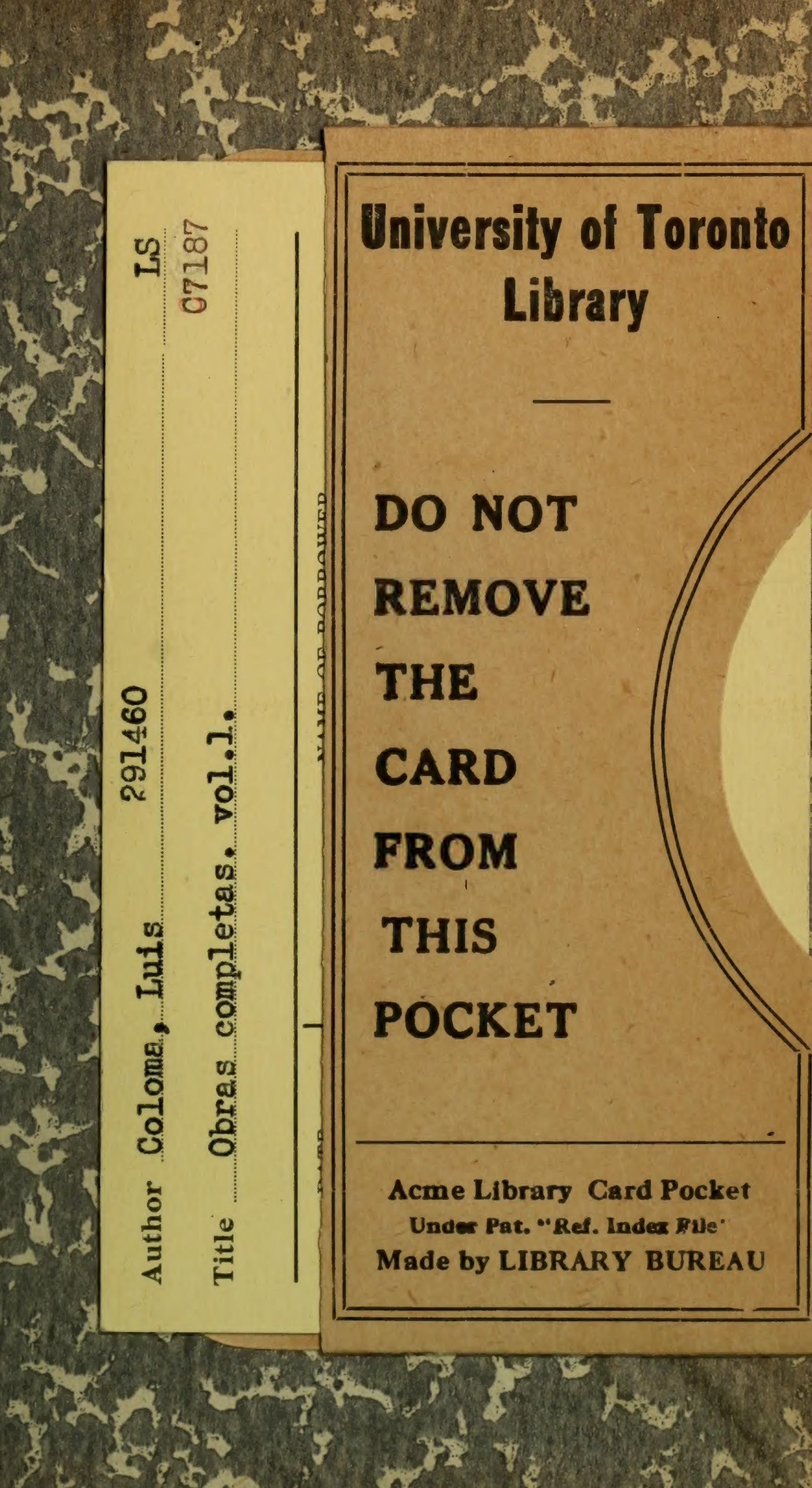
Y desde entonces la infeliz loca no ha vuelto a abrir sus labios sino para alabar a Dios en sus cánticos y en sus rezos; y en la actualidad, sor Alegría sigue cumpliendo la promesa hecha a su difunta compañera, sin haber por eso recobrado el juicio, como lo prueba el haber contestado no ha mucho tiempo a su vicario, el Padre Valle, que la invitaba a bajar al coro a recibir la bendición papal:

—Que le digan al Padre vicario, que yo no necesito bendición papal porque estoy *repleta* del Espíritu Santo.

Y es, porque, si bien la cabeza de la pobre monja sigue trastornada, su corazón agradecido sigue cumpliendo la promesa que hizo a su compañera en el lecho de muerte.

INDICE




University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU
LS
C7187
Author Colome, Luis
291460
Title Obras completas. vol.1.

